



Dane
Rudhyar

Planetarización
de la Conciencia

Sirio

LA PLANETARIZACION DE LA CONCIENCIA es una obra de lucidez y sabiduría extraordinarias, el libro más atrayente en las áreas de psicología y metafísica que yo haya leído en algunos años. Aunque escrito en un lenguaje al alcance del lector profano serio, ofrece una profunda introspección en los problemas más urgentes a los que se enfrenta la humanidad en esta era. La visión de Rudhyar abarca de la fortaleza interna del ser existente, hasta el ser orgánico de la humanidad respecto al total de la realidad cósmica.

El autor ha desarrollado tres temas que son para mí de especial valor. En primer lugar demuestra con elocuencia simple la unidad esencial del ser. En segundo lugar revela el proceso de cambio que opera en los ritmos de la existencia. Y finalmente, ve el futuro de la humanidad en términos de una civilización planetaria orgánica, que representará una etapa totalmente nueva en la evolución de la humanidad. Rudhyar tiene una singular captación de la novedad de este orden por venir. Otros han recalcado su continuidad en el pasado, y esto está bien; pero rara vez he visto una evocación tan persuasiva del sentido en el que esta nueva civilización será, en verdad, *nueva*.


Warren Wagar
Profesor de Historia
Universidad de Nuevo México

editorial  irio s.a. - Málaga

PLANETARIZACION DE LA
CONCIENCIA

DANE RUDHYAR

PLANETARIZACION DE LA
CONCIENCIA

editorial  irio, s.a. - Málaga

© Dane Rudhyar 1970
Edición original de: Aurora Press
Traducido del inglés por: Manuel Algora Corbi

© EDITORIAL SIRIO, S.A.
C/. Panaderos, 9
Tel. 952 22 40 72 - 29005 MALAGA

ISBN: 84-86221-71-4
Depósito legal: B. 38.543 - 1987

Fotocomposición: ASFOCOMP
Ilustración de la portada: Lorna de Gallegos

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

LA PLANETARIZACION DE LA CONCIENCIA es una obra de lucidez y sabiduría extraordinarias, el libro más atrayente en las áreas de psicología y metafísica que yo haya leído en algunos años. Aunque escrito en un lenguaje al alcance del lector profano serio, ofrece una profunda introspección en los problemas más urgentes a los que se enfrenta la humanidad en esta era. La visión de Rudhyar abarca de la fortaleza interna del ser existente, hasta el ser orgánico de la humanidad respecto al total de la realidad cósmica.

El autor ha desarrollado tres temas que son para mí de especial valor. En primer lugar demuestra con elocuencia simple la unidad esencial del ser. En segundo lugar revela el proceso de cambio que opera en los ritmos de la existencia. Y finalmente, ve el futuro de la humanidad en términos de una civilización planetaria orgánica, que representará una etapa totalmente nueva en la evolución de la humanidad. Rudhyar tiene una singular captación de la novedad de este orden por venir. Otros han recalcado su continuidad en el pasado, y esto está bien; pero rara vez he visto una evocación tan persuasiva del sentido en el que esta nueva civilización será, en verdad, *nueva*.

Warren Wagar
Profesor de Historia
Universidad de Nuevo Méjico

Prefacio

de Oliver L. Reiser

Este nuevo libro de Dane Rudhyar, que nos llega como la culminación de sus meditaciones de toda una vida, será tenido muy en cuenta para satisfacer una necesidad creciente. Lo que se requiere hoy en día, y más aún todavía en los años que han de venir, son estudiosos, escritores y pensadores, hombres y mujeres de visión y sabiduría, que puedan hacer el necesario trabajo pionero en la unificación de las ciencias, las artes y las religiones de la humanidad. El Sr. Rudhyar es un profeta moderno que proclama su visión del "nuevo ser", por emplear el lenguaje de Paul Tillich. Esencialmente un artista creativo fraguado en el molde renacentista, el Sr. Rudhyar consigue fundir en un mismo conjunto la visión del poeta, el místico, el músico y el teólogo. Conseguir esta síntesis en nuestro tiempo y para nuestro mundo requiere un considerable conocimiento de las civilizaciones Oriental y Occidental, y a este respecto el Sr. Rudhyar no se halla con carencias.

El pensador creativo es siempre un dilema. Como el Profesor Whitehead, encara las alternativas de utilizar una vieja terminología para transmitir nuevas ideas, corriendo así el riesgo de una mala interpretación, o debe inventar nuevos términos para sus ideas mutantes, y éstos desafiarán la fácil comprensión. Seguir el camino de en medio es el sendero de la sabiduría, y esto el Sr. Rudhyar lo consigue en un estilo grácil y fluyente. Los lectores de sus anteriores escritos recordarán que la visión mundial del Sr. Rudhyar recuerda a

C.J. Jung en su modo de abordar el simbolismo y la psicología profunda, pero su perspectiva cósmica y metafísica abarca ahora un campo mucho más amplio de lo que el psicólogo suizo se permitió a sí mismo considerar. En verdad, las concepciones del Sr. Rudhyar no deberían ser forzadas a entrar en patrones anteriores, pues esto disminuiría sus componentes de originalidad. Por ejemplo, las nociones de “símbolo”, “verdad” y “valores”, el modo en que emergen y su lugar en los procesos cíclicos de la naturaleza, exigen todos un nuevo marco de referencia.

Fundamental en toda la metafísica de Rudhyar es la noción del tiempo como el ritmo cíclico de la sinfonía del mundo. Así el filósofo, compositor de vanguardia por propio derecho, restaura los vislumbres pitagóricos de la antigüedad. Esto es “unir los tiempos” en su mejor expresión. La ciclicidad rítmica, a su vez, prefigura y proclama la venida del “hombre de plenitud”, que avanza hacia la planetarización de la humanidad que está por venir.

Tan comprehensivo barrido raramente puede quedar comprimido en un solo volumen. Bien podrían nuestros académicos profesionales, técnicos en esas “factorías del conocimiento” en que se han convertido las grandes universidades modernas, estudiar este volumen como modelo de lo que una filosofía puede ser y hacer, cuando se dedica a la suma total de las consecuciones humanas en las “ciencias” y “humanidades”. Tenemos aquí una clara anticipación de cómo las “dos culturas” pueden ser orquestadas para formar la unidad. Confío en que la síntesis proyectada por el Sr. Rudhyar pueda servir como ímpetu para una civilización planetaria venidera.

OLIVER REISER

Profesor Emérito de Filosofía
Universidad de Pittsburgh

Prologo

a la Tercera Edición (1976)

Este libro fue escrito hace siete años, en un momento en que, por fin, varios antiguos libros míos eran reeditados, llegando a un público mucho más amplio, y presentándose la posibilidad de extender más ampliamente las ideas que durante cincuenta años había mantenido. Estas ideas habían tenido una formulación limitada en unos pocos libros, particularmente en LA ASTROLOGIA DE LA PERSONALIDAD (*The Astrology of Personality*), editado por primera vez por Doubleday (Nueva York) en 1936. La presente oleada de interés en la Astrología y diversas formas de filosofía esotérica y ocultismo, va rodando, y no sólo engulle al joven rebelde y confusamente idealista de los tumultuosos 60, sino que suelta muchas mentes maduras de los embarcaderos convencionales a los que se habían atado, en la monótona espera de alguna aventura improbable.

El estado de expectación, con una fuerte mezcla de aburrimiento sazonado con un sentimiento de futilidad, puede ser una puerta abierta para más de una extraña visita. Los ángeles pueden entrar en la nebulosa sala de la conciencia, pero pueden ser diablos disfrazados, o meramente gentes de paso, curiosas y maliciosas, en busca de una buena comida o algún tipo de diversión; pues tal parece que el mundo de la mente es un cosmopolita puerto atiborrado de conceptos, imágenes y símbolos cuya naturaleza y orígenes reales no son demasiado claros. La discriminación no se halla a menudo asociada a la expectación. ¿En base a qué, puede,

pues, discriminar la mente expectante y aspirante? ¿Cuál es la piedra de toque de la validez? ¿Hay absolutos de verdad, revelados en alguna incuestionable “filosofía perenne”?

Durante muchos años, en mi juventud, tuve la sensación de haber encontrado dicha “verdad”. Pero experiencias amargas han arrojado sombras sobre algunos de los canales a través de los cuales llegaba esta verdad a nuestra mentalidad occidental. A mis cuarenta, me ví forzado a cuestionar sin compasión todo lo que mi mente había absorbido, y preguntarme a mí mismo dónde me hallaba realmente. Este es un proceso siempre valioso, si se comienza con intenso anhelo y sentido de urgencia, unidos a la disposición a entregarnos al resultado de la encuesta, cualquiera que éste sea.

Afortunadamente, desde que teniendo dieciseis años estuve en París, he tenido una comprensión profunda, quizá imprecisa, de los elementos básicos de la experiencia humana, y al mismo tiempo una extraña sensación de la naturaleza problemática de lo que todo el mundo parecía dar por sentado cuando hablaba de “Yo, mi mismo”. Desde 1911, he adquirido asimismo una incontrovertible creencia en que nuestra civilización occidental se halla en deterioro, y he dedicado interiormente mi vida al intento de ayudar a construir algunos cimientos para una nueva sociedad, y para un modo de vida transformado. Esto condujo a mi venida a América en 1916, con la esperanza de un “Nuevo Mundo”.

Lo que encontré en Nueva York fue la filosofía oriental, y el misterioso mundo del ocultismo, especialmente en el sentido que habían dado a esta palabra H.P. Blavatsky, Steiner, y los estudiantes del Gnosticismo y la Alquimia. Posteriormente, en California, descubrí el fascinante lenguaje de la astrología, un lenguaje que parecía haber perdido el contacto con las experiencias humanas básicas del orden y el significado cósmicos tal como son revelados por el cielo nocturno. Me sentí decepcionado al experimentar cómo

estas misteriosas áreas de la mente, básicamente no occidentales, eran utilizadas por personalidades incapaces de llegar a realidades profundas, salvo de una manera egocéntrica, estrechamente empírica, cargada de supersticiones y típicamente americana, pero dependiendo de la vieja mentalidad europea para su apoyo y liderazgo.

Años de estudio de la psicología profunda y una variedad de relaciones interpersonales, algunas de ellas en términos de consultor astropsicológico, tuvieron en diversos momentos un efecto catártico; y cuando mis primeros libros pudieron por fin ser publicados de nuevo y llegar a un público mayor, hallé necesario tratar de formular lo más claramente posible, al menos los conceptos y experiencias más elementales sobre los que se basaban mi modo de vida y mis ideales de una nueva civilización. Había sentido la necesidad de tal formulación después de 1940, habiendo escrito diversos libros, de los cuales sólo uno fue publicado*.

La Planetarización de la Conciencia lo empecé realmente mientras estaba dando conferencias en Europa en 1962; pero demostró ser un comienzo en falso. En su forma presente, fue escrito en Idylwild, California, bajo majestuosos pinos durante el verano de 1969. Estaba destinado a mostrar, de forma más bien condensada, el tipo de pensamiento que había desarrollado durante varias décadas; no como una afirmación final, sino como el primero de una serie de volúmenes en los que confiaba mostrar mi posición respecto a una serie de temas cruciales, todos los cuales se hallan implicados en cualquier intento holístico por presentar los principios fundamentales necesarios como base para la discriminación intelectual, psicológica y espiritual. Tales

*Los Conflictos del Hombre Moderno: El Desafío Creativo de una Sociedad Global" (*Modern Man's Conflicts: The Creative Challenge of a Global Society*, Philosophical Library, New York, 1948). Agotado desde hace mucho, algunas secciones de este libro están algo desfasadas; otras han sido utilizadas en mi obra más reciente.

principios son necesarios si es que se ha de formular y aplicar en la práctica una escala de valores. No debemos construir ésta sobre una temerosa reverencia a una Tradición pasada y santificada, pese a lo maravillosa que suene esta Tradición como refugio y promesa de seguridad interna. Debemos osar enfrentarnos al futuro como espíritus creativos, con una mente abierta y translúcida, pero adecuadamente *formada* como una lente a través de la cual puedan enfocarse la luz y el poder de la siguiente fase de la evolución humana, deviniendo así efectiva.

Las cuestiones que este libro plantea e intenta responder, cubren diversas áreas de investigación, de la metafísica y epistemológica a la psicológica, ética y artística. Cada capítulo debería, en cierto sentido, ser ampliado a un volumen entero; y muchas notas y fragmentos en relación con estos diversos temas pueden tarde o temprano ser incorporados a uno o más volúmenes. En su forma presente, las repeticiones son inevitables, pues ciertos principios básicos han de ser afirmados de nuevo en los términos del área cubierta por un capítulo particular; pero confío en haberlas reducido a un mínimo.

A diferencia de los acostumbrados libros de filosofía, psicología o investigación científica, este volumen prácticamente no contiene referencias precisas a otros libros y autores. Durante los últimos sesenta años he leído un vasto número de libros, y obviamente he sido influenciado por muchos al formular mis pensamientos. Algunas de estas influencias serán evidentes, y se verán realmente afirmadas. Pero he estado tan ocupado en diversas áreas de actividad, y mi vida ha sido tan “nomádica”, que me ha resultado imposible guardar ficheros de referencias bien ordenados, que pudiera utilizar en esta última etapa.

Aparte de esto, éste no pretende ser un libro “científico” en el que muestre lo mucho que he aprendido de otros

colegas, y de qué modo se relaciona éste o aquel concepto mío con lo que escribió o pensó tal o cual autor. Es un libro en el que se expresa algo que yo considero como una profunda y vívida intuición de lo que la existencia podría significar para esta y venideras generaciones de hombres, deseosos de consagrarse a la tarea de construir una nueva humanidad. La visión mundial de tipo holístico que aquí presento, está destinada a ser un incentivo para pensar pensamientos más grandes, sentir sentimientos más profundos y más abarcentes, y actuar como “agentes” del Poder que estructura la evolución humana, como quiera que prefiramos imaginar este Poder. Está destinado a integrar algunos de los más básicos conceptos, actitudes existenciales y realizaciones espirituales de los mundos asiático y occidental.

Durante toda mi vida, fuertemente enfocado en la mente, he mantenido el principio de síntesis. A los veinte años intenté empezar uno de tantos abortados proyectos, con el lema de: Síntesis-Solidaridad-Servicio. Estas palabras significan lo mismo en cualquiera de los tres niveles básicos de la actividad: mental, emocional y activo. Varias décadas más tarde, aún mantengo este lema. Nos hallamos en el umbral de una era de síntesis; pero salvo que los seres humanos estén dispuestos a ir más allá del individualismo egocéntrico que nuestra sociedad tanto glorifica, y aprendan a sentir y vivir en términos de la solidaridad y el servicio más profundos, el tipo de síntesis del que la humanidad puede ser testigo, podría ser opresivo e idiotizante en su totalitarismo.

No puedo sino confiar en que este libro pueda despertar en una serie de mentes abiertas y sensibles, el deseo y la voluntad de repolarizar su conciencia, su pensamiento, y en verdad sus amores y alianzas, de modo que puedan unirse a la compañía de individuos creativos que, tanto si son plenamente conscientes de ello como si no, están trabajando gratuita, obstinada, intensa y amorosamente (y ciertamen-

te que también “humorosamente”) por el nacimiento de un nuevo modo de vida y una nueva humanidad.

Abril 1976
Palo Alto, California

Primera parte

En el modo psicológico

Capítulo I:

La liberación de las ideas simiente

Definición y propósito en referencia al hombre en su entorno; El carácter individualista despersonalizado y cuantitativo de nuestra sociedad; Probable revulsión contra tal ideal humano : Dos tipos de existencialismo; Dos modos de abordar la "Nueva Era"; La humanidad en un "estado crítico" y la revolución de la conciencia; De la conciencia local a la global; La juventud confundida con la naturaleza del cambio inevitable : Una nueva filosofía como solución; Lo que debe ser la filosofía creativa; La fecunda difusión de las filosofías asiáticas; El concepto del Hombre Simiente; Nuevas Imágenes del hombre, espiritual y científica; Una crítica de nuestra tecnología; Nuevos tipos posibles de energía; El significado real de "síntesis"; Resultados negativos de la tecnología salvo en manos de un nuevo tipo de ser humano; Preparando el terreno para un nuevo tipo de conciencia; La renovación de la mente; La falacia de Descartes; Lo que se necesita : El limitado valor de las tradiciones asiáticas; Las nuevas ideas-simiente.

Capítulo II: La experiencia humana primaria de la existencia y del tiempo

La visión holística del mundo; Existencia y No-existencia; Orden y cambio; El enfoque fenomenológico, y la percepción infantil primaria de la existencia; La repetición como base del sentido de orden y previsión; La seguridad basada en la posibilidad de predicción; Inseguridad y orden; La existencia como relación; La interrelación de orden y cambio; El tiempo existencial y el continuo flujo de los cambios; La percepción infantil del tiempo como “el pasar”; El desarrollo del sentido del tiempo; Viviendo en el Ahora; El tiempo holístico y el concepto ciclocósmico de la existencia; El ciclo como una “totalidad temporal” : El campo como una “totalidad espacial”; Factores estructurales de la existencia : El espacio como relación; El tiempo como ritmo básico de la seidad; Totalidades mayores y menores; El concepto de Bergson sobre la duración : Medida y movimiento; Tiempo dimensional y científico; El ciclo como Eón, y la equivocada interpretación cristiana de la eternidad; Experiencias “atemporales”; Trascendencia y Realidad; La no-existencia: En la filosofía de Bergson y en el pensamiento asiático; Sam-sara y Nirvana son uno; El ideal holístico de “cumplir el tiempo” y la conciencia eónica; La expansión en la conciencia formada.

Capítulo III: La experiencia del Yo: Seidad y Ego

La búsqueda de la identidad; ¿Qué es lo que realmente implica el sentimiento de “yo soy”; Los enfoques objetivos y subjetivos; La gradual distinción por parte del bebé entre los acontecimientos internos y externos; Conciencia reflexiva y enfocada; El desarrollo del sentido del ego; El ego como estructura de la conciencia, y la seidad como centro de poder; La búsqueda subjetiva e interior de la seidad; El desnudamiento de la seidad y sus resultados, y diversas definiciones de la seidad; Lo que se consigue puede no ser lo buscado : El hecho desnudo de la existencia organísmica; El contenedor debe ser disuelto igual que los contenidos; Una experiencia interior; Una analogía : El Gobierno de U.S.A. frente a “América” como la gente y la tierra; La famosa experiencia de Descartes reinterpretada; El “yo” como Ejecutivo director; El Principio de Totalidad, UNO o SEIDAD; La seidad a los niveles genérico e individual; El propósito del desarrollo del ego en términos de la plena actualización de las potencialidades del hombre; La interacción de poder y conciencia en la persona individual cumplida.

Capítulo IV: Seidad y relación

Relación y seidad como hechos básicos de la existencia; Relaciones matriciales y asociativas; La familia como un útero psíquico para el bebé: El papel arquetípico del padre y la madre; Relaciones matriciales inconscientes y relaciones conscientes asociativas; El efecto negativo sobre los niños, de nuestra sociedad tecnológica y de una extrema tensión sobre las relaciones personales y la permisividad : El niño como individuo potencial, no actual; Patrones tradicionales en la educación, y la rebelión contra las matrices familiar y cultural; La agresividad, una pantalla para el ego inseguro; El crecimiento personal a través de las relaciones asociativas: El Hombre-en-relación frente al Hombre-individuo; El desarrollo de la conciencia individual, desde el estado comunal tribal a la revelación mosaica de “Yo soy el que soy”; La tribu como tesis, el individuo como antítesis : La síntesis en la Nueva Era; Diversos niveles de integración y el proceso de individualización; El propósito de las verdaderas técnicas ocultas; El organismo-mente espiritual tras la muerte del cuerpo : La transferencia del poder de la seidad genérica al Centro Cardíaco oculto; La relación gurú-chela; El Pleroma del Hombre : La Comunión de los Santos : El estado Omega de Teilhard : La Logia Blanca; El individuo como un campo de existencia; La transformación de la mente y el comienzo de la Nueva Era; El desarrollo de la humanidad planetaria como una Totalidad básica funcional dentro del campo orgánico de la Tierra: Un proceso inevitable: El experimento de Auroville; La necesidad de una filosofía holística como base para la nueva experiencia del NOSOTROS; El Sendero y el estado de aislamiento; El sendero hacia la verdadera individualización: La identificación del Hombre con el Eón.

Capítulo uno

La liberación de las ideas simiente

La filosofía, en el sentido más auténtico de esta palabra, es *una investigación del carácter básico y las implicaciones de la experiencia humana y, en el sentido más general del término, de su existencia*. El propósito de tal investigación parece obvio. Es el de permitir a los seres humanos desarrollar colectiva e individualmente, con las mejores posibilidades de éxito, sus potencialidades innatas de felicidad total y/o transformación hacia niveles superiores de plenitud.

Sin embargo, lo que en un cierto momento histórico y en ciertas circunstancias geográficas puede ser un óptimo desarrollo de las potencialidades innatas, puede no ajustarse igual de bien a los seres humanos en otro momento y lugar. Ningún verdadero filósofo debería nunca considerar al hombre, individual o colectivo, enteramente aparte de su entorno y del período en que vive. Si así lo hace, comete el grave pecado filosófico del individualismo extremo; se ocupa de las abstracciones y no de las realidades existenciales.

Hay hechos fundamentales concernientes a la existencia humana, que apenas cambian relativamente mientras consideramos al hombre como participante en las complejas actividades de la biosfera de la Tierra; pero deberíamos acentuar el término "relativamente", pues las condiciones en la biosfera, el planeta entero o todo el sistema solar pueden cambiar considerablemente. Es perfectamente concebible que una alteración semejante en las condiciones de

vida sobre la Tierra, se halle frente a nosotros, quizá en un futuro no demasiado distante. Los hechos básicos de la naturaleza humana pertenecientes a la "humanidad común del hombre" existen, pero el modo de tratarlos cambia. Toda cultura humana aborda estos hechos de modo diferente, dándoles diferentes significados e implicaciones.

En nuestras modernas Universidades de América, la filosofía se ha convertido en lo que suele ser hoy en día porque la capa oficial de nuestra sociedad presente, el Sistema, ha aceptado como su ideal al "hombre tecnológico", el hombre que, por encima de todo, busca medir los fenómenos y acontecimientos con referencia a la consecución de metas cuantitativas expresadas estadísticamente, y lo hace a través del uso de máquinas, ensayos standard e interferencias psicoquímicas con los procesos naturales. Tal tipo de ser humano es hoy en día considerado por la mayoría de los americanos, y también cada vez más en otros países, como el producto más característico e importante de nuestra civilización.

Lo que implica esa actitud global hacia la existencia humana y hacia el mundo en que vive el hombre, es un énfasis peculiar, e históricamente novedoso, en la persona individual. Esta persona individual es glorificada en sus reacciones egoicas, y en su capacidad para ser un implacable controlador de su entorno, pero al mismo tiempo es reducida a un mero número por un enfoque cuantitativo y estadístico de su existencia social colectiva. Vivimos en un período de *individualismo* intensificado, pero también de *despersonalización*. Todo el mundo, por ejemplo, está ansioso por actuar conforme a "su propia" opinión, su propio modo de disponer su vida, de "hacer lo suyo"; y sin embargo, estas opiniones y modos de vida están moldeados por presiones socioeconómicas en constante aumento. Están hechas para conformarse a standards de grupo, y quizá, tarde o temprano, a standards impuestos universalmente en nombre del "hecho científico", la "eficiencia" y el máximo de felicidad

para el mayor número posible de personas. Se considera al “pueblo” antes que a las personas individuales. Las consecuencias cuantitativas, y la cantidad de comodidades producidas independientemente del bienestar y felicidad de quienes las producen, cuentan, como cuestión de hecho, mucho más que los factores cualitativos, y que todo lo que se necesita para asegurar el pleno desarrollo del ser individual como una persona completa, un microcosmos del Todo universal en el que esta persona vive, actúa y tiene su ser.

En una sociedad en la que la cantidad, las medidas exactas, los valores generados estadísticamente y la mecanización para la máxima productividad prevalecen, la filosofía tiende inevitablemente a satisfacer la necesidad de formulaciones estrictas y precisas, que puedan servir de alimento a las computadoras y a los abigarrados mecanismos del vivir social. El hombre se considera un animal pensante, que busca supra-racionalizar y des-animalizar su carácter. El término “razón”, desprovisto del significado superior que originalmente tuvo en la filosofía griega clásica, deviene intelectualizado y tecnocratizado. ¿Seguirá esta sociedad las líneas de desarrollo lógico trazadas por los estudiantes del futuro, los “prospectivistas” y “estructuralistas” de reciente acuñación? Ya se siente una revulsión contra semejante prospecto, especialmente de parte de nuestros jóvenes. Es ciertamente posible que, tarde o temprano, podamos ser testigos de una repetición del proceso que, hace casi dos mil años, condujo de los raciocinios de los sofistas griegos a una insatisfacción emocional de la masa, haciendo posible el triunfo del Cristianismo. El sentido romano de “ley y orden”, casado con el viejo racionalismo griego, colapsó bajo la presión de las clases no privilegiadas, las aventuras militares constantes, y un sentido de vacío y futilidad entre muchos de los individuos de la clase dirigente. La fé irracional, y la excitación interior de la entrega al martirio, reemplazaron los viejos ideales de la tradición grecorromana: *Credo quia absurdum* –Creo porque es absurdo.

Nuestra sociedad actual está ya siendo testigo en muchos lugares de tal revulsión de masas; algunos aspectos de ella son bastante nocivos, aunque puedan ser comprensibles como escape psíquico ante el sentido de futilidad, y ante la esclavitud a patrones de vida preestablecidos controlados por el afán de ganancias y productividad material cada vez mayores. Pero hay asimismo valiosos y prometedores intentos de desarrollar una nueva filosofía global de la existencia. Algunos de ellos, popularizados bajo el nombre de existencialismo, se hallaban al principio fuertemente coloreados por la desesperación y las experiencias de las dos guerras mundiales; otros intentos de reorientación y transformación de nuestra moderna mentalidad occidental, han buscado una vía de renovación y renacimiento espiritual en los antiguos conceptos metafísicos e ideales de vida de la India, China y Japón.

En estos intentos de orientación asiática, se pueden advertir dos tendencias; una de ellas conduce a una actitud mística o cuasi-mística hacia el mundo y el hombre, basada mayormente en valores sentimentales y en la devoción; la otra conduce a un empeño de tipo más mental por descubrir los factores "estructurales" operantes en el núcleo de la existencia, sea al nivel humano individual o al cósmico.

EN EL UMBRAL DE UNA NUEVA ERA

El sentimiento de que llega una "Nueva Era" se ha hecho mundial en los últimos tiempos. El Sistema académico oficial de nuestro mundo occidental no se halla en contra de tal sentimiento sobre una inminente Nueva Era, que pueda marcar la venida de la madurez para la mente humana; pero ve esta Nueva Era como el desarrollo progresivo de lo que comenzó en el humanismo europeo del siglo quince, hace 500 años por tanto. Hay, desde luego, pesimistas que hablan de una destrucción nuclear total que barrerá a la

humanidad. Los optimistas piensan a lo largo de las líneas de la nueva "ciencia" de la *prospectiva* (de la cual el francés Gaston Berger fue uno de los principales pioneros), intentando extrapolar hacia el futuro lo que ahora está en operación. Están entregados a la mentalidad científica de nuestros días. Estudian las tendencias presentes, hacia dónde conducirán, o al menos hacia dónde pueden conducir, sin esperar cambio *radical* alguno de la conciencia o de las actitudes básicas del hombre. No están realmente buscando desarrollar un nuevo tipo de vislumbre filosófico, sino sólo de dibujar de antemano *modificaciones graduales* de lo que hoy en día ya existe.

Esta es también, en cierto sentido, la actitud básica del "Liberal" en la política y en todas las áreas de organización de la vida colectiva. No desea una solución de continuidad en nuestro sentido social y en nuestras instituciones tradicionales, ni una transformación demasiado repentina o radical de los valores humanos básicos. Todavía cree en aquello que el siglo XIX adoraba: el Progreso. Pero este concepto de un progreso gradual desde el barbarismo hasta alguna civilización mundial ideal, ha perdido mucho de su poder de convicción desde nuestras guerras mundiales y la revolución electrónica. Esta es la tragedia del Liberalismo, y de muchos idealistas que creen en él con fervor racionalista y democrático.

En contraste con el enfoque científico-liberal del concepto de una Nueva Era, tenemos una gran variedad de grupos y movimientos que, de un modo bastante emocional en la mayoría de los casos, esperan que algún cambio sorprendente y radical lleve a cabo una metamorfosis sobrenatural y relativamente repentina de la humanidad. Tales grupos van desde quienes fervientemente esperan que la "gente del espacio" nos protegerá del daño nuclear, y nos transformará individual y colectivamente del modo más sencillo posible y sin dolor alguno, hasta los individuos que están trabajando

intensamente (a través de la meditación, la invocación, la recaudación de fondos o la formación de grupos) por convertirse en discípulos y servidores de Cristo retornante, o de un nuevo Avatar, o de alguna Entidad cósmica transformadora que “hará nuevas todas las cosas”.

A toda mente sana y no esclerótica le resultará evidente que estamos en verdad viviendo un período de transición intenso, y aparentemente implacable, un “estado crítico” entre dos condiciones de la existencia humana, o al menos de la organización social.

Y esta transición puede ser tan marcada como la del estado sólido de la materia al estado líquido. No se trata meramente de un cambio *cuantitativo* en el tamaño y alcance de las instituciones sociales; pues la extensión de nuestro entorno humano y de nuestro campo de comunicación, desde el nivel provincial-nacional localizado al nivel global y planetario, implica asimismo un cambio en la *calidad* de las relaciones interpersonales e intergrupales.

El campesino de la Europa medieval, que bajo las presiones del nuevo tipo de organización nacional fue transferido al estado de habitante en la metrópolis de una gran nación moderna, tuvo que experimentar un cambio en el carácter de su relación con otros hombres, y con todo tipo de factores en su nuevo entorno. Todavía somos testigo hoy en día, en un gran número de personas, de la dislocación psicológica, mental y espiritual que acompaña a este cambio biopsíquico-social. El cambio desde la conciencia nacional-cultural a una participación omniincluyente global o planetaria en una sociedad mundial, puede ciertamente esperarse que sea igual de drástica. Lo drástica que puede ser podemos ya observarlo; pero los ojos humanos muy a menudo, ¡ay!, rehusan ver, pues tal cambio es amenazador para las mentes más o menos a gusto con el status quo. Puede incluso trastornar profundamente a los individuos

satisfechamente adheridos a sus propias frustraciones y vacío espiritual; ¡pues uno puede aferrarse desesperadamente a sus propios sufrimientos y tragedias, simplemente porque están bien definidos y le resultan familiares!

El punto esencial es que no pueden haber cambios cuantitativos en el alcance e inclusividad de las relaciones interpersonales, y en el carácter de la participación de las personas individuales en la sociedad a la que *de facto* pertenecen, sin una correspondiente transformación cualitativa del campo fundamental de la conciencia de estas personas, de su carácter y de sus respuestas a las experiencias personales. Podemos reconocer la verdad de tal afirmación, pero en la mayoría de los casos sólo de un modo vago. No estamos totalmente convencidos; menos de lo que lo está la joven adolescente de que una vida matrimonial, para tener éxito, exige de ella un cambio básico en su conciencia y respuestas sentimentales a su nuevo tipo de existencia. Deseamos cambiar para aumentar el alcance de nuestras relaciones humanas y de nuestras experiencias, pero tenemos la confianza de poder seguir siendo los mismos. Exigimos mantener inalterado aquello que ha constituido nuestra "identidad", nuestro propio carácter, y esto realmente significa nuestro propio ego, nuestro propio Sistema privado, nuestra diferencia institucionalizada respecto a otras personas.

Este es el punto crucial al que se enfrentan las generaciones presentes. Los viejos no quieren cambiar, y en verdad que temperamentalmente no podrían hacerlo, salvo que se vean enfrentados a la completa desintegración de su pasado; e incluso entonces, ¿Cuántos de los viejos aristócratas franceses o rusos exiliados se convirtieron realmente en personas transformadas, capaces de comprender que la tragedia les había liberado de una sociedad, parcialmente bella, pero obsoleta? En cuanto a la presente generación joven, ellos bien que querían cambiar, experimentar la vida de un nuevo modo; pero realmente no saben cómo, pues no tienen

a su disposición un modelo a seguir ni ejemplares que imitar, y carecen del suficiente conocimiento o incluso sensibilidad instintiva sobre qué es lo que se está cocinando. Así, pese a algunas notables excepciones que uno confía en ver grandemente multiplicadas, la gente joven tiende a perderse en la incertidumbre; y, desanimada y sin raíces, hacen a veces gestos violentos pero vacíos, simplemente para probarse a sí mismos que están vivos y vibrantes en medio de la esclerosis social de una civilización agonizante (o, al menos, de una masa caótica de obsoletos patrones de vida colectiva e individual).

SEMILLAS PARA EL MAÑANA

¿Cuál, pues, es la solución? Una nueva filosofía, de la que derive un nuevo sentido de relación interpersonal, de alcance mundial, y conducente a un nuevo tipo de ética y a un nuevo tipo de sociedad. En una sociedad así, el principio de administración para un uso total y armónico debería superar a la política del poder a todos los niveles, incluyendo el nivel familiar; pues numerosas son las familias en las que el hijo se familiariza con la política de poder de sus padres y sus actitudes egocéntricas, resultando a menudo su desvalida víctima.

Esta “nueva filosofía” difícilmente puede pertenecer a la esfera de lo que la mayoría de nuestras universidades del presente día entienden por filosofía. Requiere, obviamente, un nuevo tipo de filósofo. Este nuevo filósofo tendrá que ser capaz de *integrar* la cosecha de todo el pasado de la humanidad, y no sólo lo que ha resultado de los últimos cinco siglos de individualismo y ciencia en nuestro mundo occidental. Tendrá también que cambiar despiadadamente los obsoletos valores de nuestra cultura, y de cualquier cultura del mundo humano. Más aún, y ésta será su actividad más esencial, tendrá que ser capaz de *evocar* nuevas Imágenes

de orden, de relación integral, de realización personal, y, en su sentido más general, de una plenitud humana que incluya todos los niveles accesibles a la conciencia del hombre global del mañana.

Muy pocos hombres, en verdad, puede esperarse que realicen de un modo efectivo y vívido estas tres funciones; pero hasta cierto punto el gran filósofo debería incorporarlas en su trabajo sintetizador, provocador y evocativo. No necesita ser un "hombre de acción" en el sentido externo del término; sin embargo, inevitablemente se considerará a sí mismo un "agente" del vasto movimiento de la evolución de la humanidad, creando lo nuevo, al menos en semilla, mientras provoca a lo viejo para que renueve radicalmente sus símbolos, su comportamiento y sus patrones de sentimiento, o para que suelte su opresión sobre la mente humana. Algunos filósofos son tan destructores como creadores, si es que no más. Un ejemplo típico de ello fue Friedrich Nietzsche; sin embargo él era un vidente, aunque su visión fuera distorsionada e incompleta.

Durante los últimos doscientos años unas pocas grandes personas han buscado recopilar los frutos de las viejas tradiciones y la semilla de sabiduría condensada en los mitos, recopilándolos no sólo como alimento espiritual, sino como terreno vitalizador para nuevos puntos de partida ideológicos y nuevas visiones. Estos hombres buscaron descubrir las fuentes originales de tradiciones desviadas y materializadas, tocar la substancia esencial de una realidad que siglos de vida y compromisos culturales habían alterado hasta el punto de hacerla irreconocible. Desde 1870 se han hecho numerosos intentos por descubrir los significados mundiales de los cuentos populares de todos los continentes, para recalcar las similitudes entre los Libros Sagrados de todas las religiones principales, y descubrir los factores raíz de la naturaleza humana. Varios grandes pensadores hindúes han intentado ahondar en el pasado de su cultura

(más allá de la fase evolutiva mundial de medievalismo e intenso devocionalismo, más allá del período racionalista del siglo sexto a. de J.C. y los siglos sucesivos), hasta llegar a lo que historiadores modernos insisten en interpretar como una mentalidad primitiva, pero que puede muy bien haber sido también un período de gran espiritualidad, formulada externamente como mitos y rituales de Misterios. Los magnificentes y reveladores escritos del gran filósofo, poeta, yogui y vidente hindú Sri Aurobindo, iluminando los viejos Vedas bajo una luz totalmente nueva, son quizá el mejor exponente de tales intentos.

Los pensadores europeos y estudiantes de las tradiciones asiáticas han hecho también un notable trabajo, desenterrando el significado real de viejos textos y de un pequeño grupo de hermandades aún existentes. Sir Woodruff para el Tantra, Richard Wilhelm para el Yi Ching y otros tratados "esotéricos" chinos, Evans-Wentz para los registros tibetanos, G.R.S. Mead para el Gnosticismo, y Carl Jung (y varios escritores recientes) para la Alquimia, no son sino los más conocidos de tales trabajadores, que han reabierto viejos, y a menudo execrados, pozos de sabiduría.

Todo este trabajo del pasado no es, sin embargo, sino trabajo base. Como F.D. Roosevelt significativamente dijo: "El pasado es sólo prelude". En el umbral de la Nueva Era, la tarea esencial es la de *fecundar el inconsciente colectivo de la humanidad con nuevas Imágenes relevantes al carácter global que cabe esperar de la nueva sociedad*. Tal vez no quepa esperar que dicha sociedad aparezca inmediatamente, y al menos algunas de las utópicas expectativas de grupos frustrados o intranquilos de buscadores o devotos, pueden en el mejor de los casos no ser sino sueños que tarden siglos, si no milenios, en realizarse de una manera global; pero todo verdadero filósofo debería ser, al menos en cierta medida, un evocador de visiones del futuro, un hombre que ha tenido una visión, un profeta.

Entre algunos de los pueblos indios de Nuevo Méjico, particularmente en Taos, todo niño, tras haber pasado a través de los ritos iniciatorios hacia la época de la pubertad, es enviado solo a las montañas, para que pase días de ayuno y meditación hasta haber recibido una visión. Se cree que esta visión es la clave de su vida profunda. Como un Hombre de la Medicina de Taos le dijo a Carl Jung: "¿Qué puede hacer un hombre si no ha tenido su visión?" En muchas culturas, el iniciado recibe un nuevo nombre, quizá un mantram; también éste es una clave sagrada de su vida verdadera. Establece el tono de un enfoque significativo y simbólico de la existencia individual. "Cristo" es el Nombre sagrado de nuestra civilización occidental, igual que "Bud-dha" fue, y todavía es, el arquetipo espiritualmente definitorio de gran parte de Asia; pero, ¡cuán profanados o banalizados han sido estos Nombres a lo largo de siglos! Oswald Spengler* habló convincentemente de los Símbolos Primarios que constituyen el alma misma de una cultura, pero su visión estaba extrañamente limitada, y orientada hacia el pasado. No pudo ver cómo, en el proceso mismo de desintegración de una cultura (al que identificaba como civilización en el sentido negativo del término), se formaban "semillas" que, a su debido tiempo, se convertían en los cimientos de una nueva cultura. Por otro lado, durante cincuenta años he enfatizado el concepto e ideal del *hombre semilla*, y Arnold Toynbee, de otro modo y más o menos por la misma época, llegó a una idea similar; sin embargo, él ha sido muy tímido o se ha visto atado al pasado en sus intentos por preveer la civilización venidera, que su análisis estructural de la historia retrata como algo inminente.

Nuevas "Imágenes del Hombre" han sido presentadas durante las últimas décadas por filósofos o artistas creativos,

Cf. LA FE QUE DA SIGNIFICADO A LA VICTORIA (*The Faith That Gives Meaning to Victory*, 1942), publicado por la Fundación para la Integración Humana, ahora desaparecida.

que creen haber bosquejado lo que podría ser un nuevo tipo de ser humano. El "hombre Gnóstico" de Sri Aurobindo puede haber sido uno de los primeros, así como la más inspiradora de estas nuevas Imágenes. Su gran obra LA VIDA DIVINA (*The Life Divine*) acaba con una magnificente visión de cómo podría ser dicho ente espiritualizado, en sintonía con las energías creativas y trascendentes del universo, y de la sociedad que podría edificar. Teilhard de Chardin tuvo también su visión del hombre del futuro, el *homo progressivus*. Charles Morris, en SENDEROS DE VIDA (*Paths of Life*), escribió sobre el "hombre Maitréyico", en una época en la que yo estaba delineando la figura del "Hombre de Plenitud" (LA ERA DE LA PLENITUD, y LOS CONFLICTOS DEL HOMBRE MODERNO: El Desafío Creativo de una Sociedad Global, *THE AGE OF PLENITUDE and MODERN MAN'S CONFLICTS: The Creative Challenge of a Global Society*, 1945). Oliver Reiser, Lancelot L. Whyte y unos cuantos otros, han buscado presentar nuevos ideales del sentido del ser humano, que son mucho más que la mera extrapolación de las tendencias actuales.

Cuán carente de vida y estéril puede ser tal proyección hacia el futuro de nuestra humanidad presente, lo demuestran ampliamente los escritores de ciencia ficción, que no suelen ser capaces de escapar al concepto del Tecnócrata, desarrollado entre las dos guerras mundiales. Este concepto, popularizado durante un tiempo por la organización de Howard Scott, la tecnocracia, se basa, en un último análisis, en la premisa de que el futuro pertenece a la ciencia moderna, a su particular rama de la tecnología, y a sus métodos intelectuales. Pero ¿es esto cierto, es ésta una premisa necesaria? ¿Hemos de postular que el sendero que tomó la mente científica y estrictamente racionalista del hombre occidental, hace tres o cuatro siglos en Europa, es un sendero que a la larga (o a la corta) demostrará ser básicamente válido para el óptimo desarrollo de las potencialidades inherentes al Hombre? ¿Qué pasa si nuestra rama europea del

humanismo, nuestro empirismo baconiano, nuestro cartesianismo, que al principio parecieron una reacción contra el dogmatismo medieval, no fueran esencialmente cuerdos y sanos, a pesar de lo que han conseguido? ¿A dónde conducirán estas consecuciones? ¿No será tal vez a una sociedad en la que los poderes de autodestrucción sean inherentes, como ya parecen ser inherentes a nuestra sociedad tecnológica presente?

No puedo discutir aquí tal posibilidad; ni puedo dar una precisa sugerencia sobre cómo nuestra ciencia occidental podría haber tomado otro giro hace cuatrocientos años, y cómo podría el hombre haber abordado a lo largo de muy diferentes líneas su búsqueda del conocimiento; pero una observación simplista podría darnos la clave.

Nuestra tecnología está basada en la destrucción de entidades materiales como un medio de liberar energía. Quemamos madera, carbón, petróleo; fragmentamos el átomo. Lo que se libera es "fuego" de algún tipo, y calor; y el resultado aparentemente inevitable de tales técnicas de liberación de energía es una considerable cantidad de productos de desecho más o menos venenosos. Nuestra atmósfera, nuestro agua (y el ciclo del agua en nuestro planeta es la condición para la vida), nuestro suelo, y en verdad nuestros cuerpos físicos, están siendo envenenados constantemente por nuestra tecnología en un grado que es probable que aumente en progresión geométrica en el futuro inmediato. Todos sabemos que esto es un hecho real, aunque nos gustaría más pensar que este hecho simplemente no existe. Salvo que tenga lugar un cambio radical en los impulsos sociales y personales de la humanidad de hoy en día, puede no haber un modo de solucionar este problema crucial, puesto que tiene sus raíces no sólo en las emociones de la codicia y el ansia de poder, sino también en nuestro especial enfoque intelectual del problema de la liberación de energía con vistas a su utilización.

Mas, ¿hemos de liberar energía, en el sentido de que la materia deba ser destruída a fin de efectuar tal liberación? La famosa fórmula de Einstein ha demostrado ser cierta; pero, por el modo en que ha sido utilizada, podría resultar destructora de los verdaderos valores humanos y la consecución espiritual. Einstein no pretendió que, a fin de tener energía y poder a nuestra disposición, hubiéramos que destruir materia. Cuando los hombres cruzaron los mares en barcos de vela, usaron *un poder que estaba ahí*. Ese poder estaba al alcance de la mente ingeniosa del hombre, la mente que sabe cómo adaptarse a las condiciones naturales y aumentar su rendimiento, para satisfacer las necesidades de existencia del hombre. La agricultura y la cría de ganado hacen uso del poder de la vida, el principio de multiplicación de las simientes; cuanto más favorables sean las condiciones ambientales, más efectivo será este principio de multiplicación de las simientes animales o vegetales. Puede pues hacerse que la Naturaleza trabaje directamente para el hombre en un verdadero compañerismo, un compañerismo creativo. Las energías de la naturaleza nos rodean. Todo lo que necesitamos es descubrir el modo de utilizarlas hasta su máximo u óptimo posibles. ¿Cómo sabemos que no estamos rodeados por energías planetarias, solares y cósmicas, que podrían ser usadas como el marino utiliza el poder del viento? En verdad, sabemos muy bien que tales energías no utilizadas nos rodean por todas partes, y nos permean a través. La gravitación y el magnetismo terrestre pueden ser débiles, pero podrían quizá ser concentrados, igual que la luz difusa es concentrada por una lente. Utilizamos ya la luz solar para calentar agua, y para proporcionar electricidad a instrumentos en órbita. Podemos aprender a usar lo que hoy en día llamamos neutrinos; y pueden haber muchos otros tipos de energías aún sin descubrir. Quizá comprendamos, tarde o temprano, que nuestros grandes experimentos científicos han sido programados de tal modo que sólo tenemos una distorsionada idea de lo que realmente son estas energías no usadas, una idea que hace muy difícil, si no comple-

tamente impráctica, su utilización efectiva y sana por parte del hombre. Pero tal comprensión tendría que superar la tremenda inercia generada por las consecuencias mismas de nuestra tecnología.

Lo que esto implica es que nuestra mentalidad occidental puede haberse desarrollado a lo largo de líneas que podrían, casi inevitablemente, conducir a algún tipo de catástrofe en un futuro no demasiado distante, a no ser que tenga lugar algún "cambio de mentalidad" fundamental. Soy lo bastante optimista como para creer que semejante cambio se puede producir; lo que parece imposible es que pueda tener lugar sin algún tipo de crisis radical (podría ser tanto telúrica como social o religiosa). No obstante, si tuviese lugar dicha crisis humana y planetaria fundamental, lo que seguiría a ella dependería en gran medida de lo producido como "ideas simiente" antes de la crisis. Si no caen semillas al suelo durante finales del verano o comienzos del otoño, no puede haber nueva vegetación tras la larga muerte invernal. *Producir tales "ideas simiente" es la función del verdadero filósofo, así como del verdadero artista creativo*; en un sentido profundo ambos son uno, aunque en términos de consecuencias externas puedan ser, y suelen ser, diferentes.

¿QUE ES LO QUE REALMENTE SE ESTA COCIENDO?

Si nuestra mentalidad occidental, su ciencia y su tecnología, han entrado en un "carril equivocado", ¿cómo encontrar el correcto?

Estos términos de "correcto" y "equivocado" sólo se han utilizado para atraer la atención del lector. No son los términos adecuados. El desarrollo de la mente occidental durante los últimos siglos, y quizá ya en Grecia tras Heráclito y Pitágoras, no ha de considerarse como erróneo, no más que la antítesis que sigue a la tesis en el proceso dialéctico. Pue-

de, no obstante, conducir a fines destructivos si no se hace operar el poder de la síntesis.

Sin embargo, muchos pensadores no entienden correctamente a qué se llama dialécticamente síntesis. La síntesis presupone, creemos, el “descenso” o enfoque, sobre el proceso considerado, de un principio de acción “superior” o más amplio. Algo del nivel superior, si es que podemos hablar de niveles, *debe intervenir* en el conflicto entre la antítesis y las formas obsoletas resultantes de la tesis original. Si no sucede así, entonces la energía revolucionaria de la antítesis degenera en una alianza impía con las formas obsoletas, que de este modo reciben una vida aparentemente nueva.

Tenemos un trágico ejemplo de dicho proceso en el nazismo; pues la base de la doctrina de Hitler era una adoración puramente tribal de la sangre, la cultura de un pueblo y la tierra. El estado tribal de la sociedad puede ser considerado como la tesis del desarrollo del hombre cual ser capaz de emerger de los compulsivos patrones de la biosfera; y originalmente contuvo en latencia la eventual liberación del espíritu humano. Pero si los imperativos biológicos del estado tribal, todavía existentes, se asocian por alguna razón al desarrollo antitético de la mente individualista, intelectual y analítica, es decir, al tipo de métodos de investigación usados por la ciencia moderna, como la vivisección y la interferencia con los procesos genéticos, entonces el resultado puede en verdad ser monstruoso.

Lo que el mundo moderno, hipnotizado por la ciencia, necesita, es una intervención de algún tipo de dominio superior, si es que el proceso de síntesis ha de tener lugar constructivamente, trayendo consigo lo que podríamos llamar una transfiguración de los valores humanos. Pero no hay porqué asignar ningún tipo de misticismo a los términos “superior” e “intervención”, aunque, por desgracia, puedan estar cargados de emocionalismo religioso y de un senti-

miento básico de frustración personal. Consideramos superior simplemente lo que es más amplio, más abarcante. El hombre tribal vive encerrado en un pequeño valle, regado por un pequeño arroyo. Desde la cima montañosa de la mente intelectual, la visión se extiende a un área más amplia, y los problemas que surgen de esta visión son los conectados con la conquista de este vasto espacio de la Tierra, con la comunicación entre los productos de distintos climas y los hombres de distintas regiones, lenguas y costumbres. La sociedad occidental ha tratado de enfrentarse a estos problemas a través de largos viajes, el comercio intercontinental y, algo casi inevitable, si consideramos esta fase de la evolución humana, el colonialismo y la esclavitud en una escala vasta e interracial.

Ahora la conciencia en la cima de la montaña está adquiriendo alas que circundan el mundo; esto podría significar la síntesis a un nivel superior y omniabarcante, en relación con el ser planetario de la humanidad. Pero el viaje circunglobal a través del espacio, e incluso llegar a la Luna (cuya órbita puede muy bien marcar las fronteras más externas del ser total de la Tierra), todavía nos plantea una elección crucial. Podría conducir a resultados negativos si la vieja conciencia tribal del hombre permanece efectiva de un modo maximizado y monstruoso, para animar los futuros empeños del hombre por organizar todo el planeta a lo largo de líneas tecnocráticas; esto podría en verdad dar como resultado una casi total destrucción. Los resultados positivos en que confiamos, requieren más de lo que el moderno tecnólogo y sus computadoras pueden producir; requieren una nueva fuerza espiritual, una radical transformación del carácter del hombre individual. Tal transformación inevitablemente demanda una nueva cualidad de relaciones interpersonales, y un nuevo sentido de los valores y los propósitos.

Podemos llamar a esto un “descenso” de poder espiritual o cósmico; podemos hablar de la necesidad de la venida de

una Manifestación Divina o Avatar antes de que comience realmente una nueva fase de la evolución humana, y un nuevo ciclo planetario. Podemos incluso creer que tal descenso del espíritu tendrá la forma de un fecundante contacto con la humanidad de un planeta más evolucionado, en este u otro sistema solar. En cierto sentido, la tarea del filósofo no es optar por tal o cual posibilidad. Esencialmente, es la de *preparar el terreno para un nuevo tipo de conciencia*, cualquiera que sea el modo en que este nuevo tipo de conciencia se haga verdadera y definitivamente operativa.

Para cumplir tal tarea, el filósofo debería primero investigar los comienzos mismos de la conciencia independiente en un ser humano, antes de que las interpretaciones condicionadas por la cultura colorean la formación de la mente. Debería tratar de entender, de un modo nuevo y fresco, los hechos más básicos de la existencia humana, con el menor número de prejuicios intelectuales y emocionales que sea humanamente posible. Debería generalizar e interpretar estos hechos, osadamente si es necesario, pero con humildad, tratando sobre todo de definir clara y simplemente posible, las palabras que utiliza para expresar experiencias a menudo inexpresables, y las sutiles imágenes de los sentimientos.

No podemos evitar el uso de palabras; y al hacerlo así nuestra conciencia es inevitablemente condicionada por la cultura, que ha producido y organizado tales palabras como símbolos colectivamente aceptados, para la comunicación entre mentes y psiques personales. De todos modos, si es posible, hemos de tener cuidado de no hacer suposiciones injustificadas, y no dar por hechos los juicios tradicionales y "morales". Ciertamente que no es función del verdadero filósofo ser apologeta de la ciencia moderna o de la tradición europea, con sus características religiosas y éticas.

El problema de los filósofos es que, cuando escriben, son personas maduras que construyen sus sistemas filosóficos

mayormente como respuesta a sus propias necesidades, sesgos y complejos emocionales e intelectuales. Lo que puede intentarse, sin embargo, repito, es empezar por los comienzos de la experiencia humana desde un punto de vista existencial no manchado por ningún *a priori* metafísico, tratar de experimentar igual que lo hace un niño recién nacido, y tratar luego de construir a partir de esta sensación-sentimiento primordial. Las respuestas a la vida y las creencias de los llamados “primitivos”, pueden también ser de gran valor en tal intento, siempre que no introduzcamos en ellas las reacciones de nuestras mentes “civilizadas”, y que no tratemos de justificar todo lo que no se ajuste a nuestras ideas preconcebidas respecto a la mente, el alma, el Ser y la experiencia de los elementos subliminales.

Si hemos de proporcionar un terreno virginal del que pueda gradualmente emerger una nueva comprensión, abierta pero consistente, de la existencia humana, y una evaluación creativa de su significado y propósito, en tal caso resulta necesario un enfoque fresco, no dogmático y flexible, liberado de los patrones familiares de pensamiento y sentimiento con los que se nos ha adoctrinado. Tal enfoque requiere que el filósofo haya pasado a través de una experiencia de autovaciado, y de lo que los budistas y muchos místicos llaman el Vacío (*sunya* en sánscrito). Un individuo debe arrojar su “vieja mente”, condicionada por la cultura y el lenguaje que moldearon y, directa o indirectamente, estructuraron su crecimiento, antes de que pueda ser testigo en su ser interior del emerger de la conciencia del Nuevo Hombre. Este es el proceso de la metanoia, la transformación de la mente (*nous*). Pero en la emergencia de una nueva filosofía de existencia está involucrado algo más que la mente; una repolarización y reenergización de los sentimientos y la imaginación son igual de necesarios.

Una filosofía no es sólo cuestión de conceptos, si por conceptos queremos decir el resultado de un proceso de

cogitación exclusivamente intelectual y racional. El psicoanálisis y todo lo que se ha derivado de él, han dejado absolutamente claro que prácticamente no podemos nunca disociar por completo a un concepto de algún tipo de sentimiento. La semántica general ha mostrado cuán cargadas de contenido emocional se hallan muchas palabras. Para captar el significado e impacto de las palabras, habremos de tratar de percibir las imágenes que tratan de transmitir a toda la psique de la persona que utiliza estas palabras, o que reacciona a ellas. Es por ello que al filósofo que se halla en el umbral de una civilización potencialmente nueva, y quizá, en verdad, de una nueva era planetaria, le resulta esencial vaciar su mente, sus sentimientos, toda su psique, de los viejos conceptos, los viejos valores y las viejas imágenes; y esto significa realmente liberarse de esta estructura egoica que ha sido extremadamente condicionada por las tradiciones y por la imaginaria interna de su familia y de su clase, su comunidad, su colegio, y toda su cultura.

La gente familiarizada con las tradiciones místicas de todos los países, a menudo se engaña a sí misma pensando que, tras alguna crítica experiencia de aparente "autoaniquilación" (quizá la experiencia de la "noche oscura del alma", de la que tanto se ha hablado), se ha renovado enteramente o ha renacido. Pueden haberse renovado en un sentido personal muy real, y sin embargo, permanecer muy atados, mucho más de lo que querrían admitir, a las viejas imágenes, sentimientos y conceptos de la cultura que formó su pensamiento. Es cuestionable si cuando Descartes tuvo su famosa experiencia (en la que trató de desnudar su mente de todo lo que pudiera eliminar como no esencial), experimentó realmente una profunda transformación de la mente. Pudo haber llegado a la conclusión "*siento, luego existo*", de no haber sido el producto de una cultura que tenía al intelecto y sus procesos racionales por los factores más esenciales del hombre. La imagen del Pensador ha sido central en nuestra cultura occidental. Constituía la grandeza de

dicha cultura, pero también sus limitaciones; pues, al glorificar oficialmente al proceso pensante, la razón y la ética dualista de “o esto o aquello”, el hombre occidental se vio forzado a dar un significado y valor negativo, o en todo caso inferior, a los sentimientos, y a todos los procesos no racionales vinculados a las facultades imaginativas e intuitivas.

Las que necesitan ahora ser transformadas, si hemos de experimentar globalmente una “mutación” básica en la conciencia humana, son las actitudes básicas mismas de tanto la mente como los sentimientos. El poder de fabricación de imágenes del ser total del hombre, su capacidad de “ver” la existencia de un modo diferente, dentro de un marco de referencia radicalmente nuevo (y no sólo un nuevo marco *intelectual* de referencia), y de “sentir” la existencia de un modo revirginizado, éste poder de fabricación de imágenes debe ser dotado de un carácter nuevo y mucho más conscientemente creativo.

En cuanto a esto, podemos aprender bastante de la filosofía eminentemente pragmática de la vieja India; pragmática en un modo que nos parece trascendental pero que, en su sentido básico, es eminentemente existencial a un nivel superior de la realidad. Podemos, sin embargo, esperar demasiado de la India, la China o Japón. Sus antiguas filosofías son esenciales como influencias liberadoras; pero liberarse del pasado de nuestra civilización es sólo el primer paso. Esta puede ser una experiencia catártica que nos deje flotando en algún tipo de vacío *subjetivo*, o fascinados por algún gran (o no tan grande) Personaje, cuyo papel histórico y espiritual podemos exagerar en una orgía de devoción ciega e inmadura.

Lo que cabe esperar de los individuos que han de ser “hombres semilla” para la Nueva Era, es una actitud bien diferente. Tales hombres, Padres de un mañana global, deberían ir un paso más adelante de la experiencia catártica y

ego-transformante, un paso creativo. Han de actuar en términos de la realidad *objetiva*; pero si fuesen principalmente filósofos, esta acción operará esencialmente al nivel de las imágenes y símbolos básicos, es decir, de las “ideas simiente” vivas y creativas. Esta puede ser una acción sumamente poderosa y efectiva, pues sin tales ideas simiente la cultura mundial que debería desarrollarse el próximo siglo carecería de cimientos sólidos. *Cualquier* cultura sólo puede desarrollarse a partir de ideas, imágenes y símbolos básicos, proporcionados por unos pocos hombres simiente que llegaron durante el último período de la cultura precedente. Incluso si parece haber un hundimiento violento y radical de esta cultura precedente, (una aparente solución de continuidad como la Edad Oscura que siguió al colapso del Imperio Romano), no obstante la nueva cultura debe desarrollarse al principio incorporando algunas de las ideas simiente y símbolos del pasado.

¡Cuántas ideas han sido sembradas durante los pasados cien años! Mi esperanza es que las que deberían ser diseminadas por este libro, tengan el poder de alimentar el crecimiento de los hombres y mujeres de la inminente Nueva Era, de una manera armoniosa, bella y serena, y que caerán en un suelo enriquecido con el estiércol de las tragedias superadas y bendecidas. Confío y espero que pertenecerán al lado constructivo de la gran mutación que está teniendo lugar, quizá no sólo en la humanidad sino a todo lo largo de la biosfera, y que jugarán un papel significativo, por pequeño que sea, en el proceso de desarrollo de una conciencia planetaria en las fructíferas mentes de seres humanos auto-consagrados y radiantes.

Capítulo dos

La experiencia humana primaria de la existencia y del tiempo

El punto de vista filosófico acerca del mundo sobre el que este libro se basa, es *holístico*; es decir, se apoya en la comprensión de que, lo que llamamos existencia, es un proceso que opera en todas partes en términos de *totalidades* en un estado de movimiento y actividad constantes. La física moderna nos ha revelado que incluso un pedazo de materia, aparentemente sólido e inerte, es un mundo de moléculas, átomos y partículas que se mueven a velocidades increíbles. La astronomía moderna habla de billones de estrellas y galaxias que se mueven también a enormes velocidades. Pero, tratemos de átomos, moléculas, cuerpos vivientes, planetas o galaxias, estamos tratando de totalidades existenciales, cada una de las cuales tiene una estructura más o menos compleja, y actúa como un todo de actividad. Constituyen campos de energía; irradian o liberan energías de distintos tipos. Están interrelacionadas, e interaccionan entre sí.

Todas estas totalidades, hasta donde somos capaces de experimentarlas, tienen un comienzo y un fin. Constituyen asimismo campos de actividad limitados. Sus energías componentes están integradas por algún tipo de "fuerza que las une", o poder holístico; operan en el tiempo y el espacio o, en otras palabras, tienen un limitado período de existencia, así como cierta "forma" espacial. Se puede hablar de su ciclo de existencia, un ciclo que puede quizá durar una millonésima parte de uno de nuestros segundos, o miles de

millones de nuestros años. Podemos también referirnos a ellas como macrocosmos o microcosmos, es decir: campos grandes o pequeños de actividades, galaxias o átomos interrelacionados.

El hecho de que la existencia sea aprehendida por nosotros en términos de totalidades de actividad interrelacionada, limitadas en el tiempo y el espacio, no implica, sin embargo, que, concebida en su sentido más general, la Existencia tenga un comienzo y un fin. No hay razón alguna para creer que sólo haya un universo que comenzó en determinado momento, y que terminará en algún estado final. Podemos, y así lo hago yo personalmente, postular una infinidad de ciclos existenciales, y una infinita posibilidad de campos espaciales que definen los límites de las totalidades existenciales. Sin embargo, aunque los ciclos de tiempo *y* los campos espaciales tienen un carácter finito, parece necesario, metafísicamente hablando, y quizá también psicológicamente, imaginar “más allá” de ellos un estado o condición que trascienda la existencia. Los filósofos han llamado a menudo a tal condición la no-existencia, pues ningún concepto o imagen existenciales pueden describirla; sin embargo deberíamos imaginar, inherente a ella, la capacidad de “producir” campos espaciales y ciclos de tiempo que definan totalidades universales siempre nuevas.

Brahman, en la India, se refiere tanto al estado de existencia como al de no-existencia. Incluye no sólo la posibilidad, sino también la actualización, a través de procesos cíclicos operantes dentro de los finitos campos cósmicos, de una infinita variedad de modos y formas de existencia; trataré en posteriores capítulos de definir, en términos más modernos, un cuadro similar de la “realidad” última.

Sin embargo, el propósito principal de este libro no es el desarrollo de un tipo de metafísica detallada y rigurosamente construída. Lo que aquí se pretende es presentar sólo los

aspectos o elementos de tal visión mundial omni-incluyente, requeridos para aportar un fundamento significativo y adecuado a una comprensión creativa, y orientada hacia el futuro, de los problemas básicos a los que ahora se enfrenta la humanidad.

Estos problemas no pueden ser encarados adecuadamente en términos de una extrapolación hacia el futuro de las presentes tendencias tecnológicas. Han de ser solventados esencialmente al nivel de un cambio básico de la conciencia humana. Se necesita una filosofía holística como marco de referencia para la nueva actividad global de la humanidad, pues sin tal filosofía la esperada sociedad mundial del mañana es muy probable que se desarrolle a lo largo de líneas que representan una traición de los más nobles ideales del hombre.

Términos tales como filosofía, existencia y holístico no deberían ser mal entendidos. No son utilizados en el espíritu intelectualista que prevalece hoy en día en la mayoría de los círculos académicos de América. Ya he definido la filosofía como *una investigación del carácter básico y las implicaciones de la existencia humana*. En cuanto al término existencia, se halla libre aquí de cualquier asociación estrecha con una u otra de las recientes escuelas de pensamiento y sentimiento cubiertas por el término genérico de Existencialismo. Básicamente, la existencia es un estado de ajuste y transformación incesantes y dinámicos, en el que actividades de diversos tipos se hallan interrelacionadas, y más o menos permanentemente integradas, en un campo de fuerzas estructurado por algún tipo de poder cohesivo efectivo dentro de límites de espacio y tiempo más o menos específicos. Este poder estructurador opera a diversos niveles en una variedad de modos. Su operar es holístico (del griego *olos*, que quiere decir "total"). Sin él no podrían haber totalidades existenciales, sino sólo un indefinible caos de movimientos al azar.

Un hecho básico de la experiencia humana es que, mientras que el estado de existencia implica incesantes cambios y ajustes a algún tipo de entorno, revela asimismo indiscutibles manifestaciones de orden. La percepción del cambio, y la comprensión de que este cambio está permeado por factores estructurantes que implican algún tipo de orden y propósito globales, constituyen los dos hechos fundamentales de la existencia humana. Conforme el hombre busca entender el carácter básico de su existencia, y de orientar su conciencia hacia la posibilidad de aumentar su bienestar, ha de tomar en consideración estos dos aspectos de la existencia: cambio y orden. Todo cambia, y los acontecimientos se suceden uno a otro en una secuencia anodante, que sugiere el puro azar y la falta de sentido; sin embargo, el hombre puede descubrir que bajo este juego superficial de impredecibles sucesos y transformaciones internas está operando un principio de orden, un poder holístico y estructurador. Conforme los seres humanos desarrollan su capacidad para percibir este principio de orden en sus diversificadas manifestaciones, adquieren la capacidad de utilizar el conocimiento así obtenido y transmitido de generación en generación, para controlar su entorno y tener una existencia más segura y plena.

Las afirmaciones precedentes no son el mero resultado de la especulación intelectual, ni se derivan de sistema religioso alguno, oriental u occidental. Se basan simple y directamente en los hechos primarios de la experiencia humana. Se refieren a un modo directo, existencial o fenomenológico, de abordar lo que todo infante experimenta tras nacer de la protectora envuelta del útero de su madre, y conforme su conciencia de existencia gradualmente se desarrolla y toma una forma específica. Dicho tipo de enfoque directo y existencial es necesario hoy en día, pues nos encontramos, en este momento crucial de la evolución del hombre, en una condición en la que nos vemos retados a considerar de un modo nuevo y fresco, y a re-pensar creativamente, mucho

de lo que hemos dado por supuesto durante la era cristiana que ahora concluye. Necesitamos, pues, un comienzo fresco. Necesitamos cuestionar los primerísimos momentos de cualquier ciclo existencial. Deberíamos intentar captar las cosas más primarias de la experiencia humana; y esto implica tratar de mirar a la existencia a través de los ojos de un recién nacido.

LAS EXPERIENCIAS DEL CAMBIO Y LA PERIODICIDAD

En su más primaria percepción de la existencia, el infante humano es el recipiente pasivo de una continua secuencia de impactos que afectan a sus sentidos, y de presiones que alteran cualquier sentimiento que pueda tener de los procesos y necesidades orgánicos internos. Sensaciones y sentimientos *pasan*, como si dijéramos; nada parece permanecer igual. Golpes, sensaciones, sentimientos de dolor o bienestar, se suceden uno al otro. Cualquier percepción que haya, debe ser difundida a través de un sistema nervioso y un cerebro que simplemente registra y reacciona de acuerdo a reflejos primordiales. Hay *sentiencia*, como en todo organismo viviente (y probablemente, aunque sea del modo más rudimentario, en toda forma de existencia). Pero lo que llamamos conciencia en un sentido humano, lo que Teilhard de Chardin llama "conciencia reflexiva", sólo se desarrollará progresivamente; aunque a una velocidad realmente asombrosa, si tenemos en cuenta todo lo que se halla implicado en el proceso. En este sentido del término conciencia, todo ciclo de existencia individualizada comienza en un estado de inconsciencia al menos relativa. Y sin embargo es evidente que todo ciclo particular de existencia está relacionado con el pasado, sea en un sentido "kármico" individual, o en términos de herencia. Los ciclos pasados legaron ciertas tendencias al recién "existente", y éstas actúan como factores estructuradores en el nuevo organismo.

El hecho primario de la existencia es un campo orgánico de actividad. El organismo—como—un—todo reacciona a las sensaciones, y a las necesidades interiores de sus diversas funciones; pero al principio estas reacciones no son referidas a una estructura o centro de percepción ni siquiera relativamente permanente. El recién nacido no se conoce a sí mismo como existiendo separado de un mundo exterior. No diferencia entre interior y exterior. Su sistema nervioso sólo registra sucesos que se siguen uno al otro como series de estados, movimientos y reacciones orgánicas. Si las reacciones son diferentes en cada bebé, se debe simplemente a que todo organismo humano difiere en algún respecto de otros organismos humanos, tanto en substancia como en estructura de campo.

Llega un momento en que algo en este organismo se percata de que ciertos impactos, impresiones y sentimientos, que le hacen vibrar y reaccionar, *ya han sido sentidos*. Las reacciones que siguen a estas sensaciones—sentimiento también tienen el carácter de haber sido previamente experimentadas. Esta percepción de lo “ya sentido” y de lo “ya reaccionado a”, debe al principio ser vaga; pero rápidamente adquiere mayor precisión. Muy pronto, así parece, el sistema nervioso del organismo infantil registra el hecho de la *repetición*.

Este sentimiento de repetición es el fundamento mismo de la conciencia orgánica. Gradualmente transforma la percepción pasiva de una secuencia constantemente cambiante de sensaciones y sentimientos (que se suceden uno al otro sin advertirse relación entre ellos), por una conciencia de *patrones reconocibles*. Ciertas secuencias de acciones y reacciones devienen aisladas, adquiriendo una forma reconocible y un propósito definido al nivel de las necesidades orgánicas. Conforme se entiende que la secuencia de día y noche, luz y oscuridad, hambre y satisfacción se repiten, conforme el cerebro del niño registra que la liberación de

tensión dolorosa es repetidamente seguida por las consoladoras acciones de la madre, un primitivo sentimiento de *orden* emerge del caos original de siempre cambiantes secuencias de acontecimientos.

Si se asegura la repetición, la previsión es posible. La más primitiva percepción de la repetición de sucesos diarios, deviene gradualmente una definida expectativa de lo que uno ha previsto. La *predecibilidad*, y el orden encontrado inherentemente en la naturaleza, constituyen por tanto un segundo elemento que entra en la experiencia humana. Hay un cambio constante; pero también hay orden, regularidad, periodicidad y ritmo de existencia. Estos dos elementos de experiencia existencial son fundamentales. Todo lo que es humano se basa en ellos; y el gran problema para el individuo, así como para la sociedad, es determinar los valores respectivos de cada uno de estos dos elementos de nuestra experiencia.

Una de las principales preocupaciones de la sociedad humana, sea antigua o moderna, es la de expandir, por un incesante esfuerzo colectivo, el área en la que los hechos existenciales se presentan a la mente como elementos ordenados y predecibles de la experiencia humana, y haciéndolo así reducir lo más posible el dominio en el que puedan tener lugar el azar, lo impredecible, lo irracional y lo traumático. Este esfuerzo colectivo está en la base de todo lo que llamamos cultura, religión, ciencia, civilización. Cuando el sentido del orden se halla satisfecho, y el principio de la capacidad de predecir recibe la forma consistente y digna de confianza de las leyes naturales y de la estética, así como de las fórmulas científicas, entonces la seguridad reina.

Este sentimiento de seguridad es tan necesario en la esfera psicológica como en la vida física y social del hombre. El hombre tiene una necesidad esencial de sentirse actuando en un entorno donde encuentre mayor o menor evidencia

constante de una orden fundamental y en el que pueda confiar. También necesita sentirse seguro de sus propias reacciones, y de sus respuestas a los cambios interiores que gradualmente le transforman, desarrollan o envejecen. El sentido del ego, como veremos, es una manifestación del sentimiento de ese orden interno que rige las reacciones y conflictos de la existencia individual.

Concebido en su estado más ideal y universal, este sentido del orden es a lo que llamamos razón. Pero cada persona puede asimismo tener "sus razones", es decir, su propio orden intelectual y psíquico. Si tal estado de orden interior se ve amenazado, surge la inseguridad. Esta inseguridad puede devenir una suerte de cáncer que convierta las fuerzas vitales del organismo en energías de destrucción; puede asimismo producir fantasías e ilusiones que busquen edificar un orden ficticio como sustituto del desorden de una vida psíquica desviada o frustrada por situaciones, sucesos impredecibles o reacciones inconscientes que no eran esperados y producían un shock.

Y sin embargo, esta necesidad de orden puede convertirse en un tirano. A menudo da al intelecto, y a las rígidas formas del pensamiento racional, un poder que puede destruir la capacidad de sentir directamente, y de experimentar espontánea y libremente, el acelerado flujo de acontecimientos, sentimientos y relaciones que constituyen la substancia primaria de la experiencia humana. Una necesidad exagerada del orden exterior que una cultura y una tradición colectiva satisfacen, y de un orden interior que se manifiesta en las exclusiones, los rechaces y los temores de un ego más o menos rígido y orgulloso de sus propios estructuras, puede envolver, destruir u obstaculizar todas las relaciones interpersonales que pudieran transformar el orden establecido. Una existencia congelada en un orden tradicional que no deja lugar para posibilidad alguna de cambio radical, deviene una parodia de la existencia, pues la existencia es

esencialmente movimiento, flujo, espontaneidad y creatividad.

Por encima de todo, la existencia es relación. Ningún existente nace aislado; nace en un vasto campo de actividades que demandan su participación. Su conciencia es formada por el ejercicio de su capacidad para entrar en relación con otros, y especialmente con compañeros cuyos ritmos individuales puedan unirse a los suyos, fortaleciendo, extendiendo y refinando de este modo su ritmo. Sólo la relación puede realmente transformar el patrón de una existencia individual. Y entrar en relación no es meramente reaccionar a algo o a alguien que te toca; es, para el ser humano verdaderamente consciente, "encontrar". La conciencia se afirma y amplía por la misteriosa gracia liberada por los "encuentros" totales y espontáneos. Tal encuentro resulta sumamente difícil, si no imposible, cuando los que se encuentran han sido condicionados a depender de alguna forma de orden estrecho y rígido, impuesto por su sociedad.

Por lo tanto, un ser humano necesita experimentar profundamente *dentro de sí* un estado de orden y seguridad que le permita enfrentarse, conscientemente y en condiciones de fuerza positiva, con el incesante desenvolvimiento de sucesos y el variado encontrarse con otros seres vivos. Sin este profundo sentimiento, y un conocimiento del orden que estos eventos revelan a la mente que los contempla objetivamente, la persona individual puede devenir realmente confusa, sorprendida o aturdida. Por otro lado, si este sentido de orden y estructura gobierna su existencia de un modo rígido, controlando celosamente sus respuestas a todo lo que encuentra en su campo de actividad, este campo inevitablemente se hace más estrecho cada vez; pierde su dinamismo, y se anquilosa en el formalismo y el egocentrismo estéril. Tal situación puede fácilmente conducir a una actitud ambivalente hacia todo lo que se deriva de la necesidad de orden para cualquier modo de existencia,

particularmente en la actividad social o cultural. Es así que uno de los grandes problemas a los que se enfrenta el hombre o una sociedad es: ¿Cuánto orden o comportamiento patrón se requiere para el desarrollo humano óptimo? Más aún, lo más importante no suele ser la "cantidad", sino la "calidad" del orden y la seguridad; es decir, si el orden es verdaderamente constructivo y esencialmente fructífero.

Desgraciadamente el concepto de orden y seguridad ha sido presentado por cientos de filósofos y teólogos de una manera que, por idealista que haya parecido, ha dado como resultado un falso sentido de las realidades existenciales. Dió origen a tendencias que muy a menudo han destruido o pervertido el sentido profundo de la existencia integral del hombre. Demasiado a menudo, ¡ay!, estos líderes oficiales de la sociedad y de la religión han concebido el dinamismo del proceso de cambio y el principio de orden estructural, como opuestos absolutos e irreconciliables. Más aún, han presentado este principio de orden como algo externo a la existencia, y en verdad pre-existente; y esto ha conducido a trágicos resultados, tanto social como psicológicamente.

Con seguridad que el hombre experimenta la existencia bajo un doble aspecto; pero el principio de cambio perpetuo y el principio de orden cósmico no se oponen entre sí. Se interpenetran por todas partes y en todo momento. El orden es inherente al cambio existencial. No habría que imaginar, como han hecho muchos pensadores religiosos, un mundo de orden (racional), completamente distinto de un mundo de la existencia (en un estado de cambio perpetuo, un mundo de pasiones y sufrimiento). *La existencia es una sola*; y la existencia es ritmo y melodía combinados, para quien puede aceptarla en su totalidad. El ritmo establece el tipo de orden del movimiento existencial; la melodía es la substancia del flujo de acontecimientos y sentimientos o imágenes internos. Este flujo se produce en un constante estado de improvisación, y sin embargo desarrolla los temas funda-

mentales que limitan la emergencia de posibilidades existenciales, sin restringir el carácter y la cualidad de las relaciones entre todo lo que toma forma dentro de este vasto y maravilloso "río de la vida".

El orden no es sobreimpuesto a la existencia por un poder externo; es el ritmo mismo del proceso de la existencia. Y este ritmo, considerado como un principio cósmico, es a lo que llamamos tiempo.

EL TIEMPO EXISTENCIAL

Desde un punto de vista existencial o fenomenológico, el tiempo es simplemente una abstracción de la percepción del cambio incesante. El cambio implica modificaciones sucesivas de los contenidos de la experiencia-sensación de la existencia. Todo ser humano (y probablemente, aunque de modo más impreciso, cualquier totalidad organizada de actividad) tiene un "sentido del tiempo", por la simple razón de que los sentimientos de su organismo y las impresiones que le asaltan cambian constantemente. Este cambio puede parecer más o menos rápido, o incluso parece detenerse casi por completo si la atención del organismo (y posteriormente del ego consciente) se adhiere por algún tiempo a lo que está sucediendo en este momento; no obstante, el hecho básico de la experiencia humana es la percepción de una continua sucesión de sentimientos-sensaciones que se entremezclan. La existencia es una continuidad de modificaciones, en cambio permanente, de los contenidos del "campo de la existencia"; y el sentido primario del tiempo es una percepción de este hecho.

Tal percepción tiene al principio un carácter puramente pasivo. La conciencia naciente de los hombres primitivos y de los niños flota, como si dijéramos, en el torrente de la existencia. La vida "pasa"; pero, en esa etapa de percepción,

el hombre no se siente realmente a sí mismo como algo separado del torrente. Se identifica con él. Reacciona ante él de un modo orgánico (u organísmico); en verdad, de una manera pasiva. Esto significa que la experiencia primordial del cambio no es un sentimiento de la sucesión de "eventos" separados e identificables, sino más bien el sentir un flujo continuo. La existencia fluye no sólo por el recién nacido, sino todo *a través* de él.

Como el tiempo no está al principio separado de la experiencia del cambio, la más primitiva percepción del tiempo puede ser llamada la experiencia de un continuo "pasar". En tal experiencia no puede haber percepción diferenciada de momentos "sucesivos"; tal diferenciación llega en una segunda etapa de desarrollo del sentido del tiempo. Surge en la conciencia naciente cuando el organismo infantil comienza a adherirse a un sentimiento particularmente agradable, y se esfuerza por retenerlo; o bien si ha sido golpeado por una sensación tan dolorosa que la conciencia retiene una persistente percepción de lo ocurrido. Como resultado, este particular sentimiento adquiere un especial carácter de distinción, y el sentido naciente del tiempo cristaliza, como si dijéramos, alrededor de este sentimiento. Se siente que el impresionante "evento" ha ocurrido en un "momento" particular.

La palabra francesa para "ahora" es *maintenant*; y esta palabra viene del verbo *maintenir*, mantener. El concepto del ahora surge del hecho de que el niño busca mantener o, si esto no es posible, recordar, lo que ocurrió en un momento distintivo. Cuando realiza un esfuerzo semejante, la pasividad del bebé hacia la existencia y el tiempo comienza a transformarse; cesa de identificarse (inconscientemente) con el proceso mismo del vivir orgánico y de los continuos cambios en su estado existencial. Ha creado una "tensión hacia" algún tipo de suceso que le trajo una particular sensación o estado orgánico de bienestar, un estado que le dió

placer o que despertó en él un sentido instintivo del peligro. Ha empezado a aprender a concentrarse y a fijar su atención.

El fenómeno psicológico de la atención es realmente el fundamento mismo de lo que, existencialmente hablando, se desarrolla como el aspecto individualizado de la conciencia. Cuando el organismo humano fija su atención sobre una particular fase del continuo "pasar" del torrente de sensaciones y sentimientos, lo que estaba pasando ha devenido de repente pasado. Cuando, más aún, la conciencia naciente cae en la cuenta de que ciertos sentimientos-sensaciones ya han ocurrido, y que el organismo reaccionó de la misma manera ante la experiencia repetida, una categoría de experiencias adquiere un carácter específico, esto es: pertenecen al "pasado". Inevitablemente, la experiencia de la repetición y de los sucesos pasados conduce al desarrollo de un sentimiento simétrico del "futuro", basado en la expectación del retorno del agradable o doloroso cambio de estado orgánico. Lo que "ya" ha pasado varias veces podría ocurrir "de nuevo". Uno aguarda el nuevo suceso "en el futuro". Es sólo cuando la atención deja de identificarse con el "pasar", y se dirige alternativamente hacia el pasado y el futuro, que la comprensión del "momento presente", el ahora, se desarrolla en la ya algo objetivada conciencia del jovencísimo niño.

Este proceso de desarrollo del sentido del tiempo y del cambio, desde el sentimiento del "pasar" hasta la percepción de pasado-presente-futuro, no ha sido bien entendido. Sin embargo, tal comprensión es sumamente esencial si queremos evaluar adecuadamente muchas de las ideas que han sido postuladas en lo concerniente a la naturaleza del tiempo, y particularmente la glorificación del "ahora", es decir, de "vivir en el presente", y de un "eterno Ahora". Creo que gran parte de la confusión se debe a no comprender el carácter del más primitivo sentido del tiempo, el del pasar.

Vivir con una conciencia de este pasar que no diferencie entre pasado, presente y futuro, *no* es vivir en el Ahora. El niño pequeño no vive en el presente. Su conciencia flota en el torrente del pasar, constantemente abofeteado por el moviente panorama de las sensaciones y por la alteración interna de los estados orgánicos. Es sólo cuando la conciencia del ego y el desarrollo religioso e intelectual de la mente congelan la experiencia primaria de la existencia y el tiempo en categorías definidas, (pasado, presente y futuro), que el sentido del tiempo se vuelve estrictamente objetivado y rígidamente definido, siendo luego medido por medios colectivos tales como las campanas de las iglesias medievales y, posteriormente, por instrumentos de tiempo o relojes individuales. Pronto surgen toda clase de problemas referidos a lo que se llama tiempo, tales como “estar a tiempo”, “no haber tiempo”, “el tiempo es oro”, “esclavo del tiempo”, etc.

El sofisticado concepto del Ahora surge como resultado del rehusé a preocuparse por el pasado, y a hacerse expectativas conscientes de futuro. Sintién dose limitado por el tiempo, y atemorizado por lo que le parece, en lo que concierne a su cuerpo y su vida personal, como el fin del tiempo, el hombre comienza a soñar, y a aspirar hacia un estado de existencia en el que el tiempo ya no ponga límites a su actividad, es decir, hacia un estado de inmortalidad. Los filósofos traducen el sueño como una condición atemporal del Ser, dotado de una conciencia que trasciende todos los cambios existenciales. Para una conciencia así todas las formas de existencia están integradas o armonizadas en un Eterno Ahora.

Hablar de un Eterno Ahora es postular una condición completamente estática del Ser, más allá de todos los cambios. Esa condición trascendente de un Ser estático y que todo lo abarca, se postula en contraste al estado dinámico y siempre cambiante de la existencia universal, tejida en la urdimbre del tiempo. Sin embargo, la mayoría de

los pensadores religiosos dicen que ambos estados no son mutuamente excluyentes; la "Realidad" incluye a ambos. Se dice, más aún, que el hombre, en su condición ideal y perfecta, puede llegar a experimentar en su conciencia el estado trascendente y atemporal, mientras que, como organismo físico, opera en la condición existencial del cambio incesante, y bajo el control de los ineluctables ritmos del tiempo.

Hay, sin embargo, un aspecto del tiempo que no ha sido aceptado, probablemente porque no ha sido comprendido por la gran mayoría de los pensadores del mundo occidental. Me refiero al concepto cíclico del tiempo, un concepto que, de haber sido aceptado por la sociedad cristiana europea, habría hecho posible que surgieran los rasgos más indeseables y trágicos de nuestra civilización occidental. El concepto de los ciclos universales era, desde luego, bien conocido en la India, así como en China. Los primeros líderes de la Cristiandad, particularmente en el Concilio de Constantinopla, denegaron la validez de este concepto, sobre el que puede basarse toda una visión del mundo. Y esta negación (relacionada con el afán de presentar a Cristo como el "único" Hijo de Dios, y de considerar a la vida humana y a la personalidad como la "única" manifestación existencial de un Alma trascendente creada por Dios), ha tenido consecuencias extraordinariamente amplias y de largo alcance, que han alcanzado ahora un estado crítico.

EL TIEMPO HOLISTICO Y EL TIEMPO DIMENSIONAL

Cuando se habla de "ciclos", la mayoría de los intelectuales occidentales suelen relacionar este término, o bien con el estudio empírico de algún fenómeno natural o social (por ejemplo, ciclos en la multiplicación de ciertas especies animales, y ciclos de productividad económica, de las subidas y bajadas de los stocks), o bien piensan de inmedia-

to en el concepto de Nietzsche del “Eterno Retorno”. El concepto de ciclo aquí presentado se refiere a algo muy diferente, a saber: a lo que llamo un concepto “ciclo-cósmico” de la existencia, que se aplica a toda forma de totalidad organizada de actividad.

La premisa básica en tal visión holística del mundo es que la existencia se manifiesta a todos los niveles en términos de totalidad, esto es, de campos organizados de actividades interdependientes hechas posibles por energías de diversos tipos. Estos campos han definido más o menos claramente fronteras en el espacio. Comienzan con una limitada liberación de energía, y una serie de potencialidades definida (por compleja que ésta pueda ser). Estas potencialidades se actualizan con mayor o menor éxito durante el período de operación efectiva de estos campos; y esta operación llega a su fin tras haber producido resultados característicos, algunos positivos, otros negativos. Es decir, las totalidades existenciales tienen un lapso de existencia limitado, durante el cual opera un proceso de actualización de las potencialidades liberadas al comienzo de la existencia de esta totalidad.

Este proceso contiene una serie de fases, una serie con estructura definida. Es una totalidad en el tiempo, o mejor dicho, una *totalidad temporal*, esto es, un ciclo; y opera dentro de las fronteras finitas de un *campo espacial*. Lo que llamo ciclo es una totalidad temporal; lo que llamo campo es una totalidad espacial. Toda totalidad existencial ha de ser, pues, considerada como un *ciclocosmos*, pequeño o grande en relación a la posición del hombre en la escala de tamaños de nuestro universo. Sea un macrocosmos o un microcosmos, una galaxia o un átomo, es una totalidad existencial, y exhibe las características esenciales de la totalidad: extensión, duración, y estructura o forma.

Tiempo y espacio, así considerados, son factores básicos de la existencia; pueden ser considerados como principios

universales. El *tiempo* se refiere al hecho de que un particular impulso creativo libere a la existencia cierto *cuanto* de energía, necesario para actualizar una serie definida de potencialidades; y a que fundamentalmente el proceso existencial de actualización de estas potencialidades debe terminar cuando la energía se agota. Pero el tiempo también se refiere al hecho de que, a todo lo largo del período de existencia de la totalidad, opera un poder estructural que tiene inercia, es decir, que asegura que el proceso-como-un-todo opere, fase tras fase, hacia el final-omega inherente al comienzo-alfa; y esto a pesar de un factor opositor que tiende a alterar la pureza estructural del proceso.

Este otro factor es el espacio. Mientras que el tiempo es esencialmente un principio unitario que controla en sus líneas generales el proceso de existencia que comenzó en la "unidad" como un impulso creativo original, el espacio se refiere esencialmente al principio de relación. Se refiere al hecho de que ninguna totalidad existencial existe sola. Se halla constantemente en relación con otras totalidades; y la relación crea movimiento y extensión espacial. Las energías de los campos espaciales no sólo están en un estado de interrelación mútua, sino que además su interacción genera un exceso de energía que el campo no puede contener y que, por consiguiente, al menos normalmente, irradia hacia un entorno lleno de otras totalidades. Toda totalidad se halla relacionada, directa o indirectamente, con todas las otras totalidades "en su vecindad"; y el término vecindad debería extenderse para incluir a totalidades en el pasado al menos reciente, y en el futuro más o menos cercano, pues espacio y tiempo se relacionan, pero no en el sentido en que los físicos modernos hablan de espacio y tiempo. Se relacionan de un modo parecido a como el Yin y el Yang se relacionan en el símbolo chino del Tai Chi.

En la concepción holística del tiempo como un principio universal, éste es un elemento objetivo de la existencia. Es

un factor cíclico, no en el sentido de que una serie de sucesos en el tiempo se repetirán serialmente en una sucesión de totalidades (sean totalidades galácticas o personas individuales), sino en el sentido de que el proceso de la existencia pasa a través de una serie de fases, una serie que define la estructura temporal del proceso de desarrollo de esta totalidad de principio a fin. Lo que el tiempo define *no son los eventos existenciales mismos, sino la estructura del proceso cuyo contenido constituyen estos eventos*. Representa, en términos religiosos, la Voluntad del Creador, una Voluntad que probablemente sea mejor comprender en términos de inercia, esto es, de resistencia a desarrollos que alterarían básicamente, aunque no en los detalles existenciales, el curso del proceso existencial, dañando sus resultados finales, su “cumplimiento seminal”.

Encontramos aquí de nuevo el contraste entre la experiencia del cambio y la del orden o estructura. La experiencia del cambio se basa siempre en el factor de la relación. Si el bebé experimenta dolor cuando está hambriento, este sentimiento orgánico de hambre se refiere a un cambio metabólico y químico en la relación existente entre las diversas células y órganos de su cuerpo; si cae de su cuna y se golpea la cabeza, esto significa un cambio en las relaciones externas entre su cuerpo y los objetos que le rodean. El tiempo, por otra parte, se refiere al proceso interior de desarrollo de su conciencia de existir como un todo existencial, un organismo, y posteriormente como una persona individual. Este proceso tiene un ritmo definido, una particular velocidad de desenvolvimiento, y puede ser necio acelerarlo proporcionando al niño una sobredosis de relaciones externas, las cuales traen problemas que su organismo-como-un-todo puede no ser capaz de manejar adecuadamente.

El tiempo es también el ritmo de desenvolvimiento de todo el entorno planetario en el que el hombre se halla inmerso,

como un embrión dentro del útero de la madre. En este aspecto hallamos el tiempo expresado como la alternancia del día y de la noche, y la de las estaciones. El tiempo se expresa también en el poder estructurante que todo el sistema solar y sus energías tienen sobre el planeta Tierra, y especialmente sobre la biosfera en la que el hombre vive, se mueve y tiene su ser.

Toda totalidad es parte de una totalidad mayor, así como continente de totalidades menores, sobre cuyas actividades ejerce un control estructural y rítmico.

Esta afirmación es básica en la filosofía holística de la existencia presentada en este libro. Expresa un hecho incontrovertible de la experiencia humana, no una teoría. El cuerpo humano, en su conjunto, contiene billones de células que, a su vez, contienen miríadas de átomos, dentro de los cuales giran partículas subatómicas u ondas de energía a velocidades fantásticas. Al mismo tiempo, un organismo humano se halla contenido dentro del campo planetario de la Tierra, dentro del cual, como luego veremos, la humanidad-como-un-todo realiza una función cuasi-orgánica. Y la Tierra es una totalidad de actividades organizadas e interdependientes, dentro de la gran totalidad constituida por el sistema solar, que es uno de los miles de millones de campos estelares de organización dentro de la galaxia.

¿Podemos seguir hablando de metagalaxias o universos finitos? ¿No existe final para esta relación de totalidades menores a totalidades mayores? No es éste el lugar de discutir este problema metafísico, excepto para afirmar una vez más que no parece haber razón lógica por la que debieramos detenernos en algún punto, y ante tamaño alguno de totalidades, aunque el hecho de que el tamaño del cuerpo humano parezca estar justo en medio entre las unidades existenciales más grande y más pequeña conocidas, puede indicar que todo este cuadro de la escala de ta-

maños de totalidades existenciales es antropocéntrico. Incluso si es así, sigue siendo cierto que participamos en las actividades de totalidades mayores, igual que totalidades menores están participando en las actividades de nuestro organismo humano total, una participación que puede producir bienestar o enfermedad.

MEDIDA CIENTIFICA TEMPORAL DEL MOVIMIENTO Y DEL DESPLAZAMIENTO

En la filosofía de Bergson (cf. EVOLUCION CREATIVA) se hace una neta distinción entre lo que el filósofo francés denomina *la durée* (la duración), y la clase de tiempo que entra en las ecuaciones de la física moderna y de la ciencia en general. La "duración" se refiere a los continuos de sucesos experimentados por los organismos vivos y por la conciencia inherente a ellos. Este continuo tiene una dirección definida y un movimiento irreversible. Por tanto, el concepto bergsoniano de duración es similar al del tiempo experimentado por una totalidad existencial como "el pasar", esto es, antes de que el concepto de momentos separados (de unidades de tiempo, podríamos decir) domine en la conciencia intelectualizada del ser humano.

Tan pronto como hablamos de unidades de tiempo y de momentos que tienen un carácter separado y recordable, el factor de discontinuidad entra en la conciencia; y la discontinuidad permite *medir*. Se ve que un cierto número de unidades de tiempo ocurren entre el principio y el fin de un proceso existencial. El proceso adquiere por tanto una longitud mensurable, una longitud de tiempo, y el "tiempo dimensional" substituye a la "duración" bergsoniana, al menos en algunos casos cuyo número se halla en constante aumento.

¿Qué es lo que implica el concepto de medida? Implica una transformación, de la percepción primaria y subjetiva

(u organísmica) del cambio, a un sentido objetivo de *algo en movimiento*. El concepto de movimiento implica tiempo, tiempo basado en la sucesión de estados identificables, de los que un centro-de-conciencia se separa lo suficiente, como observarlos y medir su progreso y velocidad. Cualquiera cosa que pueda ser observada objetivamente y medida, tienen "dimensión". Los objetos tienen dimensiones espaciales: longitud, anchura, altura. Cuando se ven en movimiento, éste adquiere también una particular clase de dimensión que es el tiempo dimensional. La ciencia moderna habla de ella como la cuarta dimensión.

El tiempo científico es el substrato de todas las operaciones que se refieren a la medida del desplazamiento de objetos en el espacio. Como medir implica alguien que mide, la conclusión inevitable es que los resultados de cualquier tipo de medida deben ser referidos a quien hace la medida. Por consiguiente, los valores pertenecientes al ámbito del tiempo dimensional sólo existen cuando se consideran en términos de un marco de referencia, esto es, en relación con el observador como, al menos, un medidor potencial. De aquí resulta el concepto einsteniano de la relatividad de todo movimiento, y el establecimiento de un marco de referencia espacio-temporal para todas las medidas científicas.

Al principio pareció obvio que, en términos del tiempo dimensional, cualquier movimiento podría ir tanto "hacia atrás" como "hacia delante" en la dimensión tiempo; es decir, pasado y futuro parecían ser tan intercambiables como derecha e izquierda, oriente y occidente, arriba y abajo. Es así que la fantasía de "viajar en el tiempo" se convirtió en un tema preferido para las imaginativas mentes de los escritores de ciencia ficción. Sin embargo, algunas observaciones y experimentos recientes han sugerido que el movimiento en el tiempo dimensional no es reversible, y que al menos los procesos biológicos se mueven en una dirección definida y no pueden invertirse.

El cuadro entero creado por el concepto de un tiempo puramente dimensional, es en verdad extraño y confuso, aparte de contradecir la experiencia básica y el sentido común del hombre. Un continuo espacio-tiempo tetradi-dimensional no es, y realmente no puede ser, un "continuo", pues la continuidad elude la medida. Sólo podemos medir lo discontinuo; y el acto de medir, sea con una regla o con un reloj, es una operación intelectual. El hombre y la conciencia del hombre son, no obstante, mucho más que el intelecto, sus categorías exclusivistas, y su irrevocable casamiento con la cantidad y la medida.

Sin embargo, con esto no queremos minusvalorar el lugar tan significativo que el intelecto (y el ego, estrechamente asociado con él) ocupa en una etapa definida de la evolución de la conciencia. El acto de medir es indispensable considerando las necesidades prácticas de nuestra sociedad moderna, y las demandas implicadas en el desarrollo y cumplimiento de la conciencia egoica del hombre. Pero, como veremos con mayor detalle en los siguientes capítulos, el ego no es el hombre total, y la mente intelectual sólo es una forma particular que la conciencia asume en una etapa particular de la evolución humana. Nos enfrentamos ahora a la posibilidad, más aún, a la necesidad, de *permitir* que un nuevo tipo de mente se desarrolle en nosotros; y esto significa descubrir un nuevo marco de referencia para nuestra capacidad de medidas objetivas. Este marco de referencia, que no es exactamente nuevo, pero que necesita ser formulado de un modo relativamente nuevo, es el ciclo (el eón), y el verdadero sentido de "eternidad" que el hombre puede alcanzar en una cierta etapa de la evolución de su conciencia.

ETERNIDAD Y ATEMPORALIDAD

Uno de los hechos más desafortunados en la historia del pensamiento humano puede haber sido el error de interpre-

tación, por parte de los primeros pensadores cristianos, del término que ahora traducimos como *eternidad*. El significado de esta palabra fue inevitablemente alterado como resultado de la ya mencionada insistencia de los Padres Cristianos sobre el carácter esencialmente único de la encarnación de Dios en Jesús, el hombre "cristificado". Habiendo sido dotado ese suceso de un carácter absoluto, y habiendo dado también el mismo carácter a la persona humana individual, la comprensión precristiana de la existencia como un proceso cíclico devino inaceptable. De acuerdo con la tradición cristiana sólo hay un Dios, un universo, una historia, un hombre-Dios, y un árduo elevarse el hombre desde un estado pecador hasta una gloriosa condición de dicha celestial (y, desde el punto de vista del místico, de unión con Dios); o bien una caída totalmente negativa en un infierno absoluto del que no puede haber retorno. Las escuelas gnósticas de los primeros siglos d. de J.C. buscaron reinterpretar el concepto de la ciclicidad de toda existencia en términos más o menos cristianos; se referían constantemente a los Eones, esto es, al estado divino de unidad de los ciclos cósmicos de existencia, un estado en el que la totalidad del ciclo es, como si dijéramos, condensado en una conciencia divina, un Ser cósmico. Pero los gnósticos fueron condenados, y sus comunidades finalmente murieron o fueron destruídas, aunque algunas de las tradiciones y creencias gnósticas persistieron en diversos movimientos heréticos a todo lo largo de la era cristiana, y han sido revividas en diversos modos durante los últimos cien años.

En el pensamiento oficial de las culturas europea y americana, la eternidad ha sido opuesta al tiempo, y se concibe como un estado "sin tiempo". La idea del Ahora Eterno ha influenciado los sueños, las aspiraciones y las afirmaciones filosóficas de muchas gentes de inclinación mística, especialmente en años recientes. Tal interpretación de la palabra eternidad indica, desde luego, un anhelo perfectamente válido de los seres humanos por trascender

su condición de esclavitud a circunstancias particulares que a menudo parecen insuperables; pero tiene el mismo carácter que todos los conceptos negativos; y hoy en día las mentes de muchos individuos de pensamiento avanzado e interiormente rebeldes, están llenas de tales conceptos negativos. Estos conceptos se refieren a cosas que *no* son lo que parecen ser, y que operan en modos enteramente diferentes del comportamiento del entorno físico o intelectual que conocemos conscientemente; es así que despiertan en nosotros extraordinarias reacciones sentimentales.

La mayoría de los seres humanos, al verse enfrentados a tales hechos o a tales experiencias internas subjetivas, se sienten muy incómodos. Reaccionan con temor, o con un superficial sentido de superioridad. Simplemente desprecian todo aquello que no se ajusta a su marco normal de referencia, o a sus categorías intelectuales. Existe sin embargo en el hombre un anhelo, básicamente no erradicable, de ser más de lo que es, o de lo que se sabe ser. Siente profundamente su inferioridad frente a las poderosas energías de la biosfera y el cosmos; y este sentimiento le impele, y a veces le fuerza, a creer en la realidad de un estado trascendente y de un Ser trascendente que posee, como características esenciales, todos los poderes y cualidades que el hombre parece incapaz de manifestar. Dado que la conciencia del hombre opera en un ámbito de magnitudes finitas, y se ve constantemente frustrada en sus aspiraciones y en su voluntad de consecución y maestría, por esta "condición humana" que los pensadores existencialistas han imaginado como básicamente sombría, trágica, desesperada y absurda, esta conciencia humana ha buscado conmovedoramente creer en una "Realidad" que *no* es ninguna de las cosas de las que el hombre carece, ninguna de las que desprecia o teme.

Así, dado que nuestro ser interno está lleno de problemas y tan a menudo se enfrenta a situaciones internas, impulsos

externos, estado de ánimo y deseos que parecen ajenos a nuestra conciencia y a nuestra naturaleza de deseos normales, ha surgido el concepto del "Inconsciente", el cual ha conseguido en los últimos tiempos gran prominencia; y como en nuestra vida moderna no parecemos "tener nunca tiempo" para hacer lo que queremos conseguir, el concepto de una Realidad (o estado de conciencia) "atemporal" ha fascinado las mentes de las personas. Se concibe a Dios, o la Realidad, como poseyendo todos los atributos que el hombre no posee, pero que tanto le gustaría poseer.

Dado el extendido rechazo de hoy en día contra las creencias tradicionales del pasado europeo-americano, la búsqueda de todo aquello que no es lo que nuestros antecesores creyeron que era la realidad, la verdad y la sabiduría, está alcanzando proporciones epidémicas. Pero los grandes místicos, los videntes, los líderes "inspirados" del pensamiento de casi todos los periodos de la historia, han estado siempre fascinados por tal búsqueda; ellos tuvieron experiencias tan desacostumbradas y supranormales (hablamos ahora de "experiencias cumbre" en un sentido algo más común), que no podían formularlas y comunicarlas a otra gente a través de palabras. Los poetas usaron símbolos para sugerir la naturaleza de tales experiencias; pero una vez que todos los símbolos fallaron, se enfrentaron a la necesidad de afirmar simplemente que lo que habían experimentado no era nada que nadie conociera, o pudiera conocer con los sentidos normales, o en un estado normal de percepción. Así, los libros de misticismo y metafísica están llenos de términos que implican negación, a menudo una negación total y absoluta de todos los hechos existenciales: no-existencia, atemporalidad, inespacialidad, el Vacío, etc.

En el cuarto capítulo de su libro LA EVOLUCION CREATIVA, Bergson hace un fascinante estudio de la idea de la nada, *le Néant*. Lo que trató de transmitir por medio de argumentos lógicos es que no se puede realmente concebir la

“nada”. Lo que esta negación de toda existencia realmente significa es que nuestra mente, habiendo agotado todas las posibilidades de diferentes formas de existencia, cubre su derrota bajo un manto conveniente. En consecuencia, el término “no-existencia” no significa realmente lo que parece querer decir (la negación absoluta de existencia en cualquier forma o condición posibles). Simplemente significa que existe un estado de realidad que trasciende cualquier idea humana concebible del orden y la realidad.

Los grandes filósofos hindúes (por ejemplo, Sri Aurobindo, cuya obra e influencia espirituales se extienden alrededor del globo) sabían muy bien que Brahman no significaba no-existencia, sino más bien un estado inconcebible en el que tanto la no-existencia como la existencia se hallaban incluidos, igual que el Yin y el Yang son los dos polos de Eso que los comprende a ambos, el TAO. Similarmente, algunos de los espíritus filosóficos más libres, incluyendo muchos grandes científicos, están empezando a comprender que el orden y el azar (o la casualidad) son dos aspectos del omniincluyente hecho de la existencia, igual que lo son la negentropía y la entropía.

Lo que esto significa con referencia a nuestra discusión del tiempo, es que el tiempo y la atemporalidad no son opuestos reales, no más de lo que son opuestos absolutos *samsara* y *nirvana* en el buddhismo filosófico. Aquello a lo que llamamos el estado atemporal no es un estado en el que el tiempo no opere, sino un estado en el que se experimenta *otro orden de tiempo*. El nirvana no es realmente la negación de la existencia y el cambio, sino una condición en la cual la existencia y el cambio pueden adoptar un nuevo carácter y significado. El nirvana puede ser experimentado en *samsara*. Son dos aspectos de la existencia.

La “experiencia atemporal” surge en una conciencia que la alcanza *desde* la condición del tiempo existencial, y que

retornará a esta condición. Es una experiencia que “aligera” la existencia humana condicionada por el tiempo, igual que, simbólicamente hablando, la levadura aligera la substancia del pan. Los agujeros del pan *no son* pan; sin embargo están en el pan. Contribuyen a su carácter y cualidad. Es en este sentido que Jesús comparó a sus discípulos, y en un sentido más amplio al Reino de los Cielos, con la levadura. Todos los verdaderos místicos son en este sentido “agujeros” en el pan de la humanidad. La experiencia mística es un estado de “fermentación”; en consecuencia los Sufíes dedicaron maravillosos poemas al vino y a la intoxicación que produce, y el Génesis se refiere a las “viñas” de Noe que, en el habla mística, simbolizan las Escuelas de Iniciación a los Misterios, Misterios referentes al estado primordial y edénico de la humanidad, la Edad de Oro cuando el hombre y Dios eran uno.

El estado de unidad espontánea e infantil simboliza los comienzos de la existencia. En este estado primordial, existe una identificación entre el organismo total experimentante y el flujo continuo de la existencia. El tiempo es aprehendido como “el pasar”. La existencia, en la condición a la que llamamos “vida”, fluye en y a través del existente. No hay separación. Ni está separado “el pasar” en unidades de tiempo, es decir, en momentos; pero tampoco existe lo que normalmente llamamos, al menos en el mundo occidental, conciencia. En el río de la vida, el recién nacido no es consciente de que existen él y el río. El simplemente es; como un gran sobretono dentro de la gran melodía de la existencia humana.

Pero el recién nacido crece; y su mente adulta, moldeada por su cultura y entorno particulares, es entrenada a establecer diferencias en términos de *relaciones* con otras entidades vivientes, o incluso objetos, y a comprender la necesidad de patrones de orden para controlar la interacción de las relaciones interpersonales y sociales. Deviene condicionado por este principio de orden y estructura al que llamamos tiempo; y empieza a sentir que “no existe el tiem-

po". Como resultado, puede soñar que está en una condición "atemporal" de existencia. Sin embargo, si ha sido condicionado, por su cultura y por la filosofía de la vida que ha adoptado, a no seguir dicha forma de "escape" (escape desde el tiempo a la atemporalidad), puede en cambio esforzarse por *llenar* el tiempo.

Esta idea de llenar el tiempo implica una concepción cíclica del tiempo, un enfoque holístico del tiempo y la existencia humana. Implica caer en la cuenta de que el tiempo existencial comienza y termina, igual que cualquier proceso de la existencia (cualquier lapso de vida, sea de un átomo, un hombre o una galaxia) comienza y termina. Significa que la naturaleza misma del tiempo es cíclica. Como previamente afirmé, hay totalidades temporales (ciclos), igual que hay campos espaciales dentro de los cuales una miríada de energías interaccionan dentro de límites finitos. Todo existente es un ciclocosmos; y el objetivo de la existencia para todo ciclocosmos es el de llenar el tiempo en su condición omega, igual que lo es llenar el espacio a través del pleno, sano e (idealmente) "santo" desarrollo de todas las relaciones y poderes internos que operan dentro del campo de existencia de la persona individual.

En este estado de plenitud, la conciencia del hombre aprehende el tiempo de un modo nuevo: como *eternidad*, en el verdadero sentido de esta palabra. La *conciencia existencial* alcanza el estado de *conciencia eónica*; lo que no quiere decir "inconciencia", sino un tipo de conciencia capaz de abarcar como un todo el ciclo entero de existencia de la persona individual a quien se refiere. En este estado de conciencia eónica, el "yo" consciente se ha liberado de las condicionantes presiones del entorno local, la familia, la raza y la cultura que moldearon al ego.

En cierto sentido, el hombre se encuentra entonces identificado con el flujo cíclico de la existencia; pero esta identi-

ficación ya no es inconsciente. En verdad, no es realmente una identificación; es un estado de *resonancia*, de cumplimiento, en una respuesta vibratoria, total y perfectamente formada, al *Tono fundamental* que sustenta al organismo individual total (el campo individual de existencia) del nacimiento a la muerte, del alfa al omega de su ciclo existencial.

Así que vivir en la condición de eternidad no es un escape a la atemporalidad, sino la plenitud en la totalidad de la existencia cíclica, en el Eón. No es meramente vivir de momento a momento en una condición de abierta receptividad a las influencias cambiantes, y de disponibilidad en términos de relaciones siempre cambiantes, sino más bien vivir cada momento conscientemente, así como abiertamente, cual una particular fase del proceso de la existencia, con la máxima percepción posible de la función, significado y propósito de esa fase *con referencia al ciclo total*.

Lo que tal vivir implica es un cambio fundamental del marco de referencia existencial, y un enfoque del tiempo y de la existencia esencialmente diferente. La conciencia individual llega a establecerse en el entero ciclo existencial, experimentado o sentido como un todo. Esto representa una gran expansión de conciencia; pero la expansión de una *conciencia formada*, mientras que lo que mucha gente hoy en día busca y comprende como expansión de conciencia, se refiere a un tipo de pérdida de uno mismo, en una experiencia-sentimiento *aforme* y estática de unidad con todo lo que existe. Esta puede ser sin duda una experiencia-sentimiento maravillosa, pero una experiencia de la que uno debe inevitablemente retornar al mundo diario de las diferencias, las categorías y los conflictos.

El carácter y cualidad de este retorno dejan a menudo mucho que desear; mientras que el hombre que madura, de

modo sencillo y simple, a una comprensión de su “eternidad”, no tiene que volver de ninguna parte. Siempre está presente. Sus pies tocan el suelo de la experiencia cotidiana, mientras su cabeza abarca y acepta, con la serenidad del Sabio, la totalidad de su existencia desde el alfa al omega; y su voluntad se sintoniza con el ritmo constante y fundamental del ser interior.

Lo que este ser realmente es, como poder sustentador básico de todo el campo de existencia, y su relación con el ego, es lo que ahora discutiremos.

Capítulo tres

La experiencia del “Yo”: Seidad y Ego

La vieja máxima socrática “Conócete a tí mismo”, es el tema de interminables variaciones en este período de confusa búsqueda de nuevos significados y valores, y particularmente como fundamento experimental sobre el que basar nuevos valores. Este fundamento se refiere a la pregunta a menudo escuchada hoy en día, “¿Quién soy yo?”, y en consecuencia a todo lo que es ampliamente llamado la búsqueda de la identidad. Palabras y preguntas pueden ser confusoras, y en verdad carentes de significado, salvo que se sometan a cuidadoso escrutinio; y nunca habría que olvidar que la formulación de una pregunta condiciona ya, si es que no determina, el tipo de respuesta que se va a recibir. Incluso los investigadores científicos, en sus experimentos de laboratorio, se percatan, o así deberían hacerlo, de este hecho, pues el modo en que es concebido un experimento limita, si es que no define, el tipo de resultados que cabe esperar de tal experimento.

“¿Quién soy yo?”. Así formulada, la pregunta en realidad presupone la respuesta más o menos conscientemente esperada; pues el pronombre “quién”, referido a una persona, deja claro que la respuesta tendrá que ver con el hecho de que quien pregunta es una “persona”, es decir, una entidad, una totalidad existencial. Lo que se pregunta por tanto, no es a *qué* se refiere “yo”, qué es lo que implica y significa, sino más bien *qué clase de persona soy yo*. Similarmente, en la búsqueda de la propia identidad lo que nos

preocupa es saber qué es lo que uno representa como persona individual, y cuál es nuestro verdadero lugar, función y carácter en términos del entorno social en que vivimos.

La razón para tal búsqueda es el hecho de que sentimos, intensa y agudamente, que el tipo de imagen que tenemos de nuestra propia personalidad ha sido realmente impuesto sobre nuestra propia conciencia por nuestros padres, nuestra cultura, nuestra escuela, y toda clase de presiones sociales. Profundamente insatisfechos con (y rebelándose agudamente contra) las presiones de una sociedad tecnológica y competitiva cada vez más compleja, que no parece pensar más que en una producción de bienes cada vez mayor, los jóvenes de hoy buscan, trágica y confusamente, descubrir una imagen de sí mismos que realmente se ajuste a su más profundo sentido-de-estar-vivos, y a sus más vividas aspiraciones. El término “sí mismo” utilizado en “imagen de sí mismo” se refiere, sin embargo, no a lo que ahora llamaré el uno mismo, sino más bien a lo que es el ser humano como persona individual; y me parece que éste es un uso incorrecto de la palabra, y que se presta mucho a confusión, pues oculta la verdadera naturaleza del problema envuelto en la determinación del significado esencial del “yo”. ¿Qué soy yo?, o quizá sería mejor decir: ¿Qué es realmente el “yo”?

Para la mayoría de la gente, eso es verdad, el profundo sentimiento del “yo soy” es la más evidente y la más básica de las experiencias; no obstante, ¿posee realmente ese carácter de indiscutible evidencia que se le da por supuesto? En esta afirmación subjetiva se hallan implicados dos factores: “yo” y “soy”. El “soy” es el factor evidente, pues si no hubiera existencia no habría afirmación, no habría actividad alguna; y al decir esto no limito el término “existencia” a lo que solemos considerar como existencia física, sino que me refiero a cualquier tipo concebible de actividad

organizada que exhiba algún grado de permanencia. Sin embargo, si el “soy” evidentemente subyace a cualquier forma organizada de actividad compleja, el “yo” es un factor ambiguo. Desde luego, gramaticalmente hablando el “soy” presupone un “yo”; e incluso si decimos “es” en vez de “soy”, el término objetivo “es” implica una entidad subjetiva que se percata de la existencia, y de algún modo, ante todo, de su propia existencia individual. Por tanto, existe aquello que dice “yo soy”; pero la cuestión es: ¿De qué es de lo que se percata esta entidad que utiliza el término “yo”? ¿Qué es lo que quiere decir con “yo”? ¿Qué clase de entidad es? Deberíamos tratar de encontrar un modo convincente de responder a estas cuestiones, que son las verdaderas preguntas a plantear (y que tan poca gente piensa siquiera en preguntar).

El modo acostumbrado de obtener conocimiento es a través de los sentidos, y a través del intelecto, que correlaciona, organiza y generaliza los datos de los sentidos, edificando a partir de estos datos conceptos abstractos que se expresan a través de uno u otro tipo de símbolos e imágenes (siendo las palabras, por supuesto, los símbolos más generalmente usados). Es sobre este tipo de conocimiento que se edifica la ciencia. Hay, sin embargo, otro modo de abordar el conocimiento que se refiere a lo que solemos denominar introspección, en la que la facultad de percepción del organismo humano se torna *hacia dentro*, por así decirlo, en un intento por observar, elucidar y evaluar los complejos procesos a los que en su totalidad llamamos nuestra propia existencia, y que solemos dividir en “cuerpo” y “psique”. Existe además, como veremos en un posterior capítulo, otro tipo de conocimiento que en cierto sentido incluye los dos tipos recién mencionados, pero que aún no puede ser significativamente discutido.

Ambos enfoques del conocimiento, el “objetivo” y “subjetivo”, pueden ser válidamente utilizados e interrelaciona-

dos. Utilizando ambos, pronto veremos que decir “yo” supone una ambigüedad básica; pues este término, tan pequeño pero tan básico, resultará referirse, al menos potencialmente, a dos diferentes factores del ser humano considerado como una totalidad o campo de existencia completo: el ego y el uno mismo. Dado que ambos factores o bien se confunden, considerándolos como uno solo, o bien son definidos con poca exactitud, la psicología de nuestra sociedad occidental se halla hoy en día en un estado caótico. Y mientras persista este estado, todo el entramado de nuestra sociedad y de nuestra mentalidad oficial colectiva se resistirá a cualquier intento profundamente constructivo y espiritual por edificar la civilización de una Nueva Era, o lo pervertirá.

EL ENFOQUE OBJETIVO E HISTORICO

El problema básico a resolver cuando se utiliza un enfoque objetivo es el de comprobar si el “sentimiento del yo” es un sentimiento-experiencia primario, algo “dado” en el sentido filosófico de este término, o el resultado de un proceso de desenvolvimiento tras el nacimiento, y en relación con el entorno del recién nacido. Si no es una experiencia-sentimiento inherente al organismo de este recién nacido, ¿cómo se desarrolla y con qué fin?

Es imposible estar seguros de lo que siente un bebé recién nacido; pero como éste es un enfoque “objetivo”, podemos buscar evidencias de esta experiencia-sentimiento. Hasta donde yo sé, no existen tales evidencias, o al menos el sentimiento no se manifiesta en reacción o modo de comportamiento alguno que pudiera tender a mostrar que el recién nacido es definitivamente *consciente* de ser “yo”, esto es, de ser una unidad de existencia distinta, con un carácter individual más o menos permanente. Puede percatarse, en un sentido subconsciente y organísmico, de otra cosa; y ahora discutiremos qué es esa “otra cosa”.

Conforme el niño crece durante los primeros meses de su existencia, se halla rodeado de padres, hermanos, de una niñera quizá, que responden de diferentes modos al hecho de su existencia como organismo humano recién nacido. Le alimentan, le hablan, y se dirigen a él por un cierto nombre (quizá sólo “bebé”, o tal vez Pablo o Juana). Estos adultos consideran al niño como un bebé, como una persona pequeña; y esperan ansiosamente los signos de reacciones particulares a los procesos de alimentación, limpieza y sueño que este diminuto organismo está experimentando. El *organismo* está indudablemente experimentando estos y otros procesos biológicos; pero esto es diferente de la conciencia de ser un “yo” distinto.

Este organismo infantil (al que sus padres han llamado Pablo o Juana de acuerdo a sus preferencias personales, o conforme a los gustos de los abuelos, o de alguna tradición religioso-social), pronto empieza a percatarse de la diferencia entre los sentimientos orgánicos *internos* (tales como hambre, humedad, frío) y los impactos o impresiones sensoriales *externos*; no obstante, esta diferencia es al principio sin duda sumamente imprecisa. Conforme llega a percatarse del hecho de que algunos cambios de sentimiento son repetitivos, habiendo sucedido ya y ocurriendo de nuevo más tarde, también se percata de que estos cambios se encuentran con otros sucesos que constituyen reacciones a lo anterior, y que también se repiten. Sin embargo, la distinción clara entre los sucesos externos e internos (entre la madre que satisface el sentimiento de hambre, y este cuerpo hambriento que reacciona contento a su alimentación), tarda cierto tiempo en tomar forma.

Pronto el niño comienza a hablar; es decir, imita los sonidos vocales que escucha y responde a ellos, sonidos que están asociados a otras sensaciones de calor, forma, color y probablemente “amor” (sea lo que sea que el amor signifique entonces para los sentimientos del bebé). Entonces, si quiete-

re referirse a sus necesidades y sentimientos, utiliza el nombre que, según se ha percatado, es utilizado por las presencias a su alrededor para llamarle. Dice: "Pablo quiere", o "el bebé quiere". Sólo en una fecha posterior dice "yo quiero"; y cuando dice "yo" casi con seguridad que lo hace porque escucha a la gente a su alrededor decir "yo" en gran número de ocasiones, el significado de lo cual sólo llega a su conciencia naciente de un modo progresivo.

Discutiremos el término conciencia en los siguientes capítulos, pero deberíamos ciertamente comprender que, aunque filosófica y teóricamente podríamos afirmar como Teilhard de Chardin, y como los filósofos hindúes, que cualquier totalidad existencial tiene algún grado de conciencia (en el sentido más universal de este término), no obstante, la palabra "conciencia", al nivel estrictamente biológico, se refiere a algún tipo difuso de percepción y *sentiencia*, junto a la capacidad de expresar unas pocas emociones básicas, pero no a lo que Teilhard llama "conciencia reflexiva". La conciencia reflexiva es percepción enfocada y definida (o definible) en términos de un particular marco de referencia. Es percepción vuelta sobre sí misma, tras rebotar, como si dijéramos, en algún tipo de límite o superficie especular. En verdad, este tipo de conciencia, que sólo le es *posible* al hombre, presupone una percepción de los límites, es decir, la percepción de que este organismo que reacciona a impactos externos es una totalidad distinta de otras totalidades, teniendo cada totalidad de algún modo un campo de actividad relativamente separado, un *campo de actividad* distinto, aislable: "mi" campo.

El niño empieza a comprender este hecho; y, conforme lo comprende, dos sentimientos gemelos surgen, simultáneamente, dentro del proceso patronizador que está funcionando dentro de su cerebro, y quizá también en otros plexos nerviosos: "esto es mío" y "en consecuencia yo soy". Este "yo" que "posee" una cierta serie de reacciones característica y

distinguible, y una particular cualidad de sentimiento que parece diferente de la cualidad de sentimiento de otros existentes humanos (a juzgar por el modo en que hablan, actúan e irradian sentimientos), este “yo” es la manifestación inicial de lo que llamo el ego.

El término “posee” no se refiere aquí, al menos no al principio, a las posesiones físicas; o sólo lo hace en la medida en que esta nueva conciencia del niño no diferencia demasiado claramente entre su propio organismo y los juguetes u objetos (o incluso las personas, como su madre) a los que llama “míos”. “Mi” madre, “mi” padre, son parte de “mí”; así es como siente-piensa el niño. Y pronto el término “mi” aumenta en alcance; y con ello el sentido del “yo”, el ego-yo que posee todo lo que puede incluir dentro de su campo de actividad, lo “suyo propio”.

Un estudio de este sentido del ego y de las fases de su desarrollo abarcaría muchos datos interesantes. Todo lo que podemos decir aquí es que este sentido del ego opera como una función del desarrollo de la conciencia; representa un hecho primario de este desarrollo de la conciencia, pero *no* un hecho primario de la existencia organismica. Hay que distinguir muy claramente entre lo que se refiere al hecho de existir como una totalidad orgánica, y lo que pertenece al ámbito de la conciencia humana.

La conciencia aparece dentro del campo holístico de actividad del organismo humano una vez que sus operaciones características se han estabilizado, estructurado y formado como una *mente*, pero representa otro nivel de actividad, y este nuevo nivel puede adquirir una definida independencia del campo organismico. Una mente es un campo organizado de actividad consciente, operando de acuerdo a principios funcionales propios; pero estos principios tienen *al comienzo*, inevitablemente, un carácter socio-cultural. La sociedad y la cultura constituyen una suerte de matriz,

necesaria para el desarrollo inicial de la mente, igual que se requiere una matriz material (¡al menos bajo las condiciones naturales!) para el desarrollo del embrión como un organismo viable, un bebé.

El ego es aquello que estructura la operación de la mente y, a través de la mente a su nivel más instintivo, las respuestas-sentimiento *conscientes* de la persona. (Hay también, por supuesto, sentimientos-respuesta orgánicos compulsivos tales como los instintos, tipos inconscientes de temores, complejos producidos por la frustración de impulsos orgánicos, etc.) La formación y desarrollo del ego han sido condicionados, y a menudo casi enteramente determinados, por presiones familiares y sociales, por la educación escolar, por el comportamiento imitativo, a menudo fortalecido por un sentido de dependencia respecto de quienes nos sirven de ejemplo (los padres, amigos, etc.) y por un sentimiento de inferioridad social o personal. Es por ello que el ego ha sido denominado una "construcción social". Permanece ligado a factores *locales* de raza, clima y cultura, mientras la humanidad no haya alcanzado un estado global de operación. Es probable que incluso en este estado, las diferencias étnico-geográficas permanecerán vívidamente impresas en el desarrollo del ego y de la mente del niño hasta el momento en que, deviniendo un adulto, el individuo humano sea capaz de emerger deliberadamente (y muy probablemente bajo algunas influencias especiales) de esta matriz socio-cultural, y nacer (renacer) como una persona *verdaderamente individualizada*, como un "individuo libre". Y por libre quiero significar aquí la libertad de entrar en algún nuevo tipo de vasallaje que ha seleccionado en (¡teóricamente!) plena conciencia de lo que es como individuo.

Cuando la mayoría de la gente habla hoy en día del uno mismo (de mí y de tí, del "uno mismo en transformación", título de un libro del Dr. Fingarette), se refieren a la persona individual cuya conciencia es estructurada, es decir, defini-

da y limitada, por un ego. Cuando una persona dice “estaba fuera de mí mismo”, quiere decir que sea lo que fuere que actuare como “yo”, era realmente ajeno al campo consciente dentro del cual su ego normalmente rige, rechazando al abismo del subconsciente (o del inconsciente personal de acuerdo a Carl Jung) sentimientos, pensamientos y motivaciones que no se ajustan al campo de conciencia controlado por el ego. El “yo” del ser humano normal habla desde el trono del ego.

Aquello a lo que llamo “uno mismo” o “seidad” es algo enteramente diferente, aunque, sin la presencia del “uno mismo” vibrando a través de todo el campo de actividad que constituye la persona-como-un-todo, no podría existir el ego, simplemente porque no habría un organismo viviente. El uno mismo (seidad) es el centro de *poder* del organismo entero; el ego es la estructura de *conciencia* hecha posible por el poder integrador de la seidad. Pero el ego no es la seidad. El uno mismo es un hecho organísmico; el ego es un producto del desarrollo de la conciencia bajo la presión de factores externos, pero asimismo dentro del intervalo individual de posibilidades de respuesta a la vida y a la sociedad, definido por el ritmo y carácter individuales del uno mismo. Cuando tratamos del uno mismo y del ego estamos tratando dos niveles distintos de actividad e integración.

Quizá un enfoque más “subjetivo” nos ayudará a ver más claramente lo que estos dos niveles representan.

LA BUSQUEDA INTERIOR

El proceso de introspección es arduo, así como ambiguo. Contiene muchos abismos, y hay que estar constantemente alertas a la posibilidad de extraviarse en él, atraídos por cosas que han sido impresionadas con tanta fuerza en nuestra conciencia durante la infancia y por la educación,

que han llegado a ser dadas completamente por supuestas. Debería ser obvio que si espero alcanzar una percepción fundamental de lo que se halla en la raíz misma de mi existencia, tendré que descartar todo lo que no es sino actividad superficial, y cualquier cosa que no pertenezca a este “yo” esencial cuya naturaleza estoy tratando de sondear. Pues la naturaleza superficial de este “yo” esencial pertenece, en cambio, a las imágenes que mi familia y mi cultura en general han hecho de ella.

En la India, y en años recientes en un mundo occidental cada vez más influenciado por filosofías y técnicas de desarrollo espiritual de origen asiático, la búsqueda interior del uno mismo (el *atman*) comienza diciendo No a todo lo que la mente considera normalmente como sujeto de atención. ¡*Neti! ¡Neti!*... esto no, esto no. Tal como se enseña hoy en día el procedimiento, lo primero que debe hacer el buscador es tratar de disolver o repudiar la identificación con su cuerpo. Dirá: “yo no soy este cuerpo y sus necesidades”; después, “yo no soy mis sentimientos y emociones, mis deseos, mis temores, mis reacciones de amor, odio o resentimiento, ni siquiera mis aspiraciones de belleza, compartición, consuelo, paz, salvación.” Finalmente, la conciencia concentrada, fijada puntualmente sobre sus procesos y actividades más internos, tratará de desidentificarse de las formas de la mente, los hábitos de pensamiento, las ambiciones del pensador, hasta alcanzar una quietud y silencio interiores en el que todo lo que tiene “forma y nombre” (en sánscrito, *rupa* y *nama*) ha desaparecido. Lo que queda se dice que es el “yo” puro y no condicionado, la identidad suprema que trasciende las formas en que se manifiesta como cuerpo, emociones y procesos mentales.

Hay, sin embargo, algo en este enfoque, en este proceso de rechazo y desnudamiento, que es bastante cuestionable, pues resulta ilógico y semánticamente cuestionable. ¿Quién está rechazando de la conciencia lo no esencial, y

acallando las voces de los sentidos y sentimientos, y los pensamientos danzantes? ¿Quién está diciendo “no” a ellos, si no es el factor mismo que el buscador afirma descubrir al final de la búsqueda? ¿Acaso no es este factor el mismo “yo” que se halla al comienzo del proceso?

Podríamos decir que es este “yo” el que está todo el tiempo buscando liberarse de lo que no sea su naturaleza esencial. Pero si así es, el final del proceso simplemente nos revela en su pureza no sólo lo que había al principio, sino aquello mismo que deseó o quiso que este proceso tuviera lugar. Lo que el final revela es que, una vez que se ha descartado todo lo que tiene que ver con el *contenido* de la conciencia, queda una abstracta percepción, sentimiento o “comprensión” de la existencia; pero, si al principio no hubiera habido un organismo viviente con todas sus actividades biopsíquicas y su mente (desarrollada por un lenguaje, cultura y entorno social particulares), ¿podría haber habido un proceso de abstracción y rechazo?

La experiencia resultante de la percepción residual del “yo” al final de este proceso ¡*Neti!* ¡*Neti!*!, no nos dice nada sobre cómo, en primer lugar, llegaron a existir el cuerpo y la mente, ni sobre cómo este organismo total mantiene su identidad estructural a través de cambios incesantes. No nos revela el hecho primario de la existencia, la raíz de nuestro ser. Incluso si es verdad que, una vez que un bebé recién nacido alcanza un suficiente grado de madurez en una cultura suficientemente desarrollada, existe dentro de este organismo humano un “yo” capaz de independizarse de la acumulación de contenidos de su conciencia diaria, esto no significa que el sentimiento del yo sea primario y fundamental.

Como ya mencionamos, el bebé, cuando proclama en voz alta sus necesidades, no empieza diciendo “yo quiero”, sino más bien “el bebé quiere”, o “Pedro quiere”. Igualmente, un

hombre primitivo de Nueva Guinea ciertamente que no tiene el mismo sentimiento del yo que una persona inglesa o francesa del presente. Dando una conferencia sobre “El mito del uno mismo”, el Dr. Fingarette (de la Universidad de California en Santa Barbara) afirmó, sobre la base de un análisis de los primeros escritos griegos, que los griegos de los tiempos de Homero no tenían realmente un similar sentido del uno mismo, y que en la antigua China se basaba esencialmente en relaciones sociales. En la India, cuando los Filósofos ancestrales proclamaban el concepto del *atman* y su identidad con el *Brahman* universal, es cuestionable si por el término *atman* querían dar a entender lo que los modernos psicólogos de la escuela jungiana o transpersonal denotan como El Uno Mismo con mayúsculas. No debemos olvidar que el término *atman* se refería originalmente al aliento, y que el intento del yogui por desprender su conciencia de las percepciones del cuerpo y de los conceptos-imágenes de la mente, era siempre precedido por cierto proceso de control o armonización del ritmo de la respiración.

Lo que ello quiere decir es que esta (supuestamente esencial) realización de ser un “yo”, como un ser distinto, ha sido y es en el hombre una realización en evolución. No es un *hecho de la existencia* incuestionable *a priori*. Detrás de él, en su raíz, si la búsqueda interior se prosigue incansable y honestamente, se podrá encontrar otro hecho más fundamental aún.

Digamos que, hablando como un buscador, he sido capaz de relajarme completamente, y de aquietar los vagabundantes pensamientos de mi mente, así como las sensaciones físicas y los sentimientos interiores. Lo que entonces alcanzo puede ser denominado un estado de conciencia sin contenidos. Se dice que en tal estado la conciencia existe como “yo” en una condición pura y enfocada, es decir, que he devenido el “yo” que percibía y pensaba pensamientos, el “sujeto” de todos los sentimientos-emociones, el uno mismo

trascendente que se manifiesta a través del cuerpo, las emociones, la mente, pero sin ser afectado por sus estados incesantemente cambiantes, no condicionado, libre, igual que lo es, atemporalmente, el verdadero "yo", y que lo fue antes de "tener" un cuerpo y una mente.

Pero, ¿acaso esta suposición no está invirtiendo los roles? Pensemos, por analogía, en el proceso por medio del cual se extrae la esencia de pétalos de rosa, o en cualquier proceso de abstracción, de sacar algún producto esencial a partir de un organismo viviente complejo. Tal proceso de extracción o (abstracción) separa los elementos que parecen superficiales, a fin de obtener el producto deseado, la quintaesencia. Pero, ¿es el perfume la base de la existencia de la rosa? ¿No es acaso el perfume sino cierto elemento sacado de las manifestaciones más superficiales del organismo viviente total de la rosa, de la raíz a la flor? Igualmente, el estado alcanzado al final del proceso de desnudamiento de todo lo que se siente como externo a la existencia, es un estado de conciencia que puede muy bien ser una "quintaesencia de la conciencia"; pero este estado no necesariamente se refiere a *aquellos* sin lo cual no podría haber conciencia (simplemente porque sin ello no habría ningún organismo viviente, ningún ser humano).

Al final del introspectivo proceso *¡Neti! ¡Neti!*, tal como suele practicarse en nuestra sociedad moderna, podemos haber alcanzado un estado de conciencia sin contenidos; pero, incluso si esta conciencia es "separada" completamente del cuerpo, los sentimientos y la mente, las actividades básicas del cuerpo (y quizá de un campo de actividad aún mayor que rodea al cuerpo) *seguirán operando*. Si la conciencia separada experimenta una realización pura e indiferenciada del "yo", es porque este "yo" realmente existe en términos de conciencia. Pero hay elementos de la existencia que no entran en esta realización del "yo", pues no pertenecen al campo de la conciencia. Es así que el "yo" experimen-

tado no incluye todo lo que es inconsciente. Se refiere a una sublimada forma del ego.

Fue el ego quien, espoleado por presiones existenciales, crisis, sufrimiento, ansiedad, o quizá estimulado por el contacto con un "Instructor espiritual" o incluso un psicoterapeuta, comenzó esta búsqueda interior. Fue así conducido a intentar la búsqueda de un fundamento para su existencia que fuera sólido, primordial y no erradicable. Y al final de la búsqueda, este "yo"-ego puede hallarse en una condición de tranquilidad, libre de los conflictos y traumas de la conciencia mundana de todos los días. Puede verse a sí mismo como una unidad de conciencia pura, desapegada, impávida y no afectada. Dado que este "yo"-ego ha repudiado y superado, por un esfuerzo de su voluntad, lo que distorsionaba, empañaba y pervertía su manera de abordar todas las facetas de la existencia, y particularmente todas sus reacciones y respuestas a las relaciones interpersonales, existe ahora como una quintaesencia de conciencia purificada y "libre". Pero este tipo de conciencia no se refiere a la totalidad de la existencia. El hecho básico de la existencia sigue sin ser comprendido (y en verdad que sin ser buscado), mientras el "yo" que inició el proceso de introspección y abstracción permanezca al control, incluso si se desentiende de todo aquello a lo que se apegaba. El rey puede arrojar todos los signos de su realeza, todas sus posesiones; ¡sin embargo, todavía *se considerará a sí mismo "el rey por derecho divino"!* ¿Puede el rey realmente abdicar interiormente? ¿Puede aceptar un nuevo status de existencia en el cual su posición adquiera un nuevo significado, porque ya no se identifica con el poder tradicional cuasi-absoluto, sino más bien con un ideal de servicio sin privilegios especiales, servicio a todos los existentes de su reino?

El problema básico no es aquí el vaciado de lo que la conciencia normal del ego contiene (sus *contenidos* emocionales y mentales), sino la transformación, y en verdad la

disolución, del *contenedor mismo*, la conciencia en su condición como “mente” formada, estructurada por el ego. Lo que debería empezar la búsqueda *no* es la voluntad o deseo de alcanzar la pura condición del “yo”, sino una disposición a hacer lo que Jung gráficamente llamaba “relajar el agarrotamiento de la conciencia”, una disposición *sin expectativas*, y especialmente sin la expectativa de permanecer consciente, al menos no en el sentido en que el ego ha sido consciente hasta entonces. La verdadera búsqueda interior debería comenzar no sólo con la voluntariedad a rendir los contenidos de la conciencia normal y diaria del ego, sino en una actitud de desapego al contenedor de esos contenidos.

Esta aventurada búsqueda no debería parecerse a nuestra reciente expedición de alunizaje, en la que cada movimiento fue preparado de antemano y minuciosamente ensayado, con los astronautas colgando, por el insubstancial cordón umbilical de la radiocomunicación, de un control-madre director en la Tierra, ejercida en el nombre de intereses nacionales, militares y económicos, y sólo secundariamente en nombre de la llamada investigación científica. Debería ser realmente una aventura en la que el aventurero no sólo abandone toda conexión con su punto de partida, sino que esté dispuesto a quemar su nave cuando llegue a la tierra ignota; de otro modo ésta no será una aventura real, sino meramente una consecución técnica, y al aventurero difícilmente se le podrá llamar “héroe”, sino más bien un técnico bien entrenado.

Tratemos de indicar lo que podría significar tal búsqueda interior y a qué podría conducir, si se emprendiese en dicho espíritu de *total* entrega, tanto del contenedor como de los contenidos.

Yo soy el aventurero. Cierro mis ojos. Trato de aquietarme, y de acallar las ondas superficiales de las impresiones sensoriales, los torbellinos emocionales y las corrientes de

pensamiento que afectan a mi conciencia. Entonces trato de *dejarme ir* por entero, de olvidar que “yo” existo, que nada existe. Todo está vacío. Y sin embargo... un corazón late, los pulmones se expanden y contraen, los movimientos son tenuemente sentidos. A través de lo que ahora se siente, existe una gran paz, el silencio de un océano en calma, no agitado por los vientos. Dentro de este silencio que va profundizándose, parece surgir la percepción de una actividad tranquila y rítmica. La mejor manera de describirla es como un “acorde” sin sonido, una vibración de tono definido, aunque parece contener también una miriada de sobretonos. ¿Qué es este tono? Es tan puro, tan simple. *Es*; ¡tan definida e irrevocablemente *es!* Parece extenderse *a través* de esa gran paz de la cual me percate; pero, ¿hay algún “yo” que se percate? Aquello que se percata se halla implicado en esta seidad, en ese hecho innegable, ese tono, esa paz, esa no-lugaridad y nidad que se extiende por todas partes. Y sin embargo está centrado. Es movimiento rítmico e imperturbable; pero, ¡tan tranquilo, tan puro! Es quizá lo que los hombres llaman “existencia”. ¿Existencia *de quién?*

Si el pensamiento de tal pregunta entra en la conciencia, algo cambia. La experiencia-sentimiento ya no es la misma. Deviene algo limitada, un poco torpe, tímida en verdad. El “yo” consciente se ha hecho cargo del sentimiento y lo ha convertido en un hecho consciente; es entonces casi imposible evitar la comparación con otras experiencias, formulándola en palabras, y por tanto *mentalizándola* de acuerdo con el lenguaje y los conceptos tradicionales de mi cultura (o en los términos de mi revolución contra dichos conceptos, y de mi búsqueda de una cultura más satisfactoria).

Esto es, desde luego, lo que ahora estoy haciendo cuando escribo sobre ello. Sin embargo, en el trasfondo mismo de mi esfuerzo, inevitablemente insatisfactorio, por hacer la experiencia no sólo consciente sino formulable, queda un sentimiento residual (un “sentir” sin imágenes) de un “aconteci-

miento” que no pertenecía a “mí” como “yo”—ego, o a lo que en un sentido preciso y comunicable (por lo racional) puedo llamar conciencia. No pertenecía a este campo de la conciencia porque, aunque había en verdad una percepción—sentimiento de esta vibración o tono omnipenetrante, no era nada que “yo” pudiese contener en el almacén de mi conciencia. No había ningún pensamiento implicado en esta percepción sintiente, ninguna emoción o deseo de contenerla. Simplemente *estaba ahí*. Pero en este “estar ahí” había finalidad, podría decir que un “absolutismo”, aunque la palabra absoluto me desagrada. Había fuerza, pero también simplicidad, pureza, quietud; y cuando los procesos de la conciencia y el pensamiento retornaron, en mi recuerdo me pareció que debía ser llamada una experiencia “trascendente”, en contraste con sucesos más familiares.

Sin embargo, fuere lo que fuere lo experimentado, *no* fue trascendente, pues parecía permear el espacio mismo; el espacio de mi existencia, por decirlo de un modo que tenga sentido. Era, según *luego* me pareció, aunque no en aquel momento, el fundamento de esta totalidad existencial a partir de la cual, o dentro de la cual, las sensaciones, sentimientos y pensamientos se forman y alcanzan la condición de contenidos de mi conciencia. Es “mi” conciencia porque estas sensaciones, sentimientos y pensamientos tienen un carácter más o menos definido; están dispuestos de tal modo que reaccionan y responden a la vida diaria de un modo particular. *Este modo particular es yo mismo*. Es la ley de mi conciencia.

Esta conciencia es manejada, como si dijéramos, por un poder, que es lo que el término ego realmente significa. Este poder dirigente es como el ejecutivo del sistema político americano. El “yo”—ejecutivo se sienta en la Casa Blanca de la conciencia; y puede ser poderoso, o impotente; pero no es la nación—en—su—conjunto. Tampoco el electorado, la gente que vota, es la nación—en—su—conjunto. La nación—en—su—

conjunto no es meramente la suma total de toda persona que vive en los Estados Unidos; es también el suelo y sus recursos, el clima y el aire, los lagos y ríos, los puertos, las montañas, los árboles y los animales de esta parte del continente Norteamericano. *Todo esto* debe ser incluido en la totalidad existencial de la nación. Y todavía debe incluirse algo más: la mente colectiva de la gente, los ideales e impulsos que integran todos estos factores existenciales en una entidad nacional, ocupando un lugar en el vasto campo mental planetario de la conciencia internacional y la interacción de actividades. De toda esta multitud de actividades integradas en una vasta totalidad existencial, muchas de ellas emergen en la conciencia de la humanidad para producir la imagen consciente de los Estados Unidos como una nación con un carácter particular, una tendencia de desarrollo histórico, una vida política propia centrada en un Gobierno; pero muchas de ellas, también, permanecen inconscientes en términos de historia mundial y sucesos mundiales cotidianos, pues, *¿qué es, real y totalmente, América?*

Similarmente, *¿Qué es, real y totalmente, esta persona individual que se conoce a sí misma conscientemente, y es conocida oficialmente por un nombre particular, que exhibe un temperamento y un carácter particulares, que come y duerme, siente y piensa, sufre y goza, ama, es amada o rechazada, que está llena de conflictos, problemas, preocupaciones, ansiedades, sobre la cual preside un “yo” ejecutivo? ¿Es este “yo” ejecutivo el regente real, o estará la persona dominada por tradiciones establecidas, temores (complejos) y grupos de presión (impulsos instintivos, deseos emocionales y ambiciones mentales)? ¿Cómo puedo referir válidamente a este “yo”-ejecutivo aquello de lo que no soy consciente? ¿Diré acaso, como Luis XIV en Versalles: “El estado soy yo”? ¿Está la existencia limitada a la conciencia?*

Hace tres siglos y medio, el filósofo francés Descartes hizo un atrevido intento por cuestionar toda opinión, doctrina y

prejuicio que hubiera heredado de su cultura y entorno. Había llegado a dudar de la validez de todo lo que conocía; y buscó encontrar una cosa sola que le pareciera cierta e indiscutible. Llegó entonces a la realización expresada en la famosa sentencia: "Pienso, luego existo". Pero este joven de 23 años no estaba realmente buscando la base de su *existencia*, estaba tratando de descubrir una base para su *conciencia*. Nos dijo que había tenido tres visiones o sueños acompañados de rayos y truenos (¿una reminiscencia bíblica?), y en verdad que lo que sucedió, fuere lo que fuere, tuvo un fuerte contenido de sentimiento además de producir una realización intelectual. Fue una "experiencia inmediata e indiscutible". Pero el resultado fue interpretado por su conciencia como la idea más clara y neta que podía tener. Era un *idea*, extraída o abstraída de todas las experiencias previas de su mente, y formulada en los términos de su trasfondo cultural y genético.

La conciencia se desarrolla cuando un sentido de orden estructural emerge a partir del conjunto de las actividades de una totalidad existencial, en las reacciones y respuestas de esta totalidad a los retos de la vida diaria. Este sentido de orden estructural establece límites, más o menos persistentes y definidos, a todas las sensaciones y sentimientos proyectados por el sistema nervioso del organismo humano sobre la pantalla (una figura del habla, desde luego) de la conciencia. Este campo, su centro, y este sentido de control estructural que gradualmente emerge de él, es el ego. Es el "yo" al que todo el mundo se refiere al hablar de sus sentimientos, deseos, pensamientos, objetivos, etc.

Normalmente es un "yo" tan ocupado por sus contactos con el mundo exterior como ocupado, y sin duda preocupado, está el Presidente de los Estados Unidos en la Casa Blanca. Quitad la ocupación, que todos los contactos, presiones y problemas sean olvidados, y el "yo" podrá relajarse a un estado de paz y quietud. Quizá este "yo" pueda

entonces ser capaz de trascender todas las responsabilidades y presiones; quizá este “yo” pueda orar a un Dios igualmente trascendente. En tal estado de aperturismo, el Presidente en la Casa Blanca de la conciencia puede soñar en “América”, en la pulsante y multitudinaria vida de la nación-como-un-todo. Puede entonces considerarse a sí mismo como sólo un agente central a través del cual la vida de esta totalidad nacional busca alcanzar, dentro de él y a través de él, el nivel de conciencia, y una decisión sobre cuestiones graves. Pero si dice “yo soy América”, ¡pobre América! Sí, en cambio, escucha tranquilo, y simplemente permanece abierto y receptivo, olvidando su posición ejecutiva y su prestigio, simplemente sintiendo el pulso de esta América con todo lo que abarca su totalidad existencial, entonces podría “conocer”, más allá o a través de cualquier forma consciente de conocimiento, la existencia real de aquello que ha sido llamado a representar al nivel de la conciencia de la humanidad.

El Presidente en la Casa Blanca no es la totalidad existencial que es el continente Americano dentro de las fronteras de los Estados Unidos, el continente con todo lo que abarca. El “yo”-ego de cada hombre y mujer no es la persona-como-un-todo humana, sino sólo la estructura característica y el centro de gravedad de la conciencia de la persona. La persona humana es una totalidad existencial, un sistema organizado de actividades. *La actividad es la base de la existencia*, pero la existencia implica totalidades de existencia; implica no sólo actividad, sino sistemas estructurados e integrados de actividades interrelacionadas e interdependientes. Lo primario en la existencia es el hecho de que es el estado de “totalidades de actividades”. Dentro y a través de cada totalidad opera un Principio de Totalidad. Llamo a este Principio EL UNO. Se le podría igualmente haber llamado el UNO MISMO, no un Uno Mismo personal o suprapersonal o cósmico, sino un principio, así como un poder de integración.

LA INTERACCION DE PODER Y CONCIENCIA

El hecho organizmico básico en la existencia del hombre, es que una miríada de actividades celulares y de ritmos periódicos constituyen una totalidad; y que esta totalidad se originó a partir de una sola célula, o más exactamente a partir de la combinación de dos células (macho y hembra) en una sola. La unidad se encuentra en la raíz de todos los cicocosmos. Toda existencia comienza en una condición de unidad, y con la activación de un particular ritmo unitario de existencia, una vibración o tono particular. Este ritmo es la expresión de un poder integrador al que llamo el UNO MISMO o la SEIDAD. Cualquier forma de existencia integral con características individuales que puedan ser mantenidas a través de un completo ciclo de vida, exhibe seidad. En los reinos inferiores de la vida esta capacidad de existencia integral mantenida por la seidad, y el ritmo y "tono" particulares que la expresan, están caracterizados, no al nivel de una planta o animal particulares, sino al de la especie entera al que este particular organismo viviente pertenece. Podemos, pues, hablar de "seidad genérica".

Cuando el hombre hace su aparición en el proceso evolutivo, a esta seidad genérica (aquello que constituye su "humanidad") se le añade la *potencialidad* de una seidad individualizada. El UNO MISMO opera por tanto en el hombre a dos niveles de existencia: al nivel estrictamente biológico como el ritmo fundamental del cuerpo-organismo, y al nivel de la persona individual como la (al menos latente) individualidad de esta persona. Esta individualidad puede no ser efectivamente actualizada durante el lapso de vida de la persona, pues al principio sólo es una potencialidad. Diversos factores pueden colaborar al proceso de actualización de esta potencialidad, o bloquearla, siendo el factor más obvio la combinada influencia de familia, comunidad, cultura, religión y sucesos nacionales. La enfermedad física puede desequilibrar este proceso; pero puede asimismo

estimularlo poderosamente, como compensación por la inadecuación biológica.

Los niveles genérico e individual de la seidad están estrechamente relacionados, pero cada uno pertenece a un tipo específico de conciencia. Un difuso tipo de percepción organismica, referida a las funciones corporales y a lo que las sucede durante el período de vida de la persona, se halla envuelto en ambos niveles. Tal percepción se halla directamente envuelta en el ritmo de la seidad básica, esto es, en todo lo que se refiere, en primer lugar, a la humanidad común del hombre, y en segundo lugar a las particularidades genéticas individuales que hacen a cada cuerpo humano diferente en alguna manera de cualquier otro cuerpo. Por tanto, todos los hombres tienen el mismo "Tono fundamental", diferente de los Tonos de otros tipos de organismos vivientes; pero todo hombre tiene también su propio tono *individual* algo diferente, que es, podríamos decir, una particular modificación o modulación del Tono básico único de la humanidad.

La persona individual normal de nuestro día no es consciente de que existan dichos tonos, expresiones del principio y poder del UNO MISMO. No es consciente de ese poder profundamente enraizado que vibra a través de todo su organismo y lo sustenta. No es más consciente de ello de lo que el joven, que siempre ha exhibido una exhuberante vitalidad y no ha experimentado ninguna enfermedad real, es consciente de la "salud". Da ese poder por supuesto, y puede oír hablar de él como la vitalidad o energía de la vida. No experimenta esta seidad en la raíz de su ser total como una presencia definida o definible, pues no sólo no le habla en términos inteligibles, sino que ha sido tan cubierta por las numerosas imágenes y formas de control estampadas sobre ella por la familia, la escuela y la sociedad en general, que el tono de la seidad no puede ya ser escuchado o sentido como un poder director e integrador. El uno mismo simple-

mente es; actúa por su misma presencia. Sus vibraciones sustentan por su poder integrador (tranquila, persistentemente, sin ningún cambio de acorde o carácter) la interacción vasta y compleja de todas las actividades operantes dentro del campo de la existencia al que llamamos persona. El uno mismo es un poder estructurador, no conciencia.

Sin embargo, el propósito esencial del proceso de desarrollo de toda persona humana es el de construir un tipo de conciencia reflexiva que, una vez verdaderamente madura, no sólo sea capaz de percibir la existencia del uno mismo dentro del organismo total, sino que sea capaz de llevar a un estado consciente todo lo que se refiere al poder integrador del uno mismo. Lo que llamamos el ego es, visto a la luz de esa ultérrima consumación, el instrumento por medio del cual una conciencia existencial puede ser formada y estructurada como mente. Esta mente sirve entonces como el indispensable contenedor de contenidos cada vez más complejos, aunque también cada vez más básicos (y finalmente orientados hacia el "ser"), de la conciencia verdaderamente individualizada. El proceso de formación del ego es por consiguiente un rasgo muy necesario en el pleno desarrollo de las potencialidades del hombre; pero el ego es un medio para un fin, y *no el fin en sí mismo*.

El hombre necesita también una mente amplia, incluyente y persistente, para desarrollarse plenamente como una conciencia individualizada. Necesita un *marco de referencia* persistente y efectivo para el desarrollo de lo que llamamos los valores; es decir, de modo que pueda ejercer su capacidad para descubrir relaciones significativas entre todos los factores que contribuyen, positiva o negativamente, a su existencia. Necesita una mente formada, aunque elástica y flexible, a fin de emerger, del estado de sumisión pasiva a las influencias del entorno local, hasta un estado de actividad deliberada, responsable y finalmente creativa, una actividad capaz de alcanzar entornos cada vez más incluyentes,

y una conciencia cada vez más amplia de patrones universales de orden. El ego es el *medio* para una persistente actualización *de la potencialidad humana, de la seidad individual en términos de una existencia consciente y autónoma, libre para elegir su propio tipo de contribución a una totalidad mayor.*

El papel del ego podría ser ilustrado, al menos parcialmente, considerándolo como el “andamiaje” necesario para edificar, digamos, un elevado templo. Este andamiaje es necesario para el transporte adecuado, eficiente y oportuno de los materiales de construcción; sostiene a los albañiles en su trabajo, etc. Pero una vez el templo completado, el andamiaje debería ser desmantelado y sus materiales utilizados con otros fines. ¡Ay!, la mayoría de los hombres devienen tan involucrados en las apariencias y en la seguridad del andamio, que se identifican con él, en vez de con el templo, en lenta ascensión, que se oculta tras él.

Tal ilustración está lejos de ser perfecta, y no tiene en cuenta muchos rasgos importantes de la situación humana, pero debería servir para, al menos, subrayar el hecho de que el ego es sólo un medio para un fin, una fase transitoria en el desarrollo total de la conciencia del hombre dentro de una mente plenamente abierta al poder y la luz del uno mismo. Dentro de tal mente, el matrimonio simbólico del poder y de la conciencia puede llevarse a cabo; y la interacción constante de poder y conciencia es el cumplimiento de todos los ciclos de existencia consciente.

Capítulo cuatro

Seidad y relación

Ningún existente nace solo. Toma forma en el interior (o emerge) de algo ya existente en un entorno particular, y nace en medio de numerosas totalidades existentes que, directa o indirectamente, reaccionan a su aparición en el mundo. Este hecho tan básico de la existencia implica que en el momento en que una nueva entidad se forma y ocupa un lugar en el espacio, se halla en relación, potencial si es que no actual, con otras entidades. Como totalidad existencial, se halla energizada y sustentada por una seidad; es una unidad de existencia porque en, y a través de ella, opera el poder integrador del UNO (o la SEIDAD). Pero esta seidad original es desafiada, o ayudada, en la actualización de su potencial de existencia, por todo aquello que numerosísimas relaciones aportan a su crecimiento.

Podemos pues ver fácilmente que hay dos factores básicos operando en el proceso de existencia: un factor se refiere a la seidad del existente, el otro, al inevitable hecho de que se encuentra relacionado con otras seidades. La seidad y la relación son en verdad como los dos focos de una elipse. La curva de la existencia es conformada por la interacción de estos dos factores, que constituyen dos centros de atracción, ejerciendo cada uno una fuerza muy básica. Ambas atracciones puede a menudo parecer que actúan en direcciones opuestas; sin embargo, ambas son necesarias para el pleno desarrollo del proceso de existencia.

En un momento volveremos a esta interacción; pero primero tenemos que reconocer otro hecho básico: la existencia de dos tipos de relación, a las que llamaré *matricial* y *asociativa*.

Antes de que el niño pueda nacer como organismo relativamente independiente, capaz de operar en el entorno de la biosfera terrestre y de desarrollarse como una persona consciente, este organismo tiene que pasar a través de un proceso prenatal de crecimiento embrionario. Este proceso es hecho posible y sustentado por la asimilación de componentes químicos, atraídos de las membranas envolventes en el útero de la madre. Tal proceso de asimilación representa el funcionamiento de un tipo específico de relación entre el embrión en crecimiento y el cuerpo de la madre, *dentro del cual* ocurre este crecimiento. Podemos denominar como matricial a este tipo de relación, para diferenciarla de otra categoría de relaciones que sólo tienen lugar después del nacimiento. En este tipo matricial de relación el cuerpo de la madre es el factor positivo y activo, mientras que el embrión es el polo pasivo y receptivo.

Normalmente, la relación es suave, inconsciente o instintiva, y completamente bajo el control de las fuerzas formativas de la especie humana, y del particular "código genético" que determina las características más individuales del organismo en ciernes. Conforme esta relación matricial alcanza su cumplimiento natural y preordenado (supuesto, desde luego, que ningún impacto destructor haya perturbado la relación), aquello que, justo después de la impregnación, era "potencial simiente" de existencia, es actualizado como un organismo humano, capaz de un tipo de existencia relativamente autónomo, una vez que deja la matriz y *comienza a respirar*.

Una vez que el bebé respira, deviene relativamente independiente como organismo biológico. Requiere alimento

(normalmente la leche de la madre), pero la leche, o incluso algún alimento substitutorio, pueden serle dados por otra persona o por un animal. El bebé deviene un "existente" con un grado de autonomía en gradual aumento. Conforme esto ocurre, se halla *enfrentado a* otros existentes (y ya no arrojado como en la etapa prenatal). Debe establecer relaciones de un nuevo tipo con estos existentes (otros seres humanos, animales, etc.), relaciones asociativas. Lo que caracteriza a estas relaciones asociativas es esencialmente que implican al menos algún grado de mutualidad; es decir, conducen a una interacción más o menos consciente de acciones, reacciones, más acciones y posteriores reacciones, entre los participantes en las relaciones. Implican asimismo algún tipo de reto para el recién nacido; y estos retos normalmente aumentan en intensidad, agudeza, extensión y complejidad conforme el bebé se desarrolla en niño, en adolescente y en adulto.

Sin embargo, el hecho de que el niño se enfrente a la necesidad de asociarse con otros existentes, no significa que ya no experimente las relaciones matriciales. Estas toman otra forma; son transferidas al nivel de la psique, al nivel de la mente y de los sentimientos. Tras el nacimiento el niño se halla todavía envuelto en una especie de matriz, pero es una matriz psíquica constituida por el cuerpo social, cultural y religioso de las tradiciones colectivas que han estructurado a su familia y la permean, y posteriormente las del entorno escolar. Es así que, aunque se encuentra con otras personas y cosas vivientes en términos de relaciones asociativas, hay todavía algunas personas con las que se relaciona en sentido matricial, pues es *a través de ellas* que el poder del entorno socio-cultural envolvente se manifiesta de una manera más enfocada; estas personas están "alimentando" su conciencia en desarrollo con "alimento" psíquico y mental.

La madre es la más importante de estas personas, pues no sólo atiende a las necesidades fisiológicas del bebé (con

lo que continúa así jugando, de una manera más compleja y diversificada, el papel jugado antes por su cuerpo durante la gestación), sino que tras el nacimiento guarda al niño, en cierto sentido, dentro del cálido abrazo psíquico de su amor. La familia entera es al principio como una matriz psíquica para el bebé en desarrollo. El padre no es simplemente otra persona más, sino que, también él, y de modo indirecto, alimenta el desarrollo del niño ganando (normalmente) el poder social (dinero) que proporciona el alimento y la satisfacción de otras necesidades primarias. La madre, pues, enfoca sobre el bebé la capacidad de amor y cuidado inherente a todas las matrices biológicas (en todas las hembras que han dado a luz a una prole), y el padre enfoca sobre el niño el poder masculino para proporcionar alimento por el ejercicio de su fuerza, habilidad y astucia, y, al nivel humano, su inteligencia.

La relación del niño con su madre y con su padre es pues de tipo matricial. Sin embargo, en tal relación existe una ambigüedad básica, pues los padres no sólo son los proveedores de lo que el niño necesita biológicamente y al nivel psíquico más primario de su desenvolvimiento, sino que son también personas individuales. En el primer rol ejemplifican lo que los psicólogos llamarían figuras arquetípicas, es decir, no se le aparecen al jovencísimo niño como personas individuales, sino como aspectos esenciales del proceso vital dirigido hacia él. Cumplen una función directa en la formación del ser humano genérico.

Sin embargo, tarde o temprano, y a través de la máscara de las figuras arquetípicas, la mente y el ego en desarrollo del niño percibirán la presencia de personas humanas. Una vez que el carácter arquetípico de los padres se desvanece, o al menos deviene transparente, el niño puede entrar en relación asociativa con ellos. Pero esta transición de un tipo de relación al otro a menudo confunde al niño, y es en algunos casos traumática.

La diferencia entre las relaciones matricial y asociativa es que la primera opera mayormente como un factor inconsciente y compulsivo, mientras que la segunda se refiere al nivel inconsciente del ego gradualmente en construcción. Cualquier influencia del entorno que moldee el desarrollo de la personalidad del niño, en un modo análogo a como el cuerpo de la madre alimentó al embrión en el útero, tiene, al menos en cierta medida, un carácter inconsciente y compulsivo. El niño *absorbe* inconscientemente sentimientos grupales e imágenes mentales colectivas. Ellos alimentan su conciencia. Algo en él puede querer ya reaccionar negativa y rebeldemente contra ellos, igual que la leche de la madre puede en algunos casos envenenar el organismo del bebé. Pero el joven niño no es consciente de qué es lo que dentro de él fuerza esa reacción negativa; puede ser una reacción orgánismica, enraizada en el carácter vibratorio de su "seidad". En la mayoría de los casos, el niño expulsará esas reacciones de su campo de conciencia creciente y aún no persistente. De esta manera se forman gradualmente complejos, los cuales probablemente surjan siempre al principio a partir de una reacción negativa frente a una relación matricial.

El niño se alimenta en verdad a partir de los contenidos de dichas relaciones matriciales; y su formación egoica puede ser envenenada por ellos. No es sólo una cuestión de *imitación*, aunque los niños busquen imitar a sus mayores y a los amigos que les impresionan particularmente. El niño inconscientemente *absorbe* la substancia, psíquica y mental, de su familia, de su entorno social y cultural, y posteriormente de su entorno escolar. Aquí, nuevamente, la relación del niño con el maestro tiene un carácter a la vez matricial y asociativo. Esta relación puede también devenir ambigua, si está poco desarrollada y factores inconscientes emocionales o sexuales entran en la relación. En verdad, las relaciones asociativas y matriciales se afectan constantemente una a la otra durante el proceso de construcción del ego. Las

respuestas conscientes a las relaciones asociativas interactúan con las reacciones inconscientes (o semiconscientes) a los materiales psicológico-mentales que pasan, en una especie de ósmosis psíquica, de la matriz sociocultural de la comunidad y la tradición a la psique o vida interior del joven. Estos materiales psíquicos colectivos interfieren a menudo con las respuestas conscientes del ego en crecimiento, pudiendo así desarrollarse una tendencia rebelde, o bien el ego, abatido, colapsa.

La construcción de un ego que estructure e integre los diversos contenidos del campo de la conciencia, es esencial; más aún cuanto mayor sea la variedad e intensidad de las imágenes y experiencias, que afectan a los sentidos y a la capacidad de dar respuestas-sentimientos a los encuentros con otros seres humanos, o incluso con otros organismos vivientes no humanos, tales como animales domésticos y plantas o, en general, la naturaleza. Las relaciones matriciales deberían proporcionar, durante el desarrollo del niño, no sólo un poder sustentador sino también selectivo. Quizá el mayor problema al que se enfrenta el joven niño en nuestra sociedad tecnológica sea la abundancia de impresiones e imágenes, y la variedad de relaciones con tipos heterogéneos de seres humanos que se enfrentan a su organismo y conciencia nacientes. Este problema deviene todavía más crucial como resultado de la pérdida del carácter arquetípico de los padres (y de la mayoría de los maestros durante los años escolares).

Las relaciones matriciales que operan al nivel psicosocial, son necesarias para proporcionar un contenedor seguro dentro del cual la conciencia del niño pueda desarrollarse permanentemente, y sin una abundancia no asimilable de imágenes y ajustes. El campo de la conciencia debe tener límites, o ésta se desarrollará de una manera caótica, y sin la capacidad de dar un valor definido a todos los impactos y contactos con los que es bombardeada. Necesita ejemplos

de orden, armonía y persistencia a fin de obtener la apreciación de los factores estructurales. Necesita arquetipos como principios de orden. Sin embargo, a los padres y maestros les resulta difícil ser ejemplo de orden y persistencia y representar papeles arquetípicos, en nuestro mundo humano en estado de crisis radical de transformación. Una tensión fantástica, y probablemente no sana, es colocada sobre las relaciones “personales”, sobre la espontaneidad, permisividad e individualismo personales de cualquier edad y bajo cualesquiera condiciones, aunque de hecho, o quizá a causa de este hecho, nuestra moderna sociedad tecnológica conduce, quizá inevitablemente, a una despersonalización de la existencia humana.

Es cierto que a la “individualidad” del niño se la debería permitir expresarse; pero la pregunta esencial es raramente cuestionada, a causa de la confusión psicológica entre el ego y el uno mismo: ¿Nace realmente el niño como un “individuo”? *Potencialmente* es una persona individual, pero no *actualmente*. Tiene su propio ritmo de existencia. Dentro y a través de su campo de existencia, el tono de la seidad vibra, sustentando al organismo entero. Sin embargo, este organismo es al principio genéricamente humano; no constituye una *persona individualizada*. La conciencia existe sólo en una condición latente porque la red infinitamente compleja del sistema nervioso y el cerebro del niño aún no están operando eficientemente. Las conexiones han de construirse; incluso la capacidad de sentir emociones individuales tiene todavía que ser desarrollada. ¿Cómo podría desarrollarse de un modo sano si el niño es arrojado a un caótico mundo de conflictos, tensiones emocionales e incesantes desafíos?

La respuesta a tal problema (el problema de “educar” a los niños desde su condición genérica hasta el estado individual de conciencia formada), ha sido en el pasado proporcionar al recién nacido un entorno familiar y socio-cultural-

religioso (una matriz), seguro y fuertemente estructurado por principios de comportamiento, normas colectivas y un sistema de valores tradicional. De acuerdo con el antiguo ideal hindú, la familia y la sociedad eran estrictamente ordenadas de una manera que se creía reflejaba el orden mismo del universo. La misma situación existía en la antigua China, y más o menos implícitamente en cualquier parte del globo. Este orden *socio-psicológico* moldeaba el desarrollo inicial del niño, restringiendo sus experiencias, pero proporcionando una base segura, grandes imágenes y ejemplos persistentes para su desarrollo.

El problema, sin embargo, era que en la gran mayoría de los casos esto impedía que surgieran el comportamiento y el pensamiento verdaderamente individuales; sin embargo esto no era así en todos los casos. Hubieron "individuos" que consiguieron emerger de los patrones arquetípicos y tradicionales. Estas eran personas *renacidas*, liberadas de las relaciones matriciales, en las que el poder de su verdadero "uno mismo" fue capaz de expresarse en actos conscientes, en acciones realmente autónomas y en pensamientos creativos. En la Europa Cristiana y en los comienzos de América, se concedía a la persona individual un énfasis mayor, aunque diferente, del que se le daba en la India. El poder de las matrices socioculturales y familiares todavía era sumamente efectivo, y de algún modo todavía más rígido que en los países asiáticos, pero con mayores posibilidades para escapar del poder de las imágenes y arquetipos colectivos. Sin embargo, estos hombres (y las pocas mujeres) que se liberaron o superaron el poder de las relaciones matriciales que habían dominado sus años formativos, ¿emergieron como verdaderas *seidades* individuales, o emergieron como *egos* cuyas voluntades habían sido temperadas por el esfuerzo mismo que tuvieron que hacer para devenir libres?

Esta es una pregunta siempre difícil de responder en cualquier caso particular. La rebelión contra el rígido poder

de las matrices socioculturales y los arquetipos familiares, pueden generar una endurecida fortaleza de carácter. Tal fortaleza era a menudo considerada muy deseable, quizá especialmente en la América de sus primeros días. Sin embargo, el tipo de individuo producido bajo tales condiciones es altamente competitivo y agresivo, y quizá antisocial, si es que no más o menos abiertamente criminal. Hoy en día la humanidad se enfrenta a otro tipo de situación, producida por el hecho de que el poder matricial sociocultural de la sociedad se ha derrumbado casi enteramente en la mayoría de los países. Ahora el ideal de los padres en cuanto a la educación de sus hijos es el de ser amigos a un nivel personal. Los niños se han visto involucrados en los conflictos y escenas emocionales de sus padres. Se les permite una conducta completamente sin estructurar, quizá porque sus padres están demasiado ocupados o demasiado preocupados por los problemas de sus propios egos y/o por sus trabajos, como para tener tiempo de ejemplificar una sana imagen materna o paterna. El niño que crece en un clima de permisividad es un constante testigo de las caóticas imágenes televisivas de lo que es la existencia humana. Es "libre", "abierto", pero, ¿qué puede hacer con esta libertad y con su mente sin formar y carente de tradición?

Ciertamente que el niño se desarrolla precozmente; pero, ¿qué quiere decir en realidad precozmente? Un sistema nervioso y respuestas emocionales que a menudo se ven confundidos por el "alimento" emocional-mental no asimilado. El niño puede anhelar la guía estructuradora; pero no encontrando ninguna guía persistente y relevante de parte de sus padres o maestros (así como de los ejemplos de comportamiento llevados a su inmadura conciencia por su entorno, incluyendo la televisión), al niño apenas le queda otra posibilidad que desarrollar un ego agresivo o derrotista. La agresividad suele ser una pantalla para ocultar la inseguridad básica y un temor profundamente asentado, un sentimiento de soledad y alienación; en breve, una incapacidad

cidad de entrar en relaciones asociativas persistentes y creativas, y no meramente el producto de encuentros casuales, y un ansia de olvidar en el tumulto tanto su propio ego como la sociedad.

Sin embargo, todo depende de las relaciones. Si la individualidad es uno de los dos polos de la existencia, la relación es el otro polo. Este dualismo es el hecho más fundamental de la existencia. La *seidad* y la relación son tan inseparables y necesarias a cualquier forma de existencia, como el tiempo y el espacio son requeridos como substrato de cualquier manifestación de actividad existencial.

La *seidad*, tal como he definido el término, es el factor permanente que constituye el ritmo y el poder estructurador básicos en la raíz de las totalidades existenciales; mientras que la *relación* se refiere al factor de cambio incesante que, como ya hemos visto, es el hecho más primario de la experiencia humana. Todo cambio es el resultado de algún tipo de alteración en la relación. Toda transformación en la conciencia de un ser humano puede ser adscrita a alguna relación que desencadenó la necesidad y el deseo de transformación. Dentro de cualquier ciclo de existencia, la *seidad* es el factor permanente, el ritmo inmutable y el carácter esencial del campo de la existencia; pero es a través de la relación que tienen lugar los cambios, sobre y por encima de este ritmo fundamental. A través de la energía liberada por las relaciones asociativas, la persona humana es capaz de crecer y actualizar la potencialidad inherente de cumplimiento consciente en la *seidad*. El progreso (o quizá la "regresión") de todo existente depende del carácter y la cualidad de estas relaciones asociativas, y de la energía que liberan.

Es por esto que un tipo de individualismo exagerado o idealizado en exceso no es sano; y es en verdad por esto que nuestra sociedad occidental del presente se está hundien-

do. El *Hombre-cómo-individuo* no es la solución final al problema de la existencia humana. Representa sólo un ideal de transición, una antítesis que debe conducir a la síntesis. Bajo la presión de una inminente catástrofe global (o al menos de su posibilidad), es preciso desarrollar una nueva imagen del hombre, y en verdad está siendo desarrollada. Es la imagen del *Hombre-en-relación*; el hombre como individuo que busca libremente a sus asociados y compañeros, y cuya conciencia se sintoniza con el armónico entretenerse de un grupo de mentes reunidas por un propósito común. El más básico de tales propósitos es el de participar en la edificación de una nueva sociedad no basada ya en las condiciones locales y en la exclusividad social, cultural y religiosa, sino en una comprensión global de la totalidad orgánica de la humanidad y de la Tierra.

HACIA UNA NUEVA IMAGEN DEL HOMBRE

Una suerte de proceso dialéctico opera en la evolución de la conciencia del hombre, y en verdad en la actitud del hombre hacia sí mismo y hacia otros hombres. Lo que está evolucionando es básicamente la manera en que su sentido de ser una persona (o, como los psicólogos dirían ahora, su imagen de sí mismo) se relaciona con su deseo y capacidad de entrar en relación con otras personas. Como seidad, el Hombre *es*; pero necesita estar, y en verdad no puede evitarlo, en un constante estado de relación con otros seres humanos. De la misma manera en que se experimenta a sí mismo, experimenta (y da valor y significado a) sus relaciones.

Algunas de estas relaciones, como ya hemos visto, son hechos primarios de la vida; son relaciones matriciales. El hombre nace de una matriz biológica, sólo para encontrarse luchando por construir capacidades mentales y emocionales que le permitan operar con acierto dentro de diversos tipos de matrices. En la etapa tribal de la evolución humana,

la tribu es una matriz sumamente efectiva y unida, como lo es la tierra donde los miembros de la tribu viven y que les alimenta. En realidad, un hombre tribal sólo tiene un rudimento, o más bien una potencialidad, de seidad individual. La seidad para él tiene un carácter genérico definido por la raza, la tierra, y rígidas tradiciones y rituales.

La rudimentaria individualidad del hombre primitivo no se desarrolló en largas edades, pero no es éste el lugar de estudiar con detalle histórico-cultural, las diversas fases del desarrollo de la conciencia que el hombre tiene de sí mismo como individuo.

Todo lo que necesitamos decir es que en el estado tribal arcaico las relaciones matriciales tienen un poder abrumador. El ser humano se halla en un estado prenatal por lo que concierne a su sentido de la individualidad. El "nosotros" tribal no permite demasiada libertad de desarrollo al "yo" individual. Este desarrollo sólo puede llegar *por relaciones de tipo asociativo*. Pero las relaciones asociativas del hombre tribal operan al principio exclusivamente dentro de un marco matricial de referencia, esto es, dentro de la totalidad tribal de actividades.

Las nuevas relaciones asociativas se hacen a través de intercambios tribales de los bienes necesitados, a través del matrimonio, las guerras de conquista y la captura de esclavos que son incorporados a la tribu. La tribu se convierte en un reino; los hombres pueden relacionarse unos con otros de modo más libre en ciudades, donde el comercio y la ambición de poder sobre una base individual desarrollan la astucia mental y las capacidades intelectuales. Todos estos nuevos factores tienden a aislar al hombre de las matrices que tan fuertemente le habían atado; y el proceso de individualización sigue su curso.

El hombre, para entonces, ha desarrollado un ego que ya

no se basa en la particular función que cumple en el organismo tribal, sino en la nueva capacidad de ocupar una posición exclusivamente propia. Es sobre esa base (así como sobre la base de lo que posee y de su posición social en la ciudad o el reino), que entra en relación con otros en términos de relaciones estrictamente asociativas. El "nosotros" original ha cambiado a un "yo" posesivo, y quizá descaradamente expresado. Este "yo"-ego, en muchos casos, ya no siente una relación de identificación con la Naturaleza en general. Su relación con una casa o un campo es más bien posesiva; le pertenecen. El poder matricial de la tierra pierde su intensidad, aunque permanece como compulsión inconsciente, una especie de atadura biopsíquica instintiva y casi irracional; y hoy en día todavía vemos dicha atadura muy extendida a todo lo largo del mundo.

La glorificación del individualismo vino con la revelación a Moisés del más grande Nombre de Dios: "Yo soy el que soy", que creo que realmente quiere decir: Soy el hecho absoluto de ser "yo", "yo" sin atributo alguno, simplemente "yo". Para el hombre occidental, la individualidad es la signatura de Dios dentro de él. El es un individuo por derecho divino; un rey en su propio reino. Pero pronto deviene un reino solitario perturbado por constantes conflictos feudales. Moisés fue quizá el primer individualista groseramente hablando; habló con Dios "cara a cara, como un hombre habla con su amigo". Entonces comenzó lo que se vino a conocer como un diálogo entre Dios y el hombre, entre el yo personal y el Tú absoluto (cf. los escritos de Buber). En verdad, el individuo debe ser capaz de comunicarse con un Tú divino en el que siempre y de manera absoluta se pueda confiar, pues ya no es capaz de entrar en relación, en las profundidades de su

Un problema todavía sin resolver del todo surge del hecho de que la palabra hebrea EHYEH, que en las lenguas europeas ha sido traducida como "yo soy", parece significar en hebreo "yo devengo" o "yo seré". Por extraño que resulte, este problema, hasta donde yo sé, no ha sido advertido por los eruditos.

existencia, con otros individuos, tan solo y alienado de sus colegas se ha vuelto. Hoy en día, el LSD es tomado por jóvenes más alienados todavía con la finalidad de exorcizar su sentido del ego, y volver a entrar en el perdido estado edénico de la unidad con todo, un retorno al Paraíso; pero, ¡ay!, son paraísos artificiales y peligrosos que sólo presentan alivio, quizá, pero no una solución final duradera a las trágicas tensiones de la existencia individual.

Si la identificación comunal, inconsciente y compulsiva, de los hombres tribales con la totalidad viviente y psíquica de la tribu constituía la *tesis* de un proceso dialéctico, y el individualismo puro y cuasi absoluto, que ha sido un ideal abstracto para muchos hombres en nuestro mundo occidental teóricamente democrático, es la *antítesis*, ¿qué clase de *síntesis* podemos pues esperar que emerja de nuestra Era histórica de conflictos, cuando (o si) una Nueva Era comience?

La frase "unidad en la diversidad" ha sido utilizada por una serie de pensadores que se esfuerzan por anunciar una Nueva Era cuyo lema sea en verdad la "síntesis". Pero tal frase, pese a lo bella y esperanzadora que suene, necesita una explicación; por encima de todo, no considera el elemento más esencial de la situación. Lo que se necesita es una clara comprensión del hecho de que, salvo que los hombres participantes en esta postulada Nueva Era entren en ella como "*seidades*" conscientes, y no sólo como *egos*, no habrá ninguna Nueva Era. La realización-del-NOSOTROS final que representa el estado de síntesis, no puede emerger de mentes humanas cuya conciencia está estructurada por un ego rígido y errado, sino sólo de personas humanas que han comprendido claramente que la fuente misma y el poder sustentador de su campo total de existencia, es la *seidad*, y cuyos egos han devenido servidores completamente dedicados a la *seidad*; y por lo tanto, a la humanidad en su conjunto.

Tales afirmaciones requieren ampliaciones y explicaciones; y una vez más debemos considerar la diferencia esencial entre la seidad y el ego. Pronto discutiré más específicamente lo que aquí se da a entender por SEIDAD (o el UNO MISMO) como Principio universal. Ya he afirmado que este término todo en mayúsculas se refiere al poder de integración inherente a toda forma de existencia, en toda totalidad, en todo sistema organizado o campo de actividad. La SEIDAD, de acuerdo con este enfoque holístico de la existencia, es el principio de totalidad en cualquier totalidad; y es el poder que integra todas las partes componentes de dichas totalidades.

Como veremos en el próximo capítulo, este poder de integración opera a diversos niveles de actividad existencial. En este momento nos conciernen dos de estos niveles, uno al que llamamos “vida”, y otro al que llamamos “mente” (utilizando este término en un sentido un tanto especial).

La integración al nivel de la VIDA tiene un carácter *genérico*. A ese nivel no tratamos sólo con organismos vivientes, sino con colectividades de organismos, con especies y géneros. El principio de seidad *no* opera en términos de un existente particular, sino en términos de una especie entera. Una especie entera que comprende una miriada de organismos vivientes, es estructurada por el mismo poder formativo e integrador. La seidad o individualidad reside en la especie, no en un espécimen particular; reside en la “trigüidad”, por ejemplo, y no en un tallo de trigo (mutantes y animales domesticados representan casos especiales que no podemos discutir aquí).

Al nivel de la MENTE, o más precisamente de lo que en el próximo capítulo llamaré *ideidad*, estamos tratando con procesos de integración que no sólo son muy complejos, sino que además no han producido todavía resultados completamente estabilizados (al menos no en la etapa presente de

evolución humana, por lo que concierne al estado normal de los seres humanos). *Una mente representa conciencia en una condición formada*. Lo que da a la conciencia una forma particular, esto es, lo que individualiza a la conciencia de un ser humano, es el ego. Y como ya hemos visto, el ego es un factor ambivalente. Por una parte, refleja *inconscientemente* la presencia de la seidad-raíz del organismo humano, sin la cual no habría en verdad organismo alguno, ni conciencia referida a ese organismo particular; por otro lado, es poderosamente influenciado por la familia y las presiones socio-culturales, las cuales a su vez son condicionadas por la raza y las condiciones geográficas locales. Más aún, el ego es profundamente afectado por las energías e impulsos vitales del cuerpo en que opera (mayormente a través del cerebro y del sistema nervioso cerebroespinal); es afectado por ellos, pero puede también afectarles a ellos por medio de su voluntad, o *involuntariamente* a través del efecto de sus propias tensiones.

Lo que no pudo aclararse suficientemente en el capítulo precedente es el hecho de que el ego es realmente el instrumento *a través* del cual la *seidad genérica*, centrada en la raíz del organismo humano, es reenfocada a un nivel superior, en el que deviene la *seidad individual*. Afirmar la cosa de ese modo puede prestarse a confusión, pues no hay *dos* seidades, al menos en un sentido básico. Lo que ahora discutimos es un proceso por medio del cual el poder de integración, la SEIDAD, establece un nuevo centro de operación sin por ello dejar de operar al nivel anterior. Este proceso puede denominarse el proceso de individualización (que no hay que confundir con el proceso de "individuación" de que habla Jung, aunque éste se halle relacionado con aquél). Este proceso de individualización podría ser comparado simbólicamente con aquél que hace elevarse la energía de la raíz de una planta para producir una flor. La raíz todavía existe mientras la planta florece (sigue siendo el factor fundamental en la planta), pero se ha establecido un

nuevo centro de integración al nivel de la flor, el cual tiene el poder de empezar un nuevo proceso de integración que da como resultado una semilla.

Esta ilustración no debe tomarse literalmente, pues hay diferencias esenciales entre un hombre y una planta; es sólo un símbolo (uno usado a menudo por los yoguis y ocultistas en el pasado, aunque por lo general no ha sido entendido correctamente). Lo que se pretende simbolizar con esta ilustración del proceso de formación de la semilla es, en el hombre, un proceso que debería producir, una vez llevado a la etapa final, un “organismo-mente” capaz de operar en una condición libre de las presiones tanto de los impulsos instintivos o biológicos (incluyendo el sexo), como de las tradiciones socioculturales y las imágenes colectivas.

El propósito real de todas las verdaderas técnicas ocultas de cualquier parte es el de parir, como si dijéramos, dicho organismo-mente, que en verdad puede ser comparado a la semilla de una planta. La semilla es transferible; abandona la vieja planta y *puede*, a su debido tiempo, devenir el punto de partida de una nueva planta. En este sentido, ha alcanzado una especie de “inmortalidad”. El organismo-mente del que hablamos es también un factor transferible por cuanto que, cuando el cuerpo se desintegra, el poder integrador de la seidad-raíz de este cuerpo es transferido al nuevo centro, el centro de la seidad *individual* (y ya no *genérica*). Este organismo-mente retiene, por lo tanto, la particular vibración, ritmo y carácter esencial del organismo biológico original (la persona humana) en el que se formó. Lo retiene tras la muerte del cuerpo, y adquiere así un grado de inmortalidad al menos relativo. Diversos nombres han sido dados a este organismo-mente; por ejemplo, el “cuerpo de Diamante” o “cuerpo de Cristo” (o, en la India, *svarupa*, la “forma de la seidad”).

Este proceso de transferencia de un centro biológico de integración (seidad genérica) a un centro mental o *ideístico*

(seidad individual) constituye una repolarización de la conciencia. En el hombre biológico-genérico, la conciencia está relacionada con la función de la vida y con los objetivos de preservación y expansión de la vida. En un hombre verdaderamente individualizado, la conciencia se halla centrada en la mente, pero no es una mente identificada con los procesos intelectuales y autocráticamente regida por el tipo usual de ego que se encuentra hoy en día en la mayoría de los seres humanos. No es una mente cuyos contenidos estén todavía condicionados tanto por los impulsos biológicos como por la cultura local, con su serie de patrones tradicionales y su exclusivismo.

Simbólicamente, y quizá también en un sentido real aunque no obvio, esta nueva mente, libre de los impulsos vitales compulsivos y de los patrones socioculturales, se halla centrada en el "corazón" antes que en las partes corticales del cerebro. Sin embargo, lo que queremos dar a entender por "corazón" en esta conexión (de acuerdo con numerosas antiguas tradiciones religiosas ocultas) no es el órgano físico en sí, sino el corazón como símbolo del ritmo individual del campo entero de existencia que constituye una persona. Este corazón oculto es el poder que hace que el órgano físico pulse de acuerdo con un ritmo básico de cualidad vibratoria; se refiere al timbre de estas pulsaciones (usando el término timbre en su sentido musical). Y muy probablemente este poder cardíaco se halle localizado, en el campo de fuerza electromagnético (¿el aura?) que, en términos dinámicos, constituye la persona individual real, en el lugar donde el eje vertical de la columna cruza la línea horizontal de los brazos extendidos. En este lugar, de acuerdo con el simbolismo Rosacruz, la divina Rosa florece en el centro de la Cruz de la existencia.

Este simbolismo se refiere al hecho de que la transferencia del poder de la seidad, desde el centro genérico en la base de la columna (el *Muladhara Chakra* del yoga hindú), hasta

el centro individual al nivel del corazón, requiere en la mayoría de los casos algún tipo de "crucifixión". Pero puede ser que la crucifixión final, la crisis más total, tenga que ser relacionada con un proceso que tiene lugar en el cráneo; Gólgota significa el lugar del cráneo. Al final de este nuevo proceso el hombre deviene verdaderamente *más-que-hombre*, alcanzado el estado de *santidad*, que en verdad significa la perfección de la totalidad al nuevo nivel de seidad. A dicho nivel, la individualidad misma es trascendida, y el hombre tiene el derecho espiritual a no decir ya "yo", sino NOSOTROS.

EL HOMBRE EN EL ESTADO DE PLEROMA

Estas crisis que pueden ser llamadas "crucifixiones", ocurren siempre en realidad como resultado de un tipo u otro de relación. Están alimentadas por la energía liberada por las relaciones (liberada dentro de un estado de exaltación gozosa, o en el núcleo de una tragedia o shock aniquilante del ego).

La relación entre un *gurú* y sus *chelas*, fuertemente caracterizada en la tradición de la India, puede ser esa relación transformadora y, siempre en algún grado en ciertas etapas del proceso, crucificadora. En cierto sentido, es una revolución que derriba de su trono al ego-rey autocrático, y radicalmente trastorna las estructuras legales e institucionales de la sociedad (la personalidad consciente) sobre la que gobierna. En nuestro mundo occidental del presente, el psicoanalista o psiquiatra tiende a reemplazar al gurú, o al "director de conciencia" católico. Pero detrás de la autoridad del verdadero gurú se halla una realización cósmico-espiritual, si no es que un verdadero Poder, que difiere del trasfondo religioso de que se halla investido el sacerdote (y del cual el psicólogo de nuestros días tristemente carece).

Lo que nuestra psicología occidental pretende, en la mayoría de los casos, es simplemente hacer que una persona perturbada, y quizá antisocial, se convierta en una que pueda funcionar suavemente, y con más o menos contento o (como decimos ahora) creativamente, en nuestra sociedad; una sociedad de egos, organizada para el bienestar y el engrandecimiento de egos. El psicólogo moderno busca curar las neurosis (producidas por el énfasis cultural que se da al ego y a sus impulsos competitivo-agresivos), a base de aliviar las tensiones acumuladas por una larga serie de conflictos sin resolver. Hace que la persona perturbada encare más objetivamente lo que ahora se llama la "realidad", una realidad de tipo biológico y social. El paciente, si la cura es efectiva, deviene mucho mejor ajustado a su sociedad. Pero este llamado ajuste puede realmente significar una derrota espiritual para la persona individual; pues las crisis que ha estado experimentando fueron quizá medios de llevar a cabo una repolarización radical de su conciencia; una repolarización que requiere un repudio de los valores sobre él forzados por una sociedad que mezcla, ambiguamente, la adoración al individualismo agresivo con el culto al conformismo a patrones establecidos de productividad-a-toda-costa.

Las relaciones capaces de intensificar, y quizá de generar, el proceso de repolarización de la seidad al que acabamos de referirnos, deben ser relaciones que desafíen el obstinado poder de la voluntad del ego, así como la sumisión de la persona a las tradiciones intelectuales de su familia y cultura. El gurú hindú era, al menos idealmente, un hombre que había superado su estado egoico de conciencia, y que se había liberado de las ataduras de su casta y de todos los patrones sociales. Era un individuo asocial en términos de la sociedad de su entorno y de su tiempo; pero su vasallaje había sido transferido a un tipo de comunidad espiritual más elevada y mucho más incluyente, un tipo de comunidad eterna (es decir, eónica).

Llamo a tal comunidad el Pleroma del Hombre, la “consumación-simiente” de la evolución de la humanidad sobre este planeta, la Tierra. Cuando la Iglesia Católica habla de la Comunión de los Santos y de la “Iglesia Triunfante”, o cuando Teilhard de Chardin describe el estado Omega antes de que se cierre el ciclo humano, es a dicha comunidad espiritual que se refieren. El teósofo moderno habla de este estado de síntesis de conciencia como la “Logia Blanca”, pero desgraciadamente muy a menudo materializa el concepto, lo que ha dado lugar a una diversidad de interpretaciones erróneas por la falta de comprensión filosófica de todo el proceso ciclocósmico de evolución, y en ocasiones causadas por un enfoque demasiado devocional y sensacionalista de hechos supuestamente espirituales.

La principal dificultad al abordar tales conceptos o realizaciones internas es que el enfoque será pervertido en la medida en que la conciencia de la persona se halle todavía dominada por dos poderes: una tradición socio-cultural-religiosa, y un ego condicionado por esta cultura local y exclusivista. Lo que se necesita para romper esa doble atadura es, o bien una relación en la cual uno de los dos (o más) participantes es un individuo que en verdad se halla libre de ella, o una en la que dos o más egos generen por su interacción, sea en una exaltación gozosa o en un trágico conflicto, una especie de “fuego por fricción” que pueda quemar su exclusivismo y liberar nuevas realizaciones. En la mayoría de los casos dicho “fuego” sólo puede ser generado cuando la relación reúne a dos *organismos* humanos, en vez de dos egos. Y es a causa de este hecho más o menos claramente comprendido hoy en día por mucha gente, que los contactos *entre cuerpos humanos* son a menudo recalcados como un requerimiento básico para la auto-repolarización. Tales contactos conducen, obviamente, la mayoría de las veces a la unión sexual; pero también son glorificados, lejos de los verdaderos contactos sexuales, en los muchos grupos de encuentro que últimamente han

surgido en América, y en el culto nudista.

El punto esencial aquí es la distinción entre, por una parte, la persona individual, regida por el ego, social y culturalmente condicionada, y por la otra el organismo humano, considerado en sus implicaciones más amplias y profundas como lo que podría llamarse un campo de existencia. El término "campo", tan popular ahora en la física moderna, se utiliza aquí para indicar que una persona individual, considerada en su totalidad, es en verdad un campo de fuerza, esto es, una red compleja y estructurada de actividades interdependientes que operan a diversos niveles de frecuencias vibratorias. Es una totalidad dinámica sustentada por el tono fundamental de la seidad, una totalidad en la cual totalidades menores operan en un estado de incesante relación (células, órganos y, al nivel de una frecuencia de movimientos y cambios todavía más intensa, moléculas, átomos, electrones, etc.).

Las interrelaciones celulares y orgánicas *internas* generan un exceso de energía a través de la interacción de procesos anabólicos y catabólicos, condicionadas por leyes estructurales definidas y los códigos genéticos que regulan el comportamiento funcional de cada unidad dentro de todo el campo, el organismo total. Este campo incluye los procesos llamados "psíquicos", así como los "físicos". Las relaciones *externas*, en las que dos o más campos humanos de existencia interaccionan y se afectan el uno al otro, son también estructuradas, pero han sido estructuradas en el pasado de la evolución humana por culturas y religiones particulares, y por leyes y regulaciones sociopolíticas.

De lo que ahora se trata es de la necesidad de cambiar el carácter y cualidad de este poder estructurador, el poder de una colectividad social, cultural y religiosamente organizada, sea una pequeña tribu o una gran nación como los Estados Unidos o Rusia.

Esto no implica menos que una revolución radical en el orden socio-cultural-religioso de acuerdo al cual los seres humanos viven hoy en día (radical en el sentido de que incluye el poder raíz interior al hombre, es decir, la seidad).

En páginas anteriores he hablado del proceso de repolarización de la seidad, desde el nivel genérico hasta el nivel individual de actividad, sentimientos y conciencia. Esta repolarización requiere el desarrollo de la función del ego, esto es, de un poder que integre los resultados de las experiencias individuales de cada día en una serie estructurada de respuestas. Esta serie constituye lo que llamamos el carácter de la persona individual. Pero *al principio* el ego sólo puede operar en términos de los modelos estructurales que son impresionados a la fuerza, sobre el niño en crecimiento, por el entorno familiar, escolar y social; y este entorno, ¡jay!, ha estado operando hasta ahora sobre la base de condiciones locales relativamente estrechas, y un modo de vida tradicional más o menos rígido. Este modo de vida, al menos hasta recientemente, estuvo siempre condicionado por el principio de escasez, la lucha por los bienes materiales, y a menudo por la consecución de un “espacio vital” adecuado (y los geopolíticos de hace unas pocas décadas, especialmente en Alemania, subrayaron e hiper-subrayaron este hecho).

Como resultado, el tipo de orden que el ego ordinario impone sobre la vida interior de una persona (esto es, sobre sus *valores* mentales, emocionales y de comportamiento), es tal que no puede cumplir el propósito que originalmente lo invocó a la existencia, a saber: la consecución de la seidad individual en un organismo de conciencia, en una mente libre de instintos genéricos e inadecuados impulsos socio-culturales. Estos impulsos son inadecuados, y ahora obsoletos, porque se basan en un primitivo tipo de relación del hombre con su entorno, una relación basada en la escasez, la ansiedad, el temor e incesantes conflictos. Es así que la

mentalidad de los mayoría de los hombres es también totalmente inadecuada para encarar la oportunidad que aguarda a la humanidad en el umbral de una Nueva Era. La hora para el comienzo de esta Nueva Era debería sonar pronto: en el siglo próximo, creo yo (cf. mi libro *CRONOMETRAJE ASTROLOGICO: LA TRANSICION A UNA NUEVA ERA*, *Astrological Timing: The Transition to a New Age*, Harper Colophon Books, New York, 1972); pero, ¿cuántos seres humanos estarán preparados para ello? ¿Cuán transformado estará el entorno social del hombre? y, la pregunta esencial, ¿transformado *de qué modo*? ¿El modo de los tecnócratas, que ya controlan hoy en día a la mayoría de la humanidad, del Este y del Oeste, o el modo que hace preveer el proyecto de una comunidad-ciudad ideal cerca de Pondicherry, en la India, llamada Auroville? ¿El modo del poder basado en la policía, o el modo del amor integral y la armonía?

Los hombres hablan hoy en día de democracia e individualismo. Estas palabras suenan bien; pueden ser las más engañosas pantallas para ocultar el fracaso de abarcar constructivamente nuevas posibilidades humanas, y de alcanzar lo que el individualismo se pretendía que consiguiera *como medio para un fin*. Como el escritor francés St. Exupery escribiera en su bello libro *VUELO A ARRAS*: “El individuo es un sendero. Sólo el hombre cuenta, aquél que toma el sendero”. Como ya he afirmado, el individuo, en términos de la evolución de la conciencia, representa la fase de antítesis. La humanidad ha necesitado, y en muchos sitios todavía necesita, la negación de la tesis de la inconsciente unidad tribal, la emergencia de individuos hambrientos de poder y orgullosos de su aislamiento, orgullos de “haberse hecho a sí mismos”, lo que, de hecho, significa formados por la energía de su revuelta contra las limitantes fuerzas de tradiciones obsoletas por lo estrechas y exclusivistas. Pero tal etapa de la evolución está ahora pasando. Los hombres deben devenir cada vez más abiertos

a la nueva fase, la fase de la síntesis, la fase que debe gradualmente ser testigo de una *planetarización de la conciencia* cada vez más significativa, válida y efectiva.

Lo que esto quiere decir es que, al orden *interno* que exhiben los campos humanos de existencia, tendrá que responder un orden *externo* de la humanidad-como-*un*-todo. La humanidad debe desarrollarse como un organismo planetario, o, por decirlo más exactamente, como un *órgano* complejo operante dentro del organismo planetario de la Tierra; pues la Tierra es ese vasto cuerpo dentro del cual vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser *como personas totales* (es decir, como campos de existencia individualizados).

¿Por qué ha sido tan difícil concebir la Tierra como dicho organismo global, en el que la humanidad lleva a cabo una función específica, igual que todo reino de vida, corrientes oceánicas, vientos y anillos de Van Allen ejecutan sus funciones específicas? Simplemente porque, especialmente desde la aurora de la Cristiandad, y quizá ya en las culturas griega y hebrea e incluso en Asia por diferentes razones, el hombre se ha esforzado por separar su conciencia y su sentido de los valores de los hechos biológicos y telúricos de la existencia, a fin de centrar su conciencia al nivel del intelecto racional, o bien disociar y liberar enteramente esta conciencia de los valores esenciales a la etapa tribal del desarrollo humano.

Repito que ésta fue una fase necesaria, la fase de la antítesis, el aspecto *¡Neti! ¡Neti!* del esfuerzo del hombre por alcanzar lo Desconocido, y en verdad lo Incognoscible, lo Atemporal, lo Absoluto, o bien lo Racional, la Ley de leyes, la mente Suprema del Gran Arquitecto del Universo. Pero *ahora* el hombre debería estar dispuesto para dar un nuevo paso. Este paso *no* niega la validez ni de la tesis (unanimidad tribal en términos de instintos compulsivos), ni de la anti-

tesis (el individualismo de los grandes Rebeldes, aventureros en busca del oro, o ascetas y santos en busca de Dios). Incluye algo de ambas; en verdad, valora lo esencial de cada uno de ambos enfoques. La nueva meta evolutiva es *una comunidad planetaria supratribal*, una comunidad de individuos plenamente conscientes, interiormente libres pero completos, cada uno de los cuales aportará al Conjunto global su propia "verdad de la existencia" auto-comprendida, esto es, su capacidad para cumplir de un modo efectivo lo que quiera que *su lugar y funciones requieran dentro de esta comunidad-de-la-Tierra*.

Este es el ideal de lo que Sri Aurobindo llama "la sociedad gnóstica", y muchos de los "hippies" más conscientes de nuestros días están orientando intuitivamente sus pasos, a tientas y muy a menudo confusos, hacia una meta así. Podemos sonreír con aires de suficiencia y llamar a tales visiones Utopía; pero de acuerdo a un cuadro ciclocósmico, anuncian una condición suprasocial de existencia humana que es el fin inevitable de la evolución humana. Es el verdadero estado *Omega* (cuando se libera de la imagen católica en que Teilhard de Chardin revistió ese estado). Es simbólicamente el estado-"simiente", el Pleroma.

¿Cómo podemos hacer para alcanzar ese estado humano? Debe hacerse individualmente, y *al mismo tiempo* colectivamente. Debe hacerse transformando la imagen que una persona individual tienen de sí misma y del Hombre en general. Debe también hacerse cambiando la cualidad de nuestras relaciones con otros hombres, y proveyendo nuevos conceptos e ideales de relación para pequeños grupos de personas, al principio, y posteriormente para toda la sociedad humana; un programa muy arduo que a menudo, en verdad, parece de consecución imposible. No puede realizarse milagrosamente o de golpe. Deben sembrarse semillas, que a su debido tiempo y estación germinarán; y así una nueva sociedad emergerá.

El primer paso es caer en la cuenta de que el proceso es no sólo posible, sino inevitable. Ningún hombre sacrificó nunca el presente por el futuro, salvo que este presente deviniera totalmente oscuro y vacío, o el individuo creyera con absoluta determinación que el final del proceso era inevitable; de ahí que participara en él, simplemente porque ninguna otra cosa importaba ya. La primera alternativa se enraza en la desesperación; la segunda en la fé. Ambas son válidas en algún momento y en algunos lugares. La segunda es la más constructiva, pues *sabe* qué es lo que hay por delante, gracias a un conocimiento que se halla más allá de la razón y la argumentación. La llamada se escucha de tal modo que la respuesta del individuo es inevitable; irracional, sí, pero creadora de mañanas. En algunas mentes particularmente dinámicas y creativas esta llamada es formulada como una filosofía. Una nueva visión de lo que los valores últimos de la existencia son en su realidad esencial, es entonces traducible en términos de un nuevo modo de vida, de nuevas relaciones.

Sin una filosofía holística como la que estoy presentando aquí, parece muy difícil formular este nuevo modo de vida, para llevar nuevas relaciones, quizás intuitivamente ansiadas y buscadas, a un estado de comprensión y efectividad verdaderamente consciente. Una filosofía así es necesaria. Sólo puede ser aceptada por la mente que ha comprendido que "yo" es un concepto limitador mientras se encuentre ligado a un entorno cultural tradicional, y mientras este sentido del yo no se integre con una comprensión del NOSOTROS, o más aún, mientras no se convierta en *servidor* del NOSOTROS.

Pero, ¿qué tipo de pensamiento-de-NOSOTROS (más aún que hablar-de-NOSOTROS)? Aquí es donde se necesita una gran discriminación, pues la atracción por la vieja tesis es siempre fuertemente sentida en tiempos de gran crisis y profunda decepción, con fallos al menos temporales. El

nosotros inconsciente de la comunidad tribal, con su psi-quismo totalmente dominante y su sumisión a los rituales y líderes dotados de algún misterioso *maná* o poder mágico, es un refugio agradable y descansado para los exhaustos o confusos. “El grupo” convoca a su seguro puerto a los zarandeados egos que se sienten desvalidos antes de la tormenta. Pero éste no es el camino hacia la verdadera Semilla del Hombre. El Pleroma sólo puede aceptar en su radiante totalidad al individuo fuerte y osado que ha obtenido repetidas victorias sobre la atracción hacia abajo de nuestra Edad Oscura (*Kali Yuga*). De ahí todas las “pruebas” mencionadas en los libros antiguos referentes al proceso de la Iniciación (que es, en verdad, el proceso que conduce al estado de Pleroma). Estas pruebas sin duda eran simbólicas, pero muy reales para el candidato a la Iniciación.

Hoy en día el proceso, especialmente para el hombre occidental, tan fuertemente preocupado por su ego, muy probablemente adopte un carácter diferente. La vida misma es la gran Probadora para quien tiene la fortaleza de carácter de *no* rehusarse a ser puesto a prueba por ella (como tanta gente hace, seducida por los escapes a lo informe o lo arcaico, y tan inteligente para racionalizar la importancia de los desvíos que impiden la confrontación directa con el gran enemigo, el ego, y su varita mágica que hace de cada relación o un taburete para alcanzar el trono de la autoglorificación, o el profundo lecho del desenfreno).

El Sendero real es solitario. Parece forzar el aislamiento en quien lo recorre; pero es fácil interpretar erróneamente el significado que los viejos sabios y yoguis indios daban a este término, aislamiento, en un tiempo en que la sociedad estaba completamente ritualizada, y hombres, mujeres y niños tenían todos papeles que jugar en ella rígidamente definidos y mayormente heredados, de acuerdo con un patrón de existencia colectiva divinamente ordenado. El aislamiento, pues, se hallaba dirigido a des-colectivizar al

hombre, a forzarlo a encarar su seidad trascendente, y a lo mismo se hallaban dirigidas muchas prácticas de meditación. Hoy en día el hombre se halla (en cierto sentido) individualizado, y viviendo en una caótica sociedad de adoración al ego; pero éste es un falso tipo de individualización. ¿Cómo puede ser transformada en la verdadera, si no es a través del poder mágico de las relaciones plenamente vividas, sea en la felicidad o en la tragedia?

El modo es, por consiguiente, una vida de relación plena bajo cualesquiera condiciones y circunstancias, desarrollar un sentido de aperturismo hacia las relaciones, de no posesividad y humildad en las relaciones, para estar verdaderamente disponible dondequiera y cuandoquiera que se nos necesite, y para superar el temor y la seducción de los escapes fáciles e incluso la tendencia a sentirse orgulloso de la propia humildad y sabiduría. Por encima de todo, es no dar nada por supuesto, y cuestionar todo alegato de privilegio o revelación especiales. Es tener fé cuando no hay nada que uno pueda creer como cierto, fé en lo inevitable. Pero es también estar abierto, dispuesto, preparado, y capaz de enfrentarse a lo inevitable bajo cualquier forma o disfraz, mientras permanecemos firmes y resistentes en nuestra propia verdad y nuestro propio sentido del destino.

La Seidad y el Otro son las dos polaridades eternas de toda existencia. Son el *Yang* y el *Yin* del ciclo de cambio y del proceso de crecimiento. En la relación el hombre descubre su verdadero ser; y en ese descubrimiento comprende finalmente el significado esencial del Principio de relación, que es el secreto último de toda existencia.

Este secreto le es revelado a quien atraviesa el umbral que abre paso al estado de Pleroma, revelado dentro de su conciencia holística que ahora abarca todo el barrido de los ciclos existenciales, desde el alfa hasta el omega. Dado que participa del carácter simbólico de la semilla, él se compren-

de a sí mismo como consumación-final, pero también, y al mismo tiempo, como inicio germinal. Participa por tanto de la conciencia del Eón. Deviene el Eón, la plenitud del Tiempo, la Eternidad, en un "instante" de claridad suprema. Entiende el mundo; y el peso del mundo carga sobre su mente iluminada que es una con la Mente del Todo. Un hombre ha devenido Hombre; y "yo" ha devenido NOSOTROS.

Segunda parte

En el modo metafísico

Capítulo V: Fundamentos para una metafísica de la totalidad

El filósofo como intérprete; Escudriñando los hechos y descubriendo principios; Un mundo de totalidades interactuantes en movimiento ordenado; El Principio de Totalidad, UNO, como poder integrador, como SEIDAD; Energía potencial y cinética; Dios como el aspecto Unidad y “Fuente” de los ciclos; Potencialidad y posibilidad : El Dios trascendente del teísmo hindú; La relación cíclica entre el mundo de la existencia y el Océano de potencialidad infinita; Yin y Yang; El ritmo cíclico en la vida de un hombre, y el desarrollo de la conciencia; Poder y conciencia; La conciencia como capacidad de relación; Como el aura de la totalidad; La relación entre el Potencial Infinito y las totalidades finitas; Los resultados finales de un ciclo universal (“éxitos” y “fracasos”); El dualismo inherente a la Forma; La Compasión Absoluta : El Pleroma visiona el nuevo universo para dar una segunda oportunidad a los fracasos del viejo; Amor consciente e inconsciente, y la expansión de la conciencia; La relación cíclica entre potencialidad y actualidad; Exito y fracaso en los grandes ciclos - El hombre simiente; Condensación del capítulo; La necesidad de una imagen de Dios, y la comprensión de los Principios últimos.

Capítulo VI: El proceso cíclico

El comienzo de un ciclo cósmico de existencia; Los dos polos (Unidad y Multiplicidad); El temor como pecado original; La Palabra Creativa : Una fórmula de integración cósmica : La Virgen Eterna, y el Pleroma como fuerza fecundante; El Mundo Divino (existencia sin pasado, totalmente orientada hacia el futuro); El Niño Divino y el Padre Oculto; Ishvara, el aspecto Hijo : Las Dos Creaciones (Génesis I y II); Ananda, Lila y el niño Krishna; Materia y Vida en evolución; Fases regresivas; El factor involutivo en las mutaciones; La operación de UNO al nivel de la Vida; El emerger del individuo a partir de la matriz tribal; Los dos movimientos simétricos del proceso cósmico : Patrones estructurales y modos de energía cada vez más diferenciados; Involución de forma y energía, y evolución de totalidades materiales; Cómo interaccionan los dos procesos : El campo Vital planetario y la unidad de la humanidad; Los campos-Anímicos, genérico e individual; El "Alma Viviente" del hombre : El trágico proceso de "individualización" y sus crisis; La transfiguración del individuo por lo Divino; Avatares e Impulsos creativos; Buddha, Cristo, Mahoma, Baha'u'llah : Tres categorías de hombres, al comenzar los ciclos; La elección crucial: el camino de las semillas o el camino de las hojas; La transmutación y sus sombras; El estado Omega y la Sociedad Gnóstica de Aurobindo : Una Humanidad de Cristos y Buddhas sobre una Tierra transubstanciada.

Capítulo VII: Campo-anímico, mente y reencarnación

El cuadro mundial ciclocósmico frente al cuadro científico moderno; La siempre presente potencialidad de cambio frente al determinismo causal; La seidad permanente y la indeterminación de las relaciones; Definición de mente; Mente y tiempo - Mente y cerebro físico; Mente a los niveles de la Materialidad, de la Vida y de la Ideidad; La Imagen-Anímica y el Campo-Anímico, un poder formativo; La conciencia como un proceso de retroalimentación (*feedback*) y el campo-de-existencia; La relación uno-a-uno entre el campo-Anímico y el organismo viviente; El Tono fundamental de la seidad y sus sobretonos; El ascenso del Kundalini; Rituales tántricos; "Modulación" de la Vida en Ideidad a través de la individualización de la conciencia; Construyendo el "vínculo" y trascendiendo el ego; Técnicas occidentales y asiáticas; La "Guerra en los Cielos" y el origen del mal; La "Imagen del Hombre": Tema y variaciones; El Huevo Aurico; La operación del karma; ¿Qué es lo que reaparece cíclicamente?; Éxito y fracaso: la acción de UNO; Adeptos Individuales y la Logia Blanca - La mónada y el campo-de-Ideidad; El modelo del átomo: onda frente a partícula; Símbolos de la Nueva Era - La aurora de la conciencia cósmica; Reencarnación; La activación e inactivación rítmicas del campo-de-Ideidad; La mente como un poder creativo de la conciencia - Las mentes superior e inferior - Inmortalidad personal; Memorias de vidas pasadas; El espiritismo y sus "pruebas"; Predecesor y sucesor en un proceso en serie; El proceso de renacimiento; Desarrollo de una persona humana - Las dimensiones cuarta y quinta de actividad y de conciencia, "ligante de tiempo" y "ligante de personalidad"; El Matrimonio Divino - El Alma: una cualidad de poder ser; La Imagen-Anímica como una Oficina; ¿Escoge la presidencia al presidente?; El Hombre de Plenitud y el proceso de planetarización - Campo de energías

frente a entidades personalizadas; Los peligros ante nosotros - La gran necesidad: Fé en el Hombre - Y ponerla en acción.

Capítulo cinco

Fundamentos para una metafísica de la totalidad

Al abordar una formulación metafísica de lo que podríamos llamar "lo último" de la existencia, a fin de presentar un cuadro consistente y comprensible de átomos, hombres y universos, y del trasfondo o fundamento trascendente implícito en tal formulación, puede ser conveniente afirmar que lo que haré no será inventar intelectualmente un nuevo modelo del universo, sino simplemente tratar de extraer de los hechos mismos de la experiencia humana sus más universales implicaciones. Si el hombre se enfrenta en sus primeras y más básicas experiencias con el hecho del cambio incesante y los sucesos azárnicos o casuales (según le parece a él, correcta o incorrectamente), así como con la comprensión de que dentro de ese cambio existe orden, periodicidad y patrones cíclicos de desenvolvimiento, podemos utilizar este dualismo, generalizándolo e interpretándolo para alcanzar ciertas conclusiones universales y metafísicas. Dado que percibimos el movimiento y la actividad por todas partes, hemos de deducir de esta actividad la liberación de algo a lo que llamamos energía. Observamos el nacimiento, desarrollo y decaimiento de los organismos vivos y de diversos tipos de totalidades de actividad; deducimos, pues, a partir de esta operación, un poder integrador que establece y mantiene, o transforma, las características identificadoras de estos organismos o sistemas organizados de actividad.

El verdadero filósofo no es un inventor, es más bien un

intérprete. Su objetivo es proporcionar al hombre un cuadro del mundo que dé significado, consistencia, dirección y propósito a la existencia humana a todos los niveles. Debería por tanto comenzar con hechos generalmente experimentados, o al menos experimentables por aquellos a quienes se dirige, pero no puede, no debe, detenerse en los hechos; ni debe perderse en analizarlos y diseccionarlos con el propósito ambicioso de finalmente controlarlos, pues tal es la tarea del científico y del ingeniero. Debe atisbar a través de los hechos como si fueran puertas a una sabiduría más grande. Simbólicamente hablando, debe tratar de "ver" el roble plenamente desarrollado dentro de la bellota, el patrón de ciclos universales dentro de iluminados momentos de conciencia en los que su ser entero *resuena* con el ritmo del universo, de cuyo ser participa, ¡ay!, lo más a menudo inconscientemente. Debe pasar de la contemplación de un organismo vivo a la intuición-sentimiento de la "vida" en su interior así como dentro de toda la biosfera de nuestra Tierra.

Si sabe como persistir en su vuelo hacia un conocimiento cada vez más amplio, puede sentir el pulso del universo, sus respiraciones adentro y afuera. Y dado que siempre hay esferas más allá de esferas que él puede percibir o intuitivamente aprehender, debería ser capaz de alcanzar un estado todavía más esencial de comprensión abstracta a través y más allá de totalidades dimensionales y procesos de emergencia y desintegración. En tal estado de conciencia sería capaz de captar el significado de principios últimos a la vez trascendentes e immanentes, principios que no se ven en ninguna parte en términos estrictamente existenciales, pero cuya presencia e influencia puede ser sentida intuitivamente por todas partes.

Los capítulos que siguen son el resultado de la larga lucha de un hombre en pos de la comprensión y la sabiduría. Pueden al principio parecer abstractos y metafísicos; pero hoy en día, en una sociedad en un estado de crisis radical,

sus contenidos son de la mayor importancia en el desarrollo de la conciencia. El patrón del mundo que representan evidentemente que no es esencialmente nuevo. Tiene muchos antecedentes, pero es formulado de un modo bastante nuevo, y creo que este modo tiene mucha relación práctica con nuestros problemas del día presente, y especialmente con las protestas de nuestros jóvenes contra la obsoleta visión del mundo de nuestras religiones tradicionales, y de nuestro Sistema socio-cultural. Es por ello que las páginas venideras no deberían ser consideradas como un ejercicio intelectual basado en algún vuelo de la imaginación trasciende-mundos; en vez, deberían ser leídas y ponderadas cuidadosamente como una posible clave hacia el descubrimiento de un nuevo mundo de "realidad", un mundo de grandes ritmos y paz profunda, un mundo libre de ansiedad y de los temores o culpas religiosas.

LOS PRINCIPIOS ULTIMOS DE LA EXISTENCIA

El cuadro del mundo que la ciencia moderna nos presenta es uno de movimiento universal e incesante. Pero aunque incluye en sí un elemento de azar, este movimiento no es caótico o azárico; es un movimiento ordenado, movimiento dentro de *campos* más o menos claramente definidos y relativamente permanentes. La existencia implica el hecho de totalidades de existencia, totalidades compuestas de partes que al mismo tiempo son ellas mismas partes funcionantes de totalidades mayores. Dado que una totalidad está compuesta de una multiplicidad de partes o elementos en un estado ordenado de interrelaciones e interdependencias, dentro de esta totalidad debe estar operando algún tipo de poder estructurador; o, más abstractamente, un Principio de Totalidad dotado del poder de integrar elementos dispares, y de mantener de un modo efectivo el patrón de su organización dentro del campo de su operación, y a través del lapso de existencia de la totalidad.

He llamado UNO a este Principio de Totalidad, porque un término así, todo en mayúsculas, evita las implicaciones mitológicas, religiosas y emocionales de la mayoría de los otros términos disponibles. Escrita en letras mayúsculas, la palabra SEIDAD se utiliza en el mismo sentido. Se refiere al principio y poder integrador que establece el ritmo, tono e individualidad fundamentales de una totalidad, esto es, su identidad relativamente permanente en medio de constantes cambios, tanto internos como externos. Cuando hablo de la seidad de un hombre particular o de un universo particular, me estoy refiriendo al *aspecto unidad* de toda esa persona humana, o de ese universo. El *aspecto multiplicidad* de estas totalidades, humanas y cósmicas, se referiría entonces a la miriada de partes o totalidades menores componentes (células y estrellas), contenidas en estas totalidades y activas dentro de ellas.

Toda totalidad tiene, pues, como fundamento *una* seidad; esta seidad es, sin embargo, sólo una expresión existencial del Principio de Totalidad abstracto o metacósmico, la SEIDAD o UNO. Este Principio no es una entidad. Opera por todas partes, en todo momento, dondequiera y cuandoquiera que hayan totalidades existenciales de cualquier tamaño. La existencia sólo puede ser concebida en términos de existentes, es decir, en términos de campos de actividad relativamente individuales, con fronteras más o menos definidas y con un ritmo básico propio, sobre los cuales se basan ciertas características individuales o genéricas.

El movimiento, por referencia a las totalidades, debería ser concebido como actividad; por ello he hablado de los átomos, los hombres o los sistemas solares como *campos de actividades*. Todo existente constituye un campo de actividades; estas actividades son funcionales (en el sentido más amplio del término) porque son interrelacionadas, interdependientes, y estructuradas por un poder integrador. Veremos ahora que este poder integrador opera en dos modos o

a dos niveles. En su sentido más abstracto es lo que se ha denominado el Principio de Totalidad, UNO; pero es también ese Poder que estructura o da “forma”, abstractamente hablando, a los campos de actividades existenciales. Veremos que este Poder es uno de los dos aspectos básicos de lo que tendremos que denominar, a falta de mejores términos, “conciencia” y “mente” (pero no el aspecto usualmente asociado en Occidente con estas confusioantes palabras).

La actividad presupone una liberación de energía; pero aquí de nuevo tenemos que tratar con términos que pueden ser entendidos de muchas maneras, y que en consecuencia necesitan ser definidos. La energía se suele definir en la física elemental como la capacidad de realizar un trabajo. A la mente del hombre ordinario le es difícil, sin embargo, no referir esta capacidad y esta ejecución de trabajo a alguna entidad capaz de realizarlo. La ejecución significa actuar a través de una forma. A la mente humana le resulta difícil no dar por supuesto que la actividad requiere un actor, y la ejecución un ejecutor que utiliza una forma exterior a sí mismo.

La energía puede ser concebida en dos aspectos: potencial y cinético. Un pianista preparado para ejecutar una composición o una improvisación utilizando la forma de un piano, tiene energía potencial, que libera al ejecutar. A partir de este hecho el hombre ha deducido en la mayoría de los casos que, puesto que la existencia es una liberación de energía potencial a través de formas existenciales (cósmicas, biológicas, atómicas, humano-personales), debe también haber un Liberador, un Ejecutor supraexistencial, Dios. Este Dios, tan exterior al universo como el pianista a su piano, “desea” crear un universo existencial a fin de “gozar” de la realización de Su infinito poder y capacidad de autoexpresión a través de una multitud de formas. El es esencialmente trascendente al universo, aunque, como ejecutor, sea también inmanente en la ejecución. Es, desde el punto de vista

hindú, el Actor Unico en todas las actividades existenciales. Para el seguidor de la tradición hebreo-cristiana, este Dios hizo al hombre a Su imagen, y en consecuencia el hombre, como Alma creada por Dios, es trascendente a su cuerpo. El hombre se expresa en su ejecución de la vida de acuerdo a su carácter único y a su "libre" voluntad; y su ejecución puede ser maravillosa u horrible, lo que finalmente le conduce al Cielo o al Infierno.

De acuerdo con este cuadro antropomórfico de la existencia y de lo que está más allá y por encima de la existencia, Dios es *el Uno*, el Ser Supremo; para el vedantista El es "el Uno sin un segundo". El es Unidad absoluta. Pero la dificultad (y en verdad la imposibilidad básica) evidente en toda metafísica puramente monista, es la de saber cómo pasar de este "Uno sin un segundo" a un mundo con una multitud de existentes, un mundo que incluye a la persona individual que habla de este uno sin un segundo. Esto presenta una situación más bien curiosa. Si hay en Dios un "deseo de ser muchos", como es a menudo afirmado por los metafísicos religiosos, entonces este deseo es realmente la simiente de la multiplicidad. Una unidad en la que la multiplicidad está latente no es ya realmente una unidad absoluta; y llamar ilusión al mundo de la mutiplicidad es mera prestidigitación intelectual.

El término unidad, por consiguiente, no debe ser considerado como un absoluto. De lo que estamos hablando es de un estado de totalidad más que de unidad. El pianista que desea expresar sus emociones o que busca satisfacción, dinero o fama a través de su ejecución, es una *totalidad* de instintos, pensamientos, deseos, emociones y actividades corporales, no una unidad. En su ejecución, la energía potencial relacionada con algunos de estos componentes de su personalidad total, deviene energía cinética, esto es, energía liberada. Pero él no se encuentra solo en el mundo, y la liberación de su energía se halla motivada por algún tipo

de necesidad, incluso si sólo es la necesidad de liberar un exceso de energía en la actividad de la ejecución o, como suele decirse, simplemente por divertirse.

Cuando hablo de UNO, no me refiero a *un* Uno, a *un* Ser Supremo, sino más bien a un Principio de Totalidad que, sin diferenciación esencial, opera por igual *en cualquier totalidad*, sea un átomo, un hombre o una galaxia. Sin la operación (¿quizá mejor decir la "presencia" catalítica?) de UNO no habría existente alguno, totalidad de actividades alguna, campo limitado de existencia alguno, ciclo finito de tiempo alguno; sólo un difuso flujo o una explosiva liberación de energía.

No obstante, este UNO, este Principio de Totalidad, no es responsable del hecho existencial del movimiento y de la liberación de energía. Sólo es responsable del hecho de que cualquier liberación de energía ocurra en *unidades de energía*; es decir, en la terminología de la ciencia moderna, de cuantos de energía. Un universo nace con la liberación de un tremendo cuanto de energía. Cualquier ciclo existencial (o cualquier proceso de existencia) comienza por una sola liberación de energía. ¿De dónde viene esta energía cinética? La concepción teísta dice que viene de Dios, el Ejecutor cósmico cuyo Ser infinito y omnipotente contiene una infinita potencialidad de liberación de energía, esto es, de actividad creativa.

De acuerdo con la visión del mundo ciclocósmica y holística aquí presentada, el proceso de liberación es diferente y más comprensible. El concepto de Dios es retenido, pero no como un absoluto. Dios puede todavía ser considerado como la fuente del flujo de energía liberado "en el comienzo" de un ciclo universal de existencia; pero dicha fuente es (estrictamente hablando) un lugar en donde el agua emerge a la visibilidad. El agua fluye *a través de* la fuente procedente de alguna corriente o lago profundos. Los

sonidos vocales que el hombre exclama son liberados a través de su garganta y labios; pero la energía y los contenidos emocionales (o intelectuales) de los sonidos vocales vienen de todo el organismo humano.

Tales ilustraciones, evidentemente, no han de tomarse de forma literal. Simplemente pretenden mostrar, por medio de símbolos-imágenes familiares, que la energía liberada en el campo de actividad de un cosmos (sea un macrocosmos o un microcosmos) emerge a la existencia en un solo acto A TRAVES DE un Uno, pero A PARTIR de lo que podríamos figuradamente concebir como un Océano infinito de energía potencial.

POTENCIALIDAD Y ACTUALIDAD

Las palabras “potencial” y “potencialidad” son muy importantes en la filosofía que estoy presentando. Su relación con “actual” y “actualidad” debería ser claramente entendida, pues casi todo lo demás depende de esta relación, y del modo en que es concebida. Si utilizo el término potencialidad en vez del de posibilidad, es porque, mientras que lo *posible* puede o no manifestarse como hecho existencial actual, lo que es *potencial* (tal como yo utilizo esta palabra), inevitablemente se actualizará en algún momento y en algún lugar del espacio.

Metafísicamente hablando, esta distinción entre posibilidad y potencialidad es de la mayor importancia, especialmente en lo que concierne al carácter de Dios o realidad última. De acuerdo con el concepto teísta, del que el Bhagavad Gita es quizá la primera expresión, Dios es esencialmente trascendente al universo que El ha creado, en tanto en cuanto que este universo actualiza sólo unas pocas del infinito número de posibilidades que la infinita imaginación de Dios podría concebir, y que Su omnipotente

voluntad podría actualizar. En el Gita Krishna dice: “Habiendo producido este universo con una parte de mí mismo, permanezco separado y no disminuido”. Tal concepto es antropomórfico, pues es una deificación de lo que tiene lugar cuando un artista creativo, que ha producido una obra de arte, se aparta en cierto sentido de ella, y sin embargo sigue en posesión de inmensas posibilidades para realizar creaciones futuras. Para un artista así estas creaciones futuras sólo constituyen posibilidades, pues lo mismo puede no actualizarlas concretamente que realizarlas.

De acuerdo con mi cuadro mundial ciclocósmico, lo que es potencial *será* actualizado. El Océano de posibilidades infinitas no sólo contiene en latencia todo posible modo de existencia (o pudiéramos decir toda solución posible al infinitamente complejo problema de la existencia), sino que todas estas posibilidades *han sido, son o serán actualizadas* como una infinidad de universos en la Duración infinita y la Espacialidad infinita.

Esto significa que existe una relación fundamental entre el Potencial Infinito y la multiplicidad de modos de existencia. Si, por otro lado, se considera a Dios como “separado” del universo, y a este universo como actualizando sólo *algunas* de las posibilidades de Su divina Conciencia cuando a El le place, entonces no hay una relación esencial entre este Dios trascendente y el ámbito de la existencia. El puede “desear” esa relación y crear un universo, pero por otro lado, lo mismo puede no hacerlo. Más aún, si Su creatividad permanece, como si dijéramos, dentro de El mismo y es sólo una Obra Teatral (en sánscrito, *Lila*) de Su imaginación, de modo que él es verdaderamente el Actor Único y el mundo es lo que se traduce por “ilusión” (*maya*), entonces la existencia es ciertamente un onírico drama de sombras sobre la pantalla de la Mente de Dios; esto es quizá lo que las representaciones de sombras *Wajang* javanesas pretendían sugerir.

Cuando, en cambio, el Potencial Infinito es concebido figurativamente como una matriz infinita a partir de la cual todos los posibles modos y formas de existencia deben emerger a la actualidad (y, como veremos ahora, esta emergencia ocurre cuando se comprende la *necesidad* de estas formas en la etapa final del desarrollo cíclico de la conciencia), entonces el cuadro cósmico-metafísico es en verdad básicamente diferente. Como ya afirmamos, este cuadro establece una relación fundamental entre el Potencial Infinito y la condición de la existencia, los numerosos universos y todas las totalidades ciclocósmicas que envuelven. Esta relación es el hecho más fundamental. Es una relación entre potencialidad y actualidad, y en consecuencia entre lo todavía-no-manifestado y lo por-ser-manifestado, incluyendo también a lo ya-manifestado pero ya-no-existente.

Tal relación, concebida en términos de Duración infinita, debe tener un carácter cíclico, o no podríamos hablar de un universo ordenado cuyas notas clave fundamentales son el Ritmo y la Armonía. Podemos concebirlo en términos de una alternancia periódica de estados de manifestación y no manifestación; y éste es el cuadro presentado por el hinduismo tradicional que nos habla de una infinita sucesión de *manvantaras* (períodos de existencia cósmica) y de *pralayas* (períodos de no-existencia total o descanso divino), durando cada período muchos trillones de nuestros años humanos.

Es cuestionable, sin embargo, si este cuadro de una alternancia cuasi absoluta de períodos de manifestación, es el más profundo concebido por la sutil mentalidad hindú; puede ser sólo una imagen popular o esotérica sugerida por el proceso de respiración: exhalación e inhalación. Podemos encontrar un cuadro más convincente y fructífero en la antigua filosofía de la China; pues en ella encontramos dos Principios cósmicos, *Yin* y *Yang*, *constantemente interrelacionados*, creciendo uno de ellos en intensidad cuando el otro mengua, y *viceversa*. Si estos dos principios se hacen

equivaler a las condiciones de no-manifestación y de manifestación (es decir, de potencialidad y actualidad), vemos que los estados manifestados e inmanifestados están siempre presentes, pero en grados de fuerza cíclicamente variables. Si tal es el caso, entonces todo el cuadro de la existencia cambia; y cambia de un modo probablemente más comprensible para la mente moderna, y productor de resultados constructivos.

En el cuadro chino, representado por el bien conocido símbolo del Tai Chi, el *Yin* y el *Yang* se hallan encerrados dentro de un círculo. Su relación en cada punto es dinámica; no deja espacio para períodos estáticos de reposo. Cambia a cada momento. Pero existe Aquello que comprende todas las fases de la relación entre los dos principios, en permanente cambio cíclico. Eso es el TAO; y este TAO es la inmutable Armonía de la Totalidad bipolar de la Realidad. Decimos Totalidad porque el TAO no puede ser concebido como "unidad", sino más bien como Armonía, como la interacción polifónica de dos principios de existencia.

El concepto chino del TAO y del proceso cíclico de *Yang* y *Ying* puede ser aplicado a cualquier ciclocosmos particular, universo, hombre o átomo. Puede referirse al ciclo del año, de la vida de un hombre o de la vida de un universo; teniendo los ciclos un principio y un fin. Pero en esta presente discusión, no sólo considero la existencia como un proceso dinámico, que empieza con la liberación de un cuanto de energía y una serie particular de potencialidades definidas, que devendrán actualizadas en la condición *omega* al final del ciclo. Estoy tratando de la relación entre el hecho actual de la existencia, con todo lo que implica, y la infinita potencialidad de existencia, es decir, este Océano de potencialidad que ante nuestras mentes sólo puede aparecer como "no-existencia". Tal relación debe por tanto considerarse como un concepto puramente metafísico. Veremos sin embargo que este concepto, pese a lo abstracto que al prin-

cipio pueda parecer, es aplicable al modo más básico que tiene el hombre de abordar lo que llamamos espiritualidad.

Puede aplicarse así porque si la existencia y la no-existencia (o actualidad y potencialidad) se hallan en un estado de constante relación ahora y en todo tiempo, entonces nuestro enfoque mismo de la existencia resulta radicalmente transformado. Por decirlo más simplemente, esto supondría que una persona individual (un cicocosmos humano) puede experimentar en cualquier momento tanto la existencia como la no-existencia. Para ella, la vida no significa meramente pasar a través de fases sucesivas de su ciclo existencial desde el nacimiento hasta la muerte. En todo momento está parcialmente viviendo y parcialmente muriendo. Se halla continuamente equilibrado entre estados de actualización y estados de potencialidad; quizá de "re-potencialización". Como bebé, la polaridad potencialidad es dominante; es más potencial que actual. Conforme el ser humano madura y ejecuta su trabajo, actualiza cada vez más su potencial natal innato, y en consecuencia su factor de potencialidad disminuye. En la ancianidad, especialmente si ha vivido una vida muy plena, la acumulación de lo que ha actualizado pesa sobre su conciencia; sus patrones de pensamiento y sentimiento pierden su potencialidad para el cambio y el reajuste, y la esclerosis o la senilidad pueden gradualmente conducir a la muerte física, (o a lo que el físico podría llamar la victoria de la entropía, y un retorno final a la indiferenciación química).

Pero ésta es sólo una cara del cuadro. El organismo humano que envejece pierde su potencia, su capacidad de liberar poder en términos de actividades consumidoras de energía. Pero también tiene lugar un proceso opuesto, o al menos podría tener lugar, y ello de modo sumamente significativo. Conforme el cuerpo pierde gradualmente su potencia, puede desarrollarse un nuevo tipo de conciencia. El hombre que envejece puede crecer en sabiduría radiante,

y puede tener lugar un proceso de re-potencialización en oposición polar al proceso de desgaste y desintegración físicos. "Poder" y "conciencia" constituyen otro dualismo básico en el proceso de existencia; y a través de la conciencia, la existencia misma puede ser trascendida.

El término conciencia puede ser entendido de muchas maneras. Es particularmente confusante por su asociación con "mente", otro término al que se le pueden dar diversos significados. Parece esencial, por lo tanto, afirmar claramente lo que estas palabras representan en una filosofía ciclocósmica y holística.

CONCIENCIA, TOTALIDAD Y RELACION

Cualquier totalidad existencial lo suficientemente integrada como para poseer un ritmo individual de existencia, estructurador de una consistente interacción de actividades funcionales, es consciente; pero hay muchos grados de conciencia, igual que hay niveles de integración. Lo que solemos llamar conciencia en el sentido humano es lo que Teilhard de Chardin llama "conciencia reflexiva". Es conciencia vuelta sobre sí misma, y deviniendo centrada y estructurada por una serie colectiva y socio-cultural de patrones de respuesta a la existencia, así como por un ego individual, lo que los científicos probablemente denominarían un proceso de "feedback". Pero toda totalidad existencial tiene algún tipo de conciencia, pese a lo vaga y difusa que pueda ser. En su forma primaria y al nivel biológico de organización, la conciencia es más como la sentiencia; a un nivel superior podemos hablar de respuestas-sentimientos y de sensibilidad (y experimentos recientes han mostrado cuán asombrosamente sensitivas son las plantas, una sensibilidad que parece incluir también sentimientos-res-

puesta muy definidos al pensamiento humano *. Pero no hay razón para negar un tipo de conciencia incluso a lo que llamamos materia inorgánica (a átomos y moléculas).

La conciencia es totalidad en operación. Es la expresión más básica de relación. En las totalidades existenciales es relación referida a un sistema relativamente permanente y organizado de actividades interdependientes. Crece en complejidad, intensidad y cualidad durante el proceso de evolución de tales sistemas. Cuanto más complejos y duraderos sean los patrones de interrelación y de cambios interactivos, más desarrollada es la conciencia dentro de la totalidad.

Las partes componentes de una totalidad se relacionan una con la otra y se hallan en constante interacción funcional; y a partir de estas interacciones se produce una conciencia interna de carácter básicamente sistemático u organizmico. Este tipo de conciencia se halla realmente, en el ser humano de hoy en día, por debajo del umbral de lo que solemos llamar conciencia, incluso aunque tenga repercusiones sobre el desarrollo de la conciencia del ego, y en verdad la afecte. Esta conciencia del ego se basa mayormente en relaciones *externas*, esto es, en relaciones con el entorno de la persona, con la gente y la cultura que rodean al desarrollo del niño, desde el tiempo de su nacimiento e incluso antes. En el capítulo precedente hablé de relaciones matriciales y asociativas. En cada uno de ambos tipos se halla implícito un tipo definido de conciencia; sin embargo, el ego suele tener una notable habilidad para embrollar y confundir ambos modos de conciencia, produciendo complejos como resultado de ello.

Cf. los experimentos llevados a cabo por Cleve Backster y de los que informan Peter Thompkins y Christopher Bird en LA VIDA SECRETA DE LAS PLANTAS, los cuales implican que no sólo las plantas sino también las células, resuenan con, o reaccionan a, todo lo que les sucede a los organismos vivos de su alrededor; lo que a su vez parece indicar que la biosfera entera constituye de algún modo un campo integrado.

El carácter tanto de las relaciones como de la conciencia formalizada por estas relaciones, depende del nivel de integración al que opera la totalidad consciente. El principio de integración, UNO, es en sí mismo carente de carácter y cualificación. Es simplemente una fuerza siempre presente y constantemente efectiva, inherente a todas las liberaciones de energía que originan un definido ciclo de existencia. Podemos asimismo considerar a UNO como la Ley básica de la existencia; pero los términos fuerza y ley (podríamos también decir "Presencia catalítica") son obviamente inadecuados. Quizá la gravitación pueda ser considerada como el aspecto básico de UNO al nivel de la materialidad. Al nivel de lo que llamamos organismos vivos, capaces de mantenerse, curarse, reproducirse y transformarse, UNO opera como Vida. Puede concebirse como Amor universal al nivel de la relación correspondiente a los sentimientos. Es también aquello que constituye la conciencia en *foco formado*, o mente.

El punto importante, sin embargo, es comprender que tal como usamos aquí el término UNO no significa un Uno, un misterioso Ser Supremo activo por todas partes. En cierto sentido es similar, y probablemente idéntico, al concepto hindú del atman. Desde nuestro punto de vista moderno puede realmente ser llamado el Principio de la Existencia, en tanto en cuanto la existencia sólo puede ser concebida en términos de totalidades de existencia, y UNO es el Principio de Totalidad en cualquier totalidad, en cualquier ciclocosmos.

La conciencia, por tanto, puede ser considerada como *el aura de totalidad*. Igual que la totalidad implica relación en todas sus formas y a todos los niveles de actividad existencial, también implica conciencia. Sin embargo, podemos concebir un tipo de conciencia que en cierto sentido trasciende al estado de totalidad, aunque aún se halla implicado en la relación. Se refiere a la relación ya mencionada entre

existencia y no-existencia (que, hablando con más precisión, es la relación entre la existencia actual y la infinita potencialidad de existencia).

Cuando hablamos de potencialidad infinita trascendemos, como si dijéramos, el nivel en el que UNO es operativo dentro de todas y cada una de las totalidades, sea un átomo, un hombre, o un universo. Aquello que no es infinito no es total. Cuando hablamos del tiempo en términos de ciclos de longitud inmensamente variable, el tiempo pertenece al ámbito de las totalidades; lo mismo ocurre con los campos espaciales de fuerza dentro de cuyos límites tienen lugar las actividades inherentes a dichas totalidades. Cuando, en cambio, asociamos el concepto del tiempo con el de la infinitud, deberíamos hablar de "Duración infinita". Igualmente, no deberíamos hablar de campos espaciales infinitamente extendidos, sino más bien de Espacialidad, o (en un sentido muy abstracto y trascendente) del ESPACIO como la infinita potencialidad de emergencia de campos finitos. Esta potencialidad infinita puede devenir actualizada no sólo en totalidades cósmicas de numerosas dimensiones, sino también en el punto matemático adimensional. La Duración Infinita trasciende asimismo todos los conceptos de longitud de un ciclo; es la potencialidad del más vasto eón de tiempo, pero también del más místico concepto del instante, el momento atemporal.

El punto esencial es el de que existe una relación entre, por una parte, el Potencial Infinito, y por la otra todas las formas de existencia concebibles. Es un tipo trascendente de relación en tanto en cuanto que uno de sus polos, el Potencial Infinito, tiene un carácter trascendente. No es una relación entre totalidades existentes al mismo tiempo (la llamada relación horizontal), ni entre una totalidad menor y la totalidad mayor de la que es parte componente (relación vertical). Es una relación entre el Infinito y cada-una-y-todas las totalidades finitas. No podemos decir que el Infi-

nito realmente contenga lo finito; tampoco sería exacto decir que el Potencial Infinito da nacimiento a una totalidad finita, un universo, excepto como una figura simbólica del lenguaje. He hablado de la emergencia de una totalidad universal a partir del Océano infinito de potencialidades; pero ésta es sólo una figura simbólica del lenguaje. El símbolo tradicional de todos los comienzos creativos es la aparición de un punto en el centro de un círculo; pero *antes* de que el punto aparezca realmente no hay círculo, sólo la “nadidad”. Sin embargo, esta nadidad debe ser entendida como la Infinita Potencialidad de toda cosa imaginable.

El hecho más importante es que la existencia toma forma *en relación* a esta nadidad, que es la potencialidad de cualquier cosa. Por lo tanto, no podemos realmente imaginar algo “emergiendo” de esta nada; pues “nada” no es un lugar. Sin embargo, algo, el germen del cosmos y en cierto sentido cualquier comienzo germinal, *empieza a existir en relación al Potencial infinito...* que “no-es”. Deberíamos por tanto tratar de entender esta relación; y el único modo en que podemos entenderla con algún grado de racionalidad y consistencia es el de comprender que opera en diversos modos. Se halla operando en el proceso que conduce del Potencial Infinito a la existencia actual; en segundo lugar, durante los ciclos de existencia; y en tercer lugar, en el proceso que constituye la transición de un ciclo de existencia que se cierra al Potencial Infinito. Si el cuadro que nos hacemos de esta relación ha de ser simétrico, habremos de imaginarla también en su más trascendente carácter, cuando la existencia *parece* ser enteramente absorbida en la no-existencia. La existencia, sin embargo, no puede ser absorbida enteramente en la no-existencia, no más de lo que la polaridad *Yang* puede ser enteramente superada por el poder *Yin*; y esto es lo que el cuadro del mundo hindú no consigue mostrar.

Los resultados finales de un ciclo universal de existencia, al menos en un sentido figurativo, “retornan” al Océano

infinito de potencialidad, pero no se desvanecen en él por completo. Se “hallan” en él en dos condiciones opuestas pues, como ahora explicaré, todo ciclo de existencia finaliza en un estado de dualidad extrema. Esta dualidad se opone al UNO, y esta oposición fuerza la emergencia de un futuro universo: un ciclo futuro de tiempo y un campo cósmico de existencia.

¿Por qué este estado de dualidad al final de un ciclo de existencia? Porque, y éste es un hecho que experimentamos en diversos modos, la liberación de cualquier potencialidad de existencia conduce a resultados *a la vez* positivos y negativos; o, en términos humanos, a éxito y a fracaso. Por ello, todo ciclo universal de existencia finaliza con: (1) un grupo unificado de existentes, en los cuales el propósito potencial inherente al Impulso creativo inicial (o Palabra creativa) que dió nacimiento al ciclo, encuentra perfecto cumplimiento, y (2) una masa de material de deshecho, los restos desintegrados de las totalidades existenciales y mentes que fracasaron en la actualización del propósito funcional para cuyo cumplimiento fueron producidas*.

Podemos poner esto en otras palabras diciendo que el problema de la existencia puede siempre tener dos tipos opuestos de solución. El hecho mismo de la existencia en términos de totalidades (de campos finitos de actividad con una forma particular), implica tanto un “interior” como un “exterior”; implica la necesidad de relacionar el exterior con el interior, y viceversa. Totalidad, relación, conciencia, son

Una tercera posibilidad tiene sin duda que ser considerada: la de un éxito sólo *parcial* al final del ciclo; pero no la discutiré aquí a fin de no complicar el cuadro. Por supuesto, el estudiante del cristianismo no dejará de relacionar estas situaciones con Cielo, Infierno y Purgatorio. Tales conceptos religiosos, pese a lo valiosos que puedan haber sido en algún período histórico, sólo pueden ser considerados, en el mejor de los casos, como representaciones simbólicas de los estados de cumplimiento y no-cumplimiento a los que me refiero, y que pueden ser relacionados, como veremos, con hechos existenciales reales en el ámbito de la vida.

términos, repito, cuyo significado se fundamenta en el hecho mismo de la existencia. En el hombre, el rehusarse a relacionarse (nacido esencialmente del temor) conduce a un tipo negativo de totalidad, esto es, al completo aislamiento entre el individuo y su entorno. Como resultado, la relación de este individuo a la totalidad mayor de la que forma parte deviene negativa; y tenemos entonces el gran símbolo del cáncer, la célula o grupo de células proliferando en una relación negativa y aislacionista respecto al organismo entero.

El rechazo a relacionarse y a amar producen un tipo de conciencia que se cristaliza en una estructura mental, una forma de conciencia, que opera destructivamente bajo el poder de un ego tiránico. Este ego se ha separado de las sustentadoras relaciones con la totalidad mayor dentro de la cual la persona individual nació para funcionar. A través de actos depredadores y de un proceso de vampirización puede arreglárselas para sobrevivir por algún tiempo, quizá por largo tiempo al nivel de la mente, pero tarde o temprano debe desintegrarse y alcanzar una condición de caos.

Esta condición es también una condición de potencialidad. Por ejemplo, el estiércol, y los productos químicos que resultan de la desintegración otoñal de las hojas, pueden ser alimento para el desarrollo de cualquier planta futura; pero el estiércol representa potencialidad en una condición de inercia o, podríamos decir, de total indiferencia a la existencia. Por el contrario, la unificada hueste de Seres perfectos que "retornan" al estado de potencialidad al cierre de un ciclo cósmico o planetario, alcanzan ese estado como un factor positivo y elevador. Han alcanzado una conciencia omniabarcante, una conciencia eónica, a la que no podría ser ajeno o indiferente *nada* de lo que existió a todo lo largo del vasto ciclo durante el cual consiguieron el éxito. Han devenido, *en su conjunción y unanimidad*, el ciclo mismo, el Eón; y en razón de este hecho, su totalidad, relación y conciencia operan como Compasión absoluta.

Detrás, dentro y a través de esta Compasión, opera el UNO. Es, a ese nivel supremo, *la compulsión a la relación* que ha de buscar una vía para reunir *en un nuevo universo* los Unos que han tenido éxito y los fracasos desintegrados. Esta vía debe ser encontrada por los Unos que tuvieron éxito. Como una totalidad unánime de conciencia, un Pleroma, vislumbran la Imagen de un nuevo universo en el cual los fracasados del viejo ciclo tendrán, como si dijéramos, una “segunda oportunidad” de experimentar la totalidad, la conciencia y la relación dentro de totalidades orgánicas.

Éxito y fracaso son dos inevitables polaridades de la existencia. Toda liberación de potencialidad como poder a ser usado plantea un problema, un dilema crucial: ¿será el poder usado constructiva o destructivamente? ¿significará el éxito o el fracaso de las entidades que lo utilicen? La respuesta dependerá de la capacidad para la relación de parte del usuario. Al nivel de los seres humanos que han alcanzado un estado de individualización consciente, podemos hacer equivaler el “amor” con la capacidad de entrar en relaciones positivas con otros seres humanos; pero amor significa aquí la capacidad, no meramente de relacionarse emocionalmente y/o posesivamente con otra persona, particularmente del sexo opuesto, sino de relacionarse con esa persona en términos de lo que esta relación de amor aportará a una totalidad mayor (cualquiera que sea el tipo de totalidad mayor dentro de la cual los amantes puedan sentirse *conscientemente* participantes).

La conciencia es aquí el factor crucial, pues en la etapa verdaderamente individualizada de la evolución humana, el amor inconsciente y en verdad todas las formas de relaciones inconscientes pueden significar un retorno negativo y pasivo a algún tipo de condición prenatal. Los franceses hablan de *l'égoïsme a deux*, donde un hombre y una mujer se involucran tanto el uno con el otro, que reconstituyen,

por así decirlo, el estado bi-polar que las tradiciones ocultas afirman haber sido la condición del hombre al comienzo, la condición simbolizada en el Génesis por Adán *antes* de que Eva apareciera, y por tanto antes de que el principio de dualidad superara la condición pasiva y reflexiva de la unidad. El amor consciente es amor dedicado a un sentido cada vez mayor de la totalidad, a una cualidad de relación que olvida cada vez más la exclusividad y las limitaciones egocéntricas de lo instintivo, biológico y emocional, y por tanto del amor inconsciente.

El progresivo desarrollo y expansión de la conciencia es el factor esencial una vez que el hombre ha emergido de su dependencia de las relaciones matriciales, cuando la humanidad en su conjunto, o una persona individual, ha alcanzado el estado de madurez real. Esto teóricamente ocurre en el punto medio del ciclo vital, hecho utilizado por Dante como punto de partida para su aventura mística en *La Divina Comedia*. Pero no tiene porqué ser exactamente el punto medio cronológico. Lo que quiere decir este concepto del punto medio, es el momento en que un nuevo tipo de relación entre potencialidad y actualidad es teóricamente posible.

He señalado en párrafos anteriores que la relación entre potencialidad y actualidad opera en diversos modos o condiciones, a saber, (1) en el proceso que conduce del Potencial Infinito a la existencia actual, (2) tal como existe durante el ciclo de existencia, (3) tal como opera durante la transición del ciclo que termina, al "retorno" al estado de potencialidad, y asimismo (4) durante la condición de potencialidad pura, pero *no absoluta*, que es un estado de no-existencia relativa. El hombre alcanza el "fondo" de su ciclo de existencia cuando el poder liberado al principio del ciclo llega a un punto de equilibrio relativo, antes de comenzar la fase menguante, lo que supone una disminución de la vitalidad orgánismica. En cierto sentido este momento

cíclico recuerda al equinoccio de otoño, cuando día y noche son de igual duración, y la semilla se forma dentro del fruto. La formación de la semilla marca el comienzo del proceso de muerte de la planta anual. Algo tiene lugar en el interior de la planta; la especie-como-un-todo se enfoca en la semilla. Esto significa que la *potencialidad* para una vida resurgente comienza a manifestarse en esa semilla, igual que el poder que operaba dentro de la planta progenitora comienza a decrecer.

Esta potencialidad para un ciclo futuro se expresa, no en términos de una liberación de energía o poder, como fue el caso al comienzo del ciclo (Fase Uno de la relación entre potencialidad y actualidad), sino en términos de una *elevación de la conciencia*. La primera mitad del ciclo vió una expresión muy básica del poder a través de la actividad; la segunda mitad es testigo, en el reino vegetal, del desarrollo de la semilla y su liberación de la planta moribunda, y en el reino humano (si el hombre es realmente hombre, esto es, una persona individual consciente), del desarrollo de una conciencia gradualmente más independiente, capaz de operar en una mente que ya no debería reflejar, más o menos pasivamente, la mentalidad colectiva de una cultura y una tradición socio-religiosa. En vez, debería percatarse conscientemente del ritmo fundamental de la seidad, y responder a él, esto es, a la verdadera individualidad del hombre (en sánscrito, su dharma, su "verdad de ser").

Tal como aquí se utiliza, el término mente no se refiere a una masa compuesta de información intelectual y fórmulas operativas, más o menos bien organizadas por un tipo de proceso pensante tradicional, o un mecanismo cerebral de tipo computerizado. La mente verdadera o auténtica es un *organismo de conciencia* sintonizado con el ritmo de la seidad, y con una capacidad creciente para no verse afectado por los instintos o compulsiones biosociales y liberarse de ellos, igual que una semilla se libera cada vez más de la

planta y, o bien cae al suelo, o bien es arrastrada a una nueva tierra por el viento de un nuevo destino.

Es la potencialidad de dicha mente auténtica, gradualmente más libre e independiente, lo que se impresiona sobre la conciencia del individuo en el teórico período medio del ciclo de vida; y la última mitad de este ciclo de vida debería esencialmente consagrarse a la actualización de la potencialidad de dicha "mente-simiente" en el hombre individualizado. En lo que concierne a la humanidad-en-su-conjunto, el fin último de este proceso de actualización es el estado perfecto de la multiunidad del Pleroma del Hombre, la hueste de Almas-Mentes perfectas que en su reunión unánime representan el aspecto de "éxito" de la fase omega del ciclo planetario-humano. Conforme se alcanza esta fase, el propósito del proceso existencial se cumple en un hecho actual concreto. El *omega* ha realizado lo que el *alfa* había proyectado a la existencia como Palabra de Poder creativa.

Este, no obstante, es sólo el aspecto de "éxito". El aspecto de "fracaso" es la masa de productos de desecho y material mental humano en desintegración, que alcanza, en la inconsciencia, la condición de caos; un caos que polariza el divino estado de la conciencia de Pleroma. Las hojas otoñales decaen en humus acre tras una breve y vistosa fase de esplendor dorado o rojizo; polarizan en la muerte química la inmortalidad de las semillas. Esta inmortalidad es sólo relativa, pues la semilla morirá en la planta futura; no obstante, la semilla habrá devenido el punto focal para la acción creativa de toda una especie de vida terrenal, y un "agente" en verdad para la vasta vida de la Totalidad mayor, el planeta Tierra.

Semejantemente, el "hombre semilla", en el cual la potencialidad de un eventual cumplimiento de la conciencia del Pleroma ha devenido actualizada, al menos en cierto grado, también alcanza lo que podríamos llamar *inmortalidad en la*

mente. Esta mente puede haber devenido en algunos casos un organismo independiente de conciencia, cuya identidad individual no es destruida por la muerte. La inmortalidad consciente así entendida, es la meta buscada por todas las verdaderas disciplinas ocultas; pero evidentemente no es el tipo de supuesta supervivencia del alma al que se refieren los grupos espiritistas (con poco poder de convicción, considerando el tipo de mensaje que suelen transmitir las que ellos creen ser almas supervivientes).

CONCLUSION

En el siguiente capítulo trataré de delinear, tan brevemente como sea compatible con la claridad de pensamiento, el patrón de desenvolvimiento de un ciclo cósmico de existencia. Ahora, al concluir este capítulo que trata de los fundamentos de una metafísica de la totalidad, quisiera presentar los siguientes comentarios, capaces de elucidar algunos de los conceptos básicos que hemos estado discutiendo, reestableciendo su interrelación de una manera más condensada. El proceso de existencia no puede realmente ser entendido nunca sobre la base de un tipo absoluto de monismo, con Un Dios como único responsable de toda actividad que en él se da, como la sola "Realidad", siendo todo lo demás "ilusión". Ni puede la existencia ser válidamente interpretada sobre una base puramente pluralista, que bosqueja un tipo de individualismo espiritual funcionando de algún modo en medio de un universo material, en el cual operan leyes de la Naturaleza más o menos rígidas y carentes de todo origen comprensible. En cualquier tiempo y lugar, incluso más allá del tiempo existencial y de los campos espaciales, opera el principio de polaridad. Se pueden reconocer, directa o intuitivamente, dos tendencias de polaridades opuestas. *Pero* dentro de estas dos tendencias se halla siempre presente un tercer factor, aunque su presencia opera en diversos y diferentes modos a diferentes niveles.

He llamado UNO a esta "presencia". No podemos definirla con precisión a causa de los diferentes modos en que se manifiesta, pero la mejor manera de entenderla es como el Principio de Totalidad; pues la totalidad es el Hecho omniincluyente. Es el hecho que todos los existentes explicitan. Está implícito en la potencialidad de la existencia, más allá de cualquier existente finito, más allá de cualquier ciclo de tiempo y de cualquier limitado campo espacial.

Hablar de un punto de vista trinitario de la realidad podría, no obstante, conducir a error: UNO no pertenece al reino de los números. Es un Principio que es efectivo por encima de la numeración y sin embargo también dentro de ella. No ha de confundirse con el número uno. Está implicado por igual en el número dos; en cualquier número. Se halla implicado incluso *en el concepto* de infinitud, simplemente porque es un "concepto" formulado por las mentes de existentes que son totalidades de existencia. Se halla implicado en toda palabra que ahora escribo, porque yo existo ("yo", cuyo poder-de-existencia es una seidad), y la seidad es un aspecto de UNO.

Al comienzo de cualquier ciclo de existencia UNO se manifiesta dentro de "el Uno" que es el Impulso creativo de existencia durante ese ciclo, la Palabra o Logos originadores. UNO se manifiesta en el cuanto de energía liberado, como una unidad de poder que se diferenciará en los variados modos de energía necesarios para el desenvolvimiento de este proceso de existencia. UNO se manifiesta en cada totalidad existencial, en cada ciclocosmos. Se manifiesta en el átomo y en la molécula a nivel de la *materialidad*, en la célula y el organismo a nivel de la *vida*, en la conciencia del hombre a nivel de la *ideidad*. UNO se manifiesta al nivel de la *divinidad* en el Pleroma de Seres perfectos (que para el creyente católico es la Comunión de los Santos, y para el teósofo la Logía Blanca). Como Compasión omniabarcante, reúne en relación creativa la existencia y la no-existencia, lo

perfectamente actualizado y la posibilidad de un nuevo ciclo existencial.

Hablar de UNO como “Dios”, y de Dios como “El” no tiene sentido filosófico. Es bastante probable, sin embargo, que un místico como Meister Eckhardt tuviera una intuición real de la ubicua presencia de UNO cuando habló de la Divinidad como de una realidad mística más allá de Dios. El concepto hindú de Parabrahman podría también ser interpretado en un sentido similar, refiriéndose Mulaprakriti de algún modo a lo que llamo el Potencial Infinito; pero parece que la tendencia de la mentalidad hindú era la de considerar a Parabrahman como trascendentalmente superior a Mula-prakriti o, como aparece en la metafísica de Sri Aurobindo, al hablar de un Brahman absoluto en dos aspectos: manifestado e inmanifestado. La mente humana parece demasiado ansiosa por concebir cualquier Realidad o Esencia última como *un* Algo, incluso si está implícito que este Algo es también Nada. La intuición china del Tao se parece más a lo que estoy intuitivamente intentando describir como UNO; y en la India tenemos también el concepto de Tat, el cual, aunque suele ser identificado con Brahman, debería realmente ser considerado bajo una luz diferente, esto es, como un Principio.

En el símbolo chino del Tai Chi las dos figuras, con forma de coma, del *Yin* y del *Yang* (negro y blanco, no-manifestación y manifestación, noche y día, etc.), se hallan encajadas dentro de un círculo que llenan por completo; y la tendencia es a decir que Tao está representado por el círculo. Pero aunque Tao es *representado* simbólicamente por el círculo, no es el círculo, y especialmente no la circunferencia que limita, por así decirlo, la interacción de las dos polaridades; o lo es *sólo* cuando estas polaridades, *Yin* y *Yang*, operan dentro de una totalidad existencial, aunque esta totalidad sea un cosmos entero. Tao (al menos si se toma por idéntico con lo que llamo UNO) no incluye a Yin y

Yang (como existencia y no-existencia). Se halla *implicado* tanto en la existencia como en la no-existencia. Es inherente a su relación. Es el ritmo de la relación entre actualidad-de-existencia y potencialidad-de-existencia. Se halla “presente” en todas partes; en el círculo del campo cósmico de existencia más extenso, y en el punto matemático adimensional que simboliza la espacialidad en su condición de no-manifestación. Se halla presente a todo lo largo del más vasto ciclo de existencia que uno pueda concebir, pero igualmente en el “instante” místico en el cual, en un relámpago de conciencia eónica, el tiempo cíclico es aprehendido en un estado de condensación omni-inclusiva. Los filósofos budhistas se refieren a tal relámpago de conciencia eónica como *Sammāsambuddhi*, el instante de lucidez total que precedió inmediatamente a la realización del estado de Nirvana por Gautama el Buddha.

Todo lo que he dicho concerniente a UNO es, desde luego, sólo simbólico. Tiene que ver con manifestaciones de UNO a niveles sobre los que soy capaz de proyectar algún tipo de concepto con palabras inevitablemente inadecuadas. “Nada” o “el Vacío” es también un concepto. Hablar de “Falta de Imágenes” es todavía presentar una Imagen; igual que la antinovela de los autores de vanguardia es todavía una forma de novela. Confío, no obstante, que lo que he dicho pueda despertar o hacer surgir en algunas mentes una conciencia intuitiva que trascienda, aunque ciertamente sin excluir, la Imagen de un Dios omnipotente y omniamoroso que es “El”, Quien creó el universo y las almas de todo ser humano, y Quien ha de ser adorado. La *necesidad* de tal imagen de Dios es obvia por razones psicológicas; esta Imagen se halla profundamente enraizada en el Inconsciente colectivo de la humanidad. Tiene poder, el poder de hacer surgir un intenso sentimiento y una *fé* transformadora, y ciertamente, parece evidente, de realizar lo que llamamos milagros. Es *un canal a través del cual* un ser humano en angustia y necesidad puede relacionarse de un modo efec-

tivo, con al menos una ola del infinito Océano de potencialidad. Nadie en su sano juicio querría privar a la humanidad de tal canal; y afirmar que no hay Dios es tan absurdo como afirmar que Dios es una persona con barba sentada en un trono, cuyos juicios envían a las almas inmortales a estados sempiternos de dicha paradisíaca o infierno torturador.

Sin embargo, si creemos en una progresiva evolución y expansión de la conciencia, deberíamos también creer en la posibilidad, y a su debido tiempo la inevitabilidad, de alcanzar conceptos-imágenes cada vez más inclusivos de una "Realidad", cuyas infinitas potencialidades nunca serán completamente adivinadas por mente *alguna*, humana o divina. Lo que he tratado de transmitir es esta infinitud de potencialidades de existencia y de conciencia, no siendo la conciencia sino una expresión del hecho de la totalidad. La Potencialidad Infinita alcanza, no obstante, incluso más allá de la más vasta expansión de conciencia, igual que la Espacialidad Infinita está siempre más allá del campo espacial más extenso, y la Duración infinita va siempre más allá del más largo ciclo cósmico. Similarmente, UNO ha de ser concebido como el Principio inherente a todos los "unos", en todas las unidades de existencia, en todos los ciclocosmos, en todos los hombres y en todos los "dioses". Es la SEIDAD en todas las seidades, el poder raíz en todas las totalidades existenciales. Si el Movimiento nunca cesa, UNO se halla dentro de todos los movimientos como su Ritmo fundamental.

Si tenemos inclinaciones metafísicas, no podemos evitar la postulación de tales elementos últimos. Deberían ser no sólo los elementos últimos de la existencia, sino elementos últimos que incluyen la más fundamental de todas las relaciones, la de la potencialidad-de-existencia con la actualidad-de-existencia. Si existe un "absoluto", esta relación es dicho absoluto, pues dentro de ella encontramos implicado a UNO como el Hecho básico de la existencia, Movimiento en

términos de Ritmo, Duración y Espacialidad. Esta relación, ¿qué mejor manera de imaginarla que en términos de una ARMONIA omniabarcante y omnitrascendente?

Capítulo seis

El proceso cíclico: del comienzo al final, y de nuevo al comienzo

Un ciclo de existencia comienza con una liberación de poder; un cierto cuanto de energía indiferenciada es actualizado. Dos inevitables cuestiones surgen por tanto: *¿De dónde viene esta energía? ¿Por qué fue actualizada como energía cinética capaz de producir resultados existenciales?*

Como hemos visto en el capítulo precedente, cualquier cuanto de energía liberado o unidad de poder, es la actualización de una cantidad finita (¡extraño término!) de potencialidad. Algún factor actuante dentro del Océano infinito de potencialidad ha sido capaz de transformar potencialidad en actualidad, (o, por así decirlo, potencia en poder). Este factor es la "conciencia", el tipo de conciencia que se ha desarrollado al final de un ciclo previo de existencia, la conciencia de Pleroma.

Ya hemos visto que esta conciencia del Pleroma es, simbólicamente hablando, la semilla de un universo, el aspecto omega del proceso ciclocósmico que se manifiesta como este universo. Vimos también que las últimas etapas de dicho ciclo cósmico producen no sólo tal Pleroma (esto es, el grupo unánime de Seres perfectos que actualizaron con éxito el potencial inicial de su propio ciclo cósmico), sino también una masa caótica de elementos en decadencia, que constituyen el resultado final de numerosos fracasos en este universo. Un ciclo, por tanto, acaba en una condición de dualidad que, si se nos permite el uso de una palabra tan

cargada de emoción, es intolerable a UNO y a la Compasión inherente al omniincluyente estado de conciencia del Pleroma. En el estado omega del ciclo cósmico, los dos polos de existencia, unidad y multiplicidad, están tan separados como es posible. Deben una vez más ser puestos en relación; y esto significa a que los restos desintegrados del universo pasado debe serles dada una segunda oportunidad de experimentar el estado de totalidad, y de sentirse uno en la reunión organísmica.

Abstractamente hablando, el Pleroma Simiente representa el polo de la unidad, pues ha alcanzado una condición de unanimidad supramental y divina de conciencia. Todas las potencialidades implicadas en el Logos (el Uno-en-el-comienzo) son actualizadas; y la "presencia" de UNO es omnipotente. Sin embargo, prefiero hablar aquí de *multi-unidad*; pues en esa unanimidad de conciencia del Pleroma existe sin embargo una memoria residual de los senderos individuales que todo Ser perfecto, participante de este Pleroma, ha seguido para llegar a la unidad. Es por consiguiente un estado de unidad que incluye, como si dijéramos, la quintaesencia de una multiplicidad de experiencias existenciales; y por esta razón hablo de multi-unidad y del Pleroma multi-uno.

El polo de la multiplicidad es representado por los restos desintegrados y atomizados de los fracasos del ciclo universal. Cada una de las entidades que fracasó por completo en alcanzar el estado de Pleroma, y cayó a un lado en cada fase del proceso de evolución, fue finalmente reducida a una unidad de materialidad completamente aislada, en una condición de casi absoluta no-relación e indiferencia o inercia. Esta es la condición a la que los científicos modernos se refieren como el estado final de una tendencia hacia la indiferenciación, la entropía. El término entropía, sin embargo, debería ser aplicado a cualquier tipo de actividad que no consigue responder a un proceso opuesto, un proce-

so que produce una expansión gradual no sólo de conciencia, sino de la capacidad de relación e integración (esto es, de amor y totalidad). Tal proceso, hoy llamado "negen-tropía", es una expresión del poder de UNO.

La entropía, a cualquier nivel, resulta de una falta de respuesta del existente a UNO. Implica lo opuesto del amor, esto es, el odio. El odio es esencialmente producto del temor, el temor experimentado por un hombre que se enfrenta a una nueva fase del proceso de existencia. Tal temor es el único "pecado original" real, pues todo temeroso rehuse a dar un paso adelante en el proceso de evolución (los hindúes dirían que en la ejecución del propio *dharma*), genera una fuerza que corre en dirección opuesta a este proceso evolutivo.

El temor le separa a uno del flujo de poder disponible a la totalidad existencial en la que el proceso de desenvolvimiento de la conciencia ha comenzado a operar. La pequeña unidad, cuando rehusa relacionarse y, a través de la relación, aumentar su conciencia, deviene ciega a la presencia de UNO en la nueva fase (o al nuevo nivel) de su crecimiento. Se adhiere a su respuesta egocéntrica a UNO, esto es, a una forma menor de integración. Gradualmente erige alrededor de su conciencia del ego un muro fortificado dentro del cual la conciencia finalmente morirá, sofocada, y el muro mismo con el tiempo se desintegrará y devendrá polvo, el polvo de un fracaso.

Al final de un ciclo universal (y en menor medida, o en un sentido puramente relativo, de cualquier ciclo existencial)

Cf. mi libro FUEGO A PARTIR DE LA PIEDRA. El "pecado" real de Adán y Eva ocurrió después de que comieran del fruto del Arbol del bien y del mal, que les habría dado una nueva y discriminatoria conciencia del poder dual de todas las experiencias vitales. Dieron un paso evolutivo positivo, pero se atemorizaron por sus implicaciones y por su nueva responsabilidad. Trataron, pues, de "ocultar" el símbolo del nuevo poder. Habían fallado la prueba, y tuvieron que encarar los resultados kármicos de este fracaso.

hallamos, por consiguiente, una aguda oposición entre las dos polaridades, unidad y multiplicidad. Como resultado, la “necesidad” una vez más de proporcionar una *fórmula de integración* (un *logos* o Palabra creadora), sobre la base de la cual pueda comenzar un nuevo proceso de relación entre el Uno y lo Mucho, es el rasgo inerradicable de esta situación omega. Sólo puede ser abordado por lo que constituye el polo positivo y dinámico de la situación, el Pleroma de Seres perfectos, semilla del universo que acaba. El Pleroma, por consiguiente, “visualiza” una nueva fórmula-Imagen, porque las condiciones de existencia son diferentes en cada universo, las condiciones y carácter del polo de éxito así como las del polo de fracaso. Hay un número infinito de modos posibles de solucionar el eterno problema de la existencia; el Océano de potencialidad es infinito. La Duración y la Espacialidad son finitas, el Movimiento rítmico es incesante, incluso en el estado que llamamos no-existencia, aunque en un modo diferente (podríamos decir que de un modo casi puramente subjetivo).

La divina Hueste de Seres Perfectos, actuando como una unánime Mente divina, al final del ciclo universal, por así decirlo, “entra” en el Océano infinito de Potencialidad, simbolizado a menudo en tradiciones pasadas como la Virgen Eterna. Actuando como una fuerza *fecundante*, esta Mente divina lleva a la Matriz infinita una comprensión de la necesidad, así como la Imagen del nuevo universo que Ella ha vislumbrado. Este acto fecundante hace surgir en la Virgen Eterna el “deseo” de exteriorizar algo del potencial requerido para substanciar y energetizar la Imagen impresa sobre Ella por la Mente del Pleroma. Así, el *logos* o Plan divino para un nuevo universo, es “concebido”: pero es concepción *en potencialidad*, y no aún en hecho actual. El ciclo de existencia concreta no ha comenzado aún. Todavía no hay nada que se pueda ver. Pero dentro del Océano infinito de potencialidad se está desarrollando un proceso formativo, mantenido dentro de límites abstractos por la

presencia catalítica de UNO. La fórmula del universo-por-venir está siendo “imaginada” en sus amplias líneas de desarrollo por la Mente-Pleroma divina, y con cada aspecto de esta Fórmula, Imagen o Arquetipo, una medida de potencia adecuada para su actualización está siendo integrada.

Es a un proceso así que muchos libros ocultos del pasado se referían cuando hablaban de un “Mundo divino” por encima y más allá de nuestro mundo de existencia concreta. Es el mundo ideal en el que lo concebido divinamente por la unión de una Imagen visualizada y la potencialidad para su manifestación, se desenvuelve en diseños ideales pero sin relación alguna con la existencia substancial actual, excepto en el sentido de que la realidad concreta que ha de tener lugar dentro de un campo espacial finito y un ciclo temporal igualmente limitado, es una respuesta a una necesidad cósmica (o, como algunos dirían, al karma, lo que esencialmente equivale a decir que a “los asuntos sin terminar” del ciclo pasado).

Durante esta fase ideal de desenvolvimiento de la Imagen impresa sobre el Potencial Infinito por la Mente del Pleroma, podemos no hablar siquiera de la “memoria” de una necesidad cósmica. El Pleroma ha devenido absorbido en el Océano de Potencialidad. El pasado se ha olvidado, o casi. La Potencialidad es suprema; y potencialidad significa, en términos humanos, aquello que *devenirá* actualizado, tarde o temprano, en la Duración Infinita. El Potencial Infinito podríamos decir que siempre apunta hacia el futuro, o hacia aquello que sólo somos capaces de interpretar como futuro con nuestro sentido del tiempo. Para cualquier mente es el futuro; pues la mente es una agencia formativa.

Una mente obsesionada con la potencialidad está enteramente orientada hacia el futuro; opera dentro de un tiempo que carece de pasado, que es un incesante surgir de nuevas posibilidades, sin relación alguna con necesidades del pasa-

do. Es, en este sentido, la mente del niño, una mente que juega con posibilidades siempre cambiantes y siempre renovadas, sin preocuparle su relación con los hechos de la existencia. Sin embargo, estas posibilidades están condicionadas y estructuradas por las capacidades del organismo del niño. Incluso el Niño divino es mantenido dentro del armazón de la Mente de Su Padre Quien se ha proyectado a Sí Mismo dentro del útero de la Madre como la estructura orgánica del Niño; pero el Niño no se percata de estas limitaciones condicionantes. Sigue jugando con las posibilidades en un juego que nunca cesa (en sánscrito, *lila*). Así lo hace mientras El continúa operando en el Mundo divino, en el mundo de la imaginación pura; mientras la confrontación real con las relaciones existenciales actuales no ha comenzado, o al menos no con fuerza a un nivel definitivamente concreto; mientras Su conciencia esté todavía inmersa en el Océano de Potencialidad.

El mundo concreto de la existencia comienza cuando se libera una unidad cósmica de poder, girando a fantástica velocidad a través del campo espacial aún sin estructurar. La existencia concreta comienza porque sus espirales en remolino atraen hacia sí los restos caóticos del universo pasado, el polvo del ciclocosmos que fue; restos inconscientes e inertes, completamente indiferentes a la posibilidad de la renovación de la existencia, pero atrapados ahora en un maremoto de movimientos, y sometidos a inmensos impactos, reiterados durante incalculables períodos de tiempo. Este es el nivel de existencia en el que UNO opera en términos de materialidad. La Potencia ha sido liberada del Océano infinito de potencialidad como poder cósmico. Ha sido liberada porque la Mente del Pleroma (la forma divina de conciencia) fecundó el Potencial infinito, la Virgen Eterna. *Es siempre la conciencia la que transforma la potencia en poder.*

La Mente del Pleroma es ahora el Padre efectivo del nuevo universo; pero como las tradiciones ocultas siempre afirma-

ron, este Padre permanece “oculto” detrás o más allá del mundo creado. En realidad, El no creó este mundo. El sólo *e-manó* (es decir, proyectó en la “mente”, *manas* en sánscrito), la Imagen esencial de todo el nuevo proceso de existencia, o más exactamente la estructura del proceso, la fórmula fundamental (o, en un sentido cósmico, el patrón genético), definiendo los modos básicos de relación entre los factores esenciales del proceso existencial por venir. El Impulso original que dió comienzo al ciclo cósmico de existencia, surgió *a través* de esta estructura básica, pero *a partir* del Potencial Infinito; algo parecido a como la luz de un proyector de cine atraviesa la película y se ve proyectada sobre la pantalla. En esta ilustración, la pantalla cósmica es el nuevo Campo Espacial, cuyos límites son definidos por la necesidad que el proceso existencial tiene de un espacio para la interacción del nuevo tipo de relaciones cósmicas, un “espacio vital” cósmico.

Lo que la tradición cristiana llama “la Palabra que era en el principio” (el Logos), y lo que los filósofos hindúes llaman Ishvara, *no* es el Padre oculto sino el Hijo. Es el “nuevo Dios”, el Niño divino, en contraste con el “viejo Dios”, el Pleroma Simiente del universo pasado, el Padre. Este Padre, en el primer capítulo del Génesis, es llamado ELOHIM, un nombre plural. Es la Hueste Plerómica del pasado universo que ahora actúa como Padre, porque el “nuevo Dios”, Ishvara, ha nacido. El FIAT LUX divino (la proyección de Luz) no se refiere a la Creación actual del cosmos concreto, sino a la fecundación del Potencial Infinito por el Pleroma seminal; y todo el primer capítulo del Génesis trata de la proyección de Imágenes arquetípicas en el útero de la Virgen Eterna, y por tanto en el “Mundo divino” ya mencionado.

Es sólo en el segundo capítulo del Génesis que se trata de la formación del mundo de la existencia concreta, y esto sólo en términos de nuestro planeta y nuestra humanidad. En esta etapa Dios es Yahveh Elohim (en hebreo Yod-He-Vau-

He). El es sólo “uno de los Elohim” y, como veremos, el Regente del ámbito de la Vida.

En cosmologías más místicas y completas, el “nuevo Dios” (el Hijo, Ishvara) es la expresión divina de la liberación original de poder, Fuente del nuevo ciclo de existencia cósmica. El es el Uno. El es el Tono AUM del nuevo cosmos, la Seidad del universo; no obstante, El no debe ser considerado como UNO o SEIDAD. Es existencia en la condición alfa de unidad. Es el Poder único que se diferencia en diversos modos de energía, siendo necesario cada modo para energizar una función básica de la totalidad universal. Es el chorro único de Luz blanca que se rompe en diversos Rayos coloreados y su inmenso número de subrayos. Es el poder dentro de la Palabra Cósmica “imaginada” por el Padre ELOHIM, la Palabra, que contiene un número inmenso pero finito de Letras. Cada una de estas Letras es un “Alma” potencial, un particular aspecto de la Palabra que resuena, inmutable, a todo lo largo del ciclo de Tiempo.

En el principio el Niño divino está todavía infundido de vitalidad. Sueña su vida en un estado de imaginación mayormente subjetivo, lleno de lo que en la India se llama Ananda, el gozo puro y no constreñido de la existencia. Es el Jugador de una infinidad de juegos, pero estos juegos son en su mayor parte imaginarios. Pues la existencia de este Niño divino es en verdad un drama, Lila, en el que El hace todos los papeles. Es principalmente a este estado de divino Ser que la gran tradición hindú se refiere cuando habla de Dios, Dios-Ishvara, Dios como el niño Krishna jugando con las gopis, símbolo de las múltiples energías del mundo espiritual del Alma, donde cada Alma es una raga o melodía divina.

Esta es una bella y gozosa visión de la existencia. Representa el ideal de la existencia en la etapa infantil, la etapa en la que domina la potencialidad; y en cierto sentido podemos

considerar esta etapa como la más “espiritual”, pues, estando tan próxima al Potencial Infinito, simbolizado entonces por la Madre Divina, participa del carácter de la infinitud. Pero la actualidad y su finitud, o karma, tarde o temprano dominan el escenario en que se representa el drama de la existencia. El adorable y gozoso Juego del niño deviene cada vez más una tragedia.

¿Por qué una tragedia? Porque en el momento que el factor de relación en términos de personalidades vivas concretas viene a ser el foco de atención de las totalidades existenciales en evolución, los conflictos inevitablemente surgen. Surgen cuando las energías de la Vida comienzan a operar a plena fuerza. Esta es la crisis simbólica de la pubertad. El mundo del niño deviene el del adolescente.

La vida, en el sentido estricto del término, caracteriza un nivel particular de integración, y en consecuencia un nivel de relación y conciencia. UNO opera al nivel de la Vida, igual que antes operó como Materialidad en el proceso del mundo.

Lo que llamamos “materia” es raramente entendida en su sentido más básico. Constituye la primera condición de la existencia, una condición en la que la potencialidad es todavía lo más dominante. Los ocultistas, e incluso los científicos del siglo pasado, han hablado de proto-materia; y hoy en día los físicos postulan partículas todavía más primarias que los electrones, protones, mesones, neutrinos y similares. Es cuestionable si lo que están buscando ha de ser realmente concebido como partículas; probablemente no sea algo realmente físico en el sentido acostumbrado del término. Pertenece probablemente al ámbito “sub-cuántico”. Sea lo que sea, es más una expresión de potencialidad que de actualidad. En ellas la potencialidad Yin domina la actualidad Yang.

Conforme esta actualidad Yang aumenta en fuerza, al-

canzamos la etapa de los átomos, y luego la de las moléculas. Pasamos del ámbito de las estrellas en las que prevalece un calor inmenso, al ámbito de los planetas que, conforme presumiblemente se enfrían (aunque el término enfriamiento podría conducir a error), devienen la etapa para la evolución de las formas más primarias de la Vida (quizá lo que ahora llamamos virus). Estos virus son concebidos como intermediarios entre los cristales y las grandes moléculas que constituyen el fundamento de las células vivientes; pero es cuestionable si son vínculos evolutivos entre lo que llamamos lo animado y lo inanimado, entre el nivel de la Materialidad y el de la Vida. Pueden representar el "retorno" de algunas de las más primitivas estructuras vivientes a la etapa mineral-cristalina, algo parecido a como hay mamíferos que, aunque nacidos en tierra, han retornado a la mar.

En otras palabras, la evolución contiene fases regresivas. Algunos de los nuevos desarrollos resultan demasiado difíciles y aterrorizadores para las entidades que nacen al comienzo mismo de estas "mutaciones". Quizá la mutación fue prematura; la nueva liberación de potencialidad llegó antes de que los nuevos organismos desarrollasen la capacidad de actualizar, de manera persistente, esta potencialidad no familiar. Un paso regresivo tiene lugar un retorno a la vieja condición.

Hoy en día, el hecho de que, de tiempo en tiempo, el proceso evolutivo sea testigo de tales pasos atrás, puede ser particularmente importante, pues el desarrollo extraordinariamente rápido de poderes intelectuales en la humanidad occidental puede haber devenido tan peligroso, y en verdad tan destructivo, que un "retiro calculado" a condiciones humanas de existencia más seguras puede resultar imperativo. Sin embargo, éste no tiene porque ser realmente un paso regresivo, supuesto que su propósito sea bien comprendido. Siempre es posible que el hombre comprenda

que ha hecho un comienzo en falso; o al menos que, a fin de hacer este comienzo, ha perdido valores e ideales por cuya carencia este comienzo, conforme se desarrolla, conduce a senderos de destrucción. Tal proceso de retirada a fin de volver al punto de partida original, y luego comenzar de nuevo con una conciencia más incluyente de *todo* lo necesario para hacer realmente constructivas las nuevas líneas de progreso, puede ser algo sumamente valioso y en verdad que sumamente indispensable. La humanidad puede encontrar ahora necesario hacer tal retirada, si no quiere experimentar una situación mucho más catastrófica, un nuevo "Diluvio", que puede no ser ya una destrucción por el "agua" sino por el "fuego" atómico o subatómico.

Los originadores y proponentes contemporáneos del moderno concepto evolutivo han estado, por razones obvias, tan ansiosos por abandonar completamente el ideal de las "creaciones especiales" por un Creador divino trascendente, que pueden muy bien haber devenido ciegos a la posibilidad de que la evolución no sea meramente un proceso unidireccional "hacia arriba", sino que incluye también lo que podríamos llamar las mutaciones dirigidas. No quiero dar a entender con estos términos lo que una mente religiosa interpretaría como intervenciones divinas en el sentido teológico acostumbrado. Me refiero más bien a la existencia de diversos *niveles de integración*; esto supone diversos "modos de operación" (y estos términos pueden ser bastante inadecuados) del Principio de Totalidad, UNO.

La transición de un nivel al otro puede tener que ser considerada, no estrictamente como un proceso *evolutivo*, sino más bien como el resultado de una nueva fase en el equilibrio entre potencialidad y actualidad. Cuando se da un paso más en la actualización de un nuevo tipo de potencialidad, un tipo de potencialidad que era inherente a la Palabra Creativa originadora, este paso implica dos factores: (1) la disponibilidad de los desarrollos evolutivos, (*de los habidos hasta*

esa fase del proceso existencial), a aceptar el nuevo desarrollo, y (2) una nueva liberación de poder; esto es, una acción decisiva que transforme la potencia en poder. Me refiero a esta acción como un factor “involucionista”.

La fuente de esta acción es, en cierto sentido, el Padre oculto, los ELOHIM. Pero este Padre no se halla oculto en un Cielo trascendente. Esta oculto *dentro*. La Potencialidad no se halla “fuera de” la actualidad ni “por encima” de ella. Es, dentro de lo *ya-actualizado*, lo *por-ser-actualizado*. En una mutación básica, esto es, en el proceso de transición de un nivel de integración al siguiente, *el futuro actúa sobre el presente*. El futuro actúa cuando el presente está dispuesto para aceptar la mutación; cuando, en un sentido profundo, el presente *necesita* la acción del futuro a fin de devenir el nuevo presente.

Sin embargo, como ya hemos dicho, el presente puede no estar todavía preparado, el cambio puede ser algo prematuro; es así que cabe esperar problemas, que podrían ser denominados un “riesgo calculado”. El Iniciador, en términos de procesos ocultos, puede tener que asumir el riesgo de que el Iniciado pueda no ser enteramente capaz de ajustarse al nuevo tipo de vida y conciencia resultantes de la iniciación. Sin embargo, el riesgo habrá de ser asumido cuando, caso de no hacerlo, una fuerza destructiva pudiera operar en el vacío creado por algún tipo de crisis vital radical, o cuando la oportunidad podría tener que aplazarse por demasiado tiempo, dado que tal oportunidad depende del ritmo del proceso evolutivo de la humanidad en su conjunto.

Pero retornemos al tránsito desde el nivel de integración llamado Materialidad, al que hemos llamado Vida. En la materia se halla encerrado un inmenso poder, encerrado por lo que la ciencia de hoy en día denomina la “fuerza cohesiva” que opera en las estructuras atómicas. El átomo es una

totalidad de actividad. En esta totalidad, el Principio de totalidad, UNO, opera; opera al nivel de la Materialidad.

Al nivel de la Vida, UNO opera en un nuevo modo, en términos *no sólo* del mantenimiento de la totalidad, sino en términos también de la capacidad, dentro de esta totalidad, *de reproducirse a sí misma*. El primer modo en el que esta capacidad opera es a través de la división celular, la mitosis; el uno deviene dos, el dos deviene cuatro, etc., proceso que opera de acuerdo a una progresión geométrica. Luego (ignorando en este breve bosquejo otros posibles procesos reproductores) se establece la forma sexual de reproducción, y la posibilidad de nuevas combinaciones genéticas aumenta tremendamente; esto supone a su vez una posibilidad creciente de relaciones cada vez más complejas entre organismos vivos.

En el simbolismo bíblico, Yahveh Elohim, Quien aparece al comienzo del segundo capítulo del Génesis, es el regente del reino de la Vida. El “alma” con la que anima la estructura material, Adán, (hecho de acuerdo al Arquetipo divino mencionado en el capítulo uno del Génesis) es el “alma viviente”, *Nephesh Hayyah*.

No puedo recorrer aquí toda la historia bíblica, que he estudiado e interpretado, paso a paso, en mi libro “Fuego a partir de la Piedra, una reinterpretación de las imágenes básicas de la tradición cristiana” (*Fire Out of the Stone*). Todo lo que necesito decir es que la Biblia, adecuadamente entendida, expresa en términos de una narración simbólica todo el desarrollo evolutivo de la humanidad en su relación con un poder divino que guía este desarrollo, y que presenta al hombre posibilidades de desarrollo nuevas y gradualmente más individualizadas cada vez. La serie de Alianzas entre Dios y el hombre es simplemente una expresión simbólica del progresivo desarrollo de la relación entre la potencialidad arquetípica, a la que podemos llamar el Hom-

bre, y los seres humanos reales que son capaces de alcanzar gradualmente estados de conciencia cada vez más “elevados”.

Todo el episodio Mosaico, y el contacto de Moisés con un Dios Que se declara a Sí Mismo “yo soy”, se refiere presumiblemente a un nuevo tipo de conciencia humana, la conciencia individualizada*.

Al nivel tribal de la vida el hombre no es verdaderamente consciente y no actúa, excepto en superficiales casos personales, como un “individuo”. La tribu es la unidad real de existencia; y su poder y sus dictados operan a un nivel psíquico subconsciente, no demasiado diferente del nivel de los instintos animales. A ese nivel, la Vida rige de una manera compulsiva y básicamente inconsciente. La Vida es en verdad un dios celoso y autocrático, que inmisericorde castiga a los hombres y grupos que desobedecen sus directrices. Los tabúes tribales son los equivalentes humano-sociales de los instintos animales; no pueden ser desobedecidos. Cuando el hombre es capaz de desentender su conciencia del poder autocrático del organismo tribal, la desobediencia a los tabúes significa al principio casi una muerte segura, o el exilio (lo que a nivel psicológico significa para el hombre tribal poco más o menos lo mismo, pues el exilio le separa de la tierra, la cultura y los rituales que fueron la fuente de su fuerza).

Llega un momento, sin embargo, en que el hombre es capaz de liberarse de la matriz tribal. Emerge como un individuo. La Potencialidad, de entonces en adelante, opera dentro de él como el *Alma Individual*. Este paso representa

Los alquimistas medievales hablaron de la *natura naturans* (Naturaleza activa) y la *natura naturata* (los materiales naturales sobre los que se actúa), pero en un sentido más restringido. Los filósofos hindúes hablaron del nivel Causal (*karan sharira*) y del nivel Existencial, el nivel de las realidades materiales sobre el que actúan las energías “astrales”.

el gran punto de inflexión en la evolución; y a fin de comprender plenamente sus implicaciones, tenemos que discutir más plenamente el concepto del "Alma", tal como uso yo este término tan confuso, y sin embargo aparentemente indispensable.

DOS MOVIMIENTOS COSMICOS

Ya hemos visto que la Palabra Creativa liberada en el estado alfa del ciclo, es una fórmula inmensamente compleja que constituye, metafísicamente hablando, la solución potencial al problema cósmico de la existencia en el nuevo universo, un problema heredado del viejo universo. El Pleroma-Símiente del viejo universo visualizó y emanó el principio básico de esta "solución" en la Matriz de la Virgen Eterna, el Potencial Infinito. El resultado, cuando comienza el nuevo universo, es una tremenda liberación de energía, indiferenciada al principio, que rota a través del campo espacial recién abierto; pero este cuanto cósmico de energía es liberado *a través de* una especie de "película" (la Palabra Creativa), que impresiona sobre esta energía el patrón, sello o arquetipo de lo que ha de ser esencialmente el resultado final de todo el proceso cósmico de existencia.

Este Arquetipo cósmico representa tan sólo una *potencialidad* de desarrollo. Podemos hablar de él como de un factor en un Mundo de Formación divino; pero no es un hecho existencial. No es "real" (palabra que viene de la raíz latina *res*, cosa). Concebir de otro modo este patrón es confundir potencialidad y actualidad, una confusión tan puesta en evidencia en doctrinas ocultas o religiosas. En cierto sentido, los diseños del arquitecto son reales, pero no son la cosa concreta, la casa. Sólo la casa debería llamarse real, si queremos evitar malentendidos semánticos.

El Arquetipo cósmico constituye una potencialidad estructural de desarrollos en el mundo existencial, en el cual

el poder liberado “en el principio” actúa sobre los remanentes caóticos del universo pasado. La potencialidad *no* es conciencia. Los diseños no son conscientes; pero el arquitecto que los hizo es consciente. Este Gran Arquitecto del Universo (como los Francmasones Le denominan) es el ELOHIM bíblico, y es también, repito, el Pleroma-Simiente del universo pasado.

El es el Padre oculto, pues una vez que el nuevo proceso del mundo comienza, la responsabilidad sobre la conducción del proceso descansa sobre diversas agencias cósmicas.

Al nivel de la Materialidad, los Gnósticos hablan de un Demiurgo y de Cosmocrátors, constructores de los cimientos materiales del cosmos. Estos constructores representan la primera etapa en la relación entre la potencialidad estructural del cosmos, el patrón del Logos, y los hechos primarios actuales de la existencia. Patrón-más-energía operan sobre la substancia inerte, y el resultado son protoátomos y átomos de diversos tipos.

Sin embargo, hemos de considerar la manera en que son producidos estos átomos. Son producidos, tal parece, por movimientos en remolino fantásticamente poderosos y veloces. Estos vértices de energía cósmica definen el carácter de los campos espaciales dentro de los cuales galaxias y sistemas solares toman progresivamente forma. Debemos suponer que en el origen del universo (y en sentido relativo, de cualquier tipo de ciclocosmos) habían movimientos en remolino de diversos tipos. Estos tipos básicos de movimiento son la diferenciación primaria del Poder liberado en el manantial creativo original, comienzo del universo al nivel de la existencia. Pero lo que tal diferenciación implica no es sólo una diferenciación del carácter de la energía ejecutora, sino también de la “forma” a través de la cual la energía ejecuta.

Cuando un pintor del pasado comenzaba a retratar un rostro humano, primero dibujaba, en pinceladas generales, el contorno general del rostro. En algunos casos (si seguía las reglas de la "simetría dinámica" sobre las que se basaba el arte griego), dividiría el espacio del papel o del lienzo en patrones geométricos que constituirían el fundamento estructural oculto para el retrato.

Esto puede ser tomado como una ilustración relativamente válida del proceso cósmico de acuerdo tanto a antiguas tradiciones esotéricas, como a tipos lógicos (¡o cosmológicos!) de pensamiento. En otras palabras, el proceso cósmico incluye tres factores básicos: *patrones estructurales* básicos que devienen cada vez más complejos y diferenciados - *ritmos definidos de energía en operación*, que devienen también cada vez más diferenciados, conforme actúan a través de estos patrones estructurales diferenciadores - y el "polvo" universal, inerte e indiferenciado al principio, restos del universo-que-fue, que gradualmente se integra en átomos de diferentes tipos, por la acción de los remolinos de energía cósmica en este material primordial de la existencia.

Si se entiende esto, entonces debería resultar claro que el proceso cósmico de existencia opera de dos modos opuestos y simétricos, aunque ambos se reflejan a un solo proceso de gradual aumento de la complejidad y la diferenciación. Cuando consideramos los más primitivos patrones estructurales, encontramos que son bosquejos espaciales muy amplios, definiendo sólo formas primarias, como la forma espiral de las galaxias y otros tipos de organizaciones estelares; y la energía cósmica que actúa a través de ellas (o de acuerdo con ellas) se diferencia también ampliamente en unos pocos tipos básicos. Estas formas cósmicas devienen cada vez más restringidas conforme el proceso de diferenciación y aumento de la complejidad continúa; y las energías cósmicas devienen, como resultado, más especializadas. Ambas, conforme progresan, ocupan *menos espacio*.

Por otra parte, si estamos considerando el proceso del mundo desde el punto de vista del proto-átomo y del átomo, vemos en operación un proceso de aglomeración e integración de unidades simples en totalidades existenciales más complejas, que abarcan mayor espacio. Es a este proceso que Ian Smuts dió el nombre de *Holismo* en su libro *HOLISMO Y EVOLUCION (Holism and Evolution)*, Mac Millan, New York, 1926). Podemos hablar de él como de un proceso de integración de totalidades menores en totalidades mayores.

Para distinguir claramente entre estos dos movimientos, que no obstante constituyen un solo proceso de existencia, hablo de *involución de la forma y la energía*, y de *evolución de totalidades materiales*. Son movimientos simétricos e interdependientes; pero el primero es el agente positivo, mientras que el segundo se refiere a aquello sobre lo que se actúa.

Estos dos movimientos no deberían considerarse separados, o constituyendo dos ámbitos de la existencia. Realmente sólo hay un ámbito de la existencia; pero dentro de él deberían distinguirse los dos movimientos básicos. Se podría hablar simbólicamente de una progresión "descendente" y de otra "ascendente". Las formas descienden a la materia; las totalidades existenciales ascienden o evolucionan a través de progresivas etapas de refinamiento y de cada vez más sutil integración. Las formas definen los campos dentro de los cuales átomos, moléculas, células, y posteriormente organismos vivos y personalidades, son integrados por energías cada vez más diferenciadas; y sobre esta integración preside UNO. Estas formas, sin embargo, no son el resultado de azáricos encuentros entre átomos; y es aquí donde nuestra filosofía de totalidad operativa se halla en contraste básico con la actitud mantenida todavía en general por los científicos modernos, pese a las excepciones (excepciones que, al parecer, cada vez son más numerosas y articuladas).

Decir que estas formas son preexistentes es sólo parcialmente cierto; pues *tanto* estas formas como los materiales caóticos que están deviniendo integrados dentro de ellas, puede decirse que han existido “antes” de que comenzase el presente ciclo de existencia. Estaban envueltos dentro del infinito Océano de potencialidad: las formas, como potencialidades dentro de la Mente del Pleroma que las visualizó en su carácter fundamental (pero no en sus detalles existenciales); y los remanentes de los fallos del pasado, como caos (siendo el caos también potencialidad en un modo negativo o pasivo).

En otras palabras, las formas cósmicas estructurales y los elementos materiales que dan substancialidad concreta a estas formas, constituyen dos aspectos polares del único y omniabarcante proceso de la existencia. Creo que se podrían establecer correspondencias definidas entre la forma galáctica y cualquier tipo primario de material que fuera atraído hacia este inmenso remolino galáctico hace billones de años; correspondencias, asimismo, entre campos estelares y átomos, entre campos planetarios y moléculas y células simples. Caeríamos entonces en la cuenta de que existe un “campo Vital” que es la realidad estructural de la biosfera, no sólo de nuestro planeta Tierra, sino de cualquier planeta portador de vida.

Dentro de este campo de Vida operan todos los organismos vivos, obedeciendo directrices generales que se refieren a los tipos de integración que definimos como Vida. Posteriormente el campo Vital planetario se diferencia en especies y géneros biológicos, cada uno de los cuales representa un tipo de estructura genéricamente operativo, de acuerdo a la cual las energías de la Vida accionan e interaccionan dentro de una multitud de organismos. En esta etapa del proceso, la humanidad (la especie humana - ahora *homo sapiens*) ha de ser considerada también como una forma estructural, con la que están asociadas ciertos tipos de energías diferen-

ciadas; y es a causa de esto que la unidad de la humanidad es un hecho planetario que define una *especial potencialidad de conciencia planetaria*.

Esta estructura básica única, la humanidad, se diferencia en diversas razas, cada una de las cuales se halla probablemente relacionada de un modo definido, al menos en su condición de origen, con un continente particular. Como resultado de esta relación con las condiciones geológicas y climáticas de un continente, o de alguna sección local de él, cada raza desarrolla un cierto tipo de respuesta característica a la vida, y finalmente una cultura y una institución colectiva específicas.

Hasta esta etapa se había visto como una forma particular definía y estructuraba un campo de existencia dentro del cual operaban, de manera más o menos idéntica, un vasto número de entidades materiales, independientemente de diferencias existenciales de tipo superficial. Todos los árboles o tigres pertenecientes a la misma especie tienen fundamentalmente características y rasgos similares. *La especie es la forma-unidad de existencia, así como de conciencia: una forma básica para muchos organismos particulares. Similarmente, los hombres de una tribu arcaica no deben ser concebidos como verdaderos individuos, sino más bien como especímenes particulares de un tipo racial-cultural común. Esto es así hasta que el proceso de individualización comienza a operar en el núcleo mismo del ser humano. Entonces algo importante ocurre; se establece una relación uno-a-uno entre una forma estructural y un organismo humano.*

CAMPOS-ANIMICOS Y PERSONAS INDIVIDUALES

Deberíamos ahora comprender que lo que se ha denominado formas estructurales podría igualmente haberse lla-

mado Almas (y en verdad que así debería haber sido). Cuando hablé de campos estructurados por estas formas quería decir *campos-Anímicos*. La Palabra Creativa que es el patrón o diseño fundamental para el proceso cósmico de desenvolvimiento de la potencialidad en actualidad, es en verdad el Alma Universal, el *Anima mundi*. Es, en asociación con la liberación original de Poder cósmico (un punto esencial que nunca hay que olvidar), Dios, el Logos. Este es el "nuevo Dios", el Hijo, heredero del karma (o asuntos sin terminar) dejado por el universo-que-fue. Es el Uno, el aspecto unidad del entero ciclo universal, su condición alfa. Dentro de El opera la presencia de UNO. El es una Totalidad; pero pese a lo divina que sea esta Totalidad, no es el Principio de Totalidad, UNO.

El Alma Universal se diferencia en campos-Anímicos cósmicos: galáctico, solar, planetario. Dentro del campo-Anímico planetario toda especie de vida tiene su propio campo-Anímico. Cada tribu tiene también su campo-Anímico, más limitado; y, proyectando sobre este campo-Anímico el profundo sentido de totalidad y de integración vital sentido por la comunidad entera, el hombre tribal adora a esta proyección como el Dios tribal; también, en un sentido parcialmente divino y parcialmente humano, como el Gran Ancestro. Llega un tiempo en que el hombre-individuo es capaz de emerger del útero tribal. Lo que era en él hasta entonces sólo una potencialidad de "Alma individual", deviene una actualidad, pese a lo remota y brumosa que deba permanecer por un período de tiempo más o menos largo.

Cuando hablo del "Alma viviente" del hombre, tal como se menciona en Génesis II, me refiero a un Alma sometida todavía a los dictados de la Vida y de Yahveh, Dios de la Esfera de la Vida. En este Alma viviente la potencialidad de la individualización ya existe, pues Yahveh es uno de los Elohim. Esta potencialidad comienza a moverse dentro del hombre cuando la Serpiente, símbolo del tiempo y del

cumplimiento eónico potencial, aparece como el número 3 junto a la dualidad Adán-Eva. Pero los Dos sienten temor, y surge la tragedia. Cuando los Hijos de Dios, *Ben Elohim*, “casaron con las hijas de los hombres” (cf. Génesis VI:2), la potencialidad del proceso de individualización da otro paso adelante, y más definido; sin embargo, este acontecimiento abre sólo una condición de potencial individualización para la humanidad.

Estos Hijos de Dios constituyen lo que en la mitología griega se halla simbolizado por Prometeo, que da al hombre *el fuego de la auto-conciencia*. En el esoterismo de la India este acontecimiento evolutivo es descrito como la llegada a la Tierra de los Kumaras, quienes (simbólica o literalmente) vienen de Venus. El resultado de esta venida es también una tragedia. De acuerdo con las viejas tradiciones, ocasiona la diferenciación entre las magias blanca y negra que finalmente da lugar al Diluvio. Este podría referirse también a un evento geológico, la división de un vasto continente (que incluiría la mayoría de las masas de tierra, aunque probablemente no todas) en dos mitades, siendo la separación la curvada cordillera montañosa submarina que corre de norte a sur por en medio del Océano Atlántico.

De manera más bien ambigua, el episodio Mosaico, o aquello a lo que alude, tiene que ver con la formación definida del “Alma individual”. Se establece una relación uno-a-uno con un campo-Anímico tan estructuralmente diferenciado que puede, al menos en principio, devenir estrechamente asociado con una persona humana particular. Pero nuevamente, aunque esta potencialidad es ahora definitivamente actualizable, todavía es extremadamente difícil llevar esto a cabo; y de nuevo, el resultado inicial del acontecimiento es en muy gran medida negativo. El resultado es el egocentrismo. Es un período de conflictos entre egos orgullosos y altivos. La codicia, que hasta el acontecimiento de la individualización había sido expresada en términos

de adquisitividad y posesividad tribales, deviene ahora exacerbada e intelectualizada por las ambiciones personales de virulentos egos. Lujuria e ira devienen asimismo mentalizadas e individualizadas en modo creciente. La competitividad reemplaza a la cooperación y a la compartición tribal. Y finalmente asistimos al surgimiento de una tecnología al servicio de la codicia; y al trágico estado de la humanidad de hoy en día.

Cuando hablo del “acontecimiento” de la individualización, no tengo en mente ningún suceso existencial especialmente definido. Pero puede aceptarse la fecha de comienzo del *Kali Yuga* hindú, el 3102 a. de C., como inicio del proceso de individualización a nivel planetario; y no olvidemos que Kali es también la Madre divina y que mientras que el Kali Yuga es la “Edad de Hierro” o Era de Oscuridad, es también el largo período durante el cual una nueva humanidad se halla en estado de gestación. Esta es la fecha en que acabó la más o menos mítica Gran Guerra, que supuestamente marcó la destrucción total de la Casta de los Guerreros, maquinada por la Manifestación divina, Krishna, cuyas enseñanzas están registradas en el BHAGAVAD GITA. Como resultado de la famosa batalla de Kurukshetra, comenzó en la India la Era de la Filosofía, bajo la dominación de la casta Brahmin.

El BHAGAVAD GITA es probablemente la fuente de la primera manifestación de lo que ahora se llama teísmo; y es sobre la base de sus enseñanzas que se desarrolló posteriormente el movimiento Bhakti, que tiene su paralelo en Occidente en el intenso devocionalismo cristiano del período post-Greco-Latino. En la vida de Cristo vemos simbólicamente expresada la etapa final del proceso de integración entre el Alma y el organismo humano (lo que no quiere decir que Jesús no fuera un verdadero personaje “cristificado”). La relación uno-a-uno entre el campo-Anímico y el cuerpo humano, que al principio, y todavía en una inmensa

mayoría de casos individuales, era distante, imprecisa y desenfocada, devino en la persona de Jesús totalmente enfocada y efectiva. Mientras que en la mayoría de los seres humanos de hoy en día se puede decir tan sólo que el Alma “cubre” a la personalidad (lo que quiere decir que la integración es sólo una potencialidad), en Jesús, el Alma (la Naturaleza divina) y el cuerpo-mente (la naturaleza humana) llegaron a estar completamente interpenetrados y unidos. El resultado de dicho “Matrimonio divino”, esto es, de la perfecta y total actualización de la potencialidad, es la formación del “Alma divina”, y de su conciencia tipo Pleroma.

He afirmado en mi libro FUEGO A PARTIR DE LA PIEDRA, que este Matrimonio divino ocurrió durante la transfiguración de Jesús en presencia de sus tres discípulos más cercanos, Pedro, Juan y Santiago; y este suceso, tal como es narrado en los Evangelios, está lleno de simbolismo revelador (cf. capítulo 9: “El amor de Cristo; La Alianza con los Individuos”). También he hablado de toda la vida de Jesús como la personificación del “acontecimiento de Cristo” y/o su “mitificación”. Jesús, como Krishna en la India, ha de ser considerado como un Avatar; pero habría que entender bien lo que este término significa. Se refiere esencialmente al proceso por medio del cual uno de los muchísimos aspectos de la Palabra divina original de comienzos del ciclo (al menos del ciclo planetario de la tierra), se precipita a la biosfera a través de un definido acto creativo que inicia una nueva fase del ciclo evolutivo.

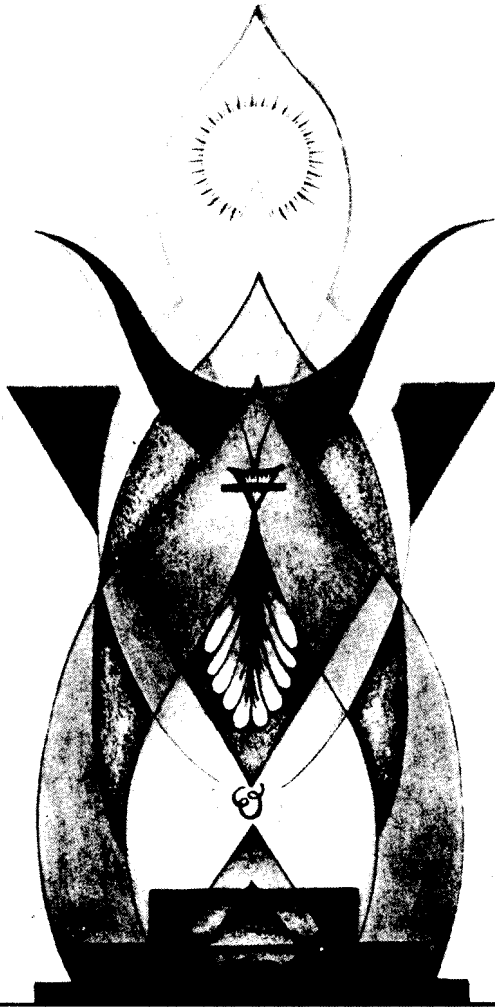
Un gran Avatar se refiere al comienzo de una fase del ciclo de evolución de todo el planeta y de la humanidad. En la mitología hindú, los primeros Avatares eran mostrados en forma animal, luego como entidades mitad animal mitad humanas, y finalmente como un ser humano, Rama, y como un ser humano divino, Krishna, revelando así la evolución de la biosfera a la noosfera. Pero podemos hablar también de los Avatares menores, que se refieren a ciclos más pe-

queños, relacionados con la evolución de razas particulares. Y una vez que se ha establecido definitivamente una completa relación uno-a-uno entre un campo-Anímico y una persona individual, esta persona deviene el avatar del Alma que es la fuente misma de su ser. Tal avataridad individual se cumple en el Matrimonio divino.

Jesús fue un Avatar, no sólo al nivel de la unión de su Alma y personalidad propias, sino más aún al nivel de la evolución de la humanidad-en-su-conjunto. Fue por tanto un "Avatar planetario", igual que Krishna y, quizá en un sentido ligeramente diferente, Gautama el Buddha. Los Bahais del día presente creen que Baha'u'llah, el gran profeta persa que declaró abiertamente su misión y status en 1863 en Bagdad, fue un gran Avatar planetario que, por su presencia y acciones, abrió una nueva fase de la evolución de la humanidad (y hay hechos históricos que tienden al menos a dar validez a este alegato).

Lo que complica todas estas cuestiones es el hecho de que haya ciclos dentro de ciclos, y diversos niveles a los que se pueda decir que comienza un gran ciclo. Cuando un nuevo Arquetipo deviene actualizado, es decir, cuando se establece una relación nueva y más integral entre potencialidad y actualidad, por el enfoque del poder universal de integración, UNO, a un nuevo nivel, la actualización no ocurre toda de golpe. No sería lógico que así lo hiciera, pues la nueva acción creativa encuentra una resistencia cada vez mayor conforme penetra cada vez más profundamente en los materiales del pasado, esto es, conforme nuevos "depósitos kármicos", de carácter más primario, tienen que ser neutralizados y transmutados.

Deberíamos por tanto pensar en un "ciclo Avatárico", más que en un suceso avatárico aislado. Esto lo he explicado en mi libro *PATRONES DE NACIMIENTO PARA UNA NUEVA HUMANIDAD* (*Birth Patterns for a New Humanity*), en



AVATAR

DANE RUDHYAR

donde he hablado de los siglos dieciocho, diecinueve, veinte y veintiuno como constituyendo uno de tales “ciclos Avatáricos” que marcan la transición entre dos Eras. Semejantemente, lo que he llamado “el acontecimiento de Cristo” debería probablemente no ser considerado sólo en términos de la vida de Jesús, pues incluye una fase preliminar (presumiblemente un siglo antes) y quizá una posterior. Se podría incluso adoptar un enfoque más amplio y decir que todo el periodo desde los tiempos de Buddha (más específicamente, alrededor del 600 a. de J.C.) hasta el nacimiento del Islam (la Hégira, en el 622 d. de J.C.), constituye un periodo de transición en la evolución de la medicina.

Lo que ahora encaramos, así lo creo, es un intento por implementar y concretizar, en y a través de nuevos patrones interpersonales y sociopolíticos de relaciones humanas, aquello que fue proyectado como una Imagen ideal (esto es, meramente como una potencialidad) durante los doce siglos que van del 600 a. de J.C. al 600 d. de J.C. De acuerdo con este punto de vista, el nuevo punto de partida señalado por la aparición en serie de Buddha, Cristo y Mahoma (este último sólo el heraldo de una gran Revelación, probablemente representada por Baha'u'llah), constituyó una mutación multinivel de todo lo humano, la cual ha producido al principio resultados negativos en general por lo que concierne a la humanidad-en-su-conjunto. Esto constituye en cierta medida un paralelo de lo que sucedió durante el arco evolutivo descendente del ciclo planetario cuando, hace mucho tiempo, “los hijos de Dios” (Ben Elohim) vinieron “descendieron”) a casar con las “hijas de los hombres”.

Durante el primer periodo del ciclo que abre, todo nuevo punto de partida evolutivo se manifiesta con:

(1) unos pocos “mutantes”, en quienes el Arquetipo recién emanado se encarna con éxito.

(2) unos pocos seres humanos que reaccionan de forma negativa enfocada a la nueva liberación creativa de potencialidad, deviniendo expresiones definidas del "mal". Esto ha de ser así porque, como ya afirmamos, cualquier liberación de potencialidad implica la inevitabilidad de una respuesta bipolar a lo largo de las dos líneas opuestas de la aceptación y el rechazo, y por tanto de lo que he llamado "éxito" y "fracaso" en el sentido cósmico-espiritual más esencial de estos términos.

(3) las reacciones de la masa de la humanidad, reacciones inciertas, borrosamente enfocadas y esencialmente mezcladas, pero al principio con la respuesta negativa como su rasgo dominante. En términos concretos sociales, religiosos y culturales esto significa que se suelen hacer puntos de partida falsos; las buenas intenciones y los bellos ideales son rápidamente pervertidos o desviados por las presiones de circunstancias inevitables (el karma del pasado), y por un estado de confusión mental y emocional producido por el temor a abandonar tendencias y compromisos familiares, incluso si son, tal vez, dolorosos (un temor fomentado por la influencia de fuerzas "malignas" que actúan al nivel de la energía psíquica).

Durante los momentos de crisis colectiva, la oposición entre los diversos tipos de respuesta a las nuevas potencialidades deviene aguda, y mucho es lo que se comenta acerca de la lucha entre las "fuerzas de la Luz" y las "fuerzas de la Oscuridad". Al fin de cada ciclo, la división entre el reino simbólico de la "semilla" inmortal y el de las "hojas" en desintegración (desintegrándose quizá tras un episodio de fulgente dorado), deviene definida e irrevocable. La mente religiosa habla aquí de la separación entre las ovejas y las cabras. Debería quedar claro que tales procesos de división se refieren a la colectividad de los hombres. Se pueden observar dos grupos estadísticos. Sin embargo, cada perso-

na individual debería ser considerada libre de elegir. Pero esto se refiere al problema de la naturaleza del libre albedrío, que discutiré más específicamente en capítulos posteriores.

Como ya afirmamos, de acuerdo con la tradición hindú la humanidad-en-su-conjunto está ahora viviendo en el Kali Yuga. Sin embargo, los cuatro grandes Edades (Yugas) se refieren a la evolución planetaria, no a la evolución de una raza particular, cuyo subciclo puede operar en dirección opuesta a la de la Edad planetaria. Y puesto que Kali es también el símbolo de la Madre, el Kali Yuga representa realmente el proceso de gestación de una nueva humanidad dentro de la Madre Tierra; ¡una Tierra que puede verse grandemente perturbada por su propio retoño!

El proceso de individualización que presumiblemente comenzara a principios del Kali Yuga, es sólo una fase de la evolución humana. Al comienzo esta fase trajo el resultado negativo del egocentrismo. El ego, todavía atado a los instintos compulsivos de la biosfera (“comer o ser comido”) representa en su aspecto negativo la sombra de la verdadera seidad, la seidad que como ahora veremos con mayor detalle, es una expresión del aspecto de Poder del campo-Anímico. No obstante, el ego puede también ser el reflejo positivo de la seidad; debería finalmente devenir el consagrado sirviente del Alma.

Este es el proceso de transmutación que opera durante el Kali Yuga. La persona individual que tiene éxito abandona el cuerpo de la Madre-Tierra, la biosfera, y “entra” en la forma embrionica de la humanidad-aún-por-ser que crece dentro de la noosfera. Conforme esto tiene lugar el Alma individual deviene el Alma divina. Cada latido del corazón de la Madre-Tierra testimonia, simbólicamente hablando, un Alma individual que alcanza la condición de Alma divina sobre el Monte de su Transfiguración. Esta persona humana está siendo “iniciada”, en el sentido real del término;

entra en el Sendero, y finalmente se une a la divina Compañía de Seres perfectos que constituyen el campo-Anímico de la Tierra, el Pleroma-en-construcción.

La Humanidad-en-su-conjunto es así gradualmente transformada; y no sólo la humanidad sino el planeta entero. Sin embargo esto no ocurre en una línea recta de progreso, como el siglo diecinueve cándida e ingenuamente creyó. La evolución se mueve en espiral a través de la interacción de polaridades opuestas. Toda luz trae consigo una sombra. Aquel que busca la luz debe aceptar una confrontación con su propia sombra; y esto es más de lo que mucha gente podría soportar hoy en día. Toda una raza y toda una civilización pueden asimismo proyectar una sombra colectiva. La mente aífica tiene asimismo su sombra; y podría llevar a la humanidad al desastre, a una violenta condición de catársis que curaría su presente estado de esquizofrenia generalizada, o haría necesaria una crisis total de renacimiento a partir de un grupo relativamente pequeño de “hombres a”.

A su debido tiempo, el estado Omega del ciclo del Hombre y de la Tierra llegará. Puede no ser el tipo de conflagración ígnea que Teilhard de Chardin parece haber vislumbrado. Es más probable que se asemeje a la Imagen del individuo Gnóstico y de la Sociedad Gnóstica evocados por Sri Aurobindo en los últimos capítulos de su gran libro LA VIDA DIVINA, escrito mucho antes que las obras de Teilhard. Tal consumación tendrá lugar sin duda en una Tierra ya no “física” en el sentido en que entendemos hoy en día esta palabra. Como H.P. Blavatsky afirmara en LA DOCTRINA SECRETA hace casi cien años, la humanidad será entonces “una humanidad de Cristos y Buddhas”. Lo que el teósofo llama la Logia Blanca habrá devenido la humanidad-en-su-conjunto sobre una Tierra transubstanciada. El Pleroma Simiente está presto a entrar en el Océano de potencialidad infinita.

Todo puede terminar en una Nova cósmica, en un inmenso estallido de Luz, ¿quién sabe? Pero habrán también productos de deshecho, los restos de todos los fracasos, las cáscaras del mal desintegrándose, que también alcanzarán el estado de pura potencialidad, pero en una condición pasiva y negativa. Finalmente un nuevo ciclo comenzará de nuevo, una vez que la sublime Compasión de la Hueste del Pleroma se funda en fecundativa unión con la Virgen Eterna; una vez que esta conciencia del Pleroma excite la infinita Potencia de Ella a una nueva liberación de Poder a través de la Forma Ideal que esta conciencia vislumbró.

Capítulo siete

Campo anímico, mente y reencarnación

Al delinear los factores más esenciales en el proceso del mundo, fue necesario omitir muchas cosas, con el fin de no hacer el cuadro demasiado complejo. La dificultad de semejante intento estriba en que la definición de cada término depende, en gran medida, del significado dado a otras palabras relacionadas. Cualquier cuadro mundial de la existencia es como una vasta polifonía de conceptos, adquiriendo cada línea melódica su significado real sólo en la relación dinámica, y en continuo cambio, con todas las otras líneas. Es también como un tapiz que revela formas abstractas y una vibrante interacción de colores, que cambian en gran medida de acuerdo con el ángulo de visión del observador, y con la cualidad de la luz que ilumina el tapiz. Como veremos en otro capítulo, lo que se está buscando no es una especie de "Verdad" analítica y plenamente objetiva, sino el desarrollo de una capacidad de "ver" la realidad en sus múltiples e interdependientes aspectos; ser testigos del inmenso y rítmico proceso de desenvolvimiento de la potencialidad en actualidad, que es lo que experimentamos como existencia.

Tal capacidad para la visión no es asunto de importancia. Se halla en la raíz de nuestro modo diario de abordar las relaciones interpersonales y la vida en general. Este modo de abordar depende no sólo de la cualidad de nuestra conciencia y del poder de asimilación y de organización de nuestra mente, sino también, y en verdad primariamente, de los da-

tos e imágenes asequibles a nuestras facultades intuitiva y formadora de imágenes. La persona corriente de cualquier cultura, y bajo la influencia de cualquier organización religiosa particular, es introducida a través de su educación a una gama de conceptos relativamente estrecha. Estos se hallan condicionados por definidas presiones socio-psicológicas, y se basan en métodos rígidos de pensamiento, sentimiento y observación a través de los sentidos. Incluso la ciencia moderna, al menos en sus aspectos más académicos y popularizados, opera bajo algunos presupuestos y postulados muy definidos. Quizá la más básica de estas hipótesis no demostrables sea la de que las leyes y constantes universales que ha descubierto, y aplicado con éxito, dentro de un entorno espacio-temporal limitado, son siempre y en todas partes verdaderas e inmutables. Otra actitud limitante de la ciencia es su dependencia exclusiva de procedimientos empíricos, que no son considerados concluyentes o siquiera aceptables hasta que todo investigador entrenado puede repetirlos y obtener los mismos resultados en cualquier momento.

En contraste con tal actitud, he recalcado los conceptos de una infinidad de potencialidades, y de un proceso, en continuo cambio, de transformaciones cíclicas, que, durante sus numerosas fases, reacciona a necesidades siempre nuevas a través de importantes cambios de ritmo. La actitud tomada es, por consiguiente, básicamente abierta al cambio. Hay, ciertamente, en el cuadro mundial que presento, un factor básico permanente a lo largo de un particular cicocosmos de existencia; este factor es la Palabra Creativa, que se imprime sobre la liberación original de potencialidad al comienzo del ciclo, y que controla el proceso de actualización de esta serie de potencialidades, desde el estado alfa al estado omega del proceso cíclico. Sin embargo, esta palabra creativa es una “constante” en un sentido que difiere del dado a las constantes de la física moderna. Es una constante en términos de metas más que en términos de

métodos, una distinción muy importante.

Lo que la Mente del Pleroma del viejo universo "visionó" e imprimió sobre la Virgen Eterna (el Potencial Infinito) se actualizará en el estado omega del nuevo universo; pero (1) el alcance de esta actualización no creo que esté determinado; es decir, que el grupo de Seres Perfectos que constituyan esta actualización-omega puede ser relativamente grande o pequeño dependiendo del éxito de todo el esquema ciclocósmico, y (2) los métodos utilizados durante el proceso cíclico pueden variar considerablemente en cada momento. En otras palabras, incluso si el carácter básico de los resultados finales está predeterminado cuando el proceso comienza al nivel de la existencia actual y concreta, las condiciones de actualización no están necesariamente determinadas.

Esto debe ser así si es cierta la idea de que potencialidad y actualidad son dos principios polares que, como el Yin y el Yang de la filosofía china, están presentes en proporciones continuamente cambiantes en cualquier estado de existencia, o de lo que llamamos no-existencia. En cierto sentido podríamos decir que éste es el Hecho metafísico básico. Estas dos polaridades, potencialidad y actualidad, están contenidas (término algo extraño) dentro de lo que llamo UNO, el Principio de Totalidad; y esta "contención" está simbolizada en la figura Tai Chi china por el círculo dentro del cual ambas formas, Yang y Yin, blanco y negro, interactúan, creciendo y menguando en relación la una a la otra.

Hablando prácticamente, esto significa que la potencialidad de cambio no está ausente en momento alguno. No vivimos en un universo de sólo ley y orden; es también un universo en el que el hecho dominante de la capacidad de una Imagen-logos para alcanzar la perfecta actualización al final del ciclo universal, *no* niega la posibilidad de importantes variaciones en los métodos utilizados en cualquier momento para producir este resultado. Estas variaciones

pueden ser requeridas, pues la existencia es relación, y las posibilidades de interrelación entre la multitud de existentes es tan vasta, aunque no exactamente infinita, que los resultados nunca están precalculados. Son en verdad, al menos parcialmente, impredecibles, excepto por el hecho de que al final del ciclo, el estado omega, lo que era potencialidad en el principio será actualizado en un grupo de Entidades que han tenido éxito. De lo que aquí se trata es de un resultado cualitativo, esto es, de que habrá un Pleroma de Entidades perfectas en el estado omega, pero no de un hecho cuantitativo, es decir, del número exacto de Entidades que han alcanzado la perfección o plena actualización de la potencialidad del logos.

Lo que eso implica debería ser afirmado con claridad: Si consideramos "seidad" y "relación", el hecho de la seidad constituye la polaridad permanente e inmutable en un desarrollo cíclico, mientras que la relación se refiere a las casi infinitas posibilidades de cambio. La relación introduce, por tanto, el factor de impredecibilidad en lo que, de acuerdo con el principio de seidad, sería un resultado final totalmente esperable. En la seidad existe determinismo; en la relación, esa indeterminación que conduce a lo que solemos llamar libertad. Soy lo que soy como un uno mismo; el Tono fundamental de mi campo-de-existencia permanece idéntico del nacimiento a la muerte (y, en cierto sentido al menos, más allá de la muerte del cuerpo físico). Es el aspecto unidad de mi existencia. Pero la conciencia de todo el organismo de la personalidad que opera sobre la base de esta seidad individual, se halla en todo momento afectada por la multiplicidad de relaciones a las que me hallo sometido primero, y en las que posteriormente entro más o menos libremente.

Impredecibilidad y predecibilidad son pues factores co-existentes durante todo el proceso cíclico de existencia. Pueden ser abstraídos bajo el concepto de la polarizada co-

existencia de orden y azar. Ningún proceso de la existencia está siempre total y rígidamente ordenado y predeterminado; la casualidad es una realidad siempre presente. Sin embargo, la casualidad no es el hecho básico de la existencia como parecen creer los científicos modernos. La casualidad es sólo el resultado de la casi infinita complejidad de las interacciones entre existentes. A causa de esta complejidad muchas, si es que no la mayoría de las situaciones existenciales, no pueden ser trazadas exactamente y cuantitativamente expresadas. Algunas personas podrían decir que la mente humana no puede hacerlo, pero que la Mente de Dios, omnipotente y omnipresente, puede conocer con precisión, en cualquier momento, pasado, presente y futuro, la situación total de todo átomo del universo. Esto, sin embargo, no encaja con el cuadro mundial que estoy presentando, pues crea una idea de Dios que parece innecesaria, sin garantías y realmente inaceptable en la presente etapa de evolución de la conciencia humana, a no ser la conciencia actual de los seres humanos a su nivel menos desarrollado. Como dicho nivel representa una condición de casi completa pasividad mental y de sometimiento sentimental al abrumador poder de la Vida, la conciencia que opera en tales condiciones ha de deificar y personalizar este poder de la Vida.

LA MENTE Y SU OPERACION MULTINIVEL

En la siempre cambiante relación polar entre potencialidad y actualidad, la mente ocupa un rol sumamente importante el cual, por el momento, no he discutido suficientemente. He hablado de la mente como de "conciencia formada", pero ésta fue sólo una afirmación temporal carente de precisión. Permítaseme ahora tratar de definir los diferentes aspectos de la mente, y afirmar cómo opera la mente a los diversos niveles del proceso de actualización de las potencialidades de la existencia. La mente es ciertamente un factor crucial en este proceso de actualización.

La mente es la capacidad de mantener imágenes de existencia en un estado coherentemente interrelacionado, consistente y formal. El carácter de una mente depende por consiguiente de la naturaleza de las imágenes que es su función interrelacionar, y más o menos formalmente integrar en un sistema. Es, a cierto nivel de la existencia, un sistema de conceptos; pero deberíamos ser capaces de hablar de una mente que opera a un nivel en el cual ya no se puede hablar con precisión de conceptos, sino más bien de "imágenes".

En términos de hechos existenciales, la palabra mente se refiere normalmente a un campo de actividades más o menos bien organizado, que trasciende las actividades, percibidas por los sentidos, de lo que llamamos el "cuerpo" humano. Las actividades referidas al campo de la "mente" incluyen todos los tipos de proceso de pensamiento: memoria y anticipación, generalización y abstracción de los datos de percepción, la formación de conceptos o imágenes mentales, y la formulación de metas a través del uso de palabras u otro tipo de símbolos.

Asimismo, la mente es capaz de moverse hacia atrás y hacia delante, como si dijéramos, en una secuencia temporal; recuerda, y proyecta hacia el futuro lo que conoce. En verdad, mente y tiempo están estrechamente interrelacionados. Una mente es una totalidad de conciencia; es el campo estructurado de conciencia de cualquier totalidad existencial (y no sólo de un ser humano). Dondequiera que haya conciencia hay, estructurándola, algún tipo de mente, y es una pena que la mayoría de la gente, e incluso muchos eminentes filósofos, hablen de un tipo de conciencia que trasciende a la mente. La mente intelectual y conceptual es sólo un tipo de mente. La "supermente" de Sri Aurobindo es todavía mente, aunque trascienda lo que ordinariamente llamamos mente; es una mente que "ve", más que una mente que cogita y argumenta en pro y en contra en términos

dualistas. Pero es mente por cuanto que integra imágenes de la realidad, incluso si se trata de una realidad suprasensorial y supraconceptual, la experiencia de la cual difícilmente puede ser formulada en palabras. Es la mente del Pleroma.

Muchos psicólogos modernos de tipo académico se inclinan a demostrar que la mente puede ser enteramente reducida a actividades de los nervios, y particularmente del cerebro del cuerpo físico. Que tales actividades, explicables en términos eléctricos y químicos, existen, es evidente. La cuestión es si no serán los resultados finales de la operación de un principio formativo inherente al campo-de-existencia total que constituye una persona humana.

La mente también opera en toda una especie que se manifiesta a través de una miriada de organismos del mismo tipo, y no meramente a través del sistema nervioso de estos organismos. Si pudiera demostrarse que una persona consciente individual es todavía capaz de pensar y de ejecutar ciertos tipos de operaciones mentales tras la desintegración de su cuerpo físico, la posición adoptada por los científicos de inclinación materialista devendría insostenible. Para algunos individuos de hoy en día es ya insostenible por esta misma razón.

Hay por otra parte filósofos, e incluso eminentes científicos, que son reduccionistas en el sentido opuesto. Para ellos el cuerpo no es sino una proyección, concretización, o interpretación sensorial de una mente. Todo es mente, dicen algunos; Dios, también, es Mente, Mente divina o cósmica.

La posición que adopto resuelve este dualismo de mente y cuerpo afirmando que el Principio de Totalidad, UNO, opera a tres niveles básicos de existencia, a los niveles de la Materialidad, de la Vida y de la "Ideidad". Vimos que la conciencia es inseparable de la totalidad, y por consiguiente

la conciencia debe también operar a estos tres niveles. La mente puede asimismo existir a estos niveles, pero con un carácter fundamentalmente diferente a cada nivel. Y repito que cuando hablo de mente me refiero a la capacidad, inherente a cualquier totalidad existencial, de mantener imágenes de existencia en un campo de conciencia coherente, interrelacionado y estructurado.

Sobre la forma que conciencia y mente adopten al nivel de la Materialidad, sólo podemos especular. No obstante, a la vista de recientes desarrollos de la física atómica, y de lo que científicos como el profesor francés en la Universidad de París, Robert Tournaire, y el Director del Instituto Superior de Ciencias y Filosofías de Bruselas, Robert Linssen, han escrito (cf. el libro de Linssen *LA ESPIRITUALIDAD DE LA MATERIA*, *La Spiritualité de la Matière*, y los trabajos del filósofo rumano Lupasco y otros científicos europeos), no considero fantástico en absoluto hablar de la mente del átomo. Dondequiera que haya conciencia existe al menos un tipo rudimentario de mente. La potencialidad de la mente, esto es, de formas coherentes de conciencia, se halla implicada en cualquier campo-de-existencia; y es la estructura de este campo la que determina, o al menos condiciona, las directrices estructurales de la mente.

Obviamente, la pregunta a responder sería entonces: ¿Qué es lo que determina la estructura de los campos-de-existencia? La respuesta es: los múltiples aspectos de la Palabra Creativa, "imaginada" por el Pleroma del universo anterior. A través de esta Palabra se vierte la liberación del Poder creativo original, dando inicio al proceso del Mundo (de un modo parecido, repito, a como la luz de un proyector de películas se vierte a través de la película). Esta Palabra Creativa tiene, simbólicamente hablando, una multitud de Letras. Cada Letra es una Imagen Anímica. Dado que esta Imagen se halla investida de poder, deberíamos más bien hablar de un campo Anímico.

Al principio la Imagen Anímica es muy amplia, refiriéndose a la forma de vastos movimientos cósmicos, como la forma de las nebulosas en espiral; y el poder integralmente asociado con ella está sólo ligeramente diferenciado, produciendo tremendos torbellinos de energía, que absorben el polvo inerte del espacio cósmico apenas emergente de un estado de potencialidad negativa (esto es, de casi total indiferencia a la existencia), y en verdad resistiéndose a la integración por pura inercia. Pero incluso entonces, cabe imaginar un tipo cósmico de conciencia difusa y unitaria, que refleja pasivamente el aspecto más primario de la conciencia del Logos creativo. Esta conciencia creativa, en su condición focalizada, puede ser denominada la Mente Divina. Constituye el aspecto trascendental de la mente; mente más allá de la existencia, pero mente que es el poder estructurador de un nuevo ciclo de existencia.

La mente siempre actúa como un poder formativo; da forma a la conciencia. Cualquier tipo activo y dinámico de conciencia necesita ser enfocado a través de una estructura mental. Es siempre la conciencia la que cambia potencia en poder, pero la conciencia sólo puede conseguir esto en su estado enfocado como mente. Es más bien la mente que la conciencia la que actúa. La conciencia es inherente a cualquier totalidad existencial, por el simple hecho de ser una totalidad; la conciencia es totalidad reflejada sobre el campo-de-existencia. Es en este sentido un proceso de retroalimentación (*feed-back*), pero un proceso inherente a la existencia. Lo que puede ser bloqueado no es la conciencia misma, sino su aspecto operativo, la mente. La conciencia puede estar no enfocada; entonces no produce actividad mental definible.*

La mente estructura todo lo disponible en términos de experiencia y, hablando más en general, en términos de contenidos de conciencia. Pero si no hay nada que estructurar, o muy poco, la mente se torna, como si dijéramos, sobre sí misma, y trata de refinar sus métodos de operación; actúa, por ejemplo, como lógica y epistemología. Poco importa sobre qué opere, supuesto que la operación se haga perfectamente; y tenemos

Por consiguiente, la respuesta a la pregunta, “¿Qué es lo que determina la estructura del campo-de-existencia?”, debería ser: una mente inherente a una Imagen Anímica, y activa dentro del campo-Anímico. Pero no deberíamos confundir campo Anímico con campo-de-existencia. Lo que quiero dar a entender por campo-de-existencia es simplemente el campo de energías electromagnéticas (y sin duda de otros tipos de energía todavía desconocidos), que a la vez permean y rodean a una entidad material y a un organismo vivo; y en el caso de un organismo vivo podemos hablar del “campo aúrico”, aunque el término de aura, al ser usado por clarividentes o pseudoclarividentes, haya recibido variadas y confusas interpretaciones.

Un campo Anímico, por otra parte, es el campo de las energías de tipo espiritual que son diferenciaciones de la liberación unitaria de poder originada en el Acto Creativo que inició el ciclo de existencia. En un sentido básico, todos los tipos de energía se originan en esta liberación creativa de poder; pero cuando alcanzamos el nivel de la Vida, mucho de este torrente inicial de energía ha devenido, por así decirlo, “encerrado” en los átomos del ámbito de la Materialidad. Podríamos ilustrar este hecho refiriéndonos al modo en que una batería de coche encierra poder eléctrico. La energía cinética de la corriente que carga la batería, deviene energía potencial en la batería. En este sentido, todo átomo es una batería cargada, que puede ser utilizada por las totalidades existenciales a los niveles de la Vida y de la Ideidad.

excelentes ejemplos de esto en el arte moderno, en la filosofía académica e incluso en la cirugía (transplantes de corazón y demás, que son, esencialmente, una excusa para la demostración y mejora del virtuosismo quirúrgico, una excusa camuflada bajo motivos humanitarios, necesarios para alimentar la sed de existencia de los egos de los posibles pacientes). El ego disfruta de su virtuosismo intelectual, que aumenta su prestigio; y en una sociedad estrictamente egocéntrica, y en una sociedad consumista, éste es el material del que están hechos el éxito, la fama y las riquezas.

Como ahora veremos, tal proceso de transformación de energía cinética en potencial opera en un cuerpo humano en términos del tipo de energía específico al ámbito de la Vida. Opera asimismo cuando el proceso de individualización de un ser humano alcanza una fase más concreta; esto es, cuando se establece una relación uno-a-uno, incluso si sólo a modo de intento, entre un campo-Anímico y el campo-de-existencia de una persona particular.

EL CAMPO-ANIMICO Y LA SEIDAD

Puedo no haber establecido de modo suficientemente claro la relación entre el campo-Anímico y la seidad de un individuo humano, pues al principio sólo pude apuntar a la existencia de tres niveles de operación de UNO, el principio mismo de la existencia. Hablé de estos tres niveles como Materialidad, Vida e Ideidad, sin elaborar el significado que daba a este último término. El ámbito de la Materialidad se refiere básicamente a los átomos y moléculas; el ámbito de la Vida a células y organismos vivos, incluidos los cuerpos humanos; y el ámbito de la Ideidad se refiere a la operación de mentes individualmente conscientes, y a la integración de estas mentes individuales en grupos; grupos que alcanzan una integración última en las actividades unánimes del Pleroma multiuno, Semilla espiritual de un vasto ciclo existencial.

Utilizo el neologismo Ideidad porque las mentes que operan a este nivel lo hacen en términos de "ideas", con las que el ser humano se relaciona (al menos teóricamente) como un pensador individual. Incluso la división de la palabra en "I" y "deidad" evoca la posibilidad, inherente a ese nivel de la existencia, de alcanzar finalmente un estado "divino" de conciencia y de ser. Tal estado tiene su inicio-raíz en el establecimiento de una relación uno-a-uno, permanente y cada vez más pervasiva y efectiva, entre un Alma y

el organismo vivo de un hombre particular, una relación que normalmente sólo puede devenir totalmente abarcante a través de una serie de contactos cada vez más estrechos entre un campo Anímico y una sucesión de personas humanas. Esta es, por supuesto, la base del concepto de la “reencarnación”. El término reencarnación es sin embargo un término vago al que pueden ser dados diversos significados; y trataré brevemente de elucidar a qué se refiere el proceso y qué es lo que presumiblemente implica.

A fin de hacerlo debo, en primer lugar, tratar de definir claramente lo que quiero dar a entender por “seidad”. La seidad en un ser humano es el *Tono Fundamental* (un ritmo básico de existencia), que energetiza y sustenta el campo entero de existencia de este ser humano. Este Tono resuena a todo lo largo del campo aúrico. Es el tono AUM del ciclo existencial. En este Tono la presencia o acción catalítica de UNO es operativa. Es básicamente incambiante a todo lo largo del ciclo existencial.

Lo que complica la situación humana y el carácter de la seidad en el hombre es el hecho de que éste, que al principio es una mera unidad en la vasta entidad a la que llamamos humanidad perteneciente al ámbito de la Vida, puede devenir “individualizado” (y a ello está destinado) y, a través del proceso de individualización, puede volverse operativo al nivel de la Ideidad. Esto significa, como ya hemos visto, que la persona individual opera realmente a dos niveles: el nivel de la Vida y el nivel de la Ideidad. Más aún, las operaciones de la Vida son dependientes en gran medida, aunque no exclusivamente, de la energía encerrada en los átomos materiales. Por tanto, dicho brevemente, una persona humana plenamente individualizada opera como materia, como vida y como mente individualizada.

Como cuerpo vivo, el hombre es un campo-de-existencia al que es inherente un tipo “vital” de conciencia y mente. Por

el bien de la claridad llamaría a esta mente vital una proto-mente o mente orgánica; y el tipo biopsíquico cuasi instintivo de conciencia que estructura es para el hombre moderno la subconsciencia. A través de este campo-de-existencia humano vibra una seidad. Esta seidad es el Tono fundamental del organismo humano en su conjunto; y este organismo-como-un-todo incluye muchos sobretonos constituidos por sentimientos, emociones y diversas actividades psíquicas. Incluye incluso la proto-mente que el hombre comparte con animales e incluso plantas, de acuerdo con recientes experimentos ya mencionados.

La Vida no es Ideidad; los dos niveles son distintos, y más cada vez conforme la evolución progresa hacia el estado de Pleroma en el que presumiblemente la Vida cesa de operar, excepto quizá en un sentido transformado y reflejado. No obstante, la Vida es el fundamento "raíz" de la "planta" humana; y es sólo cuando la "semilla" está completamente madura y abandona a la vieja planta en lenta desintegración, que este fundamento raíz deja de ser operativo, habiendo sido encerrada su energía potencial dentro de la semilla. Esto significa que la seidad, que es el tono Raíz del organismo vivo de los seres humanos, es sólo los *cimientos* de desarrollos que pertenecerán al proceso de individualización. Sin profundos cimientos una elevada torre no podría existir; ni podría haber individualización en el hombre, ni desarrollo mental individual al nivel de la Ideidad sin la persistente vibración del tono Raíz en el campo aurico del hombre. Cuando esta vibración cesa, la muerte sigue.

Sin embargo, este Tono fundamental de la seidad tiene sobretonos. El poder inherente a este tono se extiende a través de estos sobretonos; y el foco principal de este poder puede ser transferido a uno de estos sobretonos, particularmente al segundo sobretono, cuya segunda frecuencia está, en relación al Tono fundamental, en la proporción de 3 a 1. Esto se denomina, en acústica y música, el intervalo de

doceava (una octava más una quinta). Si el Tono fundamental tiene una frecuencia de 100 vibraciones por segundo, el primer sobretono tiene una frecuencia de 200 (es la siguiente octava por encima), y el primer sobretono una frecuencia de 300 (la quinta por encima de esta octava).

Esta ilustración musical es sumamente valiosa pues explica, y creo que exactamente, el proceso que tiene lugar cuando un hombre verdaderamente individualizado y autónomo busca el poder Raíz de su existencia re-enfocado al nivel del "alma individual"; lo que quiere decir, al menos simbólicamente, en la región del corazón. Tal refocalización *no* significa que el Tono fundamental, la seidad, no opere ya. Lo que significa es que el poder de la seidad se halla ahora enfocado al nivel del segundo sobretono, el centro cardíaco al que ya nos referimos anteriormente (en el capítulo VI).

La seidad estaba originalmente enfocada en lo que los yoguis hindúes llaman el chakra Muladhara, en la base de la columna, esto es, en la región pélvica. Ahí también (moviéndose hacia adelante en el cuerpo, y un poco por debajo del ombligo) se halla lo que se conoce en Japón como la región del Hara. "Mula" significa raíz. En esa región pélvica está enfocado el poder Raíz de la Vida; dentro de ella se desarrolla la simiente del hombre. La simiente fisico-vital desciende a través de los órganos sexuales; por otra parte, el pleno proceso de individualización, en su sentido más oculto, representa un movimiento ascendente del poder seminal hacia el corazón, y luego hacia la región craneal donde, de acuerdo con el yoga hindú, la luz descendente de la conciencia divina, Shiva, deviene unida con la energía ascendente del organismo vital totalmente concentrada en el centro Ajna, el centro entre y tras ambas cejas.

En el Kundalini Yoga hindú, kundalini, que ha de ser elevada desde el nivel raíz pélvico hasta la región frontal (Ajna chakra) es el poder fundamental de la Vida. El Hatha

Yogui trata las energías de la Vida. Reune en una fina corriente de luz las energías de todas las células del cuerpo, y las enfoca en el Ajna. Esta integración extrema de las energías de la Vida, normalmente dispersas a través del organismo físico, evoca una respuesta del Alma, pero es Alma al nivel de la vida, Alma no-individualizada.

Lo que sucede no es supra-individual, sino “pre-individual”. El tipo de conciencia y poder liberados son conciencia y poder al nivel de la Vida (siendo experimentada entonces la Vida en un sentido cósmico). Los oficiantes tántricos que llevan a cabo ritos sexuales, experimentan el poder sexual, básico en el ámbito de la Vida, también en un sentido cósmico. Podemos llamar espirituales a estas experiencias, pues tienen que ver con la pura potencialidad e inmediatez de respuesta a UNO, el Principio de Totalidad; pero no son espirituales al nivel de la Ideidad. A ese nivel, la experiencia de pura potencialidad y unidad sólo se alcanza en el Pleroma, esto es, en la unánime consagración de Seres perfectos al UNO, una consagración que se manifiesta activamente como Compasión pura.*

Como tono Raíz del organismo humano, la seidad contiene sólo la potencialidad de una individualización plena y consciente; es una expresión de la Vida. Un hombre es al principio sólo un ser “humano”, un miembro de la especie humana; una especie que cumple una particular función en el organismo planetario de la Tierra. Y cuando hablo así de

Realmente la región pélvica debería ser simbolizada por el intervalo de octava que separa, o pudiéramos también decir que vincula, la octava fundamental con su primer sobretono; de ahí la relación 1 a 2. La región entre el plexo solar y el centro del corazón es simbolizada por el intervalo de quinta (la relación 2 a 3); la que hay entre la región del corazón y el centro de la garganta, el centro “creativo” desde el cual son pronunciadas las palabras, por el intervalo de cuarta por arriba (relación 3 a 4). Por encima del centro de la garganta encontramos el centro Ajna que representa al número 5, produciendo el intervalo musical de la tercera natural; y por encima del Ajna el centro Sahasrara, el Lotos multipétalo, correspondiente al número 6, una octava por encima del número 3 del centro cardíaco.

la Tierra no estoy pensando sólo en una masa de materia, sino en un campo de actividades que se extiende mucho más allá del nivel físico. Se extiende más allá de lo físico porque el Hombre (y sin duda que los Seres por encima del nivel de la humanidad del día presente) se hallan activos dentro de este campo terrestre, y son en verdad partes integrales de él.

El desarrollo de un individuo plenamente consciente y autónomo es potencial en la seidad; deviene actualizado sólo cuando se establece una relación uno-a-uno entre un organismo humano y una imagen-Anímica particular y diferenciada. Conforme esto ocurre, UNO opera de un modo nuevo, reuniendo al Alma y al organismo humano. Opera al nivel de la Ideidad, al nivel de lo que en la India se llama *karana sharira*, usualmente traducido como “cuerpo Causal” aunque el término cuerpo se preste a confusión. Más correctamente hubiera sido denominarle el “Campo Causal”.

Es esta operación de UNO a un nuevo nivel lo que tarde o temprano ocasiona el re-enfoque del poder de la seidad, de la región pélvica a la del Corazón. Conforme este proceso de re-enfoque ocurre (o proceso de “modulación”, hablando musicalmente), la energía del campo-Anímico diferenciado puede también fluir al campo-de-existencia del ser humano individualizado, y esto puede producir efectos casi milagrosos. Desgraciadamente, como hemos visto en capítulos anteriores, en la mayoría de los casos el proceso de individualización pasa al principio a través de una fase negativa. La individualización de la conciencia ha de pasar a través de la fase de formación del ego, y el ego obtiene el control del nuevo poder y lo utiliza para sus propios fines. Esta fase egocéntrica y ego-glorificante aísla al organismo humano del poder del campo Anímico. El Alma sólo puede “observar y aguardar” hasta que, a través de crisis y catársis, el ego colapsa y finalmente comprende que su única función fue la de proporcionar algún tipo de “andamiaje” para el desarrollo de una conciencia verdaderamente autónoma, estructura-

da por una mente ampliamente abierta a la posibilidad de la renovación incesante, y por tanto capaz de responder a las vibraciones del campo Anímico.

La conciencia de un ser humano no puede al principio responder de un modo efectivo a tales vibraciones del Alma, o al menos no puede alcanzar un estado en el cual sea posible una actividad enfocada, salvo que se desarrolle la mente para permitir dicha actividad enfocada. En su primera fase, la edificación de la mente requiere sometimiento a los patrones colectivos de una familia, cultura y sociedad particulares. Como ya vimos anteriormente, éstas constituyen “matrices” para el desarrollo de una mente consciente. Mientras tales matrices caracterizen el egocentrismo como un hecho constante de la existencia, y se basen en la adquisitividad, la agresividad y los instintos competitivos hacia el poder financiero o político, el niño y adolescente sólo podrá desarrollar mentes que son también controladas por el ego, o que reaccionan, violenta y confusamente, contra este control del ego y contra los hipócritas procedimientos de su sociedad.

Mientras sea ésta la situación existencial, la relación uno-a-uno entre el Alma y la personalidad seguirá siendo mayormente inefectiva. Se forma un vínculo entre el campo-Anímico y el campo-de-existencia del ser humano, y el Alma trata de llegar, al menos en ocasiones críticas, a la conciencia de la persona. Pero mientras el ego sea dominante, tales avisos interiores (la “voz de la conciencia” y diversas corazonadas) pueden fácilmente ser bloqueados o tergiversados.

Durante tal fase egocéntrica, que cubre probablemente muchos milenios de evolución humana, el hombre opera en un estado de conflictos interiores, así como en una sociedad regida por la lucha entre clases, grupos e individuos ambiciosos. Los conflictos interiores son esencialmente resultado del hecho de que el campo humano de existencia oscile

entre dos focos de poder: los centros pélvico y cardíaco. El círculo de un solo centro ha devenido la elipse con dos focos. Los hombres hablan del yo superior e inferior. Sin embargo el uno mismo es siempre un solo poder; lo que fluctúa es el lugar y carácter de la *focalización* de este poder, una fluctuación que se refleja en el estado de conciencia y en la concentración de la mente.*

La culpa de esta difícil situación, en términos de la relación entre el Alma y el organismo físico, no ha de recaer, sin embargo, sólo en el individuo humano. La situación, pese lo trágica que podría considerarse, es un resultado aparentemente inevitable del proceso evolutivo que, como ya hemos visto, opera en dos direcciones. Existe el movimiento involutivo del Alma hacia el tipo de diferenciación cualitativa precisa que hará posible el funcionamiento de la relación uno-a-uno con un organismo humano particular; y existe el movimiento opuesto, evolutivo, dentro de la biosfera de la Tierra, que se manifiesta como especies biológicas gradualmente más complejas cada vez, más refinadas y claramente conscientes, y finalmente como razas humanas y grupos sociales cada vez más inteligentes y sensibles. Ambos movimientos pueden probablemente ser

Para los místicos cristianos, particularmente los relacionados con la tradición de los monasterios del Monte Athos, el foco de la vida unitiva y de la meditación es el Corazón, o el centro Rosa-Cruz ya mencionado. El foco de la seidad ya está establecido ahí de modo potencial; el propósito del meditante es el de centrarla en esa región de modo vívido y efectivo. Por ello el místico puede concentrarse en visualizar a Cristo en el Corazón, y en repetir el gran mantram cristiano, el Kyrie Eleison, imprimiéndolo, como si dijéramos, sobre este centro Cardíaco. Sin embargo, hay otra vía cristiana hacia el espíritu: el ejercicio de la compasión o "caridad" real; esto es, vivir una vida que ya no se concentra en la elevación de la fuerza de la Vida, kundalini, sino más bien en la elevación de la conciencia de otros seres humanos. Esta vía es el equivalente occidental, a un nuevo nivel, del Karma Yoga Indio, el yoga de las obras realizadas para el bien de "el Uno", sin pensamiento alguno de resultados ego-satisfactorios, o incluso de resultados ego-destructores; pues pensar en cualquier resultado o meta, de éxito o de fracaso, sería una traición a la dedicación al Actor Unico, el Dios Ishvara.

parcialmente frustrados por algún tiempo; y al factor frustrante es a lo que llamamos “mal”.

En muchas tradiciones mitológicas se habla de la Guerra en los Cielos. Estas Guerras se refieren a una lucha entre factores opuestos en el ámbito de la involución del Alma. Bien cabe suponer que pueda operar un antagonismo de fuerzas cósmicas al nivel del sistema solar y especialmente de la galaxia, pues toda liberación de potencialidad puede, y en verdad debe, conducir a resultados tanto positivos como negativos. Este es un principio fundamental en un enfoque ciclocósmico de la existencia. Aparte, como se afirma en LA DOCTRINA SECRETA de H.P. Blavatsky, diversas tradiciones cosmogónicas implican que el origen del mal sobre esta Tierra se debió al fracaso de muchas Almas en encarnar en las formas humanas primitivas, en el momento en que tal proceso fue necesario de acuerdo con el patrón de desarrollo del ciclo planetario. Este, sin duda, es un modo mítico de decir que puede desarrollarse un cierto tipo de inercia concerniente al proceso de gradual diferenciación del Alma.

Lo que tal diferenciación significa es que el “Alma General” de la especie humana, que opera estrictamente al nivel de la Vida y cubre y controla a toda la humanidad, puede resistirse a diferenciarse en Almas capaces de establecer una relación uno-a-uno con un solo ser humano. Existe una relación entre este Alma General, el Hombre, y la especie humana, o, dicho en términos bíblicos, entre Yahveh (Regente de las fuerzas de la Vida de la biosfera terrestre), y la colectividad de la humanidad; y si se concibe a Yahveh como un “dios tribal”, este dios rige la tribu con poder compulsivo, tribu cuyo campo Anímico representa. Pero cuando el proceso de individualización realmente comienza, este poder compulsivo es retado por el desarrollo de imágenes-Anímicas y campos-Anímicos cada vez más diferenciados y, desde el punto de vista del Alma, individualizados.

La “Imagen del Hombre” básica (que es lo que el concepto de un Manú significa en la mitología hindú), se diferencia en una multitud de Variaciones de este Tema único, el Hombre. Cada Alma es una de tales Variaciones particulares y únicas. El Tema básico, el Hombre, permanece; pero mucho de su poder es transferido a las numerosas Variaciones-Anímicas individuales; un proceso paralelo al de la “modulación” del Tono fundamental del uno mismo, en un organismo humano, a su sobretono relacionado con el centro Cardíaco.

El Tema, reiterado incesantemente en cada espécimen de la especie humana, puede “resistirse” a ser transformado en Variaciones-Anímicas individuales. Es tal resistencia la que encontramos mitificada en la historia del conflicto entre el dios Júpiter y Prometeo. Al dar a todos los seres humanos el fuego de la seidad individualizada, Prometeo realmente diferenció el poder unitario de la deidad en una multitud de centros de poder, al menos potenciales, uno para cada individuo. Dado que, en aquel remoto tiempo de la historia, sólo era un regalo potencial, Prometeo fue encadenado por Júpiter a una roca. Su hígado era devorado por un buitre, pero era inmediatamente reconstituido y redevorado, simbolizando aquí el hígado la capacidad del hombre de asimilar y metabolizar como individuo los resultados de sus relaciones con otros individuos.

En otras palabras, Júpiter se las arregló para matar el proceso iniciado por Prometeo, o en la India por la Hueste de los Kumara; pero no por siempre. Prometeo había de ser liberado de sus cadenas y de sus tormentos por un héroe. Este héroe era el Cristo. En la Tetralogía de Wagner él es Sigfrido, quien libera a la Valquiria, condenada a yacer dormida, apresada por su padre divino, Wotan, dentro de un anillo de fuego, porque ella mostró compasión por los seres humanos, violando así la “ley” de Wotan.

Al ser liberado Prometeo, el largo y frustrado proceso de

individualización comienza de nuevo, a mayor escala. Un número creciente de almas alcanzan un estado cada vez más diferenciado a través de sus sucesivas relaciones con una serie de individuos humanos, nacidos en sociedades que incorporan, en sus instituciones cada vez más abiertas, el ideal del individualismo.

PATRONES KARMICOS O MONADAS

En este punto se hace necesario traer a nuestro estudio del proceso de individualización, un factor que no quise introducir anteriormente, a fin de no volver demasiado complicado el cuadro evolutivo. Lo apunté, no obstante, en una nota a pie de página. En cierto sentido, considerando la mentalidad presente de los seres humanos, es un factor sumamente importante; sin embargo, su existencia no altera realmente nada de lo dicho hasta ahora. A lo que se refiere este factor es al problema aparente y lógico, o quizá debiera decir que "ciclo-lógico", planteado por el concepto de que un vasto ciclo cósmico de existencia debería acabar en sólo dos condiciones extremas: la del "éxito" total (el Pleroma Simiente de Seres que han actualizado perfectamente las potencialidades liberadas al principio del ciclo por la Palabra Creativa), y la del "fracaso" total (los restos en desintegración de todo lo que quedó a un lado durante el proceso evolutivo, y que proporciona el "abono" para un nuevo universo). Parece necesario creer que hayan también estados intermedios de actualización de la potencialidad entre estos dos extremos de éxito y de fracaso.

Esto no altera la idea de que todas las liberaciones de potencialidad cósmica implican la inevitabilidad de un resultado negativo igual que de un resultado positivo, y de que por consiguiente un ciclo cósmico de existencia acabe en una situación dual éxito-fracaso. A lo que se refiere es a caer en la cuenta de que cuando, en el proceso de evolución,

se alcanza una relación uno-a-uno entre un Alma y un organismo humano vivo, algo ha sucedido que ha de tener especiales consecuencias. La acción o presencia de UNO en el núcleo mismo de esa relación, constituye un nuevo tipo de integración. Se establece un campo de relación que abarca, y gradualmente integra, el campo-Anímico y el campo-de-existencia del ser humano que deviene vinculado con el Alma individualizante. Este campo de relación es presumiblemente lo que algunos sistemas filosóficos hindúes denominaron *Hiranyagarbha*, también conocido en el ocultismo occidental como “el Huevo Aurico”. Podría ser denominado el “campo de Ideidad”, pues representa la manifestación de UNO a un nuevo nivel, el de lo que he llamado la Ideidad.

En un organismo meramente viviente, una planta o un animal, también se halla presente UNO, pero en una forma menor de integración, y en una etapa menos explícita del Principio universal de existencia individual. La Vida es compulsiva e inmisericorde en su operación, pues ha de tratar con multitud de especímenes de la misma estructura arquetípica básica; no puede por tanto haber en su ámbito libertad individual de elección. En contraste con esto, al nivel de la Ideidad la individualidad es un hecho básico. La presencia de UNO opera en su condición más precisamente enfocada. No sólo reúne Alma y organismo humano como factores interrelacionados dentro del campo de su relación uno-a-uno (incluso si por largo tiempo la conciencia humana tiene una imagen muy vaga y distorsionada de tal relación), sino que se halla “presente” como la definida potencialidad de una seidad plenamente individualizada. Se halla presente y enfocada en el Corazón del hombre.

Cuando se alcanza el nivel de esta manifestación de UNO, el factor decisivo es lo que tiene lugar dentro y a través de este “campo de Ideidad”, esto es, entre el campo-Anímico y el campo-de-existencia humano. No el Alma sola, no el hombre individual solo, sino su relación mutua.

Esta relación, sin embargo, no es algo enteramente “nuevo”; tiene tras de sí una herencia kármica. Está condicionada, desde el momento mismo en que se establece, por el karma de una relación que, en su lugar y función en el pasado universo, correspondió a ella. Esto debe ser así porque el universo presente por entero se halla relacionado kármicamente con el universo pasado. El presente universo existe a fin de hacerse cargo de los “asuntos inacabados” del universo pasado. Como personas individuales relacionadas con un Alma particular, vosotros y yo existimos para hacernos cargo de una diminuta parte de los vastos asuntos inacabados del universo pasado.

Pongámoslo crúdamente para subrayar este punto: Si a las 11:00 horas del “Día” de un proceso evolutivo planetario o cósmico pasado, ocurrió un fracaso en la relación entre un Alma y un ser “humano”, a la misma hora del “Día” del presente universo es posible neutralizar y transmutar en éxito dicho fracaso. Lo que fracasó en el universo pasado tiene ahora una “segunda oportunidad” de alcanzar el éxito.

Esto puede interpretarse diciendo que “yo” viví por aquel tiempo en el universo pasado, y ahora “yo” tengo que hacerme cargo de este karma; y, si tengo éxito, contribuiré con ello al aspecto de éxito de este presente universo, aunque sea de manera microscópica. Esta sería la actitud popular generalmente aceptada en la India y entre nuestros “esoteristas” actuales. Pero se podría arrancar del cuadro kármico el concepto del “yo”, y simplemente decir que un pequeño patrón del karma (un fracaso en la relación, en ciertas condiciones existenciales), condujo automáticamente a la presente emergencia de un ser humano particular que ha alcanzado la etapa de individualización, siendo necesaria tal emergencia a fin de restablecer la Armonía de la totalidad universal. Esto se acercaría más al punto de vista oficial budhista sobre el asunto.

En términos del primer enfoque mencionado, podemos hablar de “mónadas” que parcialmente fracasaron en ciclos pasados, y que ahora han encarnado una vez más a fin de “aprender mejor su lección”. Este término de mónada fue popularizado por el filósofo alemán Leibnitz en el siglo diecisiete, y adoptado por los teósofos dos siglos más tarde. Una mónada es simplemente un “uno”. Es un número en la infinita serie de los números enteros. Si consideramos dicha serie, entonces el número 1 es la primera mónada, de la que todas las demás han derivado, como sobretonos derivados de un tono fundamental. Esta mónada número 1 es, por supuesto, “el Uno”, el Dios Único, el Logos, Ishvara, la Suprema identidad del cosmos; y a tal número 1 oran todas las religiones teístas. El número 1 de nuestro universo se halla “kármicamente relacionado” con el número 1 del pasado universo, por cuanto que la Palabra Creativa original de este universo fue condicionada por el tipo global de fracaso del pasado universo.

No obstante, cuando hablo de UNO tengo en mente un Principio, no una Entidad. Hablo de Aquello que se manifiesta en y a través de todo número, sea el número 1 o el número 365.432. UNO es el Principio de Existencia; existencia como una totalidad de actividad en un incesante estado de relación con otras totalidades. Cualquier totalidad que haya alcanzado el estado humano de individualización consciente, y haya fracasado en afrontar plenamente el reto de la relación con otras totalidades humanas, puede decirse que “genera karma”; esto es, que ha actuado “en contra de” UNO. Ha repudiado la presencia de UNO en su campo-de-existencia y su conciencia mentalmente enfocada. En esa medida es al menos un “fracaso” parcial, pese al éxito que pueda tener en otros modos de actividad. Se le concede otra oportunidad de neutralizar este fracaso en un futuro ciclo.

¡La cuestión es si hemos de decir que el “él” que falló reaparece realmente en el ciclo futuro como el mismo “él”!

Cuando la fase número 365.432 aparece en el nuevo ciclo, su aparición porta la impronta kármica (en el buddhismo los skandhas) del fracaso que tuvo lugar en este mismo punto del desarrollo del ciclo pasado. Es este fracaso el que en cierto sentido “reaparece”, y del que hay que hacerse cargo. La acción de hacerse cargo tiene lugar en el campo-de-Ideidad que vincula una nueva Imagen-Anímica con un nuevo organismo humano. Dado que ambos son “nuevos”, el campo-de-Ideidad será también nuevo. No obstante, aunque el campo-de-Ideidad es nuevo, se halla condicionado en su estructura por el karma producido por el fracaso que tuvo lugar en el pasado ciclo. Es *existencialmente* nuevo, pero está *estructuralmente* condicionado por un suceso de un ciclo pasado.

Es a tal “condicionamiento estructural” que se refiere el creyente en el popular proceso de la reencarnación, cuando dice que una mónada que parcialmente fracasó en el pasado está ahora (la misma mónada) reencarnando en el ciclo presente. ¿Habría que hablar de “la misma mónada”? Esta es la cuestión. Si así lo hacemos, personalizamos (o al menos “entidadizamos”) algo que puede igualmente ser considerado como un factor condicionador impersonal en un vasto proceso. Esta personalización produce un cuadro más simple de lo que está sucediendo; y en un tiempo en que el hombre tiende a personalizar o individualizarlo todo, resulta más sencillo pensar en la reencarnación de “la misma mónada”. La ciencia moderna, no obstante, ha estado tratando de “des-entidadizar” lo que normalmente consideramos como objetos con características fijas; el concepto de proceso está superando al de entidades establecidas. En vez de hablar de una entidad que *tiene* una forma particular, el físico progresivo habla simplemente de “forma”, es decir, de los sucesivos aspectos o fases de un proceso estructurado. Lo que estructura el proceso, en términos ocultos, es la impronta kármica de un ciclo anterior durante el cual, conforme alcanzaba una fase paralela o “sincronística”, ocurrió

algún evento básico que afectó al equilibrio éxito-fracaso del proceso. El karma es tanto “bueno” como “malo”. El éxito deja su huella estructural igual que el fracaso.

En otras palabras, al pensar en tales cuestiones podemos enfocar la atención en el proceso cíclico en su conjunto y sus muchas fases, o bien podemos “entidadizar” el equilibrio de éxito y fracaso en cualquier etapa del proceso, y hablar de ello como de una mónada, una entidad que es parcialmente éxito y parcialmente fracaso. Repito que el éxito (o “bien”) significa permitir que UNO opere como el Principio de Integración, sin temer u obstruir su operación; mientras que fracaso (o “mal”) significa impedir o pervertir el proceso integrador dentro del cual UNO es una presencia constante. Al nivel humano, UNO, como Principio de Integración, puede ser llamado “Amor”; pero Amor en un sentido universal, más que el amor emocional e inherentemente posesivo que se encuentra en la relación entre dos o más individuos principalmente egocéntricos.

En el cuadro mundial ciclo-cósmico que estoy presentando, subrayo los procesos y los ciclos en vez de las entidades de características fijas. Recalco el flujo de la existencia, en vez de una muestra particular tomada de ella, y a la que se da un nombre particular definido. Hablo de “campos” a fin de presentar un cuadro más moderno de la realidad; un cuadro en el que el factor más básico sea la relación, en vez de las entidades que se relacionan entre sí, sin perder nunca su carácter esencial de “entidades” (lo que quiere decir, al nivel humano individualizado, personas aisladas y, más allá del ámbito personal, mónadas aisladas). El ocultismo del siglo diecinueve y la Teosofía enfatizaron muy fuertemente el enfoque individualista, y muy a menudo el concepto del “individuo desabrido” incluso a niveles supuestamente espirituales. El concepto original de “los Hermanos” en los primeros libros teosóficos, dió paso posteriormente al de los “Maestros”: el poderoso Adepto, blanco o negro. El ideal de

la "Logia Blanca" fue mayormente substituído por el de una Jerarquía de Super-Individuos, con nombres personales y funciones personalizadas muy definidas.

Los dos tipos de cuadro son en cierto sentido complementarios. UNO se enfoca al nivel de la Ideidad en personas individuales, personas que, cuando están completamente en sintonía e integradas con una Imagen-Anímica particular, cumplen en verdad ciertas funciones particulares dentro del campo planetario del Hombre. Pero estas Imágenes-Anímicas y funciones particulares son realmente partes de un vasto proceso de existencia. Se derivan todas de la Palabra Unica en el principio, el Logos Unico, Ishvara. En términos de actividades tienen sus campos individuales de operación; pero en términos de conciencia y propósito, comulgan en una Totalidad integral de la que hablo como el Pleroma, la plenitud de perfecto "existir". Podríamos decir que a corto alcance aparecen como "individuos"; pero en su totalidad constituyen una esfera de luz blanca; que es lo que habría que entender cuando se piensa en la "Logia Blanca". En esta luz blanca todos los colores se hallan interrelacionados. En verdad, esta luz es la relación entre todas las Almas iluminadas componentes.

A un nivel muy inferior, si somos individuos buscando nuestro aprobado para la Nueva Era, deberíamos concentrarnos en pensar sobre el campo-de-Ideidad, dentro del cual el campo-Anímico y el campo-de-existencia humano interaccionan de modo gradualmente más consciente cada vez, en vez de en una mónada individualista que se mantiene reencarnando de tiempo en tiempo. La mónada es el campo de Ideidad concebido como una entidad. Es una "instantánea" de una breve fase (una vida humana) en el desarrollo del campo-de-Ideidad.

En la física atómica la luz se describe a veces como una "onda"; otras veces, como un chorro de "partículas" llama-

das fotones; y muchos científicos todavía conciben a un átomo como una suerte de sistema solar submicroscópico, con electrones que dan vueltas alrededor del protón igual que los planetas dan vueltas alrededor del Sol. Pero este modelo del átomo, descrito por el físico Bohr, ya no es válido en términos de los más recientes conceptos de la física.* Puede que el cuadro que nos hacemos del sistema solar tampoco sea verdaderamente correcto en un sentido absoluto; es "verdadero" sólo porque nuestras percepciones sensoriales operan del modo en que lo hacen, y nuestro intelecto las organiza de una manera adaptada a nuestro estado de conciencia.

En la astrología antigua, el planeta "real" no era la masa de materia física sobre la que el hombre podrá pisar algún día, sino el espacio orbital definido por la revolución de esa masa física alrededor del Sol; en otras palabras, el "campo" de la relación entre ese planeta y el Sol. Semejantemente, mucha gente concibe al Zodíaco como una secuencia circular de grupos reales de estrellas llamados constelaciones, mientras que es más bien el campo de la relación anual entre la Tierra y el Sol. Las constelaciones son sólo símbolos, símbolos de la relación cíclica entre la biosfera terrestre y la fuente solar de las energías a las que, consideradas en su totalidad, llamamos Vida. Del mismo modo, la mónada, considerada como una sola entidad fija, es un "mito" que expresa por medio de una Imagen conveniente la operación de un Principio universal de integración, UNO, al nivel de la relación uno-a-uno entre el Alma y la persona humana individual.

*Cuando hablamos de una partícula atómica queremos significar una manifestación de energía, o una cantidad de movimiento localizada en un volumen muy pequeño y susceptible de desplazarse con una velocidad infinita. El electrón... es una partícula sólo en la medida en que puede manifestar su presencia en una localidad con su energía total. La onda asociada con el electrón no es la vibración física de algo; es sólo un campo de probabilidades." (Louis de Broglie, CONTINUO Y DISCONTINUO, *Continu et Discontinú*, página 56).

Es un mito muy valioso, un poderoso símbolo-Imagen, que al nivel particular de evolución de la mayoría de los seres humanos en esta Era individualista, resulta sumamente efectivo como incentivo para la integración individual. Pero una Nueva Era pronto se abrirá; presumiblemente ha estado abierta potencialmente desde los días de Gautama, el Buddha. Esta Nueva Era exigirá nuevas Imágenes y símbolos. Una instantánea de una persona en medio de una serie de operaciones puede en verdad ser algo sumamente valioso, si sólo deseamos estudiar analíticamente los rasgos y movimientos de esa persona; pero estamos ahora en una era de películas. Ha de verse la vida entera de una persona, del nacimiento a la muerte, si deseamos conocer el significado "eónico" real de todo evento y de toda acción de esta persona. Estamos en la aurora del desarrollo de la conciencia eónica.

Esta conciencia eónica puede ser aplicada no sólo al proceso total de actualización de la serie de potencialidades natales en la vida de una persona individual, sino a un proceso mucho más extenso, el cual, comenzando al principio mismo del proceso evolutivo de individualización del "Hombre", conducirá a un estado generalizado de Matrimonio Divino, el estado omega de la evolución del Hombre sobre este planeta, la Tierra. Si consideramos tan sólo una Imagen-Anímica y su relación con los organismos humanos, el proceso de individualización comienza cuando el campo-de-Ideidad es actualizado por vez primera. Sin embargo, era una potencialidad en el momento que el proceso de individualización comenzó para el Hombre en su conjunto, esto es, el momento simbolizado por el "don del fuego" hecho a la humanidad por Prometeo.

Esta actualización del campo-de-Ideidad comienza cuando el ser humano alcanza un punto en su desarrollo en el cual es capaz de dar una respuesta, al menos débil e intuitiva pero consciente, a la presencia cercana del campo Anímico. Podemos decir también que entonces la mónada, que

es la energía en desarrollo del campo-de-Ideidad, es capaz de enfocar esta energía sobre el centro del Corazón del ser humano. Entonces empieza a tener lugar asimismo la “modulación” de que hablamos anteriormente en este capítulo, transfiriendo el foco de la seidad desde el centro pélvico al centro del Corazón. Sólo entonces podemos hablar del comienzo de un proceso de reencarnación, un proceso que no es sino una fase del más amplio proceso, planetario o cósmico, de actualización de las potencialidades liberadas a la existencia por la Palabra creativa.

EL PROCESO DE “REENCARNACION”

El propósito esencial de este proceso es la plena actualización y concretización de una Imagen Anímica, en y a través de una persona individual plenamente responsiva, de modo que esta persona total (con lo que quiero dar a entender un campo-de-existencia total con sus actividades a diversos niveles) deviene transfigurada y transubstanciada. La “transfiguración” se refiere a la mente; dentro y a través de ella se vierte la Luz del campo-de-Ideidad; y la “transubstanciación” a la sustancia misma del organismo material.

No deberíamos limitar este propósito a aspecto alguno de la persona humana; la culminación del proceso debe cambiar todo factor del campo-de-Ideidad. Cambia a la persona existencial. Cambia el campo-Anímico que, simbólicamente hablando, ha “asimilado” la persona existencial, volviéndola relativamente inmortal. Cambia el campo-de-Ideidad en tanto en cuanto trae “éxito” a la mónada que fracasó en un distante pasado, apartando así un pequeñísimo obstáculo del sendero de la evolución total del Hombre hacia el estado omega de culminación. Afecta no sólo a una persona individual, sino al Hombre, pues el individuo es sólo un pequeño aspecto del Hombre, una variación del Tema planetario o cósmico del Hombre.

El proceso de individualización que opera dentro de un campo-de-Ideidad no puede ser aislado de lo que le sucede a la humanidad-como-un-todo. La localización geográfica, el período, la cultura y la sociedad dentro de las cuales se desenvuelve el proceso, son importantes factores que nuestra individualista mentalidad occidental, ¡ay!, está demasiado pronta a ignorar o a despreciar como insignificantes. Razas y sociedades tienen ciclos de reaparición que normalmente condicionan el ciclo individual de reencarnación de una mónada. Y como antes dije, antes que hablar de la reaparición de una mónada, habría que estudiar el ritmo periódico de activación e inactivación del campo-de-Ideidad.

Este campo-de-Ideidad (o "Huevo Aurico") es el espacio limitado, y aparentemente ovoide, dentro del cual ha de desarrollarse la relación de Alma-a-persona. La relación opera sobre una base activa mientras vive la persona, dejando las excepciones a un lado. Cuando el hombre o la mujer mueren, el campo-de-Ideidad deviene inactivo; entra en una condición de obscurecimiento o latencia. Cuando es concebido o nace un nuevo ser humano con quien el Alma entra en relación, el campo es reactivado. Pero la persona que previamente había muerto y la nueva, no son la misma persona. El campo-de-Ideidad (y por consiguiente la mónada) es el mismo, el campo-Anímico es también el mismo; pero un nuevo organismo humano es atraído hacia el campo-de-Ideidad, y el entorno socio-cultural del nuevo bebé difiere en la mayoría de los casos de aquél en el que nació la primera persona.

Tenemos por tanto que considerar una sucesión de personas humanas, cada una completamente nueva, que constituyen el polo *negativo* y siempre renovado del campo-de-Ideidad, del que el campo-Anímico es el polo *positivo* permanente. Las personas individuales, nacidas en intervalos más o menos largos, se *suceden* la una a la otra asu-

miendo el polo negativo de la relación Alma-a-persona. Durante el período que media entre la muerte de una de estas personas y el nacimiento de su “sucesora”, el campo-de-Ideidad permanece, como arriba afirmamos, inactivo.

Cuando este campo es inactivo la mónada, que simplemente representaba el enfoque del Principio universal UNO sobre dicho campo, se halla también en un estado de relativa latencia; un estado descrito de modo confuso y diverso de acuerdo a la Escuela metafísica que hable de ello. Es evidentemente un estado “subjetivo”. En ese estado, o más probablemente en esa serie de estados, la mónada presumiblemente gravitará hacia el polo positivo del campo-de-Ideidad. Este polo positivo es el campo-Anímico; y en ese campo se recolecta la “cosecha espiritual” de las experiencias de la persona individual en desintegración. Esta cosecha es un factor “ideístico”, el producto simiente de las actividades de la mente individualizada durante el recién terminado lapso de vida de la persona.

El campo-de-Ideidad es de la naturaleza de la mente; pero tal como se utiliza aquí, la palabra mente no se refiere al intelecto cogitador, argumentador, dicotomizador y clasificador. Es la mente como poder creativo de la conciencia; mente como el “material” del que está compuesto el campo-de-Ideidad, mente como el resultado de la interacción entre el campo-Anímico y el organismo humano biopsíquico mientras el último estuvo vivo.

Muchos estudiantes de “metafísica” americana moderna, así como teósofos, kabalistas y semejantes, enseñan que en la persona individual existen dos niveles; hablan por tanto de una “mente superior” y de una “mente inferior”. La última todavía es estrechamente afectada por las compulsivas energías e instintos del nivel de la Vida; se refiere también al tipo de actividades mentales sobre las que rige el ego. La “mente superior”, por otra parte, es la mente que está abier-

ta a todo lo que le llega desde el campo-Anímico. Es la mente verdaderamente intuitiva capaz de resonar a los grandes ritmos de la evolución humano-total y planetaria. Puede asimismo devenir infundida con “conciencia eónica”, así como con órdenes e Imágenes emanantes del campo-Anímico con el que está definidamente conectada dentro del campo-de-Ideidad. Y cuando el “Matrimonio Divino” ocurre, que es la culminación espiritual de la relación Alma-a-persona, esta mente superior alcanza el estado de la mente del Pleroma, enfocando un tipo eónico de conciencia plenamente desarrollado.

Cuando este Matrimonio Divino ocurre, el campo-Anímico y el campo-de-existencia humano devienen uno; y también uno con el campo-de-Ideidad. El individuo humano alcanza un estado de *inmortalidad personal*, que es “personal” sólo en el sentido de que la personalidad es entonces absorbida en el campo-Anímico, reteniendo al mismo tiempo su identidad estructural, su forma. Esto es posible porque esta forma ha devenido la semejanza de la Imagen-Anímica. Lo que una vez fuera un organismo bio-psíquico de poder-Vital, es ahora un “organismo de mente-poder”: el Cuerpo de Diamante de la tradición asiática, el “Cuerpo de Resurrección de Cristo”. En él, la presencia de UNO refulge en una condición de perfecta conciencia Plerómica. Esta es la meta de la evolución humana; y, si el término “Hombre” se utiliza en su sentido más cósmico, la meta de todos los procesos evolutivos.

La creencia en la reencarnación no suele considerar el complejo proceso discutido en las páginas precedentes. Se basa en el innato deseo de la mayoría de los seres humanos, de escapar a lo que parece ser un inevitable proceso de desintegración en y tras la muerte. Puede ser apoyada por lo que se suelen llamar recuerdos de vidas pasadas; y en los últimos tiempos se han utilizado ampliamente diversos procedimientos (que comprenden más o menos la sugestión

hipnótica), alegando conducir a la regresión a vidas pasadas.

En la mayoría de las discusiones concernientes a la reencarnación y las vidas pasadas, casi nunca se plantea la cuestión de lo que se quiere dar a entender por el "yo" que ha vivido anteriormente, y que se supone que recuerda. Se da por hecho que hay un "yo" (una entidad espiritual suprafísica) que encarna en diversos cuerpos. Esta "entidad", como Edgar Cayce la denominaba, se dice incluso que selecciona a sus padres así como las circunstancias de la vida en las que nacerá. Si tal entidad existiera, sería, en el cuadro mundial que he bosquejado, la mónada; pero cuando la mayoría de las personas dicen "yo", en realidad se refieren sólo al ego que se formó gradualmente a partir de los contactos entre un organismo humano, operante al nivel de la Vida, y su entorno familiar y socio-cultural. No conocen otra cosa que no sea este ego, y el nombre dado a él por su padres. Ego y nombre definen lo que tantos psicólogos modernos desgraciadamente llaman el uno mismo, refiriéndose realmente a la persona-en-su-conjunto. Es este "uno mismo", y todas sus idiosincrasias, lo que la mayoría de los hombres de hoy en día quisieran ver perpetuado. Tratan de conseguir esto físicamente en los organismos de sus hijos, o en algún tipo de obra que les traiga algún tipo de inmortalidad social; pero esto no funciona demasiado bien en la mayoría de los casos, así que anhelan una clase más personal de permanencia. Y el movimiento moderno de espiritismo que comenzó en los años cuarenta del siglo pasado, les proporciona pruebas, algo vagas pero a veces aparentemente consoladoras, de tal permanencia de la personalidad después de la muerte. Pero, ¿son tales "pruebas" válidas y convincentes? Y si se registran recuerdos de vidas pasadas en la conciencia de la persona ahora viva, ¿son verdaderamente recuerdos (excepto en casos algo especiales e indebidamente publicados, especialmente los de niños que recuerdan sucesos de la vida de otro niño que muriera a muy temprana edad)?

No quiero decir que sucesos de vidas humanas pasadas no puedan de algún modo registrarse en la conciencia de personas ahora vivas, bajo ciertas circunstancias críticas, y quizá particularmente bajo estados cuasi-hipnóticos, que alejan temporalmente a la mente-del-ego y sus estructuras de conciencia más o menos rígidas. El problema real es si tal registro de hechos, escenas y entornos pasados ha de considerarse como el “recuerdo”, por parte de una entidad ahora viva, de lo que tuvo lugar en una existencia previa de esta misma entidad. ¿Es realmente la misma entidad? ¿No será que suponemos que es “la misma” porque nuestra filosofía de la vida, o nuestro profundo deseo inconsciente, *quiere* que sea la misma?

El campo-de-Ideidad, o Huevo Aurico, muy verosímelmente registrará eventos y respuestas que afectan a la relación entre el campo-Anímico y la persona humana viviente; son estos registros del campo-de-Ideidad los que pueden ser activados para impresionar la conciencia del nuevo ser humano. Pero el hecho de que este nuevo ser humano sea capaz en algunas circunstancias, o estados especiales de conciencia, de ser *impresionado* por estos registros, *no* significa que los eventos registrados le sucedieran a “él”. Pueden haberle sucedido a una persona que, siglos o años antes, ocupaba el lugar que ahora ocupa él en este campo-de-Ideidad, y que por consiguiente debería ser considerado como su predecesor.

Si hablamos de una mónada que es el poder integrador del campo-de-Ideidad, los eventos de la vida registrados no le sucedieron a esta mónada; le sucedieron a la persona viva que constituía sólo un polo del campo. Podríamos decir, desde luego, que la mónada se hallaba de algún modo “envuelta” en estos eventos; sin embargo, realmente le sucedieron a la persona viva, no a la mónada como tal. Preferiría concebir estos eventos como registrados en el campo-de-Ideidad por su importancia para *la relación* entre el Alma y

el ser humano, y que posteriormente son reanimados en momentos significativos en la vida del *nuevo* individuo, a fin de avisarle o ampliar su conciencia del proceso de existencia. A través de tales experiencias con el pasado reanimado, una persona puede ser conducida a desarrollar al menos la primera etapa de “conciencia eónica”, un tipo de conciencia no limitado por las fronteras egoicas de su presente campo-de-existencia, sino capaz de sentir, o percibir intuitivamente, las mareas cíclicas del proceso de individualización.

El proceso es como el de las mareas, pues incluye períodos de activación y períodos de inactivación o latencia del campo-de-Ideidad. Cada ascenso de marea toma por un tiempo la forma de una mónada individual, un “yo soy” que trasciende el sentido del ego y deviene enfocado en el centro Cardíaco del existente. Cada marea en recesión disipa este sentimiento de individualidad-en-existencia; pero la cosecha simiente del ciclo existencial es no obstante recolectada dentro del campo-Anímico (el Buddhi de los primeros escritos teosóficos, una suerte de granero del Alma). No sólo es recolectada, sino que es asimilada. Ayuda al Alma en sus etapas finales de individualización y enfoque agudo. Se construyen facultades en el campo-Anímico que requieren que un nuevo y superior tipo de organismo humano sea atraído al campo-de-Ideidad cuando el tiempo para la reactivación llegue.

La humanidad en su conjunto, y en verdad todo el campo-Vital de la Tierra, se esfuerza por responder a dicha “llamada” del campo-Anímico, de modo que la substancia viviente misma del planeta pueda evolucionar y sensibilizarse más todavía en un esfuerzo simétrico. Este esfuerzo es simétrico al “descenso” involutivo de la Imagen-Anímica que, conforme se acerca más al nivel-de-la-Tierra humano, deviene más diferenciada y aguda en sus contornos. Hemos de considerar en la existencia un doble movimiento: de ascenso y de descenso; sin embargo, no se trata sino de un solo

proceso. Sentir este proceso, lenta y rítmicamente desenvolviéndose en armonía esencial a pesar de todos los fracasos temporales, es desarrollar conciencia eónica. Pero dicha conciencia no tiene necesidad de entidadizar o personalizar cada fase del proceso. Gradualmente está deviniendo *una con* el proceso, una con el Eón. Existe en la presencia constante de UNO.

El campo-de-Ideidad (la mónada, en cierto sentido) atrae hacia sí un organismo humano a punto de nacer capaz de resonar a las vibraciones del campo-Anímico, de tal modo que pueda cumplirse lo mejor posible la siguiente etapa del proceso de diferenciación y focalización de la Imagen-Anímica. No es realmente cuestión de “seleccionar” a los padres y un entorno particular, excepto quizá en las etapas más avanzadas del proceso de individualización. Es mucho más una cuestión de “karma”, esto es, de tener que ocuparse en cierto momento, primero de la evolución de la humanidad y de un grupo racial y cultural particulares, y luego de una fase particular del proceso de individualización de una Imagen-Anímica particular, una “Letra” de la Palabra Creativa. Dicha fase está condicionando el estado del campo-de-Ideidad al que será atraído el nuevo organismo humano.

Conforme es atraído hacia dicho campo, el organismo humano se descubre (sin saberlo en casi todos los casos) como el “sucesor” de la persona que previamente ocupó el polo negativo de la relación operante dentro de ese campo. Es decir, el desarrollo del nuevo ser humano es estructurado tanto por el hecho de ocurrir dentro de un particular campo-de-Ideidad dinámico, como por ocurrir dentro de un cierto entorno familiar y social. No obstante, el nuevo organismo humano es primero de todo “humano”. Es una expresión de tendencias en el campo-Vital de la humanidad. Sólo posteriormente en su desarrollo devendrá individualizada la entidad humana. Desde luego, ya está potencialmente individualizada en virtud de su presencia dentro de un campo-de-

Ideidad; y cuanto más preparado esté el campo-Anímico para el Matrimonio Divino, más cercana estará, de su individualización real, esta potencialidad de individualización.

El niño pequeño puede parecer ser ya un individuo; pero esta apariencia meramente revela la influencia del campo-de-ideidad que pasivamente refleja en pura "inocencia". El reflejo puede desvanecerse (y suele hacerlo) cuando, hacia la pubertad, las energías específicas de la Vida afirman a la fuerza su poder, o incluso antes de la pubertad bajo las presiones psicológicas de la escuela y los camaradas. Similarmenete, incluso al comienzo mismo de su existencia, una discordante situación familiar puede incitar al ego naciente a devenir una fuerza positiva, agresiva o neurótica, a fin de ocultar el trauma de la disparidad entre la situación interior (la condición del campo-de-Ideidad) y el entorno familiar exterior.

El desarrollo de una persona humana es en verdad una cuestión compleja. Ya es compleja al nivel al que opera el psicólogo ordinario, cuando trata en el niño la transición desde un estado de sometimiento instintivo a las energías vitales, hasta un estado de individualización más o menos efectiva en términos de desarrollo del ego. Pero muchas cosas no pueden ser explicadas o comprendidas en su verdadero significado básico, si no se considera otra dimensión de existencia.

Podría decirse que el reino de la vida es tri-dimensional; y que cualquier estado organizado de Sociedad es tetradi-dimensional, pues incluye compartir experiencias, preocupaciones e ideales con muchos otros seres humanos. Incluye asimismo la capacidad de "ligar el tiempo" , por utilizar la bien conocida frase de Korzybski en su temprano libro LA MADUREZ DE LA HUMANIDAD. El reino vegetal exhibe la capacidad de "ligar la química", al transmutar la energía solar en alimento potencial para otras vidas; y el reino

animal exhibe la capacidad de “ligar el espacio”, al llevar al cuadro evolutivo el factor de desplazamiento en el espacio, de migración, de vagabundeo en busca de su comida y su bebida, de aventura. El hombre “liga tiempo”, pues es capaz de transferir la cosecha de sus experiencias a futuras generaciones por medio de símbolos y palabras, y en términos de valores. Y ésta es una “cuarta dimensión” de existencia.

Existe, como ya se sugirió, otro tipo más de “ligamento”, y podríamos hablar de él como de una quinta dimensión de actividad y conciencia. Se refiere al poder de “ligar personalidad” propio del campo-Anímico. El Alma permanente es, como vimos, el polo positivo del campo-de-Ideidad, mientras que una sucesión de numerosas personas humanas ocupa el polo negativo. El Alma “liga” la cosecha espiritual de todas estas personalidades, de modo parecido a como una civilización o cultura humana recolecta el conocimiento de generaciones pasadas de hombres en vastas Bibliotecas y Enciclopedias. Como resultado, el campo-Anímico gradualmente se va llenando con la quintaesencia de una inmensa variedad de experiencias humanas; y es asimilando e integrando estos productos cosechados de vidas individuales en la biosfera de la Tierra, que el campo-Anímico deviene gradualmente cada vez más diferenciado e individualizado; es decir, la Imagen-Anímica, que al principio era esencialmente sólo una “cualidad” general (digamos, un aspecto, definido en modo amplio, de AMOR o INTELIGENCIA o CREATIVIDAD), diferencia esta “cualidad” hasta devenir definido de modo preciso de tal modo que un solo ser humano *pueda* responder a ella totalmente. Conforme esto tiene lugar, el Matrimonio Divino deviene posible. Filosóficamente hablando, el Matrimonio Divino constituye la total y perfecta actualización de esta cualidad-Anímica definida con precisión, en la substancia misma de los materiales vivientes de la Tierra integrados en un campo-de-existencia humano.

En el principio de la evolución del universo esta cualidad-Anímica o Imagen-Anímica era inherente a la Palabra Creativa o Logos. Era, simbólicamente, una Letra de esta Palabra cosmo-engendradora. Pero, habiendo sido “visionada” por el Pleroma del universo pasado, era sólo una cualidad de existencia definida de modo sumamente amplio y universal. Tenía que pasar a través de una larga serie de etapas cósmicas y planetarias a fin de adquirir definición, y la capacidad de enfocar su carácter preciso sobre un solo organismo humano, lo bastante sensible como para actuar y pensar como un individuo.

Incluso en esta etapa de su relación uno-a-uno con un hombre individual, el Alma no debería ser considerada como “una entidad”. Es más bien una cualidad de poder-ser. Es un “ideal” al que la “realidad” del individuo humano es llamada a sintonizarse. Desgraciadamente, la mayoría de las religiones han dado al reino de las Imágenes-Anímicas atributos que lo hacen aparecer como un mundo separado de “ser”, esencialmente distinto del reino del “devenir” (esto es, el de la existencia actual). Somos *nosotros*, los seres humanos, quienes damos al Alma (y a aquello que personalizamos como dioses) este carácter de “ser”. Personalizamos las cualidades-Anímicas, casi dándoles rasgos humanos. Deberíamos reconocer que un ideal no es un hecho “real” de la existencia; es la potencialidad de una multitud de desarrollos existenciales reales.

Esta potencialidad es, no obstante, afectada por los esfuerzos humanos por actualizarla existencialmente. La realidad no reacciona sobre el ideal, o al menos sobre la posibilidad de la futura substanciación de este ideal como una manifestación perfecta del intento creativo del antiguo Pleroma. Por esta razón, la relación entre el campo-Anímico y la persona individualizada es hasta cierto punto una relación en dos direcciones. Ambos polos interaccionan; y su interacción determina lo que le sucede al campo-de-

Ideidad. En casos extremos, este campo puede partirse completamente, y como resultado el individuo se vuelve verdaderamente "sin alma". Finalmente se desintegra del todo. Pero el karma de dicho fracaso, que puede ser *interpretado* como el fracaso de una mónada particular, permanece. Habrá de ser encarado en un nuevo universo; pero no hay porqué creer que será *la misma* mónada, despertada de nuevo de un estado latente dentro del Potencial Infinito, la que habrá de encararlo. Tal creencia es sin duda de valor en cierta etapa de la evolución humana. No obstante, un número creciente de seres humanos debería estar ahora alcanzando un estado de conciencia más allá de esa etapa.

Puede merecer la pena, para concluir esta discusión sobre el carácter de la relación entre el Alma y la persona humana, dibujar una Imagen-Anímica como una especie de "Oficina", una "Oficina" asumida sucesivamente por una serie de personas individuales. El que detenta la Oficina puede añadirle lustre y prestigio, o desacreditarla y desgraciarla. La Oficina no "existe" sin un oficiante que la dé realidad existencial; sin embargo, en cierto sentido "está ahí" como un ideal o estructura mental, y permanece independientemente de la persona que la ocupe y que defina por su comportamiento su significado.

Consideremos la Oficina del Presidente de los Estados Unidos, esto es, la Presidencia. Una persona tras otra, busca esta Oficina, es elegida para ella, y la asume. Deviene Presidente; lo que quiere decir que se establece una relación uno-a-uno entre la Presidencia y un ser humano, el Presidente. La Presidencia es un "ideal". Idealmente, esto es, legal y constitucionalmente, tiene ciertas funciones que han de ser llevadas a cabo por un hombre particular, a quien se da el poder de descargarlas. Puede hacerlo bien, de modo indiferente, o mal. Esto afectará en cierta medida el poder y prestigio de la Presidencia como una Oficina, quizá no crucialmente, sin embargo, y cuando el término presidencial

haya acabado otro hombre asumirá la Oficina. Como sucesor del Presidente mencionado en primer lugar, el nuevo hombre puede heredar una pesada carga de problemas sin solucionar, de asuntos sin finalizar, es decir, de karma. Pero puede actuar brillantemente, y quizá restaurar el prestigio, temporalmente empañado, de la Presidencia.

Ahora bien, si decimos que un Alma “encarna” en un cuerpo humano, ¿podemos también decir, en los términos de nuestra ilustración, que la Presidencia encarna en Mr. Hoover, posteriormente en Mr. Roosevelt, luego en Truman, Eisenhower, etc.? Esto no daría un cuadro revelador de la situación. Menos significativo todavía sería decir que Hoover reencarnó en Roosevelt, Roosevelt en Truman, etc.; este tipo de reencarnación sólo se aplica a la creencia tibetana de que el Dalai Lama reencarna realmente en el siguiente niño al que le será dada la Oficina tras unos pocos años de preparación. Cada Presidente de los E.E.U.U. es el “sucesor” del anterior, y el “predecesor” de quien le seguirá en la Casa Blanca.

En esta ilustración la Casa Blanca simboliza en cierto sentido el campo-de-Ideidad dentro del cual operan la Oficina y el ocupante de la Oficina. El Presidente “elige” su Administración; de acuerdo con esta elección y sus acciones al enfrentarse a las crisis, la particular relación entre la Oficina y su ocupante será un éxito o un fracaso, o un medio camino entre el éxito y el fracaso, como suele ser el caso bajo las circunstancias del presente día. La Administración de cada Presidente tendrá que soportar el karma de la precedente.

¿Podemos, pues, decir que la Presidencia “escoge” un Presidente? Suena algo absurdo decirlo, y sin embargo en un sentido sutil esto es verdad. La Oficina, en un momento particular de la historia, tiende a requerir un cierto tipo de Oficiante. Los requerimientos para la Presidencia de los

E.E.U.U. no son hoy en día los mismos que en los días del Presidente Jackson. La Oficina de la Sede Ejecutiva de una gran compañía de negocios, como General Motors, demanda cualidades intelectuales, sociales y personales muy diferentes de las que se necesitan para la presidencia de una firma local pequeña. En este sentido, la Oficina escoge al menos *el tipo de persona* que conseguirá obtener el trabajo, y ejecutarlo satisfactoriamente, sea directamente o a través de su Administración y la burocracia. Se ha señalado a menudo cuánto cambia un hombre individual una vez que asume la responsabilidad de la Presidencia (y a menudo cualquier oficio que le traiga poder social).

Tal tipo de ilustración no debería, obviamente, ser tomada de modo literal, pero puede mostrar más claramente lo que he querido dar a entender todo el tiempo por Imagen-Anímica y Campo-Anímico. De un modo a menudo extraño, la organización de la sociedad y los factores sociales que se derivan de ella, pueden ilustrar de modo efectivo el tipo de relaciones que operan a un nivel cósmico. Esto puede ser así porque damos un carácter "sociomórfico" a los patrones cósmicos de organización, igual que la mayoría de la gente da hoy en día un carácter "antropomórfico" a su concepción de Dios y del Alma; pero si esto es así, implica que el hombre ha alcanzado una etapa de conciencia en la que los problemas sociales y culturales necesitan principios de organización más amplios y más cósmicos.

El concepto mismo de la venida de una Nueva Era implica tal necesidad, pues parece bastante obvio que el hecho principal que caracterizará a la Nueva Era es la planetarización de la sociedad humana, lo que, si se prosigue de modo efectivo, requerirá la planetarización de la conciencia humana y el surgimiento de un nuevo tipo de ser humano. El hombre global, hombre en la plena actualización del potencial inherente a la Imagen arquetípica del Hombre, es el Hombre de Plenitud, de quien he hablado durante nume-

rosos años, y a quien se han referido un número de pensadores progresivos en diferentes términos, recalcando cada hecho un particular aspecto ideal de la realidad futura.

Conforme encaramos la posibilidad de la emergencia de dicho nuevo tipo de ser humano, deberíamos caer en la cuenta de lo valioso que es en verdad el concepto de campos aquí desarrollado. Es un concepto profundamente necesitado, pues cuanto más pensamos en entidades individuales, en mónadas y semejantes, más difícil resulta integrar estas entidades individuales en una Totalidad omniabarcante: el Hombre, o la Tierra-en-su-conjunto. Hemos estado viviendo en un período de intenso y agudo individualismo; y ha de ocurrir un cambio si es que el proceso de planetarización ha de tener lugar de una manera armoniosa, y no de un modo totalitario y anarquista, siendo el totalitarismo y la anarquía ambas caras de la misma moneda.

El cambio desde el concepto de entidades rigidamente definidas y más o menos estáticas, al de campos de energía, haría muchísimo más sencilla la integración de la humanidad, así como del conocimiento. Un campo puede ser visto más prontamente como una zona limitada de operación dentro de un campo más vasto, de lo que puede comprenderse que una persona individual constituya una sola unidad dentro de una Entidad mayor social y planetaria. La conciencia del Hombre está entrando en el reino de las fuerzas y de los campos-de-fuerzas. Este reino solía ser conocido (y temido) como el del ocultismo. Hemos alcanzado ahora un punto de la evolución en el que es posible un "desocultamiento" de lo oculto; más aún, resulta inevitable, al menos en un sentido relativo.

Es bastante evidente que este paso puede ser peligroso. Tenemos una evidencia simbólica de esto en las posibilidades inherentes a los procesos de fisión y fusión nuclear... y en la bomba atómica. Sin embargo, el peligro real no reside

en dar el nuevo paso, sino más bien en hacerlo en los términos de los viejos conceptos del hombre sobre el significado de la existencia: existencia como un individuo aislado y competitivo, motivado todavía por los instintos compulsivos del campo-Vital, a los que hay que añadir el sentido del temor y de alienación inherentes a la egocentricidad. Algo crucialmente necesitado hoy en día es un nuevo concepto de lo que el individualismo (y al nivel social la democracia) debería significar en el mundo global del mañana, un nuevo enfoque del conocimiento, un nuevo sentido de los valores, una nueva ética para superar el aún persistente puritanismo del pasado y su aspecto negativo, la reciente reacción antipuritana. La humanidad necesita nuevos símbolos, nuevos ideales, una nueva visión y un nuevo tipo de hombre, para substanciar y hacer real esta nueva visión.

Este nuevo tipo de hombre está viniendo. Está empezando a aparecer aquí y allá, por todas partes, en extrañas formas y a menudo en lugares inverosímiles. Lo no familiar les parece extraño e incluso repugnante a las escleróticas mentes de los hombres derrotistas y acobardados por el temor. Hemos de tener fé en el mañana, y más todavía en pasado mañana. Debemos tener fé en el Hombre, y poner en acción esta fé.

Tercera parte

**En el modo
socio-cultural**

Capítulo VIII: Conocimiento a través de la sintonización cósmica

El problema del conocimiento; El conocimiento sruti basado en la revelación - El conocimiento smittri derivado de los sentidos y el intelecto; Conocimiento existencial y conocimiento estructural -a diferentes formas; Necesidad de incluir ambos en la experiencia humana; Una Revelación Divina original y su impronta en la memoria colectiva de la humanidad; La interpretación de Carl Jung; El poder de los Arquetipos a los que se enfrenta el ego; La integración centripeta y el verdadero significado de síntesis; El Poder estructurador del Eón, y cómo opera a través de los individuos; Relaciones horizontales y verticales tal como aparecen en la visión mundial ciclocósmica; ¿Qué es lo primario, el individuo o la sociedad?; El carácter doble del hombre y el proceso de educación; La experiencia objetiva de la Tierra por parte del hombre, desde el “espacio”, cambia su relación con la totalidad planetaria; Las tres etapas evolutivas del conocimiento humano: tesis, antítesis (etapa del ego) y síntesis; La conciencia eónica, basada en la resonancia de totalidades menores a la totalidad mayor que las contiene; La conciencia holística, la clarividencia, y el problema de la comunicación; El hombre en relación a la Tierra considerada como una totalidad organizada de existencia; Conocimiento estructural y profecías; Las estadísticas en la Biblia; Determinismo estadístico y libertad existencial; Dificultad de pasar de una escala de tiempo a otra; El cuadro ciclocósmico como entramado para la síntesis - Unidad en la diversidad; Validez frente a verdad: el peligro del conocimiento prematuro; Inmediatez del sentimiento en la experiencia frente a conocimiento del proceso estructurado - Ver los acontecimientos como fases de procesos cíclicos, transforma su impacto y significado; La asimilación consciente de las experiencias místicas; La sintonización como clave del conocimiento básico.

Capítulo IX: Valores y símbolos

La estructuración de la conciencia individual por medio de imágenes colectivas - Los símbolos como respuesta a necesidades existenciales; El símbolo de Buddha y el Crucifijo; Los símbolos como abstracciones de experiencias humanas; Símbolos como hechos; Símbolos como factores estructurales, y su aspecto existencial; El poder de los símbolos en momentos críticos de la historia; La ecuación de Einstein como un símbolo de transformación; La relatividad de la verdad; Experiencias subjetivas que liberan nuevo potencial humano; La dicotomía “verdadero-falso”; El ciclo como marco de referencia para todos los valores; La verdad, como relativa a cada fase evolutiva del desarrollo humano; El problema del libre albedrío frente al determinismo; La proyección simbólica de la relación hombre-Dios; La función del “diálogo” con un Dios personal; Los símbolos del individuo y el ciudadano “libre e igual”; Y la necesidad de que éstos operen dentro de un símbolo más incluyente tal como el Hombre, la Humanidad, el Globo; Transfiguración del ideal tribal y la Imagen del Dios personal en la Francmasonería; Cultura y Arte; Arte en un sentido cultural-existencial y en un sentido planetario; El Arte para el bien del hombre; Desculturalización y guerra de símbolos; La función planetaria de la humanidad.

Capítulo X: La ética de la totalidad y la sociedad planetaria

La nueva base para el juicio ético en la fase de síntesis de nuestra evolución; Definición de ritual; Comparación de instinto e inteligencia; Los rituales como instintos sociales, y “corrección” moral; Entrenamiento y ejecución correcta, en la magia y en la ciencia; Moralidad en términos de relación humana; La religión como fuerza de unión; El reforzamiento de la moralidad en una sociedad de egos; La Regla de Oro - Nuestra Sociedad como etapa de transición en el desarrollo humano; La ambigüedad en el concepto de libertad de elección y responsabilidad moral; La dicotomía individual-colectivo; La evolución de la moralidad; La experiencia Mosáica y su sombra; La presente crisis de la moralidad - El dharma ideal; La necesidad de una nueva cualidad de relación; El Hombre en la “Edad de Plenitud” abierto a la Presencia de una “Totalidad mayor”; La revuelta de los jóvenes; Las nuevas comunas y las condiciones para su supervivencia; La nueva moralidad; La aceptación de fuerzas catabólicas y el mal; Estar abiertos, pero no temerosos; La comuna de la Nueva Era y el “Amor” ideal; La futura sociedad multi-nivel; Más allá de la democracia cuantitativa; El experimento de Auroville.

Capítulo ocho

Conocimiento a través de la sintonización cósmica

El problema del conocimiento ha ocupado la atención de las mentes más inquisitivas y críticas en todas las culturas altamente desarrolladas. ¿Cómo es el hombre consciente de la existencia, consciente de que existe, y consciente de lo que ocurre en su entorno? ¿Sobre qué cimientos se basa el conocimiento? ¿Existen varios modos de cognición esencialmente diferentes y, como resultado, varios tipos de conocimiento básicamente diferentes? Y, si esta última pregunta es respondida afirmativamente, ¿podría ser que la humanidad estuviera en el proceso de desarrollar colectivamente un nuevo modo de conocer lo que ahora *necesita* a fin de asegurar su supervivencia y, por encima de la mera supervivencia, un pleno desarrollo de las potencialidades humanas (las cuales, ciertamente, todavía están sólo parcialmente actualizadas)? Este nuevo modo de conocer puede en verdad no ser nuevo en absoluto, pues algún que otro individuo puede haberlo experimentado ya. Pero cuando trataban de interpretar y explicar el proceso mental real que producía este tipo especial de conocimiento, quizá estos individuos (que podrían ser considerados como mutantes) hubieron de utilizar conceptos y palabras fuertemente cargadas de fascinación emocional y de sesgos egocéntricos o geocéntricos; conceptos y palabras que devenían inadecuados por el hecho de emanar de un tipo de cultura y de imaginaria mental formadas por condiciones *locales*, geográficas y raciales.

No es aquí mi intención edificar una nueva teoría del conocimiento y presentar argumentos sutiles o epistemológicos para su validez. Todo lo que se pretende es afirmar el problema del conocimiento en términos de un enfoque holístico de la existencia y de la relación del hombre con el universo, y sugerir cómo, si se sigue este enfoque, algunos de los viejos conceptos pueden ser formulados de nuevo e integrados en el cuadro mundial ciclocósmico que mejor parece satisfacer las necesidades de la humanidad en el umbral de una nueva Era planetaria.

REVELACION FRENTE A CONOCIMIENTO BASADO EN LA SENSACION

La idea de que existen dos modos de conocer y dos tipos de conocimiento esencialmente diferentes, era esencial en las filosofías de la antigua India; y utilizo el término filosofía en plural, como hizo Heinrich Zimmer, para recalcar el hecho de que hubieron y todavía hay en la India “Escuelas de Filosofía” completamente diferentes, y no un único tipo como mucha gente parece creer. De acuerdo con los Vedas y los sistemas de pensamiento derivados de estos antiguos textos, el hombre tiene disponible un tipo de conocimiento caracterizado por el término *shruti*, esto es, conocimiento basado en la “revelación”. El otro tipo, *smriti*, se refiere al conocimiento que resulta de la progresiva acumulación de información reunida por sucesivas generaciones de hombres, (información derivada de la observación sensorial), y de la generalización a través de suposiciones intelectuales y la edificación de teorías abstractas.

El tipo *smriti* de conocimiento, por tanto, no sólo se basa en el testimonio de los sentidos del hombre y en los datos suministrados por instrumentos que extienden el alcance de nuestras percepciones sensoriales, sino que se halla condicionado por una tradición cultural, una mentalidad

colectiva y un lenguaje particular. Representa lo que la mayoría de la gente entiende hoy en día como conocimiento. Es el conocimiento que la ciencia moderna parece tener disponible. Sin embargo, la mayoría de la gente no cae en la cuenta de lo que realmente implica nuestro conocimiento por los sentidos y especialmente en la ciencia moderna; trataré, pues, de elucidar lo que este modo de conocer infiere.

En cuanto al tipo *shruti* de conocimiento, ha sido presentado en la mayoría de los casos como una revelación concedida al hombre por Dios, o por agencias divinas o semi-divinas mediadoras entre Dios y el hombre. El problema, sin embargo, en tales casos de revelación, es saber qué se quiere decir con "Dios" e "intermediarios cuasi-divinos", y si el ser humano aparentemente escogido como beneficiario de tal revelación es un agente transmisor efectivo y digno de confianza. Más aún, debemos considerar si lo que recibe de una Fuente divina puede ser formulado en palabras e imágenes o conceptos entendibles por los hombres de la cultura y sociedad particulares para cuyo beneficio es aparentemente concedida la revelación.

Trataremos separadamente estas dos formas de conocimiento, pero en primer lugar subrayemos el hecho de que los hombres que creen en la exclusiva validez de los sistemas de conceptos basados en la sensación, e intelectual o racionalmente diseñados, rehusan considerar como forma válida de conocimiento cualquier tipo de supuesta revelación divina. Por otra parte, para el devoto religioso o el vidente espiritual de antaño, el conocimiento basado en los sentidos es realmente una forma de ignorancia (según utilizan el término filósofos hindúes tales como Sri Aurobindo). Puede ser de valor en la vida diaria, pero desde el punto de vista espiritual esta vida diaria es ella misma una ilusión, y los testimonios de los sentidos son en última instancia engañosos, pues se refieren a un mundo de irrealidad (concepto hindú), o a un mundo de oscuridad y pecado (en-

foque cristiano), del que el Alma del hombre debería divorciarse lo antes posible; un proceso de divorcio hecho posible por el conocimiento supra-sensual obtenido a través de la revelación divina.

Siendo esto así, ¿hemos de inferir que estas dos actitudes opuestas hacia el conocimiento se refieren a irreconciliables niveles de conciencia humana o status evolutivo, o es posible entender que pueden reconciliarse y que en verdad son complementarias?

La respuesta a estas preguntas puede encontrarse en el hecho, afirmado al principio de este libro, de que el hombre se percata de la existencia de dos modos diferentes. Por una parte experimenta el flujo continuo de la actividad existencial como si fuera una secuencia tumultuosa y al azar de sucesos sin relación entre sí, que pasan a través de y alrededor suyo, dejando una serie de impresiones o traumas confusionantes o anonadantes en todo su organismo y en sus sentidos. Es abofeteado por las olas y remolinos de la vida cuyo carácter esencial es el de implicar una multitud de relaciones siempre cambiantes entre entidades existentes. Por otro lado, el hombre puede percatarse, sea *a través* o *más allá* de este tumulto existencial, de patrones de orden y periodicidad, de procesos rítmicos y recurrencias cíclicas, y por tanto de un *orden* esencial.

Este carácter doble de la percepción básica que el hombre tiene de la existencia, se halla en la raíz misma de ambos enfoques del conocimiento, incluso a los niveles más cultos y sofisticados. Básicamente, se puede pues hablar de un conocimiento existencial y de un tipo estructural de conocimiento. El conocimiento *existencial* se refiere a la percepción directa e inmediata del pasar de los acontecimientos, tanto internos y organísmicos como externos y ambientales. El conocimiento *estructural* deriva de la creciente toma de conciencia por parte del hombre del orden inherente a todos

los procesos de existencia, y de su intento por aprender el modo de operación de este principio de orden. Lo que complica la situación es que tanto el enfoque existencial como el enfoque estructural pueden ser y han sido interpretados de diferentes maneras, de acuerdo con el temperamento básico del hombre, y el carácter de su cultura particular.

El conocimiento existencial, en su forma más desarrollada, se ocupa de las siempre cambiantes relaciones entre existentes, y de las actividades de estos existentes dentro de un entorno particular y de una disposición social particular. Si se siente que estas relaciones son negativas, frustrantes u opresivas, y particularmente si su secuencia o sus implicaciones parecen carecer de sentido, ser completamente caóticas y ciertamente absurdas, el conocimiento existencial puede verse penetrado de un sentimiento de ansiedad, temor y derrotismo. Puede ciertamente adoptar un carácter muy pesimista, tanto más cuanto más recalcada haya sido la creencia en el orden universal y el propósito divino en el pasado de la cultura y de la persona individual. Por otra parte, el conocimiento existencial, incluso sin ninguna referencia postulada a un orden divino o cósmico, puede ser coloreado y glorificado por una total aceptación de la existencia *per se*, y una identificación consciente y serena con el flujo continuo de los sucesos. El hombre se siente entonces contento con mantener su mente abierta al ritmo de la vida y del universo, recoger cualquier información que relaciones causales puedan traerle, y quizá transfigurar sus percepciones sensoriales y sentimientos internos por el uso de su sentido poético y su capacidad de descubrir el significado simbólico en todo lo que llama su atención.

El conocimiento estructural puede también asumir diferentes formas y dar cuerpo a enfoques temperamentales de vida y conciencia aparentemente diferentes. En su aspecto más tradicional, se interpreta como Revelación divina; es

entonces conocimiento dotado de una certeza absoluta y dado a seres humanos consagrados, sea por Dios o por Instructores más o menos divinos o sobrehumanos. Para algunas culturas, la revelación ocurrió como un evento único, que tuvo lugar al comienzo de la evolución humana sobre esta Tierra, o con la aparición de un "solo y único" Hijo de Dios, el Cristo. En el último caso, la revelación se considera que ha tomado un carácter esencialmente espiritual y moral, orientado hacia la persona individual.

La ciencia moderna es también un tipo de conocimiento estructural pero en un sentido totalmente diferente, especialmente en su dependencia sobre la matemática y la lógica; sin embargo, lo que ha limitado hasta ahora nuestra ciencia occidental es su insistencia a apoyarse *exclusivamente* sobre las observaciones empíricas y los procedimientos estrictamente intelectuales, a lo largo de las líneas de la vieja lógica aristotélica. La razón para esta exclusividad es bastante obvia, históricamente hablando, pues nuestra ciencia moderna se desarrolló en los siglos dieciseis y diecisiete como una fuerte protesta contra el dogmatismo de la Iglesia. Dado que la Iglesia era capaz de imponer su afirmación de que sólo la religión tenía la clave del conocimiento del alma y de todos los valores espirituales o éticos, el único campo que quedaba abierto al grupo emergente de investigadores científicos era el reino de los objetos materiales, y de todo lo que pertenece al reino de los datos obtenidos por los sentidos.

Así, el nuevo conocimiento estructural de la ciencia estableció como dogma la idea de que *todo* conocimiento digno de confianza sólo podría llegar a través de datos empíricos, organizados por el intelecto racional bajo la forma de leyes de la naturaleza. El resultado de esto fue forzar a las mentes inquisitivas de los hombres de la Era Clásica Europea a concentrarse sobre la materia, y el intelecto demostró ser espectacular. La tecnología moderna se desa-

rolló rápidamente, y ha transformado los modos de vida de la humanidad. Es muy dudoso que tal transformación resulte ser un éxito sin paliativos. Puede conducir a una catástrofe nuclear y a la mecanización de la mayoría de seres humanos. Existen, sin embargo, muchas indicaciones de que se están desarrollando nuevas tendencias entre los científicos y generalistas más progresivos de nuestros días, y que en vez de reducir al hombre a un mecanismo físico, la ciencia futura puede ser repolarizada a través de una interpretación psicológica y ciertamente espiritual de la materia (cf. Robert Linssen, *LA ESPIRITUALIDAD DE LA MATERIA, La Spiritualité de la Matière*, París, 1967).

Los puntos principales que deseo señalar aquí son: (1) Que los dos factores básicos en la experiencia humana deberían ser incluidos en nuestro enfoque del conocimiento: el estructural y el existencial, y (2) Que ambos factores deberían recibir sus más plenas y positivas implicaciones; es decir, que no deberían ser restringidos a un aspecto especial de la naturaleza total del hombre, pues el hombre debería ser considerado como un campo-de-existencia vasto y multinivel, antes que como criatura de un Dios personal o de circunstancias locales geográficas, culturales e históricas.

El concepto de que la revelación divina es el fundamento de un conocimiento válido es tan limitante como la idea de que el conocimiento sólo es digno de confianza si se adquiere a través de los datos de los sentidos y experimentos de laboratorio, que implican ciertos postulados más o menos reconocidos. La antigua oposición entre conocimiento revelado y conocimiento experimental debe ser reinterpretada y recibir un nuevo significado; y esto creo que sólo podrá hacerse de un modo aceptable al hombre moderno, cuando su mente se haya liberado de sesgos tradicionales, a través de un tipo ciclocósmico de enfoque de la existencia.

Antes de que discutamos este enfoque en su aplicación al

problema del conocimiento, parece que merecería la pena mencionar brevemente recientes intentos de dar validez al concepto del conocimiento revelado, en el sentido más amplio del término.

REVELACION E INCONSCIENTE COLECTIVO

Si hubo algún tipo de revelación divina en los orígenes del desarrollo de la conciencia del hombre, una Revelación que trajese a la humanidad la base de un conocimiento originado en una fuente exterior a la percepción humana diaria del flujo de datos existenciales, parece probable que todavía deberían encontrarse hoy en día ideas, imágenes, o modos de pensamiento al menos relativamente idénticos en la mayoría de culturas y religiones. En verdad, el estudio comparado de viejas y nuevas culturas y religiones ha mostrado de manera concluyente que han existido, en una forma u otra, un número de ideas similares, símbolos e incluso formas rituales de comportamiento, casi en cualquier lugar sobre la faz del globo. Pueden encontrarse en la Biblia y en los Libros Sagrados de las religiones principales, en los grandes mitos, los cuentos de hadas y las leyendas populares de culturas separadas por tiempo y espacio.

No obstante, semejante hecho puede ser interpretado de diversos modos. Una de las primeras interpretaciones, enfatizada durante el siglo pasado, fue la de que todas las razas se originaron en una sola región geográfica que constituyó la cuna de la humanidad; que ahí se desarrolló un conjunto más o menos coherente de ideas, símbolos y fórmulas mágicas o religiosas. Posteriormente las razas humanas se diferenciaron progresivamente conforme evolucionaban en localidades diferentes, estando cada raza o tribu aislada la una de la otra, respondiendo a la influencia de su entorno particular a base de crear tradiciones y sistemas de creencias particulares, y exhibiendo rasgos bio-psíquicos específicos.

Este tipo de interpretación estaba evidentemente de acuerdo con las doctrinas bíblicas; se ajusta también a la idea, hallada en muchos lugares, de que al hombre primitivo le fue concedida una Revelación Original por parte de grandes Seres que vinieron de otro planeta o de una esfera superior de existencia. Esta idea se halla expresada en una diversidad de formas entre los hombres de todas las razas, de modo que es posible afirmar que existe realmente una "memoria colectiva", pese a lo imprecisa que indudablemente es, de una remota condición de la existencia humana en la que los Instructores divinos enseñaron a los hombres los fundamentos de la agricultura y de la industria primitiva, del lenguaje y del comportamiento moral, de la medicina y de todas las artes.

El término "memoria colectiva" puede sin embargo ser inapropiado. Más que explicar la naturaleza básica del conocimiento revelado, puede ocultarla. En vez de decir que en algún momento especial del pasado remoto hubo una revelación traída por Instructores suprahumanos, que dejaron su huella sobre todas las culturas siguientes, ¿no es más lógico, y especialmente más fructífero y estimulante, hablar de un contacto siempre posible entre una forma superior de conciencia y las mentes de seres humanos particularmente sensibles, actuando bajo circunstancias especiales? Puede también ser cierto que tal contacto tenga más probabilidades de ocurrir en algunos períodos del desarrollo humano que en otros.

El psicólogo Carl Jung dió a este problema una solución aparentemente válida, una que sin embargo no fue capaz de llevar lo suficientemente lejos (o no quiso hacerlo), por separarse del nivel de la psicología empírica pero desear permanecer en él. Refiere las ideas y símbolos que se hallan en el núcleo de la mayoría de las religiones y culturas, a lo que él llama el inconsciente colectivo, y les da el nombre de arquetipos. De acuerdo a él, estos arquetipos son "estructu-

ras psíquicas” inherentes a la conciencia colectiva de la humanidad arcaica, esto es, de una humanidad todavía en un estado no individualizado de apertura a los contactos directos con la naturaleza. Cree que estas estructuras psíquicas son expresiones directas de instintos primordiales en la naturaleza humana, y que estos instintos mismos son moldeados por las estructuras y funciones del organismo humano total.

Estos arquetipos jungianos se refieren en muchos casos a la relación del hombre con el planeta, y con sus ritmos diarios y estacionales. Son, de acuerdo a Jung, el resultado psíquico final de una multitud de experiencias humanas repetidas a través de milenios y podría decirse que incorporadas en los niveles profundos de la psique. Estas profundidades psíquicas, especialmente hoy en día, se hallan fuera del campo usual de la conciencia, pues la mayor parte del tiempo la conciencia del hombre se halla hipnotizada por las preocupaciones de la vida social diaria, y encerrada dentro del entramado más o menos rígido de un ego dominante. Este ego quiere seguir siendo precisamente él mismo. Se adhiere a lo que le hace diferente de otros, y rechaza, o empuja de nuevo hacia el inconsciente, aquello que todos los hombres tienen en común, pues a este ego orgulloso todo lo que es común le parece más o menos carente de valor en la sociedad intensamente competitiva y orientada hacia el éxito en la que los hombres operan hoy en día.

Semejante estado de cosas produce no sólo tensiones a menudo dinámicamente estimulantes, sino, en su forma exagerada, agudas neurosis y enfermedades psicósomáticas. Afecta también a la naturaleza misma del conocimiento buscado por los hombres de tal sociedad. Transforma las universidades en “multiversidades” altamente competitivas que operan como factorías del conocimiento bajo presiones, quizá no oficiales, pero poderosas y siempre presentes, del Gobierno y los grandes negocios. No obstante, se

está desarrollando una reacción sumamente significativa y creciente contra esta atomización del conocimiento, y contra las metas competitivamente tecnológicas de la educación oficial. La integración del conocimiento (cf. el libro de Oliver Reiser que porta este título), la integración de los departamentos educativos y las áreas de investigación, las conferencias interdisciplinarias, etc., han devenido ideales hacia los que tender. Pero, desde luego, lo que se busca es un tipo de integración que proceda mayormente de campos separados de conocimiento técnico, y por tanto de un tipo de conocimiento basado en los datos de los sentidos y los procedimientos empíricos. Es un tipo centrípeto de integración que sueña con establecer, a través de la convergencia de diversas teorías intelectuales que en principio parecen carentes de relación si es que no opuestas, un concepto o sistema de conocimiento omniabarcante.

La palabra clave es, pues: síntesis; la última etapa de un proceso dialéctico del conocimiento. El inconsciente colectivo de Jung es, en cierto sentido al menos, una especie de formación sintética, cosecha condensada y unificada de todas las pasadas experiencias humanas. El intento por mostrar que todas las grandes religiones enseñan fundamentalmente el mismo cuerpo de verdades ético-espirituales (la filosofía perenne de Aldous Huxley) adopta hoy en día la forma de un ecumenismo que busca reducir la diversidad de doctrinas a una unidad de creencias aceptable por todos los hombres, a pesar de las diferencias culturales y tradicionales que alimentan sus egos emocionales y atosigados. Lo que se busca es un *consenso* conscientemente aceptado por todos los humanos, un paso de la etapa de antítesis a la etapa de síntesis. Pero, ¿puede tal paso ser realizado sin considerar la tesis? ¿No es acaso ilógico pretender alcanzar una síntesis de puntos de vista antitéticos, sin incorporar en dicha síntesis la esencia misma de la tesis que es la raíz del proceso dialéctico de evolución de la conciencia y el conocimiento humanos?

Dado que muchos buscadores sienten de un modo más o menos claro esta necesidad de apoyarse sobre una tesis humana original, una realidad raíz, encontramos mencionada a menudo la idea, e incluso más aún la práctica, de un "retorno a". Pero, ¿retorno a qué? Esta es evidentemente la cuestión básica; y cualquier respuesta será probablemente inaceptable para muchas grandes mentes, pues se hallan todavía fuertemente aferradas a sus ideas o a su posición cultural al nivel de la antítesis. El "retorno a la fuente" que inspiró a ciertos pensadores europeos, significa siempre el retorno a alguna fuente *particular*, al estado *alfa* del ciclo de una cultura particular, pero no al estado original de la humanidad en su conjunto. Por otro lado, el concepto que tiene Jung del inconsciente colectivo deja de ser enteramente satisfactorio, no sólo a causa de su imprecisión que lo hace aparecer como una pantalla conveniente detrás de la cual ocultar cualquier cosa que uno no desee conocer, sino porque no ofrece respuesta al problema de saber qué es lo que se halla en la raíz de la conciencia humana. El concepto de una Revelación primordial como fundamento-raíz del conocimiento humano, y en verdad de la capacidad humana de ser consciente, es una creencia más lógica; pero es una creencia metafísica o religiosa que no puede demostrarse que sea válida excepto, podríamos suponer, si decidimos seguir ciertas disciplinas para el desarrollo oculto-espiritual que afirman proporcionar a la conciencia del discípulo un conocimiento indiscutible y cierto. Desgraciadamente, tales afirmaciones son numerosas y variadas, y raramente, si es que alguna vez, abiertas a pruebas y contrapruebas objetivas.

Lo que hace difícil de aceptar la idea de tal Revelación primordial, es la manera personalizada en que tan a menudo se presenta, sea en la tradición asiática o en la occidental. Los grandes acontecimientos ocurren a través de personas, es cierto; pero *a través de ellas*, más que por ellas. La persona *focaliza* una situación crítica en un proceso de desenvol-

vimiento de potencialidad en actualidad, un proceso existencial; pero esto no ocasiona realmente la transformación. La persona es un hecho importante al nivel existencial; pero es un agente, una instrumentalidad, al nivel *estructural* de comprensión. Un Poder estructurador actúa a través de este agente. El agente es, existencialmente hablando, una Fuente; pero una fuente es meramente un lugar sobre la superficie de la Tierra en el cual (a través del cual) el agua fluye como resultado de ciertas estructuras geológicas. ¿Cuál es este Poder estructurador? Lo he llamado el Eón. Es la Totalidad mayor en relación con nosotros, los hombres, que representamos totalidades menores.

LA BASE CICLOCOSMICA DEL CONOCIMIENTO HOLISTICO

La proposición fundamental de la visión mundial ciclo-cósmica es que la existencia es un proceso de transformación de totalidades, que son sistemas organizados de actividades y están compuestas de un número más o menos vasto de componentes o partes, cada una de las cuales es a su vez una totalidad compuesta de muchas partes, etc. Los términos "totalidades" y "partes" son interdependientes, tal como, digamos, lo son madre e hijo. No se puede hablar de una totalidad sin implicar con ello a sus partes; y hablar de una parte indica la existencia de una totalidad dentro de la cual se halla contenida. De modo semejante, ninguna mujer puede ser llamada madre salvo que tenga un hijo; y la existencia de un niño presupone una madre, ¡al menos en nuestro entorno terrestre natural!

He hablado en un capítulo precedente de dos tipos básicos de relación: matricial y asociativa. El dualismo que ahora considero es todavía más general y fundamental. Hay relaciones que vinculan totalidades operantes al mismo nivel de existencia en tiempo y espacio, esto es, cuyo período

de vida y tamaño pertenecen a la misma escala de magnitud; y hay relaciones en las que los términos de la relación están constituidos por una totalidad relativamente pequeña y por la totalidad mucho más vasta de la que aquella constituye una parte. Hay, pues, dos tipos de relación: de una totalidad con otra totalidad, pertenecientes ambas al mismo nivel de existencia; y de una totalidad con la parte, y de la parte con la totalidad. Estas relaciones podrían denominarse *horizontal* y *vertical*, por adoptar un concepto al que recientemente se ha dado publicidad; pero estos términos no definen con exactitud el carácter de las relaciones. El calificativo de vertical omite en verdad el punto básico: el hecho de que en la relación denominada vertical el factor supuestamente superior en la relación *contiene* al inferior. La misma confusión existe cuando se habla del yo superior y el yo inferior, un modo muy desafortunado de expresar un hecho sumamente importante de la existencia humana por el uso de un arcaico tipo de simbolismo. La conciencia de un organismo humano no es superior a la de las células de su organismo; es, para empezar, *más incluyente*, y es además, hasta donde podemos imaginarlo, *más compleja*. Se refiere a un período de tiempo más largo y a un campo de existencia más amplio.

La conciencia de una célula viva del cuerpo humano tiene su propio carácter celular, sea lo que sea eso exactamente. La conciencia de un hombre primitivo o de un niño recién nacido tiene su propio carácter orgánico que pertenece a un orden diferente, un orden de gran complejidad y alcance de operación. Este hombre o niño primitivo se desarrolla más allá del estado orgánico cuando alcanza un estado de evolución o de crecimiento en el que experimenta relaciones asociativas u horizontales más complejas, esto es, cuando es capaz de participar en una totalidad mayor a la que llamamos la sociedad, y en última instancia sobre la Tierra la humanidad. Se relaciona entonces asociativamente con otros seres humanos que son, al menos potencialmente, sus iguales.

Pero *al mismo tiempo* se encuentra también relacionado con la totalidad mayor constituida por su comunidad, su nación y sus tradiciones culturales, y finalmente la humanidad en su conjunto.

Los pensadores del día presente, hipnotizados como están por el carácter físico, obtenido por los sentidos, de lo que conciben como "realidad", objetarán a la afirmación precedente sobre la base de que una nación o la humanidad no es una totalidad existencial real; y a la gente le gusta repetir, sin conceder al asunto mucha consideración, que una sociedad, o la humanidad, está hecha de individuos. Afirman que el hecho primario, el único hecho concreto, es el individuo; que sólo el individuo puede ser considerado como una entidad, mientras que humanidad es simplemente un concepto o categoría. Pero, ¿es esto realmente así? ¿No es acaso esta actitud de la mente una prolongación del enfoque romántico, que glorificaba al individuo, y de la absurda idea de Rousseau sobre un Contrato Social en la raíz de las sociedades primitivas?

Como organismo estrictamente físico, un ser humano es más o menos evidentemente el hecho primario de la existencia humana; sin embargo, ¿sobreviviría *si se encontrara aislado* sobre esta Tierra? ¿No es acaso parte integral del reino humano que ocupa un cierto lugar y función en la biosfera planetaria, que no es ella misma sino un estrato del campo total terrestre de actividades, infinitamente complejas, pero estrechamente interrelacionadas e interdependientes? La existencia del organismo humano depende del mantenimiento de un estrecho rango de temperaturas, de la disponibilidad de alimento, del comportamiento de los animales, de muchísimos factores, relacionados todos con el extremadamente precario equilibrio de variables terrestres y climáticas que se refieren a la Tierra-en-su-totalidad. Estos son los hechos a considerar, y la mente moderna debería olvidarse de Adán y de que haya nacido solo en un planeta

hecho estrictamente para él y para sus descendientes (excepto como un mito que expresa un punto de vista muy significativo sobre *la evolución de la conciencia*).

Cuando, más aún, el bebé pasa a ser hombre, su crecimiento no sólo está condicionado por las relaciones *asociativas* en que entra con los jóvenes de su edad o incluso con personas de mayor edad; es moldeado de modo sumamente efectivo, e irrevocable lo más a menudo, por factores e influencias que no se refieren a los individuos. Se refieren al poder colectivo de la cultura, la religión y las condiciones socio-económicas de su entorno; al lenguaje que su mente ha de aprender para poder pensar en términos comunicables (¡o incluso para pensar en absoluto!); a cualquier modo de comportamiento y de respuesta sentimental que le rodea que rápidamente imita. Familia, escuela, servicio militar, entrenamiento universitario, aprendizaje de negocios, todos estos fuerzan al niño en crecimiento a diversas tipos de relaciones que no tienen el carácter de igual-a-igual, sino de contenedor a contenido.

El niño crece como un ser social contenido dentro de su sociedad, y de cualquier totalidad nacional-cultural en la que hubiera nacido. Sin duda es *potencialmente* un individuo; pero sólo potencialmente. Es, *primero de todo*, un ejemplar del tipo de ser humano que su familia y su cultura imaginan como modelo de la existencia humana. *La sociedad existió antes que el individuo*. El nace dentro de ella, tan desvalido al nivel psíquico-mental como lo estaría biológicamente un bebé nacido en una jungla. Sólo el hiper-subrayado individualismo de nuestro período nos ciega a este hecho. Y conforme el niño madura, a pesar de las posibilidades que pueda tener de afirmar su verdadera individualidad, el hombre crecido encuentra, en la mayoría de los casos, muy incómodo no conformarse a lo que la sociedad espera de él. Como resultado permanece controlado bajo el ubicuo poder de esta sociedad y sus tradiciones.

La situación que uno encara, por tanto, al estudiar al hombre en su relación con aquello que contiene su existencia física y psicológico-mental, tiene un carácter doble. El hombre, como organismo biológico, está contenido dentro del vasto campo planetario de existencia de la Tierra; mientras que, como ser psicológico-mental, como persona, se halla contenido dentro de un campo socio-cultural de actividades (de pensamiento-sentimiento y de comportamiento), de límites más o menos extensos, esto es: una pequeña comunidad, una nación, o, en el límite, la humanidad-en-su-conjunto.

Lo que llamamos educación, en el sentido más amplio del término, *es un proceso de acuerdo al cual un hombre particular y sus actividades mental-emocional-físicas, son sintonizadas con las necesidades y las aspiraciones de cambio progresivo de su sociedad.*

Esta, creo, es una definición muy básica que clarifica mucho del maremagnum que tiene lugar en el campo educativo en el presente. Este maremagnum tiene lugar porque estamos en un período de la evolución humana en el que un número creciente de mujeres y hombres (muchos jóvenes, y no pocos de mayor edad), ha llegado a sentir interiormente o a comprender mentalmente que las necesidades y aspiraciones tradicionales de su sociedad, oriental u occidental, son obsoletas y a menudo ridículas, quizá incluso suicidas.

¿Cómo tuvo esto lugar? Simplemente porque la sociedad humana está pasando hoy en día *de un estado de organización local a uno global.* Todas las culturas han estado basadas hasta ahora exclusivamente en las características de un entorno local, haya sido grande o pequeña esta localidad. Incluso el mundo mediterráneo del Imperio Romano era una región local con referencia al globo entero. Aparte, todas las sociedades han operado bajo un régimen de escasez. Ahora por primera vez es posible la abundancia para to-

do ser humano, pero posible SOLO si la humanidad se halla organizada a una escala global, aunque grupos étnicos locales y regionales retengan su individualidad raíz, deviniendo, como si dijéramos, los grupos familiares extendidos de las comunidades culturales del futuro; un punto importante, creo yo. Sin embargo, el momento en que extendemos el concepto de sociedad para incluir a todos los seres humanos, y por tanto a la humanidad como un todo, algo sucede. El contenedor del hombre a nivel *biológico* (es decir, el planeta Tierra) deviene de idéntico alcance que el contenedor de las personas humanas al nivel *psico-mental* (esto es, una sociedad global mundial). La relación entre un hombre y la Tierra como totalidad planetaria deviene, pues, omniabarcante. La humanidad empieza a verse a sí misma como un complejo sistema de actividades dentro del campo total de existencia de la Tierra; podríamos quizá decir que como el sistema nervioso voluntario (cerebro y nervios espinales) del organismo planetario, la Tierra. Esto resulta más evidente ahora que cada vez es más posible que hombres individuales miren a nuestro planeta *desde el espacio exterior*, y por tanto objetivamente (igual que un doctor examina un cuerpo humano, analizando sus complejas estructuras).

¿Qué tiene esto que ver con la naturaleza del conocimiento? Mucho, en verdad, para el hombre que puede considerarse y sentirse como una unidad existencial funcionando en el vasto cuerpo de la Tierra en el que todos los hombres “viven, se mueven y tienen su ser”. Este hombre puede llegar a experimentar vívidamente su relación con esta Totalidad planetaria en un sentido suprasocial y ciertamente espiritual.

Al nivel tribal de organización social, el hombre estaba atado por las circunstancias de vida locales y las necesidades locales. Sus aspiraciones eran moldeadas por una religión que subrayaba los símbolos locales y el poder de los dioses, identificados exclusivamente con la comunidad tri-

bal y su pasado ancestral, así como con la tierra cultivada por su comunidad. Lo espiritual era una expresión trascendente de lo biológico, basada en una sintonización psíquica con esos dioses que se identificaban con raza, tierra y tradición. El conocimiento era adquirido a través de tal sintonización psíquica. Lo que le hablaba al curandero de la tribu era el Poder divino que estructuraba el modo mismo de vida de la tribu a través de rituales casi incesantes. Era conocimiento estructural como *sintonización psíquica a la voluntad de los dioses tribales*. Y éste es el nivel de conocimiento que representa la TESIS de la que hablamos anteriormente.

La ANTITESIS se desarrolló con el sentido de individualidad, y las preocupaciones y afirmaciones del ego humano. Los dioses tribales, expresión de necesidades y aspiraciones locales, se desvanecieron; ¡pero, a menudo, para reaparecer en el mundo cristiano bajo la forma de santos y arcángeles! El “Dios único” respondía a las necesidades y aspiraciones de egos individuales aislados, incapaces ya de entrar en relaciones psíquicas totales con otros egos, y más incapaces aún de mantenerlas, y por consiguiente anhelando un diálogo con un Consolador y Redentor divino. En tal estado de conciencia, no identificado con nada al nivel psíquico profundo, excepto en términos de las peculiares y subordinadas relaciones de criatura a Creador, la mente del hombre fue compelida a buscar la evidencia de un orden estructural en el mundo de sus percepciones sensoriales. Fue compelido a descomponer la intuición inmediata del orden, tan vívida en el primitivo por ser tan necesaria para su seguridad interior, en una multiplicidad de leyes de la naturaleza. Mientras buscaba experimentar interiormente amor y el consuelo emocional-espiritual a través de su fé en el “Otro divino” y de sus momentos de comunión con él, se esforzaba al mismo tiempo (y cuanto más intensamente lo hacía, menos llegaba a creer en la Presencia de Dios) por encontrar la seguridad de mente y la satisfacción de su

voluntad egoica en un conocimiento de las leyes físicas. El uso de tal conocimiento en términos de destreza tecnológica le permitió, más aún, satisfacer su ambición; una trágica ambición, pues le alienó de todo lo que se hallaba al margen de sus propias limitaciones egoicas.

Ahora, sin embargo, la hora de la SINTESIS, se acerca: Hombre y Tierra - el Hombre como parte componente de este vasto campo de actividades, el planeta, dentro del cual opera el Principio de Totalidad, UNO, como lo hace en todo ser humano y en toda totalidad existencial - Hombre y Eón - el Hombre resonando con los vastos ritmos cíclicos del Eón, el Hombre con una conciencia eónica. Un nuevo tipo de conocimiento estructural es ahora posible. En un sentido nuevo, un sentido concreto y mucho menos misterioso, somos capaces de hablar de revelación; en verdad, de la posibilidad de un estado constante de revelación, esto es, de conciencia eónica.

Tal conciencia eónica debería indudablemente no ser considerada como un desarrollo enteramente nuevo. Grandes mentes creativas e inspiradas así como verdaderos visionarios y profetas han experimentado momentos de conciencia eónica en los que sus mentes individuales, llevadas a una condición de resonancia con la Mente planetaria de la totalidad mayor, el Eón, fueron capaces de *participar* de un conocimiento que era trascendente, en el sentido de pertenecer a una totalidad existencial mucho más incluyente: *la Tierra, como campo de actividades multi-nivel.*

El lector puede reaccionar ante tales afirmaciones pensando que estoy meramente substituyendo la palabra Dios por la palabra Eón. Pero pensarlo así es pasar por alto el punto más fundamental en el cuadro ciclocósmico de la realidad. Aquí el término Eón no se aplica a nuestro planeta solamente, o a una totalidad macrocósmica particular. Un ser humano individual es un Eón para la conciencia de las

células de su cuerpo. El sistema solar y la galaxia pueden concebirse teniendo cada uno su Eón. Igual que existe una jerarquía de totalidades existenciales, existe una jerarquía de totalidades de conciencia. Lo único que aquí se afirma es que la conciencia de cualquier totalidad menor puede, bajo ciertas condiciones y en ciertas fases de su evolución, *resonar con* la conciencia de la totalidad mayor dentro de la cual tiene su ser y, como resultado, de cuyas vastas actividades hasta cierto punto participa. En tales momentos de resonancia, el hombre alcanza un estado de conciencia eónica que le parece trascendente y supranormal, pero que sólo es trascendente en el sentido de participar reflexivamente de la conciencia que es normal para el Eón. Una *comunicación* se establece entonces entre la conciencia de la totalidad mayor y la de la totalidad menor. El individuo sensible, abierto y sintonizado es inspirado; “ve”, puede recibir una revelación.

Tal estado de comunicación puede surgir espontánea e inesperadamente en la totalidad menor, a causa de que la totalidad mayor enfoque su atención sobre una totalidad menor que ocupe una posición particularmente importante, y quizá vulnerable, para el bienestar de la totalidad mayor. Entonces la totalidad menor deviene, como si dijéramos, el agente de la totalidad mayor, y por tanto en cierto grado (y evidentemente que hay muchos grados posibles) un avatar del Eón.

La totalidad menor (el-hombre-como-persona-individual) puede asimismo alcanzar una etapa de su desarrollo en la cual su conciencia, incluso en su funcionamiento diario, devenga *holística*. Es decir, el hombre puede alcanzar, de modo natural y a través de sus propios esfuerzos, un estado de conciencia que se refiere a la fase de síntesis de la evolución de la conciencia humana. Puede ser capaz, al enfrentarse a cualquier situación de la vida, de percibirla *en su totalidad*; es decir, holísticamente en vez de analíticamente

(en términos de conceptos intelectuales) o emocionalmente (en términos de reacciones orgánicas incontroladas o de respuestas-sentimiento precedentes).

EL PROBLEMA DE LA CLARIVIDENCIA

Dicha percepción holística puede manifestarse como lo que se suele llamar clarividencia. La persona verdaderamente clarividente, cuando se enfrenta a una situación llena de tensiones (sea de su propia vida, o una que le traen para su resolución amigos o clientes), “ve” algún tipo de imagen o escena simbólica que de algún modo revela (y es por tanto una forma de conocimiento revelado) el carácter, significado y quizá resultado de esta situación. El problema al que el clarividente se enfrenta, sin embargo, es el de cómo interpretar el cuadro o escena simbólico o (si se halla involucrado cierto tipo de clariaudiciencia) las afirmaciones, a menudo ambiguas, que sus centros cerebrales registran como palabras aparentemente escuchadas por los oídos. Este es el problema que a menudo hace los mensajes de los clarividentes, y de los oráculos de tiempos antiguos, tan confusos, si es que no despistantes.

Este problema surge, tanto al nivel del tipo usual de clarividencia moderna como al de los antiguos oráculos, porque lo que se halla involucrado en el proceso no se refiere todavía al nivel de la síntesis, sino que se halla todavía al nivel de la tesis; es decir, la facultad que opera en estos casos es esencialmente arcaica, y un síntoma de pasividad psíquica al aspecto del “pasar” del tiempo. No se fundamenta en una conciencia capaz de aprehender la totalidad de un ciclo de principio a fin, que es lo que la conciencia eónica debería hacer. Sólo en un Eón opera plena y activamente este tipo de conciencia; pero una mente humana puede reflejarla o resonar con ella. *Cualquier* totalidad menor, una vez suficientemente desarrollada, abierta y responsiva, debería ser

capaz de reflejar o resonar con aspectos, al menos parciales o fragmentarios, de la conciencia de la totalidad mayor en cuyas actividades cíclicas participa.

El problema de que se trata es un problema de comunicación; o por usar un término de moda, de información. Han de desarrollarse canales de comunicación, a fin de permitir una transferencia de conocimiento verdaderamente digna de confianza. Una mera capacidad para reflejar más o menos imprecisamente algún aspecto pasajero de la conciencia de la totalidad mayor, suele ser descontrolada, y fácilmente desenfocada por las reacciones egoicas de la mente receptora del "sensitivo".

Un factor esencial en tal comunicación entre totalidades mayores y menores es el de si el conocimiento comunicado es *necesitado* o no. En la mayoría de los casos, la atención de la totalidad mayor es atraída hacia la totalidad menor sólo cuando la última tiene una necesidad real de ello; igual que la atención de una persona es atraída hacia una pequeña sección de su cuerpo (digamos, una uña del pie que ha crecido hacia dentro o un corte) cuando esta parte de su organismo total requiere ayuda, como resultado de algún suceso productor de una crisis. La idea de que la Tierra, como campo total de actividades operante a diversos niveles, esto es, como un Eón, es capaz, bajo ciertas circunstancias, de afectar a la vida de uno de los organismos activo dentro de este campo, no debería resultar más rara o asombrosa que el hecho de que un cuerpo humano envíe inmediatamente anticuerpos a uno de sus dedos, cuando ha recibido un profundo corte a través del cual podrían entrar microbios causantes de infecciones para el cuerpo entero.

Semejante idea sólo es asombrosa para las mentes que nunca han considerado, o que han rehusado considerar, la posibilidad de que la Tierra sea una totalidad organizada de existencia, cada una de cuyas partes está relacionada con,

y es por tanto capaz de dañar a, cualquier otra parte. Se-
mejante pensamiento corre en dirección opuesta al concep-
to, profundamente anclado en nuestra mentalidad occiden-
tal, de que el hombre es una criatura totalmente especial; la
única criatura hecha a semejanza de Dios, creador de todo
lo que existe. Pero, ¡qué orgullo se revela en tal concepto!
Podemos suponer que sólo el hombre tiene lo que Teilhard
de Chardin llama "conciencia reflexiva", y que por tanto
quizá sólo él, entre todos los organismos vivientes sobre esta
Tierra, pueda desarrollar una conciencia eónica. En este
sentido el hombre es *potencialmente "semejante a Dios" en
su conciencia*; pero esto no significa que la Tierra-en-su-
totalidad, de la que la humanidad es sólo una parte consti-
tuyente, no tenga una conciencia de tipo planetario (su-
puesto que no concibamos a la Tierra como sólo una masa
de substancias materiales). Este tipo planetario de concien-
cia incluye la conciencia normal de la humanidad; pero no
hay razón para creer que no incluya también *otros tipos*
de conciencia, y quizá la conciencia de formas de existencia de
las que el hombre no se percata normalmente hoy en día.

En verdad, el único obstáculo a tal tipo de concepto es la
dependencia exclusiva del hombre occidental sobre el cono-
cimiento basado en los sentidos, y sobre una serie de supo-
siciones dogmáticas que caracterizan su cultura oficial; por
no mencionar su deseo neurótico de aislarse de un universo
del que se siente ajeno, sólo para satisfacer su notable or-
gullo, que es primariamente un sentido disfrazado de ansie-
dad y de culpa. La comprensión de que tal tipo de dependen-
cia no es válido con exclusividad está empezando a percolar
en las mentes de algunos científicos y pensadores, y el inte-
rés en la parapsicología es un síntoma de un inminente cam-
bio de mente, una *metanoia*, por utilizar el término del
Evangelio tan malamente traducido como arrepentimiento.

El concepto del conocimiento estadístico, tan básico hoy
en día en la física moderna, puede también tener mucho que

ver con la apreciación de lo que llamo conocimiento estructural, en contraste con el conocimiento existencial, pues este conocimiento estructural tiene que ver con procesos cíclicos que afectan al comportamiento de totalidades antes que a partes individuales.

EL CARACTER ESTRUCTURAL DE LAS PROFECIAS Y EL LIBRE ALBEDRIO DEL HOMBRE

El punto básico a considerar aquí es que, mientras que una totalidad mayor experimenta en términos *existenciales* su propia existencia en relación con otros existentes al mismo nivel de totalidad, su modo de abordar totalidades menores que participan en su vida interior es, en la mayoría de los casos, aunque no en todos, *estructural*.

Por ejemplo, un ser humano es consciente de los órganos y células dentro de su cuerpo, principalmente en términos del ritmo general de sus funciones, excepto en casos des acostumbrados. Un hombre presta atención a su digestión, a su presión sanguínea, a sus respuestas sexuales y a su potencia sexual, pero no a cómo se comporta una célula particular de su hígado, su corazón o sus testículos. Incluso un órgano entero, como el páncreas o la tiroides, sólo atrae la atención del hombre cuando el *funcionamiento general* de todos sus órganos en su interdependencia y polifónica interacción ha devenido disarmónico. El conocimiento que el hombre tiene de la interacción rítmica y polifónica de los sistemas funcionales básicos de su cuerpo, es un tipo estructural de conocimiento. Tiene que ver con el equilibrio de actividades anabólicas y catabólicas en su cuerpo; y si las funciones catabólicas prevalecen (las cuales, no olvidemos, contribuyen en sí mismas a la salud o totalidad del cuerpo), entonces comienza a operar una señal de peligro, que atrae la atención del hombre, y que debería impelerle a "adoptar una cura" de algún tipo.

Cualquier conocimiento del equilibrio de dos tendencias operativas es, de un modo más o menos instintivo o sofisticado, estadístico. Tantas “unidades de acción” operan en un sentido, tantas en el otro, más o menos opuesto o complementario. El conocimiento adquirido puede ser formulado en términos de porcentajes; es el tipo de conocimiento obtenido de las computadoras que operan de manera binaria, así como de los sondeos políticos o económicos. Tal conocimiento sólo es válido en una investigación de grandes números de unidades o, al menos, como en las encuestas Gallup, en relación a unidades que pueden ser consideradas representativas de una amplia clase o segmento de la población. Los ensayos médicos de la sangre y semejantes proporcionan asimismo este tipo de conocimiento estadístico; tienen que ver con un gran número de células, bacterias, virus, etc. Devienen significativos en relación a valores medios cuidadosamente determinados a través de muchas observaciones y muestras.

Consideremos ahora esta afirmación bíblica (Zacarías 13, versículos 8 y 9): “...en toda la Tierra, dijo el Señor, dos partes de ella serán arrancadas y morirán; pero la tercera será dejada. Y haré pasar la tercera parte a través del fuego, y la refinaré como se refina la plata, y la ensayaré como se ensaya el oro...”

Lo que tal afirmación debería indicar a cualquier que la considere como una verdadera revelación hecha por Dios a su profeta, es que Dios no tiene que ver con personas individuales, sino sólo con medias estadísticas, esto es, con iniciar y/o mantener ciertos procesos estructurales: un tercio será salvado, dos tercios serán destruidos. Es como decir: cuando el otoño comience, habrán sido producidas tantas semillas con la *potencialidad* de sobrevivir al invierno y de dar nacimiento a un ciclo subsiguiente de vegetación, y tantas otras que caerán y decaerán a fin de devenir abono para la nueva vegetación. Si una persona individual se unirá al

tercio que será salvado y probado (con éxito o no, ¡no lo olvidemos!), o a los dos tercios que se perderán, es algo que no parece importarle al Señor.

Lo que a este Señor (que puede aquí ser considerado como el Eón, el aspecto personalizado de alguna totalidad mayor, planetaria o cósmica) le interesa, es la estructura general de un proceso que implica grandes números. El físico atómico usa un tipo similar de conocimiento estructural cuando afirma que tantos electrones irán en un sentido, y tantos en el otro. No está realmente interesado en descubrir (ni parece que pudiera hacerlo), qué curso adoptará un electrón particular. La física moderna ha abandonado la idea de descubrir qué es realmente la materia; se satisface con estudiar la estructura de grandes grupos de eventos.

Estos son hechos muy importantes, cuando podemos estar seguros de su validez, pues al generalizarlos nos dan un cuadro fundamental, no sólo del proceso universal de la existencia, sino de lo que podemos entender bajo los confusos términos de "libertad" y "determinismo". Si la afirmación bíblica se refiere verdaderamente a un hecho básico de la existencia, en términos del destino global de grupos de seres humanos tales como comunidades tribales o naciones modernas, podemos lógicamente concluir que el hombre opera no sólo en términos de *determinismo estadístico*, sino también en términos de libertad *existencial*. Considerado en el sentido colectivo como humanidad, el comportamiento y las elecciones del Hombre están determinados, en anchas líneas estructurales, por el ritmo mismo del proceso de evolución del planeta entero, la Tierra. Pero un *hombre particular* es existencialmente libre de elegir a qué pertenecerá, de determinar libre y selectivamente el tipo de lealtad que aceptará o buscará.

Un "Señor" planetario, regente del sistema organizado de actividades de la Tierra (de hombres, bestias y plantas; de

estaciones, vientos y terremotos, etc.) puede entrar en relaciones existenciales con otros Señores planetarios, como los Antiguos en verdad creían, pues Ellos operan al mismo nivel en la vasta escala de magnitudes cósmicas. Pero en Su relación con esas totalidades menores que los hombres representan para El, como células en Su campo total de existencia, este Señor pensaría normalmente en términos de un conocimiento estructural. Una excepción podría ser la de los raros casos en que un hombre particular ocupa una posición de control sobre posibilidades de desarrollo de largo alcance; por ejemplo, quizá si este hombre individual fuera el Presidente de los Estados Unidos, capaz de apretar un botón que iniciaría un holocausto nuclear, y por tanto una crisis fatal para la humanidad y la biosfera entera.

La consecuencia de todo esto es de gran interés, y representa un reto real para los individuos; pues, si es posible que una conciencia humana individual refleje algún aspecto de la conciencia de la totalidad planetaria mayor, el Eón, es muy probable que lo reflejado sea el aspecto estructural de esa conciencia Eónica. El aspecto existencial, que comprende la relación de este Eón con otros Eones, estaría casi necesariamente más allá de la posibilidad de entendimiento del hombre. Si, por consiguiente, hay elementos de conocimiento existencial en las revelaciones otorgadas por el Eón (la totalidad mayor) a un hombre sensitivo y bien sintonizado (la totalidad menor), es en verdad sumamente probable que éstas sean añadidas a la comunicación verdadera y pura por la conciencia y la naturaleza sentimental del recipiendario humano. Esto explicaría lo poco dignas de confianza que resultan tantas de dichas comunicaciones.

En cuanto a la dificultad de fechar con exactitud las ambiguas profecías de videntes y oráculos, es evidentemente causada por dos diferentes factores:

- (1) Si un "día del Señor" equivale a mil años definidos por

el hombre conforme al ritmo de las estaciones (y en el simbolismo antiguo el término "mil" debería más bien ser traducido como una miriada, o casi una infinitud), puede serle difícil al vidente o profeta pasar con exactitud de una escala de tiempo a la otra.

(2) Más aún, y éste probablemente sea el punto más básico, si la comunicación se refiere a *hechos existenciales* en la vida de una persona individual o de un grupo relativamente pequeño, lo que se imparte al vidente o sensitivo está siempre sujeto a la impredecibilidad asociada con el factor de la capacidad existencial de relación. En otras palabras, el clarividente puede percibir simbólicamente *una tendencia estructural o una posibilidad estadística*; y esto es lo que recibirá directamente del nivel eónico de conciencia, un factor estructural. Pero este tipo de percepción no se referirá realmente a un evento existencial o a una serie de eventos. Los datos existenciales serían proporcionados por la conciencia humana de quien recibe la comunicación, y podrían ser coloreados por sesgos, expectativas o deseos personales.

No obstante, si se induce un estado genuino de resonancia entre el nivel de conciencia eónico y el humano normal, porque un cierto evento que ocurriría en un año humano puede realmente ocurrir en unos pocos minutos de acuerdo a la escala de tiempo eónica, este evento puede ser enteramente verosímil en términos de conciencia eónica; sin embargo, presumiblemente será no *determinado*. En la mayoría de los casos, podemos estar bastante seguros de qué es lo que nos ocurrirá durante los próximos pocos minutos; pero estos pocos minutos podrían constituir una gran parte del período de vida de una partícula microscópica. Un profeta puede predecir que habrá que esperar un terremoto cataclísmico para los próximos cincuenta años, o quizá cien años, ¡una incertidumbre muy enojosa! Pero la Tierra-en-su-totalidad, cuyo período de vida es de billones de años, en contraste con nuestros 70 u 80 años de vida humana, puede

registrar ya el primer temblor del terremoto en su cuerpo para el tiempo de la predicción humana.

La relatividad de la experiencia del tiempo, en términos de la escala de tiempo de totalidades cuyas dimensiones espaciales y período de existencia varía desde lo microcósmico a lo macrocósmico, debería ser un factor absolutamente básico en las discusiones concernientes a la naturaleza del conocimiento, en el momento en que aceptamos la posibilidad de comunicación, de una forma u otra, entre totalidades mayores y menores. Pero si no aceptamos tal posibilidad, nos enfrentamos a problemas todavía más embarazosos, que sólo pueden recibir interpretaciones y soluciones trascendentales o milagrosas. Credos y dogmas religiosos, así como suposiciones científicas a menudo no cuestionadas, han tratado de solucionar estos problemas en una gran diversidad de maneras. Pero todas estas complejidades pueden resolverse en una simplicidad fundamental, si se acepta el cuadro holístico ciclocósmico aquí presentado. Desde luego, este cuadro representa una osada generalización de los hechos de la experiencia humana, pero igual lo son el teísmo y la Teoría de la Relatividad de Einstein. El punto esencial, como posteriormente veremos, no es el de si tales cuadros mundiales son "verdaderos" en un sentido absoluto, sino si son valiosos; valiosos para una fase particular del proceso evolutivo de la conciencia del hombre.

Dado que la humanidad ha, evidentemente, alcanzado un punto en su evolución en el que, a la vista del rápido desarrollo de una mentalidad de alcance mundial y de actividades socio-culturales globalmente interrelacionadas, es inevitable una tendencia hacia la síntesis del conocimiento, algún tipo de entramado habrá de ser formulado para estos esfuerzos hacia la síntesis. Podría, desde luego, ser un tipo totalitario de síntesis, que excluiría cada vez más todo lo que no se ajustase a una Ciencia glorificada, y a un Sistema científico y tecnocrático todopoderoso. Pero ésta no parece

ciertamente ser una perspectiva deseable, pese a lo camuflados que puedan estar sus motivos bajo palabras tan imponentes como “democracia”, “investigación libre”, etc.

Hablar de “unidad en la diversidad” es pronunciar palabras que suenan bellamente, pero la cuestión es cómo lograrla. Ha de haber algún tipo de principio integrador que revele la manera en la que puedan verse como una unidad (es decir, como una totalidad) actitudes diversas ante la vida y diferentes enfoques del conocimiento. Los conceptos ciclocósmicos constituyen tal entramado, pues la mente que acepta tal entramado puede ver toda manifestación diversa de la conciencia humana, toda forma de mente, todo sistema social, cultural y religioso, ajustados en su propio lugar o a un nivel específico del ciclo entero de evolución humana. Más aún, puesto que no todos los ciclos de civilización humana transcurren al mismo tiempo y con la misma velocidad o ritmo, y dado que existen subciclos y subciclos dentro de ciclos mayores, se sigue de ello que lo que puede ser eminentemente valioso en cierta cultura, puede también despertar significativas y válidas resonancias en otras culturas con problemas relacionados, quizá a otros niveles y en los términos de entornos diferentes.

Dije *valioso*, pero esto también quiere decir verdadero; el conocimiento es verdadero, en el sentido más profundo del término, sólo cuando es valioso. El conocimiento tiene valor en términos de la relación entre conocedor y conocido. El conocimiento prematuramente desvelado puede ser mortal para el conocedor, o al menos fuente de gran confusionismo. Nuestra salvaje proliferación de conocimiento intelectual y tecnológico puede traer la ruina del hombre durante un tiempo. Sin embargo el enfoque racionalista y científico del conocimiento, sea en la Grecia del siglo sexto a. de C. o a comienzos del Renacimiento en Europa, era un enfoque valioso porque era *necesitado* en aquel tiempo. La satisfacción de una necesidad evolutiva, sin embargo, deviene a

menudo una forma de desenfreno; la tendencia originalmente constructiva puede devenir incontrolable, y alcanzar un impulso peligroso cuando deviene institucionalizada; y todas las instituciones y burocracias desarrollan una inercia enfermiza. Han de ser neutralizadas por medio de nuevas tendencias complementarias, contra las cuales desde luego pelean agriamente.

Pero, como la masa más inerte de seres humanos es lenta en alcanzar nuevos niveles de conciencia, las viejas "verdades" y las instituciones que cristalizaron estas "verdades" en dogmas pueden todavía ser válidas para la mente de la masa. La Teoría de Einstein y su profética fórmula, $E=MC^2$ que inspiró el proyecto de la bomba atómica, llegó en su "momento predestinado" en el ciclo de nuestra civilización occidental que todavía domina la evolución humana en su conjunto. Pero la Nueva Física, con su visión casi mística del mundo en la que los objetos materiales se disuelven en ondas de energía y luz en el espacio-tiempo multidimensional, todavía no ha cambiado completamente la mentalidad de la ciencia materialista de bajo nivel, ni ha sido re-interpretada a los niveles psicológico y metafísico. La masa de la humanidad, aunque adora a la ciencia y las consecuencias tecnológicas (tales como el alunizaje en la Luna), todavía está poderosamente involucrada en luchas casi medievales entre ideologías políticas y religiosas.

SENTIDO DEL AHORA Y CONOCIMIENTO CICLICO

Quiero aclarar, sin embargo, que no por aplicar una fórmula de desenvolvimiento cíclico hemos esperar, como resultado inevitable, experimentar *directamente* la cualidad única de un particular proceso de existencia; no más de lo que cabía esperar que Einstein pudiera haber tenido un *sentido real* del poder atómico cuando concibió su fórmula. Para llevar las experiencias humanas *a un orden con sig-*

nificado, no es necesario tener estas experiencias real y personalmente. Dos factores de la conciencia humana están implicados: la inmediatez de sentimiento o comprensión producidos por una experiencia, y la capacidad de darle sentido a lo que se concibe como un hecho existencial (y por tanto una experiencia potencial) relacionándolo con otras experiencias y con las necesidades de la persona total y, quizá, de otras personas con quienes uno esté asociado. La experiencia como tal es simplemente lo que es; es subjetiva, privada, y *en sí misma* esencialmente incomunicable, aunque, si es una gran experiencia, uno puede comunicar algo de su liberación de energía, su dinamismo o intensidad trágica, por medio de una transferencia persona-a-persona.

No obstante, la experiencia no sucede e inmediatamente desaparece. Es recordada; es formulada, para uno mismo si es que no para los demás. Palabras y conceptos deben pues usarse, y éstos implican relación con una cultura, una tradición, etc.; y quizá una sensación resultante de conflicto o irreconciliabilidad con el pasado, y toda clase de productos psicológicos secundarios. Es entonces cuando el concepto de ciclo revela su valor; pues la mente del individuo y sus complejos mecanismos, siempre sujetos a las presiones procedentes del ego y de las emociones, han de entrar en el cuadro. Ellos tienden a separar la experiencia del proceso natural de existencia, a hacer de ella una “cosa en sí misma”.

Al principio, en el caso de una experiencia interior que revela una realidad previamente desconocida, pueden surgir las dudas, una sensación de “¿Qué fue eso, después de todo?” En muchos casos sigue una reacción típica: un sentido emergente autoafirmativo de “Era *verdad*” (esto es, un hecho, no una ilusión). Si entonces el experimentador se ve enfrentado a la incredulidad de los otros, o a su aparente oposición emocional y egocéntrica, la afirmación de que fue verdad adquiere en él una fortaleza combativa; ¡a no ser que se deje lavar el cerebro por su entorno! Pero esta fortaleza

misma cambia el recuerdo de la experiencia. La experiencia y lo que trajo a la conciencia puede dejar de ser considerado sólo como *una* fase del proceso existencial de actualización del potencial innato del individuo; adquiere un status separado, exclusivista y psíquicamente pomposo; o, si la reacción posterior ha sido negativa, comienza un proceso de sutil autodestrucción al nivel subconsciente.

El valor de aplicar el principio de desenvolvimiento cíclico a la psicología y a una interpretación de la experiencia individual, es que se trata de un esfuerzo por integrar (o re-integrar) los numerosos componentes de la personalidad y los elementos de la experiencia, en el proceso total de la existencia individual. Cuando hablamos ordinariamente del yo, del alma, o del ego, o de cualquier "complejo", tendemos desgraciadamente a separarlos y aislarlos, y muy a menudo los personificamos; decimos "mi alma", "mi ego", como si fueran posesiones de un misterioso "yo", que no puede sin embargo ser localizado, y que sólo puede ser definido con imprecisión por medio de una explicación muy trascendental. Asimismo, cuando pensamos en algún evento memorable de nuestra vida, feliz o lamentable, suele parecer como si fuese un suceso que me "ocurrió" a "mí", pero que sin embargo está de algún modo desconectado del proceso de la existencia, que es independiente de este proceso de la existencia que alcanza a la conciencia como este "mí".

El enfoque cíclico o eonístico busca descubrir el lugar que ocupa el evento en el patrón global asumido por el flujo rítmico de la existencia con referencia a esa persona particular que dice "yo". Estudia el evento como una fase de un subciclo del ciclo mayor de la personalidad; como una fase del desarrollo de la personalidad, en vez de como un evento aislado. Más aún, este enfoque busca definir y entender la función de los diversos componentes de la personalidad en la totalidad individualizada de existencia que, por ejemplo, porta el nombre de Pedro. Al hacerlo así, separa algunos de

los términos psicológicos (que todavía portan un cierto halo de significado religioso-oculto) del reino del misterio más o menos trascendente. Los vuelve más existencialmente reales, incluso si su realidad sólo puede, en muchos casos, ser *experimentada* a través del funcionamiento de facultades o poderes de conciencia que son todavía mayormente latentes o apenas desarrollados en la mayoría de los individuos contemporáneos.

El enfoque eonístico no es necesariamente una ayuda para experimentar con una inmediatez de sentimiento estos componentes, todavía misteriosos, del ser total del hombre; pero, cuando se utilice adecuadamente, deberá ser de inmenso valor para indicar, *una vez que se ha tenido ya la experiencia*, dónde se ajusta y cuál es su significado. Pues es después de la experiencia que la mente y el ego se hacen cargo de las improntas sobre la conciencia, y comienzan a *interpretar* o formular, de acuerdo a Imágenes culturales y tradicionales, el cambio o nueva comprensión que haya tenido lugar. El sutil (o no tan sutil) deseo del ego de un aumento en su seguridad y prestigio, puede en verdad ser otro factor en la interpretación.

En otras palabras, el enfoque eonístico tiene que ver con la estructura del proceso de desenvolvimiento de la personalidad, la forma que asumen las experiencias cuando se ven como factores integrales en este proceso. El contenido de las experiencias, el "sentido" de personalismo o de impersonalidad cósmica, el regocijo de la proclamación "yo soy" o el sentido de ser uno con el universo, todos éstos no son tocados, directamente en sí mismos, por dicho enfoque. Sin embargo el enfoque eonístico puede también, de un modo muy definido, inducir numerosas experiencias de extrema validez, pues predispone la mente a responder a impactos desacostumbrados y a influencias distantes que de otro modo no habría sido capaz de aceptar. Las experiencias que induce tienden a ser muy tranquilas y muy simples, pues

son no emocionales, y por naturaleza incluyentes y esencialmente compasivas. Emergen del cumplimiento de relaciones serenamente afrontadas como encuentros inducidos por necesidad cíclica.

Los enfoques que se dicen místicos, pueden conducir a efulgentes experiencias de gran intensidad y poder, experiencias que pueden significar un repentino cambio de conciencia, una brillante iluminación de la mente. Mas el problema que siempre plantean es: "Sí, maravilloso, pero ¿y ahora que?". Confusión humana y tragedia psicológica son demasiado a menudo el resultado final de la experiencia exaltada y transformadora; pues una vez que la luz se ha desvanecido, la oscuridad parece más intensa.

Si la experiencia os ha hecho algo en verdad, ¿qué hareis vosotros con los resultados de la experiencia, con su recuerdo? Salvo que la veais como una fase integral y reconocible del ciclo de vuestro desenvolvimiento individual, salvo que podais situar con sentido los elementos de la experiencia y los factores que ha afectado en vosotros, siempre existirá el peligro de que pueda desequilibraros grandemente, y especialmente el peligro de que pueda sutilmente alimentar o envanecer al ego, o bien disolverlo en un tipo aforme de "ectoplasma" psicológico susceptible de ser moldeado en formas elusivas y fundamentalmente carentes de significado.

Este peligro es particularmente real hoy en día, conforme los restos colectivos normales de las viejas tradiciones son fragmentados por las presiones de una masiva expansión del campo humano de actividad, que ha vuelto obsoleto mucho de lo que constituía el fundamento de nuestro sentido del orden. El hombre moderno desea ansiosamente experimentar, directa y existencialmente, todo aquello con lo que se enfrenta ahora; desea jugar con las tremendas nuevas energías que su intelecto y su colectivizada mentalidad científica han liberado. Por consiguiente, su gran pro-

blema es descubrir qué hay en él que proporcione un fundamento seguro para su existencia, para su experiencia individual de una realidad más anonadante que nunca; anonadante porque los viejos patrones de relación persistente se han venido abajo. Su problema es entender *qué* es lo que hay en él que pueda utilizar este nuevo poder de modo seguro y constructivo. Debe comprender que su ego no es ni un fundamento ni un usuario seguro para un poder de magnitud planetaria o cósmica. Debe descubrir su naturaleza fundamental, su seidad, y sintonizar con ella su conciencia y su capacidad de respuesta a los retos de su existencia personal actual; y, más allá de esta seidad, debe hacerlo con el campo-Anímico, y más allá todavía con la vasta Mente de la humanidad y el campo total de existencia del Hombre y de la Tierra.

La *sintonización* es siempre la clave del tipo más básico de conocimiento. En el antiguo pasado, el hombre sintonizaba su conciencia con los grandes ritmos de la Vida universal a través del intermedio de una mente que, o bien reflejaba pasiva e ingenuamente la acción cíclica de la vida estacional tal como se revelaba en su entorno local, o bien estaba totalmente condicionada por una rígida tradición psíquico-oculta. Posteriormente el hombre trató de captar las leyes del universo, por medios intelectual-rationales, de una manera científica objetiva y formalizada. Pero más allá de dicho enfoque intelectual y cuantitativo-estadístico, y despertando algunas de las perdidas capacidades de su evolución anterior, el hombre puede ahora comenzar a conseguir un estado de resonancia, nuevo y más verdaderamente consciente, con Eso en cuyo campo de existencia participa.

El hombre puede *conocer* más allá de la mera cogitación y racionalización; puede *ver*, sentir, responder al gran juego planetario y cósmico de fuerzas y poderes, y vibrar con la siempre duradera, aunque siempre transformada, Armonía

de la existencia. Esa Armonía que él había perdido; pero sólo para recuperarla en un sentido verdaderamente consciente y participativo; no meramente en términos del mundo de la Naturaleza, de la materialidad y de la vida, sino como una experiencia directa de su Fuente divina y del Principio de Totalidad cuya presencia ilumina su ser total así como la Totalidad universal.

Capítulo nueve

Símbolos y valores

En los capítulos anteriores he recalcado la importancia fundamental del concepto de ciclo, un concepto que da alcance y significado universal al orden y la periodicidad que encontramos en la existencia en el momento en que la consideramos objetivamente. He definido el tiempo como una función de la evolución ciclica a través de la cual, lo que es potencial a la liberación de un impulso creativo original, deviene cada vez más diferenciado y complejo a través de un doble proceso de actualización y relaciones latentes. Al comienzo del ciclo la liberación de energía y potencialidades estructurales, de poder y formas básicas de existencia, opera compulsivamente; pero a través del largo proceso de diferenciación, especialización y refinamiento, y bajo la influencia de incesantes relaciones interexistenciales, la conciencia adopta formas cada vez más definidas en mentes progresivamente más complejas y más estructuradas individualmente.

La individualización de la conciencia ocurre bajo la dirección de egos individuales, moldeados a su vez por las estructuras intelectuales y culturales de la sociedad en la que toman formas particulares. Como durante gran parte del tiempo el ego no consigue emerger de estas estructuras matriciales colectivas, no puede evaluarlas objetivamente. El ego sigue siendo mayormente su criatura, dándolas por hecho de un modo pasivo. Mientras sea éste el caso, y mientras el ego controle la totalidad (o la casi totalidad) de las

reacciones conscientes de un ser humano (su modo de pensar, sus respuestas-sentimiento diarios y su comportamiento acostumbrado), este ser humano difícilmente puede ser considerado como un individuo autónomo. El es meramente uno de los muchos elementos que constituyen juntos una comunidad particular; y esta comunidad, de alcance pequeño y local o de alcance nacional, es estructurada por una cultura definida, una religión organizada, un tipo especial de moralidad, un cierto modo de vida. Estas estructuras colectivas están esencialmente relacionadas con las especiales condiciones geográficas y biopsíquicas que rodean su lento crecimiento; los seres humanos no sólo están relacionados con su entorno natal y sus herencias biopsíquicas específicas, sino que suelen estar apegados a ellos de un modo profundo y apasionado. Se sienten orgullosos de estas raíces colectivas, y se vuelven ferozmente defensivos cuando su validez es cuestionada.

Todas las formas establecidas de comportamiento colectivo y de creencias cultural-religiosas, son estructuradas por grupos de símbolos; pero hay también símbolos que se refieren sólo a la persona individual. Se encuentran símbolos en cualquier área de la existencia humana. Pero, ¿qué es lo que exactamente queremos dar a entender por este término "símbolo", que quizá hoy en día se utilice de un modo más extenso y ambiguo que en cualquier otro momento de la historia? Definir directamente su significado no es tarea simple, pues este significado lo impregna todo, y la palabra se utiliza en tan variados marcos de referencia, que apenas podemos definirla sin implicar en la definición nuestra filosofía básica.

En términos del enfoque de la existencia que estoy presentando en este libro, un símbolo es *la respuesta* dada por una persona o una comunidad de personas, y en algunos casos por la humanidad-en-su-conjunto, a un grupo de experiencias o situaciones que, pese a lo que diversas que pue-

dan parecer al ser consideradas individualmente, al verse en su totalidad revelan una *necesidad existencial* que la evolución de la conciencia de esta persona o de esta comunidad demanda que sea afrontada y satisfecha. La necesidad puede ser sólo personal; los sueños más significativos de un individuo son símbolos que responden a sus necesidades psicológicas, y en la mayoría de los casos sólo a las necesidades de este individuo. Es más característico, no obstante, que un símbolo sea la respuesta a una necesidad colectiva; proporciona, al menos potencialmente, la solución a un problema que afecta al menos a una sección de la humanidad o a cierto tipo de ser humano. Esta solución es más o menos esencial para el bienestar de este grupo; es comunicable y evoca una reacción de parte de la comunidad, sea en el área de la religión, de la cultura, o del comportamiento socio-político y económico.

Tomemos la imagen del Buddha en su característica postura de meditación, una imagen reproducida en Asia millones de veces a lo largo de los últimos veinte siglos. Esta imagen está basada sobre las acciones y el *weltanschauung* o actitud hacia la vida de una persona particular, Gautama; pero la influencia inmensa y duradera de tal personaje sólo puede ser explicada, desde un punto de vista existencial, por el hecho de que Gautama enfocó e incorporó en su personalidad y en su radiación de espíritu, una respuesta esencial a la necesidad colectiva de los pueblos de Asia. En cierto momento de la evolución de esta gente, la imagen del Buddha meditando llegó a representar la solución final al problema de la existencia humana.

El crucifijo cristiano es del mismo modo el símbolo de una *actitud existencial* que la gente del mundo occidental aceptó (y muchos todavía la aceptan) como una respuesta fundamental a la "condición humana", tal como en su tiempo la entendían y profundamente la sentían; esto es, como un estado temporal e impermanente de crisis, que sólo podría

ser afrontado con éxito y significado por medio de un total sacrificio, gracias al cual, y sólo a él, el hombre podría experimentar una trascendente resurrección en el "otro mundo", el reino del espíritu puro. Los pueblos mediterráneos de comienzos de la era cristiana necesitaban evidentemente una solución así, y la vida de Jesús fue transformada en un símbolo que apuntaba hacia la posibilidad de satisfacer esta necesidad. Esta vida fue convertida en *mito*. Fue imitada y reproducida un infinito número de veces por y para los miembros de las Iglesias Católica y Ortodoxa, bajo la abstracta forma del ritual de la Misa, así como en diversos ritos y festivales del año litúrgico.

Un símbolo es una abstracción en el sentido de que es una imagen, o una secuencia de imágenes y acciones, extraída, esto es, abstraída, de un cierto número de hechos reales que son o han sido parte esencial de las vidas de los seres humanos. Aquí, sin embargo, hemos de utilizar la palabra imagen en su sentido más amplio. Algunos símbolos parecen ser enteramente imágenes o conceptos intelectuales; no obstante, están constituidos por elementos que fueron una vez abstracciones de experiencias humanas y sentimientos-respuesta humanos. En el origen de las palabras, e incluso en las letras de nuestro alfabeto y en las formas de nuestros números, podemos hallar formas que, hace mucho tiempo, se referían a actividades e imágenes existenciales. Hemos olvidado estas conexiones arcaicas, igual que hemos olvidado el origen onomatopéyico de las palabras básicas utilizadas en las lenguas antiguas, o incluso la relación existente entre los sonidos de vocales y consonantes y ciertas estructuras biopsíquicas del organismo humano; no obstante, estas conexiones entre lo que ahora parecen ser "signos" puramente convencionales y experiencias humanas originales, son a menudo no sólo reales sino sumamente reveladoras.

Un lenguaje debería ser considerado como un complejo grupo de símbolos en tanto en cuanto, con sus especiales

palabras y formas de sintaxis, responde a una necesidad básica de la humanidad: la necesidad de comunicación. Las fórmulas algebraicas utilizadas en la química moderna, las matemáticas y la física, son igualmente respuestas definidas a la necesidad, no sólo para comunicar precisas formas de conocimiento de generación en generación, sino de modo más general todavía, para establecer sobre cimientos sólidos y seguros un sentido del orden inherente a toda la existencia; y el hombre ha de tener tal sentido del orden si es que ha de retener su cordura. Todas las culturas humanas son medios de transmitir a tipos particulares de seres humanos un sentimiento y una comprensión intelectual específicos, de que viven en un mundo de orden.

Afirmé que el símbolo es una abstracción en el sentido de que es una imagen, o una secuencia de imágenes y acciones, “extraídas” de un cierto número de hechos actuales que son o han sido componentes esenciales de la experiencia humana. Dado que el término abstracción es susceptible de diversas interpretaciones, tratemos de ver claramente en qué difieren los símbolos de los hechos.

Un hecho es lo que es particular y exclusivamente como hecho; puede ser descrito y registrado de tal manera que, al menos teóricamente hablando, su carácter preciso no esté abierto a la duda. Es decir, cualquiera que cumpla las condiciones específicas requeridas para la percepción de este hecho particular puede identificarlo a partir de su descripción. Cuando el geómetra dibuja un círculo sobre el papel ve en él la exteriorización de las relaciones entre un punto central y el lugar matemático constituido por una infinidad de otros puntos que constituyen juntos la circunferencia del círculo. Cuando se lee la descripción técnica exacta de una serie de operaciones necesarias para la construcción de una máquina, estas operaciones tienen un carácter estrictamente objetivo y pueden ser repetidas idénticamente a per-

petuidad. Podríamos también decir en cierto sentido que los “hechos” pertenecen a la categoría de entidades racionales: estas entidades pueden ser definidas con precisión en tanto en cuanto la definición implica todo lo que no son; esto es, la definición esencialmente *excluye* otras entidades conceptuales.

Por otra parte, cuando tratamos de un símbolo, estamos en presencia de algo que va más allá de lo racional y factual, algo que *es más de lo que es*, pues el símbolo describe no sólo lo que parece ser racional y objetivamente, sino también la relación entre una necesidad humana específica y la posibilidad de satisfacer esta necesidad. Cuando en un antiguo ritual mágico el ejecutor del rito trazaba un círculo alrededor de sí mismo con una lanza o una espada, esta acción tenía un carácter simbólico. El mago no pensaba en la fórmula geométrica y racional que define la relación entre el radio y la circunferencia; en vez, enfocaba la energía de su fuerza vital y su voluntad sobre un proceso psicológico y “mágico” de aislamiento, de protección psíquica e integración. Igualmente, si un creyente católico o budista contempla los halos dorados alrededor de las cabezas de santos o budas, no es impresionado por el carácter geométrico de estas formas circulares, sino que es profunda y emocionalmente conmovido por la grandeza y radiante pureza del estado de santidad simbolizado por dicho halo. Igualmente, cuando un sacerdote celebra la misa, sus gestos tienen una cualidad y un poder esencialmente diferentes de los de un obrero que junta las piezas de un motor de automóvil. Los gestos del sacerdote son simbólicos porque evocan una resonancia en el ser más interno de los que creen en su eficacia ritualística, y en el valor que tienen para la humanidad los antiguos hechos evocados y perpetuados por estos gestos. Sus acciones son simbólicas, pues son una respuesta a las necesidades psicológicas que constituyen los rasgos dominantes de la particular fase de evolución humana representada por la era cristiana.

Lo mismo podría decirse de cualquier símbolo verdaderamente religioso, arcaico o moderno. Una imagen o un gesto, un objeto consagrado o un ritual sagrado son símbolos para personas que se sienten fundamentalmente relacionadas con la cultura que produjo estos símbolos, y que resuenan con el ritmo básico de la evolución de la humanidad en su conjunto; el símbolo relaciona un vasto número de seres humanos vivientes con una fase particular del proceso cíclico de desenvolvimiento de tanto la humanidad como el planeta Tierra. El símbolo tiene, por consiguiente, tanto un aspecto existencial, pues conmueve a mentes y almas humanas, como aspecto estructural, pues identifica la necesidad que surge de una particular fase del ciclo evolutivo.

Como *factor estructural*, el símbolo tiene un carácter objetivo y predecible; concretiza un valor que caracteriza una fase particular e inevitable del ciclo. Representa un modo particular de que la especie humana devenga consciente de las actividades y eventos que debe experimentar durante una era específica. Los símbolos del Buddha meditante y el Cristo crucificado, no sólo expresan sino que pueden asimismo iniciar o intensificar dos diferentes modos de sentimiento, y de percatarse del significado básico de las relaciones entre el hombre y su vida terrestre. Cada símbolo corresponde a un período histórico específico, y a un estado específico de desarrollo de la evolución colectiva de la conciencia humana. Esta evolución procede de acuerdo a un ritmo cíclico y dialéctico; procede en diferentes modos en diferentes localidades terrestres, dando lugar a diferentes culturas.

Sin embargo, los símbolos también tienen un aspecto estrictamente *existencial*, pues pueden ser referidos a una inmensa variedad de experiencias y situaciones personales, vividas con inmediatez de sentimiento. El símbolo evoca una respuesta, pero no la limita o predetermina. No puede ser considerado como un elemento del pensamiento racionalis-

ta, pues va más allá de dicho tipo de pensamiento. No puede imponer formas estrictamente definidas de comportamiento o de respuesta-sentimiento sobre las personas emocionalmente conmovidas por su contemplación. El símbolo se refiere más bien a la *potencialidad* de reacciones colectivas o personales, a una categoría de situaciones que tienen algunos rasgos esenciales en común, pero que conducen a resultados existenciales a uno de entre diversos niveles de conciencia, afectando de modo diverso a distintos tipos de seres humanos.

Un símbolo no nos da una información estrictamente particular concerniente a los eventos a los que puede dar un impulso decisivo. Puede referirse a un proceso cósmico, a una actividad social o religiosa, a un drama de la conciencia y una crisis personal, o a una función orgánica del cuerpo humano. Más aún, puede operar o no, pues su influencia transformadora depende no sólo del hecho de que responda a una necesidad esencial en el desarrollo de la conciencia humana, sino de la capacidad de los seres humanos para reaccionar y responder a lo que lleva a su atención, sea esta reacción consciente o no. El símbolo libera un potencial de transformación evolutiva, de dinamismo emocional e intelectual, pero nada garantiza que este potencial será factual y existencialmente actualizado. Del mismo modo, el carácter y cualidad de esta actualización no están definidos por el símbolo, sino que están condicionados por la naturaleza del individuo y la respuesta colectiva de los seres humanos. La corona y el cetro regios son símbolos de autoridad y de poder social, pero no definen el carácter de este o aquel rey que los utilice, o la lealtad y respeto de sus súbditos. Estos objetos simbólicos y sagrados expresan la estructura de las actividades derivadas de la relación.

Cuando alguien dice que un símbolo ha de ser interpretado, significa que hemos de asegurarnos de los contenidos existenciales que llenan el contenedor estructural, el símbo-

lo. El símbolo relaciona física o intelectualmente a quien lo contempla con una vasta posibilidad de actividades o eventos, que son evidentemente de importancia para esta persona mientras se halle conmovida, física o emocionalmente, por lo que emana del símbolo. Descubrir el significado del símbolo es descubrir lo que en la naturaleza del contemplante tiene necesidad de la potencialidad de acción o comprensión implicadas en el símbolo. Por ejemplo, descubrir el significado de un importante sueño es entrar en contacto existencial con la estructura de eventos que ayudarán a la actualización de aquello que en la psique era hasta ahora sólo una potencialidad inconsciente; pero una potencialidad dinamizada por un profundo movimiento hacia la realización personal inherente a la seidad de la persona.

La experiencia de Pablo en la ruta hacia Damasco es un ejemplo de dicha situación. El era el representante de un gran número de seres humanos que se hallaban en un ambiguo estado psicológico, como resultado del conflicto entre los valores del viejo mundo mediterráneo y la nueva civilización universal que el Imperio Romano estaba haciendo posible. Saulo (Pablo) daba cuerpo a este dualismo, siendo a la vez ciudadano hebreo y romano. Podría haber considerado su experiencia a un nivel puramente existencial, atribuyéndola causas muy naturales o estrictamente psicológicas. Pero comprendió el profundo significado del símbolo de Cristo, y pudo ver en él algo más que una respuesta a su propia necesidad, una "revelación" a su persona. Refirió por tanto su interpretación de la experiencia a una situación social y religiosa que iba mucho más allá de su propia personalidad, integrándola así en un vasto proceso histórico. Pablo se sintió él mismo el agente para una potencial transformación de la humanidad de ese tiempo. Dió a Cristo, de quien había devenido intensamente consciente, (un Cristo que difería en verdad grandemente del Jesús existencial cuyas palabras y muy simples acciones están registradas en los Evangelios), un significado estruc-

tural e histórico. Dramatizó la vida de Jesús y la hizo el símbolo de una crisis radical que indica la transformación de la conciencia humana de un estado a otro. Gracias a él y a los apóstoles que aceptaron su visión, la vida de Jesús devino un punto de inflexión en la evolución humana; en ellos el símbolo devino acción y poder de actuar.

¿Es *verdad* que la vida de Jesús fue el punto esencial de inflexión en la evolución de la conciencia humana? Desde el punto de vista existencial no podemos hablar de una verdad absoluta. Se puede sin embargo comprender que en el tiempo en que vivió Jesús ocurrió un punto de inflexión de la historia, y puede decirse que el poder para actuar inherente a su vida, cuando transformado en el símbolo y manifestación de nuevos valores, dió un carácter básicamente nuevo a la mentalidad colectiva de grandes segmentos de la humanidad y, al menos indirectamente, a toda la Mente del Hombre. En este sentido el símbolo de Cristo, y antes de éste el símbolo de Buddha, deberían ser considerados como manifestaciones de fases críticas en el ciclo de la humanidad y del planeta Tierra.

El poder de los símbolos es a menudo inmenso. Es el poder mismo del proceso de evolución humana. Este poder actúa *a través* de hombres que lo condensan, y que al mismo tiempo extraen de las crisis a las que se enfrentan nuevos valores y símbolos que, exteriorizando estos valores en formas llamativas y atractivas, inician un proceso de transformación. Tales hombres constituyen la élite creativa de la humanidad, son los hombres-simiente, los grandes mutantes de la humanidad.

El concepto de ciclo que se halla en la raíz de nuestra perspectiva holística del mundo es un símbolo, igual que lo es la famosa ecuación descubierta por Einstein $E=MC^2$, y su Teoría de la Relatividad. Si considero este símbolo del ciclo como eminentemente válido y en verdad esencial hoy en día,

se debe a que creo profundamente que la idea de la ciclicidad de existencia y de tiempo constituye la respuesta básica a las necesidades filosóficas, psicológicas, religiosas, éticas y sociales de nuestro tiempo. Esta necesidad ha alcanzado un punto de gran intensidad a causa de las condiciones en las que vive nuestra humanidad actual, y a causa de los conflictos que inevitablemente encara en el proceso de asimilar, organizar y sintetizar una multitud de tradiciones dentro de las estructuras de una civilización global omniabarcante.

La fórmula de Einstein también respondió a una necesidad histórica, incluso si el uso que las naciones modernas están haciendo de este gran símbolo de la relación fundamental entre energía y masa puede conducir a la catástrofe. Pero, quién sabe, tal vez una civilización necesite destruirse a sí misma de modo que pueda liberarse un nuevo cuanto de potencialidad de existencia humana. La radioactividad podría ser dominada por una sociedad radicalmente nueva, y quién puede decir si la emergencia de un nuevo tipo de organismo humano no podría depender de que exista una mucho mayor cantidad de elementos radioactivos en la biosfera. ¿Por qué tendemos siempre a esperar que nuestro conocimiento sea más o menos final, y que nuestras llamadas leyes sigan siendo siempre válidas, y nuestras pequeñas verdades siempre verdades absolutas?

VERDAD, VALOR Y SIMBOLO

Para la mayoría de la gente que vive hoy en día, las fórmulas de la física moderna y de las matemáticas superiores expresan relaciones estructurales que son incuestionablemente veraces y seguras representaciones de las realidades existenciales. Las fórmulas de Newton son también veraces, pero sabemos ahora que sólo son veraces hasta cierto punto y bajo ciertas condiciones. Apenas sabemos lo que la gra-

vitación o incluso la electricidad realmente son; nuestras definiciones de la luz son bastante ambiguas. Incluso las ciencias más exactas implican postulados de los que no se puede decir que sean absolutamente veraces.

Podemos construir geometrías no euclidianas basadas en el postulado de que dos líneas paralelas se juntan. No es *necesario* que digamos que una proposición y su opuesta no pueden ser ambas verdad. Pueden haber universos, o incluso largos períodos en nuestro universo, estructurados por leyes de naturaleza diferente a las que observamos hoy en día. Afirmamos que la velocidad de la luz es una constante universal, que las leyes de la termodinámica y el principio de conservación de la energía son verdaderas. ¿No deberíamos tal vez, como hizo Henri Poincarre, considerarlas, más fundamentalmente, como convenientes? Cumplen una función que nos permite definir nuestro sentimiento y experiencia del orden existencial y la periodicidad, y nos permiten actuar con confianza, obteniendo resultados relativamente ciertos en un futuro relativamente próximo. Estas leyes y principios de orden estructural tienen *validez*. No sabemos si expresan la Verdad.

Esta palabra, "verdad", tiene un carácter de ambigüedad al que no deberíamos permanecer ciegos. De acuerdo a su uso actual cotidiano, podemos decir que es verdad que el estado de Ghana se halla en África Occidental, que el Sol, a finales de Marzo, se pone exactamente por el Oeste, y que la Tierra es un esferoide. Estas afirmaciones se refieren a hechos que son parte de nuestra experiencia humana común; son hechos simplemente porque a cualquier hombre que cumple las condiciones de observación requeridas y que posee las necesarias facultades de percepción, le es posible experimentar su carácter factual. Por otra parte, si tratamos de nuestros propios sentimientos o experiencias internas que otras personas no son capaces de sentir o experimentar (o al menos no tan directa y precisamente como nosotros los

experimentamos, pues entra un factor individual esencial en tales eventos interiores), entonces el calificativo de verdadero sólo puede tener un significado relativo. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los conceptos metafísicos, y del significado que una persona atribuye a términos ambiguos como Dios, tiempo, alma, mente,... pues estos términos están cargados de sobretonos emocionales y personales.

Si de repente escucho una voz, aparentemente originada en un lugar al final de mi estudio, y sin embargo sé con certeza que nadie ni ningún instrumento hay ahí que puedan producir el sonido, y la voz me da un importante mensaje, no puedo honestamente decir que esta experiencia sea verdadera o real en el sentido ordinario de la palabra; no hay nadie aquí que comparta la experiencia, y quizá nadie habría sido capaz de compartirla. No obstante, es mi experiencia, y nadie tiene derecho alguno a negar este hecho. La experiencia puede muy bien tener un inmenso valor para mí; puede responder a una profunda necesidad dentro de mi personalidad.

Sin embargo, si habiendo tenido esta experiencia digo a un amigo que el mensaje constituye una "verdad revelada", esto causaría en su mente una confusión semántica. Si él no es capaz de compartir mi experiencia, al menos teóricamente, no es *verdadera* para él; sin embargo podría serle muy *valiosa*. Sería valiosa como símbolo, esto es, como respuesta a una necesidad que mi amigo y yo tenemos en común. Tenemos la misma necesidad, pero el suceso que contiene una respuesta a esta necesidad es una experiencia sólo para mí; es un símbolo para mi amigo. Yo no puedo realmente comunicar la experiencia misma; tan pronto como la formulo o en algún modo la exteriorizo para otros, se convierte meramente en un suceso interesante o en un símbolo conmovedor.

Lo que Pablo relató como su experiencia en la ruta hacia

Damasco, no puede decirse que sea cierto como hecho; sin embargo todos los hombres que se sienten psicológica y moralmente relacionados con Pablo y con su estado de conciencia en el momento de su experiencia catártica, pueden justamente considerar la visión de Pablo y sus consecuencias como un símbolo que afecta profundamente a su ser más interior. Lo mismo podría decirse de la experiencia de Moisés sobre el Monte Sinaí, o de la consecución del Nirvana por parte del Buddha bajo el árbol bodhi, o de la revelación recibida por el gran profeta persa Baha'u'llah mientras se hallaba encadenado a criminales en el fondo de una horrible cisterna sin aire (la revelación de su misión como una "Manifestación divina"). La radiación liberada por tales experiencias transfiguradoras ha cambiado vidas y mentes de millones de seres humanos; sin embargo, existencialmente hablando, nadie puede afirmar que fueran *verdaderas*.

No obstante, el tipo de experiencias que ocurren al comienzo de importantes períodos históricos, representan realmente fases esenciales en el proceso cíclico de evolución de la conciencia humana. Desde el punto de vista de la *estructura* de este proceso, y cuando son consideradas por una mente capaz de percibir este proceso eónico como una totalidad, las experiencias de grandes personajes históricos tienen un profundo significado y valor. Ellos y los modos de cognición que ejemplifican, tienen un valor estructural. Existen (¡lo que es el modo existencial de decir *sub species eternitatis*!) como una función del orden cíclico de la evolución de la conciencia del Hombre. Estas experiencias representan aspectos sucesivamente actualizados del potencial original del Hombre. Para la persona individual que tiene estas experiencias, ellas tienen un carácter existencial irrefutable; pero, repito, para los discípulos y para los millones de creyentes que les siguen, son símbolos. Tienen un profundo y radical valor, estructural y eónico; pero no son verdaderas para el significado existencial de la palabra verdad.

La importancia de esta distinción es fundamental. En primer lugar, cuando alguien afirma que su experiencia es verdadera, tal afirmación, al menos para la mentalidad racionalista y lógica de Occidente, inevitablemente evoca la afirmación opuesta; puede ser falsa. Aparece inmediatamente un dualismo básico, y nos hallamos en el plano del moralista que establece categorías opuestas de juicio, lo bueno contra lo malo. Sin embargo, los modos dualistas de conciencia y de juicio ético son factores básicos en la evolución humana, pues los hombres se hallan constantemente enfrentados a la necesidad de escoger entre posibilidades aparentemente contradictorias de acción o de interpretación intelectual. Algunas personas o grupos de personas siguen un cierto sendero, otras toman una ruta opuesta. El resultado suele ser un agudo conflicto inevitable, sea un conflicto físico o ideológico.

El conflicto es inevitable en el momento en que los seres humanos que encaran senderos opuestos de acción o creencia, dan a su elección un sentido *absoluto*, si afirman que lo que ven como la "verdad" o lo "correcto" es absolutamente y para siempre verdadero y correcto. Ningún individuo necesita tomar tal actitud, o al menos los hombres no necesitan tomarla a todo lo largo de la evolución de la humanidad. La actitud dualista es necesaria durante largos periodos de la evolución, pero llega un momento en que ha de ser dejada detrás si es que ha de haber crecimiento. El modo dualista de conciencia puede ser superado cuando uno comienza a introducir en los juicios de verdadero-o-falso o bueno-o-malo, el factor de tiempo; es decir, cuando se tiene en consideración el carácter de la fase del proceso cíclico de evolución en el cual tiene lugar el juicio. Una cierta fase de la evolución de la conciencia recalca la necesidad de un cierto tipo de decisión, de una particular clase de deseo y atracción, o de categorías específicas de conceptos intelectuales; otra fase presentará otras necesidades que pueden ser opuestas a las primeras. La solución de estas necesida-

des son cada una verdaderas en relación a los seres humanos que experimentan las contrastadas necesidades. Las diferentes soluciones representan diferentes valores humanos.

El concepto de un proceso cíclico de existencia multinivel constituye en sí mismo un valor fundamental. Dentro de este concepto podemos entender y apreciar todas las soluciones a las siempre cambiantes necesidades del hombre evolucionante, que sucesivas e incluso simultáneas sociedades han buscado incorporar en modos de vida colectivamente glorificados e institutos culturales. Podemos reconocer que todos estos valores eran adecuados y legítimos en el tiempo y lugar en que satisficieron las necesidades estructurales de seres humanos (tanto individuos como grupos), en tanto en cuanto fueron ajustados a fases particulares del proceso cíclico de evolución humana.

Los valores deben cambiar en el momento en que comienza una nueva fase de evolución, sea de la humanidad en su conjunto o de un solo individuo. Las fuerzas que se oponen al cambio, grupos sociales y clases privilegiadas de la sociedad, o los hábitos de comportamiento, las lealtades obsoletas y los complejos en la persona individual, son todos obstáculos al proceso de desarrollo; sin embargo, en algunos casos pueden ser útiles como frenos para impedir una precipitación caótica hacia nuevas pero nebulosas y todavía peligrosas metas. En cualquier caso (¡y puede haber tanta diversidad de circunstancias!) no deberíamos hablar de una oposición absoluta entre verdad y error, o entre bueno y malo, sino sólo de un estado de transición de una serie de valores a otra. Los nuevos valores son la respuesta a nuevas necesidades humanas, y siempre encontramos estos valores condensados, exteriorizados y formulados en términos de hechos existenciales como símbolos nuevos, o al menos radicalmente renovados y reactivados, capaces de encender así como enfocar la imaginación de los hombres.

El concepto de ciclo es, al menos potencialmente, el más incluyente de todos los símbolos, pues constituye un marco de referencia para todos los símbolos; nos permite situar y dar un significado estructural a todos y cada uno de los símbolos. Responde quizá a la más profunda necesidad de la mente humana, la necesidad de armonizar, dentro de un patrón inteligible de orden y significación, ideas y creencias, modos de sentimiento y comportamiento, que aunque radicalmente diferentes deben considerarse de un valor objetivo e histórico-geográfico.

Esto sólo puede hacerse de modo convincente si cada punto de vista o modo de vida es visto sobre el trasfondo de todo un ciclo de existencia, y si cada uno es entendido como una función de la particular fase del ciclo que caracteriza. Dado que ciclos con diferentes puntos de partida y de diferente duración constantemente interaccionan y se solapan, se sigue que una gran variedad de valores pueden ser incorporados y proclamados en sociedades y culturas contrastantes durante el mismo período de tiempo, como es particularmente el caso hoy en día. Los valores difieren simplemente porque cada una de estas sociedades se halla en una fase diferente de su ciclo evolutivo, y en consecuencia tiene diferentes necesidades. Más aún, cada sociedad cumple una función diferente dentro del total de la humanidad. Si somos capaces de entender lo que son estas diferentes fases y funciones, podemos aceptar los valores conflictivos como eminentemente valiosos, al menos para la gente cuya existencia guían o rigen; y podemos hacer esto no meramente en un espíritu de tolerancia quizá hipócrita, sino con profundo y respetuoso entendimiento.

De tal espíritu de entendimiento nuevas técnicas de armonización intergrupales e interculturales pueden emerger, lo que sería mucho más sano y estable que nuestros modernos procedimientos de comunicación, discusión y concii-

liación, usualmente basados meramente en algún compromiso a regañadientes. La humanidad necesita crucialmente tales nuevas técnicas, conforme avanza, voluntariamente o no, hacia un estado de integración planetaria altamente compleja. Toda la gente necesita la capacidad de captar estructuralmente el lugar que ocupan sus propias culturas y sistemas de valores dentro del marco del proceso planetario de evolución de la omniabarcante mente del Hombre; y sólo pueden hacerlo si dejan de considerar símbolos nacidos de las particulares necesidades de una fase particular del ciclo, como verdades absolutas. Repito, verdades absolutas implican inevitablemente errores absolutos, y tal creencia en algún Absoluto atemporal más allá de la existencia tiende a conducir a una devastadora forma de escapismo. Si el factor tiempo no es integrado en un juicio de valor, tal juicio estará casi siempre basado en un desviado sentido de los valores. Los problemas no pueden entonces ser formulados bien, ni pueden encontrarse soluciones válidas, y el resultado inevitable es o bien un estado de profunda confusión, o bien una guerra constante entre valores irreconciliables.

Un ejemplo banal puede mostrar cómo, si no se introduce el factor tiempo en la formulación de un problema, no podrá uno a menudo encontrar una respuesta aceptable. A un joven estudiante se le da un test escrito como el siguiente: "El Sol se pone en el oeste. Respuesta: cierto o falso". ¿Cuál debería ser su respuesta? En realidad no existe una solución sí-o-no posible para este problema, pues el Sol se pone exactamente por el oeste sólo en el momento de los dos equinoccios; en cualquier otro momento la puesta es más o menos noroeste o suroeste. Por consiguiente, sin introducir el factor tiempo, y sin referirse actual o implícitamente al proceso anual, el estudiante no puede dar el tipo de respuesta que se le pide.

Un tipo muy similar de ambigüedad se halla inherente a

la mayoría de los problemas metafísicos que han atormentado a los pensadores occidentales. Considerad por ejemplo el famoso problema de libre albedrío frente a determinismo. La cuestión de si un hombre es libre o está controlado por patrones fundamentalmente preordenados, o por el poder de Dios, carece de sentido real si no se introduce en la pregunta: *dónde, cómo y para qué*. El significado de “libertad” cambia en cada etapa básica de la evolución de la conciencia humana, sea la conciencia de toda una raza humana, o de una persona que evoluciona del nacimiento a la muerte. Semejantemente, el significado de un término como “Dios” es entendido diferentemente por un niño durante las primeras etapas de su desarrollo mental que por un sabio filósofo de 60 años.

Se puede aducir que existe una Realidad, Dios, a la que diferentes personas se relacionan de modos diferentes; que mientras que los enfoques del niño y del sabio difieren, Dios es siempre lo que *El realmente* es. Pero desde el punto de vista presentado en este libro, lo que es real es en cada caso el enfoque, esto es, la necesidad existencial que en los seres humanos parece subyacer a su imaginar y evocar la presencia de algo o alguien llamado, en una u otra lengua, Dios. Es una necesidad existencial y por consiguiente siempre cambiante; cambia de acuerdo con la fase del proceso de evolución de la conciencia de la raza, el grupo, o la persona individual.

Realmente el término Dios representa una *relación cíclica y estructural* entre uno de las miríadas de existentes que aparecen a todo lo largo del vasto ciclo planetario de la humanidad, y el estado de unidad del ciclo-en-su-totalidad, el Eón. Esta relación es una realidad cíclica; y es expresada por una multitud de símbolos a los que se dan diferentes significados y valores, todos ellos por igual válidos e indispensables en ese particular momento del proceso cíclico de la sociedad y de la cultura que les dió forma y poder.

LO INDIVIDUAL Y LO COLECTIVO

Hoy en día, conforme nos acercamos al nacimiento de una civilización de alcance planetario, ha surgido en la conciencia humana la necesidad imperiosa de integrar los numerosos símbolos del pasado. Estamos impelidos, y en verdad espiritualmente compelidos, a descubrir a dónde pertenece cada uno de ellos histórica e intelectualmente, y a intentar dar a la relación hombre-Dios un significado cíclico omniincluyente. Nos encontraremos pues obligados a utilizar el símbolo básico que expresa lo más ampliamente posible esta relación total, pues incluye y sitúa a todos los otros símbolos, esto es, el símbolo del ciclo.

Encaramos realmente la misma situación cuando consideramos el significado de la relación de la persona individual con su comunidad o con la humanidad en su conjunto. Esto conduce inevitablemente a diferentes conclusiones de acuerdo al cuándo y al dónde de tal estudio. En una etapa temprana de la evolución humana, cuando cada hombre es una parte casi completamente indiferenciada de la unidad tribal, la condición de seidad individual autosuficiente y autodeterminada, es para unos pocos hombres tribales un sueño, quizá un ideal. Para los líderes religiosos ordinarios y los fabricantes de mitos de ese período, este ideal representa algo malo, y lo simbolizan en las figuras de los "ángeles rebeldes" o (en la India) los asuras (no-dioses), contra quienes los dioses libran una implacable "guerra en los cielos".

El mito de Prometeo en Grecia tiene el mismo significado pero incluye ya algunos nuevos elementos; Prometeo da a los hombres todavía no individualizados y ligados a la tribu, el "fuego" de la seidad individual que les hace individuos autoconscientes y *potencialmente* libres, y para esto incurre en el odio del gran dios Júpiter. ¿Por qué Prometeo roba el fuego y lo da a los hombres? Por compasión. Este es el nuevo elemento, la compasión; y a causa de él Prometeo es al final

liberado por un héroe humano que ha devenido el símbolo del individuo victorioso y libre. Una nueva fase de evolución humana ha comenzado; trae al foro nuevos símbolos que glorifican la nueva posibilidad (en verdad la nueva necesidad) de desarrollo espiritual para el hombre.

El proceso de individualización muy pronto se revela cargado de grandes peligros, salvo que sea referido a una realidad más abarcante. Ha de encontrarse una solución, y al principio se busca al nivel psicológico o psíquico. El hombre, el individuo, oprimido por su soledad y su lucha, a fin de contrarrestar una inevitable tendencia hacia el total aislamiento y una autodestructiva glorificación del ego, *imagina* un Dios personal con Quien poder mantener un diálogo que trascienda al intelecto. Esto da al hombre la posibilidad de desarrollar plenamente su potencial de seidad individual en relativa seguridad psicológica. Todo lo que parece ideal se orienta entonces hacia la consecución de la pura seidad individual, una consecución que recibe una sanción trascendental de parte de las "religiones superiores" y que conduce a la realización, por la persona sola y esencialmente aislada, de una unión mística con una Realidad absoluta más allá del tiempo y del espacio.

A un nivel más concreto y social, la glorificación de la persona individual tiene su aspecto *negativo* en el "áspero individualismo" de los pioneros americanos, o de cualquier tipo pionero de vida. Su aspecto *positivo* es el ideal del "hombre libre" quien, seguro y fuerte en la comprensión de su seidad individual y su propia verdad-de-ser, es plenamente capaz de cooperar con sus compañeros en la edificación de la sociedad democrática ideal de hombres libres en todas partes. Realmente, sin embargo, el concepto de la persona individual como un "ciudadano" dotado de derechos sociales no erradicables representa un ideal y una meta evolutiva altamente abstractos. Lo que la conciencia humana encara por todas partes son factores ordenados colec-

tivamente, aunque personas teóricamente individualizadas sean tan a menudo ciegas a este evidente hecho.

Las diferencias individuales entre los hombres son muy pequeñas si se comparan con todos los factores vitales que estos hombres tienen en común. Más aún, la mayoría de los miembros de una particular sociedad están en un noventa por ciento controlados por patrones culturales colectivos de comportamiento y pensamiento; hablan la misma lengua y utilizan los mismos símbolos en términos de las mismas necesidades básicas. Incluso los sentimientos de los hombres y mujeres atados por la cultura muy a menudo se funden en reacciones en masa. Cuando surgen diferencias ligeramente más profundas (de color, de raza y entorno climático, de cultura y religión), tienden a adoptar formas desproporcionadas y provocadoras de peligros, y la persona supuestamente individual rápidamente se encierra en el seguro recinto de la identificación con su grupo, su gente, su cultura. Los hechos apuntan a factores colectivos en la vida humana; las características verdaderamente individuales son magnificadas más allá de toda proporción en la mayoría de los casos. Similarmente, un artista creativo tiende a hipersubrayar su originalidad, su unicidad, pero para el crítico de arte de un par de siglos más tarde, sus obras y las de sus colegas, a menudo considerados en su día como motivados por un agudo conflicto de ideales, resultan manifestaciones del *estilo* colectivo único de la época.

La persona puramente individual, así como el ciudadano "libre e igual", son mayormente "mitos"; son símbolos que responden a la necesidad evolutiva de esta era histórica. Sin embargo estos símbolos inevitablemente requieren otro gran símbolo: un Dios personal con Quien un individuo pueda mantener un diálogo interno cuandoquiera que necesite seguridad, guía y un sentido de total comunión. Cuando la creencia en este Dios y en la posibilidad de diálogo con El se desvanece de la mentalidad del hombre, entonces una crisis

psicológica, que puede muy fácilmente acabar en una crisis social, resulta inevitable. Estamos hoy en día en medio de una crisis así. Obliga a los seres humanos "sin Dios" a buscar de algún otro modo un diálogo real y una total comunión. Para muchos inquietos individuos modernos el sexo parece ser el único otro modo; pero excepto en casos raros, conduce a la decepción, quizá a la amargura o a la perversión, e incluso al crimen individual o colectivo.

Nuestra sociedad está hoy en día tambaleándose bajo la presión de estos hechos que apuntan a la necesidad de nuevos símbolos. Recientemente hemos empezado a comprender, y lo que es más, a experimentar la necesidad de referir los símbolos de la persona individual y del hombre libre de una sociedad democrática, a un proceso más amplio de evolución humana. Apenas comprendemos que *por ellos mismos* estos símbolos no tienen sino un significado transitorio e ilusorio; adquieren un significado "real" y seguro sólo cuando operan dentro de un marco más amplio de referencia, y en términos de un símbolo nuevo y omniincluyente. Los términos Hombre, Humanidad, el Globo, el Planeta-en-su-totalidad, constituyen intentos conceptuales por dar una forma definida a la necesidad de un símbolo así. Pero el intento debe fracasar si no incluye al símbolo antiguo, Dios, e incluso de una comunidad humana más cerrada que re-evoque, aunque con un nuevo significado, el sentido de pertenencia encontrado en las unidades tribales. Estamos llegando a un estado de síntesis evolutiva. Tanto la tesis como la antítesis tienen de algún modo que participar en esa síntesis, aunque sea en un sentido transfigurado.

La transfiguración del ideal de la tribu ha sido demostrado en la Francmasonería, o al menos en la forma original de este movimiento hace unos 250 años. La Logia Masónica representa una versión nueva y moderna del antiguo concepto de la Hermandad oculta que suele ser tan poco entendido hoy en día. Su corolario más significativo es un proceso

ordenado de transformación de la persona humana, a través de una serie de iniciaciones que miden e identifican sus pasos progresivos hacia el dominio de poderes y facultades suprapersonales. Estos se adquieren cuando un hombre deviene un “agente” para el propósito global del “Gran Arquitecto del Universo”, salvo que llegue a seguir el camino de la autodestrucción y el total aislamiento. Este símbolo del G.A.D.U. es una repolarización de la imagen del Dios personal recalcada en las religiones del oriente Próximo. Mientras que un Dios personal entra en diálogo con las personas individuales (constituyendo Dios y el individuo realmente dos aspectos, infinito y finito, del mismo concepto), el Gran Arquitecto es visto más bien como la Fuente creativa de un vasto proceso universal, en el que los hombres que han alcanzado el tercer grado de Maestría son capaces de participar conscientemente como Sus agentes, como Constructores del Templo del Hombre.

Este Gran Arquitecto del Universo es el “Padre oculto” Quien estructuró en la Mente el proceso de evolución del universo antes de que éste empezara a operar. Para nosotros los hombres este proceso tiene significado concreto básicamente en términos de nuestro planeta, la Tierra, visto como un vasto campo de actividades interdependientes operantes a diversos niveles. En verdad este planeta es, para la humanidad en su conjunto, la Logia. Dentro de este único Campo de actividad todos los hombres son *potencialmente* co-edificadores del mañana. A partir de los esfuerzos coordinados y compañeros de aquellos individuos que han acordado vivir en términos de un símbolo (el Globo, la Logia) que incluye sus seidades básicas interrelacionadas y sus capacidades diferenciadas y autocontroladas para el trabajo de edificación, el estado omega del ciclo planetario adoptará gradualmente una forma concreta.

En esta imagen simbólica de una humanidad unida, los principios de seidad individual y libertad personal cierta-

mente que no se hallan ausentes; están transfigurados. Han de probar su validez con la única prueba que importa: la prueba de las obras. Si un hombre alega ser una persona individual debería probarlo mostrando su liberación del poder familiar de familia, cultura y creencias tradicionales. Si demanda "igualdad", debería ser capaz de encontrarse con sus iguales al nivel de su actividad y de su cualidad de respuesta a los retos de la vida. Nada debería darse por supuesto que no pudiera demostrarse que sea real, aquí y ahora, sea directamente, o a través de sus consecuencias inmediatas y actuales; y la prueba última es el hecho tangible por la consagración total de un hombre a lo que demanda su participación en el proceso de evolución humana. Todo lo demás es un medio para un fin, incluyendo experiencias místicas o revelaciones misteriosas.

Es siempre esencial para los seres humanos ser capaces de responder a las necesidades a las que se enfrentan. Surgen nuevos símbolos cuando nuevas necesidades humanas los requieren. Deberíamos reconocer estas necesidades objetiva y desapasionadamente, y buscar abrir nuestra conciencia a esos acontecimientos o a esas acciones especialmente significativas que parecen estar preñados de significado simbólico. Algunos símbolos pueden evidentemente tener sobre todo un significado personal, respondiendo sólo a una necesidad temporal; una necesidad condicionada por las tensiones y conflictos que en la mayoría de los casos están inevitablemente asociados con lo que he llamado la conciencia del ego. Otros símbolos emergen de situaciones y experiencias colectivas, que un vasto número de personas comparte por un período relativamente largo. Algunos símbolos pueden ser tan fundamentales que sin duda tengan una suerte de carácter arquetípico en tanto en cuanto son parte integral de "la humanidad común del hombre", la cual puede ser interpretada como la Imagen del Hombre dentro de la Mente creativa de Dios-ELOHIM; una Imagen que no es sino un tema susceptible de un número

casi infinito de variaciones.

En cualquier caso, sin embargo, el símbolo no tiene ningún significado real salvo que sea profundamente sentido por una persona humana, salvo que libere poder existencial, el poder de transformar algún aspecto concreto y perceptible de su existencia. Legislar el carácter de los símbolos o hacer dogmas a partir de su validez es esencialmente fútil. La única prueba de la validez de un símbolo es el hecho de que actúe sobre los seres humanos; y parece probable (aunque ciertamente no podemos estar seguros), de que sólo los seres humanos pueden ser afectados vitalmente por los símbolos. Los animales responden a *signos* que les conducen a esperar ciertas acciones o regalos de alimentos o golosinas. Los seres humanos pueden ser conmovidos y transformados por los *símbolos*, pues en éstos encuentran claves para la solución de problemas básicos que sólo pueden ser resueltos cuando se refieren a una Totalidad mayor en la que los hombres participan más o menos conscientemente; y en el límite, a los ciclos completos de la evolución humana.

Como el Conde Korzybski escribió en su temprano libro LA MADUREZ DE LA HUMANIDAD, el hombre tiene “la capacidad de ligar tiempo”. Puede transferir el conocimiento nacido de la experiencia a generaciones futuras. Esto lo hace a través del uso de símbolos. Con sus símbolos llega más allá del final del ciclo de su propia personalidad, su muerte, y se immortaliza como contribuyente a la Mente Unica de la humanidad. A todo lo largo de su lapso de vida un hombre comparte los tesoros del pasado humano y, si es creativo, añade a estos tesoros los símbolos (palabras, hechos registrados o recordados, obras de arte, imágenes y ahora fotografías) que constituyen juntos no sólo la impronta de su personalidad, sino también su “semilla”.

Una cultura, vista desde la perspectiva de varios siglos o milenios tras su gradual desintegración, se entiende quizá

mejor a través de complejos grupos de símbolos incorporados en su literatura y en su arte. El arte, en el sentido más general de la palabra, incluye música, literatura, danza, así como las artes visuales, pintura y escultura, y constituye la más vívida y llena de significado “manifestación simiente” de una antigua cultura, o incluso de una particular fase secular del desarrollo de una cultura que puede todavía estar en el proceso de completar su ciclo de existencia creativa.

A causa de esto es necesario concluir este capítulo sobre los símbolos con una breve discusión de lo que el Arte es capaz de transmitir a la humanidad del día presente, en un momento en que por primera vez en la historia hombres de todas las culturas alrededor del globo pueden comunicarse a través de la experiencia del Arte, no sólo con todas las manifestaciones creativas de artistas vivos de todas partes, sino, más significativamente todavía, con los productos-simiente de todas las pasadas culturas que han dejado símbolos-Arte como testimonio de su íntima preocupación por el gran problema de la existencia, y como respuestas colectivas a la necesidad humana de su tiempo.

EL ENFOQUE PLANETARIO DEL ARTE

Un símbolo sin una función existencial, un símbolo que no responde a una necesidad característica de una fase particular de la evolución de la conciencia de una persona o de una comunidad, no es realmente un símbolo. En este sentido podemos decir que un símbolo es esencialmente útil en tanto en cuanto sirve a un propósito vital de la evolución del hombre; y lo mismo se aplica al Arte en general. Sin embargo probablemente confundiría a la gente si afirmáramos que el Arte tiene una función de utilidad, pues la palabra utilidad suele ser referida sólo a las necesidades físicas diarias. El Arte sirve a un propósito, pero este propósito adopta aspectos muy diferentes de acuerdo a si opera

en uno u otro de los diversos niveles de la existencia humana. El hombre tiene esencialmente necesidad de una experiencia profundamente asentada de orden y estructura. Necesita ser asegurado en todo modo concebible de que el nuestro es un universo de orden en el que ocurren periódicamente ciertos sucesos vitalmente importantes (tales como el amanecer, la llegada de la primavera, o las inundaciones del Nilo). El espera la recurrencia de tales sucesos igual que espera la recurrencia de un tema en una fuga o sinfonía musical, o un motivo geométrico en una arquitectura, y cuando sus expectativas se ven justificadas se siente más en paz consigo mismo y con el universo.

El Arte llena esta necesidad humana de una experiencia cada vez más sutil del orden estructural. Si una obra de Arte presenta a una persona una clase de orden repetitivo o de desarrollo estructural que contraría lo que esperaba, experimenta una sensación de frustración o incluso de resentimiento e indignación. Por esta razón una obra de Arte se espera que tenga *forma*, lo que, sin embargo, es lo mismo que decir el tipo particular de orden estructural que han exhibido las anteriores obras de Arte de esta particular cultura. El innovador en el Arte es siempre acusado por los críticos (que echan sobre sus espaldas la responsabilidad de ser los guardianes de la tradición) de producir obras de Arte "sin forma". La música de principios del período de Debussy, que no acababa con un definido subrayado de la tonalidad de la pieza, dejaba a la mayoría de los oyentes con una frustrante sensación de algo inacabado; los dejaba "colgados en el aire", decían. Sus expectativas de un final satisfactorio eran contrariadas, y este hecho revela el profundo enraizamiento de la percepción instintiva de que la vida es cíclica, y de que todo gran ciclo normalmente termina con una afirmación de perfecta consecución en consonancia, en alguna suerte de presentimiento del estado omega, o estado-simiente.

No tiene mucho sentido, sin embargo, esperar que toda

obra de Arte presente en todo momento un cuadro de cumplimiento cíclico o equilibrio formal. Aunque el hombre necesita sentir el orden y la estructura alrededor suyo, también tiene una necesidad esencial de transformación dinámica. En las llamadas eras clásicas, el sentido de orden estructural normalmente prevalece, y tales eras suelen seguir a períodos altamente perturbados al nivel político-social o espiritual. Pero hay momentos en los que el cambio deviene imperativo, cuando las estructuras del ego y los moldes tradicionales han devenido prisiones para el espíritu libre creativo y deben ser quebrados; hay momentos en que un estrecho provincialismo cultural ha de ser expandido o disuelto a fin de permitir que tengan lugar experiencias de horizontes más amplios. Entonces el exclusivismo de una era clásica debe dar lugar a la inclusividad de un período romántico o post-romántico, y la exigencia de una inclusión cada vez mayor de valores (que al principio parecen ajenos al espíritu de esa cultura) no sólo está justificada (estéticamente, así como ética o intelectual y científicamente) sino que es necesaria e inevitable.

Puesto que hemos alcanzado ahora un período de constante contacto con culturas ajenas a la nuestra desarrolladas en cualquier continente, es necesario e inevitable que incluyamos en nuestro Arte símbolos y tipos de estructuras que al principio perturban nuestro sentido del orden y nuestras expectativas. Como la mayoría de la gente al principio se incomoda al verse perturbada, y las instituciones culturales luchan abierta o insidiosamente contra las innovaciones y la inclusión de productos de culturas ajenas, deviene necesario que los iconoclastas busquen deliberadamente shockear a la gente, llevándola a la comprensión de que los viejos patrones tradicionales son obsoletos, y que están vacíos de significado realmente creativo. Sin embargo, estos viejos patrones pueden todavía ser respuestas válidas a las necesidades de grandes secciones de las masas que se rezagan detrás de la élite creativa; y las reacciones de estas

masas pueden ser también contrapesos válidos para equilibrar las tendencias demasiado centrifugas de artistas, músicos, escritores, productores teatrales, etc. que pueden estar ávidos de novedades a toda costa.

El ansia de originalidad, exacerbada hoy en día por intereses comerciales que se aprovechan de los rápidos cambios de las modas en el mundo del Arte, pertenece al reino del ego. Es el reino donde las pasajeras superficialidades de la existencia dan origen a símbolos igualmente superficiales. Los cambios en las modas (tanto en el Arte como en los vestidos, los diseños comerciales y los comportamientos de los grupos hacia el exterior) reflejan la agitación en la superficie de egos movidos por los vientos de las ocurrencias cotidianas y por temporales reajustes sociales. Pero bajo la excitación de todas estas pequeñas olas de cambio que otorgan el status de símbolo pasajero a estrellas de cine o nuevas "escuelas" de Arte, automóviles de ensueño o slogans publicitarios, se pueden sentir las profundas corrientes de la evolución humana introduciendo cambios, a veces lentos pero ahora muy rápidos, en el sentido básico de los valores que tiene el hombre. La emergencia de símbolos duraderos y humanamente significativos se correlaciona con dichos cambios profundos.

Una nueva marea evolutiva está forzando a todo ser humano despierto y responsivo a percatarse de la existencia de muchas sociedades humanas pasadas y presentes, su cultura y sus símbolos básicos, y el modo cotidiano de comportamiento de sus miembros. Una cultura global está casi inevitablemente surgiendo con la difusión de radio y televisión, y la traducción de libros antiguos y modernos a todas las lenguas. Por vez primera el Arte puede ser visto desde el punto de vista de lo humano total. Puede ser relacionado no meramente con un particular tipo de hombres que viven en un entorno geográfico particular, sino con la evolución del Hombre, con el lento desarrollo de la mente de la Huma-

nidad-en-su-conjunto. Una perspectiva totalmente nueva es posible; un nuevo significado humano total puede ser dado al Arte. El Arte puede ser contemplado desde un punto de vista panorámico, abarcando simultáneamente *en el espacio* los productos culturales de hombres de todos los continentes, y relacionando *en el tiempo* las cosechas-simiente culturales de todos los tipos de sociedad que han dejado registros, desde el tiempo en que los hombres dibujaron pinturas asombrosamente bellas en las cuevas de Francia Central y España hace unos 25.000 años, hasta el presente siglo veinte.

Por primera vez en la historia humana, puede verse que estos antiguos registros del hombre prehistórico (las estatuas del Egipto y la China antiguos, los templos Mayas e Hindúes, las catedrales Góticas y las mezquitas Arábigas, los frescos de Ajanta y los cuadros de Cezanne, la música escuchada en todos los continentes y muchas otras expresiones del Arte) constituyen *en su conjunto* las múltiples manifestaciones de un inmenso esfuerzo en el que los hombres han participado siempre y en todas partes. Los seres humanos de todas las razas y culturas deberían sentirse unidos y victoriosos en tal participación, a pesar de las peculiaridades existenciales de doctrinas exclusivistas, y a pesar de tragedias socio-políticas continuamente repetidas. Victoriosos no sólo sobre tales tragedias, sino incluso sobre el sentido de futilidad o absurdo que en algunos momentos atrapa a grupos de hombres hipersensibles o moralmente débiles, particularmente hoy en día entre nuestras confundidas clases intelectuales.

Desde este punto de vista global y perenne, podemos ahora ver en el Arte cómo opera en él la incansable y siempre creativa mente del Hombre. Podemos ser testigos, en los grandes museos de nuestros días y en las colecciones de discos musicales grabados en todos los países del globo, de algo que no es meramente las muchas respuestas que esta

o aquella cultura ha dado a sus necesidades psico-sociales básicas, sino más aún, podemos ser prueba testimonial de la continuidad e indomable fuerza del espíritu humano que opera bajo todas las condiciones existenciales concebibles. Podemos elevarnos por encima de todas las situaciones colectivas particulares, las respuestas diferenciadas concretizadas en grandes símbolos-Arte. Podemos ver a través de la diversidad de respuestas específicas y encontrar, subyaciéndolas, la respuesta única y omniabarcante que da el Hombre a la existencia sobre este planeta. Podemos así sintonizarnos con la múltiplemente variada pasión por expresarse de las multitudes humanas, espoleadas por la visión de mentes creativas que devienen los “hombres-simiente” de su época.

Es importante para nosotros comprender que las estatuas, los jeroglíficos y las figuras míticas, a menudo semi-animales, semi-divinas, del Egipto o de la india antiguos, que respondían a necesidades psicológicas, sociales y religiosas de los pueblos de esas culturas, no pueden ya tener para nosotros los modernos el significado *existencial* que entonces tenían. Hoy en día no podemos experimentar los sentimientos reales de los hombres del antiguo Egipto cuando se preparaban para la iniciación a los misterios, y avanzaban a través de los corredores de sus templos entre las figuras de sus dioses. Si tratáramos de volver a recorrer sus pasos hoy en día, nuestros propios sentimientos carecerían de autenticidad existencial, pues nuestras necesidades contemporáneas requieren nuevos valores y nuevos símbolos. Aunque las respuestas-sentimiento directas e inmediatas que las figuras de los dioses evocaban en los hombres de aquellos tiempos ya no sean posibles para nosotros, podemos sin embargo dar a estos antiguos registros de Arte, así como a las esculturas rituales del presente día procedentes de África Central, otro significado que llega más allá del significado y propósito originales, estrictamente culturales y religiosos, de estas formas de Arte. Podemos

experimentar vívidamente el infatigable latido del espíritu creativo de la Humanidad-en-su-conjunto en y a través de todas estas formas; a través de ellas podemos experimentar al Hombre operando, y percatarnos de la esencial unidad de la mente del Hombre.

El Arte, visto en su realidad humana total y planetaria, responde así a una nueva y profunda necesidad de nuestro tiempo. Deviene un símbolo potente y vívido de lo que el hombre moderno debería valorar más en este período de la historia. En verdad, esta visión del Arte puede quizá ser la más auténtica respuesta existencial del hombre al reto de prepararse para la venida de una "Nueva Era". Tal respuesta niega el viejo concepto de "el Arte por el Arte mismo", da una nueva dimensión al Arte que llega mucho más allá del mero formalismo y la destreza técnica. Habla del Arte por el bien del Hombre. El individuo que participe en estas experiencias básicas del Arte debería comprender, y devenir consciente de los inmensos esfuerzos de las colectividades humanas en todas partes, y en todos los tiempos, la contribución de *la cosecha de símbolos* de sus culturas particulares a la mente única de la Humanidad.

La Humanidad ha alcanzado un nivel evolutivo en el que debería estar cada vez más claro que la función esencial del Hombre sobre este planeta Tierra, es la de extraer *conciencia* a partir de una inmensa variedad de situaciones existenciales y de actividades personales y colectivas. No obstante, la conciencia que las sociedades humanas han extraído de sus experiencias básicas ha estado hasta ahora condicionada por factores locales y limitados entornos geográficos. Esta etapa puede y debería ser trascendida ahora. Su particularismo y exclusivismo debería ser absorbido en y transfigurado por la unificante experiencia del hombre operando en todas partes y a través de todas las edades; el Hombre, la conciencia de la Tierra, creando siempre símbolos con que enfocar y dinamizar los numerosos valores que, fase tras

fase de la evolución humana, contribuyen con respuestas a las necesidades de su tiempo.

Lo menor es siempre más o menos un obstáculo para la realización de lo mayor. En este sentido, estamos inevitablemente siendo testigos hoy en día de un proceso de desculturalización del Arte y de todos los modos de actividad humana. La conciencia global, al buscar afirmarse, necesariamente tiende a desintegrar y destruir la conciencia y dependencia de los hombres de culturas y formas religiosas locales, pese a lo amplias que puedan parecer estas últimas. Los nuevos valores emergentes de este siglo son expresiones de la *planetarización* de la conciencia humana; y el Arte, cuando se entiende y experimenta más allá de su significado e importancia estrictamente culturales, cuando llega más allá del mero registro de las superficialidades de la escena contemporánea, puede y debería devenir una potente influencia en la estimulación de este proceso de planetarización.

No sólo el Arte debe ser re-evaluado, sin embargo. Todos los símbolos requieren una nueva tasación fundamental de su valor como funciones de la recién emergente conciencia planetaria de la humanidad. El significado tradicional de la famosa trinidad, lo Bueno, lo Verdadero y lo Bello, está entredicho; pues estos criterios de validez deben ser también transfigurados por el nacimiento de un punto de vista sobre el mundo, que trascienda el exclusivismo y la separatividad de sociedades y culturas en guerra permanente con las que les son ajenas, siempre obsesionadas por una búsqueda de absolutos, y aferrándose fanáticamente a sus propias revelaciones como supremas e inmutables.

Dicha transfiguración de valores difícilmente puede asumir un carácter existencial y totalmente convincente, a no ser que el potente símbolo del ciclo sea aceptado sin paliativos como la medida de todas las cosas. Sólo el concepto del

proceso cíclico nos permite situar toda verdad, todo código moral, todo dogma teológico, todo modo estético de expresión, toda forma social de comportamiento y toda institución, permitiéndonos aceptarlos como relativamente válidos; válidos, esto es, en relación al tipo de colectividades que creían (o ahora creen) en su valor, y al tiempo histórico y entorno geográfico que fueron testigos (o todavía son testigos) de su desarrollo.

Desde la Revolución Industrial y por encima de todo desde el descubrimiento del poder nuclear, el concepto de una cultura tribal o nacionalista y geográficamente definida ya no puede tener el mismo tipo de significado exclusivista. Esto no significa necesariamente que las culturas locales y los valores éticos hayan devenido enteramente obsoletos. Significa, sin embargo, que deberían ahora ser vistos como expresiones evolucionantes y especializadas de la humanidad-en-su-conjunto. Significa particularmente que deberían ser subrayados los valores y símbolos que se fundamentan directamente sobre la humanidad común del hombre, en vez de aquellos que tienden a dividir grupos y razas. Estos son símbolos y valores esencialmente relacionados con la estructura misma del Hombre en este ciclo planetario de existencia; pero incluso éstos deberían ser liberados de los limitantes sesgos tradicionales y raciales. Deberían ser concienzudamente reafirmados, reformulados y reevaluados, de modo que puedan una vez más vibrar creativamente con un significado intensa y *conscientemente humano total*.

Tal proceso de rejuvenecimiento de símbolos nos exige invocar de nuestro propio interior el coraje para enfrentarnos, con ojos abiertos y mentes libres de arcaicas lealtades, a la liberación en el presente día de potencialidades sin paralelo y completamente transformadoras para el renacimiento a nivel planetario, a partir de la pesadilla de siglos de exclusivismo, fanatismo, crueldad y guerras. Tenemos el re-

to de encarar honestamente, con desapego emocional y lucidez intelectual, todo lo que nos ha atado a pasadas tradiciones culturales y a los hábitos y temores de nuestra conciencia egóica. Estamos retados a reconsiderar todos los valores y todos los símbolos, a no dar nada por supuesto; pues todo lo que damos por supuesto es para nosotros, por este mismo hecho, algo espiritualmente muerto.

La humanidad se enfrenta hoy en día a una *guerra de símbolos*, y todo ser humano es su campo de batalla. Bajo las presiones de catástrofes y guerras, y quizá más todavía de condiciones económicas y compulsivos reajustes de las relaciones humanas en el hogar y en el trabajo, muchos seres humanos, sintiendo sus vidas diarias vacías de significado, felicidad e inspiración, tienden a buscar solaz, soporte y seguridad en los viejos símbolos del pasado social, religioso y cultural de su sociedad, o de otras culturas aparentemente más atractivas. Al mismo tiempo, los extraordinarios avances de nuestra moderna tecnología han hecho surgir en todos nosotros nuevas necesidades materiales y deseos de confort; y este surgir es metódicamente intensificado por industria y ciencia, que siempre necesitan mayor expansión y nuevos horizontes que conquistar, incapaces como son de detener su momento en aceleración constante.

Pese a lo materialistas o incluso artificiales que puedan parecer estas nuevas necesidades humanas, operan no obstante inevitablemente en la dirección de la planetarización de la existencia humana, en tanto en cuanto sirven al proceso de desculturización. Puede parecer desafortunado que lo más a menudo destruyan o desintegren sutilmente la lealtad del Hombre para con los viejos conceptos de lo Bueno, lo Verdadero y lo Bello, pero, a partir del caos y el vacío espiritual de la mayor parte del vivir moderno, nuevos valores y formas más incluyentes y menos provincialistas de relaciones interpersonales, están gradualmente cobrando forma. Estos valores y estos nuevos modos de relación de-

ben devenir focalizados, vivificados, dramatizados por nuevos símbolos, si es que han de tener el poder de mover las mentes y excitar las emociones de los líderes y masas humanas de todas partes.

Tales símbolos cobran forma en las mentes de individuos que están abiertos al surgir de potencialidades que está haciendo ahora inevitable la planetarización de la humanidad, individuos cuyas experiencias personales han producido en ellos las tensiones necesarias para tal proceso de preñez espiritual, el entusiasmo, el fervor, así como el sentimiento, del que no se puede uno escapar y quizá torturante, de que los símbolos tradicionales del pasado ya no pueden proporcionarles el sustento psíquico, emocional e intelectual que necesitan para llegar a una vida totalmente aceptable y llena de significado. Estos individuos, hombres y mujeres, chicos y chicas, buscan apasionada, y a menudo febrilmente y de modo sumamente grotesco, alcanzar un nuevo estado de la existencia humana, un estado que, hace muchos años, simbolice por el término de “el hombre de plenitud”.

Los nuevos valores a los que se refiere un estado de plenitud individual así como de todos los seres humanos, sin duda que no ha encontrado todavía sus más característicos y estimulantes símbolos, sin embargo algunos símbolos básicos ya han aparecido, como ahora veremos. Sean éstos lo que sean, y sea como sea de fecundo su significado, el campo de la nueva mentalidad está abierto de par en par; un campo virgen para los “hombre-simiente” que tengan el coraje y la imaginación creativa de vislumbrar plenamente lo que está ahora empezando a emerger a partir del útero del potencial inherente al Hombre.

Sea en esta Tierra o en otros planetas, el “Hombre” es la forma de existencia en la que el potencial creativo de existencia no está asignado a modo alguno, limitado y restringi-

do, de respuesta a los infinitamente variados retos del entorno. El hombre es el agente consciente a través del cual puede ser enfocado y liberado el poder creativo, permanente sobretono transformador del proceso de existencia, y que, *conforme es liberado*, adquiere el carácter de conciencia. El Hombre Consciente es el creador de los valores; y los valores, a fin de volverse efectivos y con capacidad de excitar, deben devenir concretizados y dramatizados como símbolos a través del poder de la imaginación del hombre.

Vivimos en verdad en un mundo de símbolos; y conforme la existencia humana cambia, a cada nueva fase del proceso de evolución de la biosfera en la que los seres humanos viven, se mueven y tienen su ser, la necesidades de nuevos símbolos ineluctablemente surge. Estos símbolos, emergiendo de experiencias en las profundidades de "hombres simiente", devienen los cimientos sobre los que se construyen nuevas sociedades. Hoy en día estamos siendo testigos del doloroso proceso de nacimiento de una sociedad global.

Capítulo diez

La ética de la totalidad y la sociedad plenaria

En su sentido primario el término ética se refiere a juicios de valor concernientes al comportamiento humano. Un hombre actúa, y al actuar inevitablemente se relaciona con su entorno, que está lleno de otros existentes, sean éstos seres humanos, animales, plantas o elementos de la tierra, esto es, la atmósfera, los ríos, el suelo, los mares, etc. Sus acciones se dice que son "correctas" o "erróneas", y pueden haber matices intermedios entre lo correcto y lo equivocado, especialmente cuando se alcanza un cierto nivel de comportamiento.

¿Sobre qué base se han de apoyar los juicios éticos o morales de lo que es correcto y lo que es erróneo? Sobre la base de lo que la acción hace o significa para la persona que actúa, cómo afecta a los existentes concernidos por ella, y asimismo, cómo la acción afecta a todo el entorno (natural o social) en el que la acción tiene lugar. Podemos pues tratar las cuestiones éticas y los juicios de dos modos. Nuestros juicios de valor pueden ser de "orientación individual" o de "orientación hacia el entorno". Podemos pensar primariamente en lo que la acción le hace al individuo que actúa así como a las personas individuales sobre las que se actúa; o podemos pensar en el resultado que la acción pueda tener sobre la comunidad social y sobre el entorno general en el que esta comunidad vive.

A la vista de estas alternativas, nos vemos conducidos a

considerar una vez más el proceso dialéctico de la evolución humana. La fase original del proceso (tesis) es la comunidad tribal operando como un “organismo” bio-psíquico controlado por imperativos cuasi-instintivos y compulsivos, hacia los que ninguna desobediencia es posible excepto para sufrir algún tipo de muerte, psíquica si es que no biológica.

Tras un larguísimo proceso de evolución, toma forma gradualmente una segunda fase (antítesis) en la que la persona individual deviene el foco de atención. Dado que esta persona no existe sola sino que entra en relación con otros individuos, sus acciones y reacciones, y el carácter de la *relación* entre ellos, constituye la substancia de los juicios éticos. Nuestra humanidad del día presente opera principalmente a este nivel; al menos lo hace así teóricamente, aunque de hecho los valores tribales y colectivos son todavía efectivos en una forma más o menos disfrazada, supuestamente “para el bien del individuo” o “para salvar su alma”.

Una tercera fase (síntesis) está lentamente emergiendo más allá del individualismo de nuestra sociedad teóricamente “democrática”. Conforme el verdadero carácter de esta fase devenga más claro y más ampliamente aceptado (primero dentro de grupos pequeños y luego de modo más general), una nueva base para la evaluación ética será formulada; incluso ahora, está tomando forma gradualmente y a modo de tentativa. Hablo aquí de la ética de la totalidad, pero el carácter de esta totalidad futura será muy diferente del de las totalidades primitivas, las comunidades tribales. Será esencialmente diferente porque estas nuevas totalidades sociales estarán constituidas por *grupos de individuos* que, teóricamente al menos, serán personas individuales conscientes y autodeterminadas, operantes al nivel de Ideidad (esto es, de la mente individualizada consciente y creativa). Estas personas habrán escogido como *individuos* reunirse y devenir integrados en una totalidad supra-personal. Hoy en día, se están haciendo intentos muy inte-

resantes y prometedores por parte de jóvenes que se reúnen en comunas, en lugares más o menos remotos, lejos de las anárquicas junglas de nuestras ciudades; y éste puede ser un comienzo pequeño e incierto.

Discutiré ahora lo que se halla implicado en este tipo de integración grupal, y mostraré que sólo puede operar con éxito si la Presencia del Principio de Totalidad, UNO, no sólo es reconocida sino que se convierte en un factor esencial y determinante en la comuna (y finalmente en toda la sociedad humana planetaria). Lo que esto quiere decir es que el factor más central de la situación es la *motivación* del individuo para unirse consciente y deliberadamente a una totalidad comunal. Es esta motivación la que debe siempre constituir la diferencia esencial entre lo que hoy en día llamamos democracia y lo que vislumbro como el enfoque *holárquico* del nuevo tipo de organización social: la *sociedad plenaria*.

LOS RITOS Y LO CORRECTO

Las palabras rito, ritual, derecho, correcto y el Latín *rectus* (de donde vienen también las palabras erecto, rectitud, rector, etc.) se derivan del término sánscrito *rita*. No es éste lugar para detenerse en las derivaciones de palabras o en los diversos significados de *rita* en la sociedad hindú de los tiempos védicos y postvédicos. Baste decir que esencialmente la palabra *rita*, se refiere al modo preciso en que las acciones deberían ser ejecutadas, de suerte que ocurra el resultado exacto necesitado o esperado. *Ejecutar* supone actuar a través de una forma, o de acuerdo a una fórmula; por ejemplo, en la música los trastes, en las artes dramáticas un escenario o un guión de algún tipo. Un rito, o ritual, es una secuencia de acciones hechas de una manera precisa y bien definida, de acuerdo a un inventario estricto, y a menudo en algún lugar bien establecido y consagrado.

La cuestión que inevitablemente surge es la de saber quién determina cómo han de ser hechas de modo preciso la serie de acciones, *dónde* y *cuándo*. Hallamos una respuesta a esta pregunta al considerar lo que llamamos instinto animal. Un animal actuando de acuerdo a sus instintos actúa de modo compulsivamente correcto; el acto instintivo es una respuesta perfectamente adecuada a la necesidad de la especie-en-su-totalidad. Consigue correctamente lo que necesita hacerse en el momento y lugar precisos en que se necesita, a fin de satisfacer una función vital específica (por ejemplo, asegurar la supervivencia y propagación de la especie). Una necesidad genérica evoca automáticamente una respuesta correcta, pero la respuesta sólo suele ser válida en un entorno más o menos limitado, y sólo puede ser efectiva bajo condiciones relativamente estables. Si estas condiciones cambian repentinamente o son modificadas progresivamente más allá de un punto que representa el máximo grado de adaptación posible a las transformaciones geográficas, climatéricas y biológicas, los instintos del animal en un estado natural comienzan a ser inadecuados. Todavía obligan, pero los resultados ya no son correctos para la supervivencia; y tarde o temprano la especie desaparece.

La especie humana exhibe una extraordinaria capacidad para la adaptación a condiciones de existencia cambiadas incluso radicalmente. El hombre tiene, como cualquier animal, instintos básicos que operan al nivel genérico, biológico e inconsciente de su existencia; pero con el desarrollo de un sistema nervioso altamente complejo y un gran cerebro anterior (un desarrollo presumiblemente relacionado con su columna vertebral erecta y su especial tipo de manos) el hombre genérico, *homo sapiens*, gradualmente desarrolla un nuevo tipo de facultad: la inteligencia. El *instinto* le da al hombre un conocimiento innato de lo que hacer a fin de preservar, aumentar y multiplicar su existencia genérica al nivel de la Vida, en la biosfera de la Tierra. La *inteligencia* hace que el hombre se percate de *lo que es posible* bajo cual-

quier circunstancia, al menos si estas circunstancias ocurren dentro de un comprensible marco de referencia, y por consiguiente no en una situación de completo caos o irracionalidad.

Hay siempre diversas posibilidades para la inteligencia: puede por tanto, teóricamente, hacerse una *elección* entre posibilidades de acción; y, a un nivel superior de desarrollo, posibilidades de reacción a las presiones externas, así como de sentimiento y de pensamiento en situaciones nuevas que implican relaciones no familiares con otros existentes. La inteligencia se percata de las posibilidades; pero no toma las decisiones respecto a lo que se haya de hacer. Puede visualizar las diversas posibilidades en forma de imaginación. Pero cuando imagina demasiadas posibilidades, la mente del ser humano puede devenir confusa e incluso los instintos pueden dejar de operar eficientemente.

En el hombre primitivo los instintos son mucho más poderosos que la facultad de la inteligencia, más evolucionada. El hombre vive entonces dentro de un entorno generalmente estrecho, y encara tipos de experiencias relativamente simples y definidos dentro de ese entorno geobiológico más o menos permanente. No obstante, dado que el hombre es el hombre, es capaz de buscar nuevos modos de aumentar sus oportunidades de supervivencia y su confort, trayendo a su ritmo de existencia nuevas fuerzas que su inteligencia le ha mostrado como disponibles. Estas fuerzas resultan, en primer lugar, del hecho de vivir en grupo, es decir, de la cooperación. Actuando juntos, los hombres consiguen nuevos poderes; y son capaces de transferir a su prole lo que han aprendido. Sin embargo, el problema de cómo actuar juntos para producir los resultados más efectivos debe inevitablemente surgir.

Hay por todas partes tradiciones que se refieren a la venida de los dioses o seres superiores que enseñaron a grupos

de hombres primitivos los principios de la agricultura, de la cría de ganado, y diversas artes y prácticas religiosas. Pueden haber habido tales visitas, que pueden ser interpretadas de modos diversos. Esencialmente, lo que tiene lugar es una proyección de Imágenes-Anímicas arquetípicas sobre la conciencia receptiva y mayormente pasiva de algunos hombres tribales particularmente sensitivos; Imágenes que representan los patrones de nuevos desarrollos evolutivos en la especie, el homo sapiens. La Imagen arquetípica podría, a través de la enseñanza, ser impresa sobre un "mutante" o un pequeño grupo de mutantes por parte de un ser de una civilización más avanzada sobre la Tierra o en otro lugar; o podría ser proyectada directamente sobre las nacientes mentes de tales hombres como visiones internas o inspiraciones. En cualquier caso, el conocimiento recibido es revelado. Es conocimiento *shruti*. Llega con un impacto poderoso, un carácter de incuestionable certidumbre. Es *conocimiento correcto*, esto es, es conocimiento de cómo precisamente actuar a fin de obtener resultados que respondan a una necesidad colectiva tribal, aunque sea canalizado a través de un ser humano particular que en consecuencia deviene *sagrado* (un término que simplemente significa ser un agente para el enfoque de algún poder supranormal de transformación). Todo lo que se halla relacionado con tal revelación es sagrado. Salva; cura; da control sobre las fuerzas enemigas del entorno.

Dado que salva, cura o aumenta la capacidad de sobrevivir, la revelación *debe* ser preservada exactamente como fue transmitida. Los actos, gestos, y palabras que fueron revelados y demostraron ser eficaces en una crisis (o el ejemplo de vida dado por un líder o vidente que tuvo la revelación e irradió un poder-*maná* desacostumbrado), deben ser repetidos de modo preciso e invariable. Devienen ritos a ser ejecutados, ritos investidos de energía trascendente o especialmente enfocada. Constituyen *acciones correctas*: *rita*.

Conforme estos métodos de actuar pasan de una generación a la siguiente, adquieren el carácter psíquicamente innato de un instinto. Con ellos se asocian, como contraparte negativa, los tabúes. Los hombres tribales primitivos no pueden desobedecer los tabúes de su tribu, no más de lo que pueden dejar de respirar por largo tiempo, o hacer que su corazón deje de latir. (En una fecha posterior aparecerán hombres que harán justamente eso, detener su proceso respiratorio y los latidos de su corazón, como un modo de liberar su conciencia del estado tribal-colectivo de existencia y devenir individualizados).

Los ritos son en verdad instintos sociales; y no estoy hablando aquí sólo de los rituales religiosos en templos o en alguna localidad santa, sino de todos los modos tradicionales de comportamiento que están tan profundamente impresos en la mente humana de un miembro de una comunidad, o incluso de una cultura más amplia, que su valor no es cuestionado. La idea de lo correcto y lo erróneo es una generalización del concepto básico envuelto en la estricta ejecución de ritos. Aquello de lo que todavía se habla como el instinto de rectitud, los “imperativos morales” y la “voz de la conciencia”, son manifestaciones más sofisticadas del poder de la tradición para forzar sus modos acostumbrados de llevar a cabo ciertas acciones consideradas esenciales para el bienestar, la salud y quizá la supervivencia de una comunidad, una nación, y un tipo particular de modo de vida socio-cultural-religioso.

Conforme los hombres desarrollan su inteligencia y esta inteligencia es capaz de percibir nuevas posibilidades de hacer cosas, quizá de un modo más satisfactorio o agradable (un modo que agrade al ego, conforme los egos toman el control de “la condición humana”), el sometimiento instintivo a procedimientos rituales inmutables tiende a ser superado cada vez más por esta inteligencia imaginativa y creativa que busca maquinarse nuevos métodos de acción. Vemos enton-

ces inteligencia, imaginación e inventiva luchando contra los instintos sociales que el Sistema glorifica bajo el nombre de moralidad. Una mujer que vive sexualmente con un hombre "sin el beneficio del clero" es denominada inmoral. Una adúltera es todavía más inmoral, y en las sociedades antiguas era a menudo matada de un modo más o menos horroroso. Cada cultura tiene su propia serie de reglas morales o tabúes; sin embargo éstos se tambalean cuando el conocimiento revelado que se hallaba en la raíz de los tabúes (porque estableció un tipo opuesto de ejecución correcta de la acción) ya no se considera implícita e incuestionablemente válido.

Aquí serían relevantes unas pocas palabras concernientes al proceso de "entrenamiento". El entrenamiento es realmente un proceso que *congela* la capacidad de una persona para imaginar alternativas a la acción considerada como correcta en una serie de circunstancias claramente definidas. El entrenamiento compele a un hombre, dentro de su área de actividad agudamente definida, a *no equivocarse*. Compele al hombre a no vacilar si su inteligencia y su imaginación le presentasen otras posibilidades de acción como igual de válidas; o sí, al nivel intelectual, le presentasen modos de vincular conceptos diferentes del modo que ha sido entrenado a seguir como el único correcto, esto es, racional. Al individuo concienzudamente entrenado realmente se le hace olvidar otros posibles modos de actuar, al menos dentro del área de su especialidad. El entrenamiento limita el *área de las posibilidades* de las que nuestra inteligencia podría hacer que nos percatáramos. Lo hace así de modos altamente específicos que son no sólo sociales sino intelectuales. Hace enteras categorías de pensamientos (así como ciertos modos de sentir y de reaccionar a series especificadas de circunstancias) instantáneamente inaceptables y en verdad impensables. En este sentido nuestra libertad de elección se ve acortada, al menos en las áreas donde procedimientos establecidos son moralmente forzados so-

bre nosotros; esto es, donde se refieren a tabúes sociales, religiosos, científicos o incluso artísticos.

Los tabúes sociales no son tan rígidamente compulsivos como los tabúes tribales, pues se refieren más al nivel de la mente que al nivel de imperativos bio-psíquicos profundamente enraizados; sin embargo, ciertamente que limitan, y de modo poderoso, la libertad de elección de un ser humano socialmente condicionado y académicamente entrenado. Constituyen un tipo de moralidad basado en el procedimiento.

Consideremos un físico completamente al cargo de complejas operaciones, quizá relacionadas con enviar a un hombre al espacio. Está haciendo la necesaria serie de ensayos; se está asegurando de que todo aparato funciona como se supone que debería funcionar. Si este científico no llevase a cabo su trabajo correctamente, resultaría una tragedia. Es una ejecución poque sus actos siguen una secuencia formalmente estructurada, determinada por fórmulas rígidamente establecidas. Si ha estado calculando la órbita del misil, debe estar en lo correcto en sus cálculos. No tiene elección, pues no puede tener duda alguna en cuanto a la verdad de las fórmulas para el cálculo de la atracción gravitatoria, la velocidad de la luz, el impulso del motor, etc. La posibilidad de que una de estas fórmulas pudiese ser inadecuada no entra en su mente, y en verdad *no puede* entrar en ella, en ese momento, pues es un hombre concienzudamente entrenado en los métodos y conceptos de la ciencia moderna.

A una situación prácticamente idéntica se enfrentan el curandero y el celebrante de un rito mágico arcaico. Para estos hombres, la eficacia del ritual depende enteramente de la ejecución rigurosamente exacta de ciertos gestos, de la entonación de "palabras de poder" determinadas con precisión, etc. El mago o hierofante ha aprendido las fórmulas,

y ha ensayado la exacta secuencia de gestos. Tanto él como el físico-ingeniero de hoy en día están tan empeñados en seguir el *procedimiento correcto* (el *rita*) que no existe para ellos elección posible, ni vacilación alguna entre dos o más actos posibles. Ambos *saben* sin género de duda que los actos que ejecutan constituyen el procedimiento correcto.

¿Cómo es que lo saben? El científico moderno adquiere su conocimiento a partir de los libros, y quizá a través de experimentos que ha hecho y que sus colegas han ensayado y reensayado; es conocimiento de lo que él, como miembro de nuestra particular sociedad y cultura, supone ser inmutables y dignas de confianza “leyes de la naturaleza”. Al desarrollar tal conocimiento, todas las posibilidades de error concebibles han sido eliminadas, o al menos minimizadas hasta un grado de casi certidumbre. Ahora bien, parecería que en este esfuerzo colectivo y cultural al que llamamos ciencia moderna la facultad de la inteligencia humana operase libremente; sin embargo, ¿acaso no podemos ver que toda la ciencia moderna ha seguido una cierta línea de enfoque intelectual-analítico, y que puede muy bien haber otras líneas de esfuerzo conducentes a tipos de conocimiento diferentes? La objetividad y el pensamiento riguroso mismos (Bertrand Russell) sobre los que se fundan nuestros modernos métodos científicos, sus medidas cuantitativas, y los procesos disociativos que interfieren con la totalidad de lo que es analizado, todos estos constituyen inevitablemente un factor limitador. Nuestra ciencia opera dentro de áreas de posibilidades clara y nítidamente definidas, pero en consecuencia limitadas; y en ese sentido el científico que se halla concienzudamente adoctrinado, no es realmente libre de escoger entre diversos modos posibles de *pensamiento*. La orientación y carácter de sus procesos de pensamiento han sido predeterminados por su sociedad en una diversidad de modos más o menos sutiles.

El celebrante de arcaicos rituales o Misterios sin duda

creo también que tiene acceso a un tipo de conocimiento totalmente digno de confianza, un conocimiento revelado. Fue concienzudamente entrenado en ese conocimiento por medio de pruebas e iniciaciones. No es más libre de escoger la orientación básica de sus procesos de pensamiento y del modo de aplicar su conocimiento, y por consiguiente no más libre de ejecutar los gestos erróneos, de lo que lo es su contraparte moderna, el científico entrenado.

No obstante, un físico-ingeniero a cargo de alguna delicada operación podría por alguna razón personal o ideológica, querer ejecutar el gesto erróneo que sabotearía la operación. Del mismo modo, un curandero cuya función es curar a una persona enferma podría, también a propósito, utilizar fórmulas erróneas porque personalmente desea ver al hombre muerto. Igualmente, un hombre profundamente deprimido tras un shock emocional podría girar las ruedas de su vehículo en la dirección errónea, contrariamente a todos sus hábitos de entrenamiento, pues su “deseo de morir” está siendo superior a su “instinto de vida”. Lo que sucede en tales casos es que un factor psicológico y emocional es capaz de echar abajo el patrón de entrenamiento. Una posibilidad que este entrenamiento fue incapaz de bloquear en ese momento, se abre paso hacia la mente con el poder de un intenso deseo.

Cuando esto sucede sabemos que el poder del ego ha sido capaz de afirmarse contra el instinto social. Hemos alcanzado el nivel en el que opera el proceso de individualización, aunque en tales casos de manera negativa. A ese nivel un nuevo factor está en operación: el factor de las relaciones interpersonales.

Este factor, cuando está bajo el control de egos ambiciosos, apasionados, e ideológicamente fanáticos, introduce un elemento de conflicto, y en consecuencia la posibilidad de abordar de un modo relativamente impredecible cual-

quier situación que implique algún tipo de relación (¡lo que en verdad significa *todas* las situaciones!). La impredecibilidad entra a causa de la enorme complejidad de factores envueltos en cualquier relación. Como ya afirmamos, el elemento de la libertad reside en la capacidad de relación; esto es, existe la posibilidad de escoger entre diversos modos alternativos de relacionarse, y lo que es más, existe la posibilidad de atribuir *diferentes significados* a una particular relación o tipo de relación.

Esta posibilidad nos fuerza entonces a dar nuevo significado al concepto de moralidad. Deja de referirse principalmente al procedimiento correcto en la ejecución de acciones. De lo que ahora se trata es realmente del *carácter de la relación* en la que se entra. La moralidad de procedimiento es transformada en una moralidad de relación. El asunto en cuestión no implica acción correcta y errónea, sino relación correcta y errónea.

MORALIDAD REGIONAL Y LA REGLA DE ORO

En el estado tribal de sociedad primitivo y no adulterado, no existen problemas básicos de relación. Si ocurren conflictos interpersonales pueden ser considerados superficiales y debidos a diferencias en las respuestas orgánicas y nerviosas a los sucesos cotidianos. Los problemas de relación se desarrollan conforme el proceso de individualización adquiere impulso dentro de la tribu, la cual, por varias posibles razones, está perdiendo su homogeneidad, y cuyas raíces psíquicas han devenido ineficientes (y esto probablemente ocurra por mezclarse con otras tribus, o a causa de alguna presión externa). Los poderes tiránicos de los reyes de reinos en expansión y las condiciones de existencia casi inevitablemente asociadas con grandes ciudades, a las que afluyen todo tipo de personas, vienen a reflejarse en la aparición por todas partes de personas controladas por el

ego, en quienes este ego rige también sobre sus campos de conciencia.

Entonces los individuos comienzan a encontrarse con otros individuos con suspicacia, temor, desconfianza y agresividad. El profundo enraizamiento psíquico de los hombres tribales en su tierra, su folklore y sus prácticas religiosas, se secan. ¡Cada hombre para sí mismo, y pobre del débil y perdedor! La necesidad de lo que entendemos hoy en día, al menos en principio, como moralidad, deviene imperativa. La necesidad es satisfecha por “legisladores”, que construyen un sistema de leyes y reglas que gobiernan la relación entre los individuos; por profetas que llaman al hombre al arrepentimiento por su locura y sus muchos pecados; y a veces por Ejemplares cuya vida pura y amante radiación proclaman un futuro todavía distante, cuando los seres humanos habrán superado sus temores y pasiones ego-céntricos, su fanatismo religioso y sus estrechos sesgos ideológicos.

Un nuevo tipo de religión, que incluye lo que solemos llamar las Grandes Religiones, se desarrolla, y anula los cultos tribales que subrayan preeminentemente el factor de actividad ritual. Es un tipo de religión fundamentalmente dirigido hacia los individuos, e intenta “espiritualizar” las relaciones interpersonales, sea presentando un nuevo tipo de *proceso de pensamiento* que contrarreste y trascienda el poder del ego (Buddhismo primitivo y Zen), sea recalcando un nuevo tipo de respuesta-sentimiento a las relaciones interpersonales, un tipo de *respuesta-sentimiento* llamado Compasión en el Buddhismo Mahayana, y Amor en el Cristianismo.

El elemento ritualista también se halla presente en estas Grandes Religiones, pero en un rol diferente y más secundario. La necesidad esencial en las sociedades de personas individualizadas es la de neutralizar las tendencias cen-

trífugas y agresivas del ego. En las sociedades tribales, lo que hubiera de tendencia centrífuga en los hombres de la tribu podía ser neutralizado por los rituales, que *revivificaban* el poder de la Raíz común (el dios tribal, el Gran Ancestro), y hacían más evidentes la participación básica y de hecho de hombres, mujeres y niños en los procesos de la vida esenciales para la fuerza de la comunidad (y éstos incluían actividades sexuales, así como festivales agrícolas, danzas de lluvia, etc.).

Aunque algunas de estas celebraciones rituales y de estos festivales todavía operan en sociedades de mentes-ego relativamente individualizados o en individualización, el propósito más esencial es ahora el de presentar, tan vívidamente como sea posible, a los sentimientos y mentes de individuos y grupos sociales de individuos, el *ideal de unión*; mucho más un ideal que un hecho, una meta hacia la que esforzarse con un sentimiento de dedicación más o menos individual. Tal dedicación se considera responsabilidad (la libre elección) de los individuos, incluso si el contagioso poder de la acción grupal también se ve y se utiliza como potente incentivo para la conversión del individuo, y como un factor que contribuye fuertemente a la operación persistente del espíritu de dedicación.

Tal espíritu requiere fé. Al nivel tribal, preindividual, no hay, estrictamente hablando, necesidad de fé, pues los factores biopsíquicos determinantes son evidentes para todos. Todo lo que se necesita es enfatizar repetidamente esta videncia a través de ceremoniales en los que la tribu entera participa a dos niveles, el nivel del grupo externo, y el campo oculto controlado por la iniciación. Pero en las sociedades en las que la diferenciación de los egos y los conflictos de éstos son los hechos evidentes de la vida social, donde las clases luchan contras las clases, y a menudo grupo étnico contra grupo étnico, lo que se necesita es fé en la posibilidad de una condición *futura* de unidad. En el cristianismo es fe

en el Dios único, y en Su encarnación de hecho en un personaje humano-divino cuya vida es un ejemplo universal a ser imitado por todos los hombres, pese a lo diverso de sus orígenes raciales y de sus propensiones egocéntricas. En el Buddhismo, es fé en la posibilidad de llegar a un estado de conciencia en el que todas las diferencias individuales cesen o sean absorbidas, una posibilidad mostrada también por un gran Ejemplar, Gautama, el Buddha.

En las sociedades en las que la preocupación central es la de cómo tratar a los individuos que se inclinan a afirmar sus derechos de acción independiente, y a las mentes cada vez más ansiosas por tener sus propias opiniones, la *moralidad* ha de ser forzada por la ley, y la *racionalidad* por práctica y entrenamiento estrictos o por la educación. Debe ser forzada si la comprensión del interés colectivo y de lo que se requiere para la supervivencia colectiva, al nivel de la comunidad o de la nación, no es suficiente para producir la cohesión social y una sana operación de grupo en el gobierno, los negocios, la educación y los deportes. El aspecto más básico y sutil de llevar a cabo esta acción a la fuerza es el adoc-trinamiento moral, y a nivel más material la propaganda, y la persuasión declarada o encubierta. Todas las formas de persuasión parecen legítimas. El individuo ha de ser conducido a creer que su interés propio es el de ser inegoísta en todas las relaciones interpersonales.

Lo que se llama la Regla de Oro, usualmente formulada como "No hagas a los demás lo que no deseas que se te haga a tí", es un caso típico de la clase de moralidad que se basa en el interés propio, y que está dirigida hacia seres humanos que piensan y sienten egocéntricamente como individuos. Es en verdad una triste reflexión sobre la naturaleza de una fase histórica de la evolución de la humanidad y de la conciencia humana, pues implica que un hombre no puede basar sus acciones sobre ninguna preocupación más amplia e incluyente que la de su propia persona, una preocupación

por su propio bienestar personal. Implica que la comprensión de que todo ser humano es parte de una totalidad mayor, la humanidad, simplemente no es aliciente para los impulsos autocentrados de individuos controlados por el ego. Las relaciones son limitadas al tipo individuo-individuo, ignorando realmente la relación aún más fundamental del individuo con la totalidad; la totalidad de la humanidad. En lugar de la relación individuo-totalidad, la religión propone una relación puramente ideal y trascendente entre un hombre y Dios; una relación mística yo-Tú.

En la etapa tribal de evolución (*tesis*), lo que le sucede a una persona particular es enteramente secundario al efecto que la acción pueda tener sobre la tribu en su conjunto. Estamos ahora en la etapa de *antítesis*, en la que los individuos son la principal preocupación en la esfera ética; al menos teóricamente, y excluyendo los casos de los llamados intereses nacionales o de bienestar y salud de la comunidad. El rasgo característico de tal etapa evolutiva y de nuestras sociedades modernas, más o menos democráticas, es que, de hecho, los valores relevantes al bienestar de la colectividad se hallan en conflicto constante con los valores que se refieren a los derechos del individuo. Tales sociedades representan en verdad etapas de *transición* del desarrollo humano, y su existencia caracteriza lo que en otra parte he llamado la Era de los Conflictos. El tipo de moralidad en el que tales sociedades creen es una moralidad del conflicto. Es una moralidad que busca constantemente llegar a un acuerdo entre la preocupación por el individuo y la preocupación, no realmente por la comunidad, sino por *una particular condición de existencia* en la comunidad, esto es, por un modo de vida colectivo tradicional e institucionalizado. Es una moralidad basada en el peligro que posibles futuros individuos (todavía movidos por los instintos vitales) plantean a un tipo inestable de sociedad, siempre al borde del posible caos.

LIBERTAD DE ELECCION

El concepto usual de moralidad en las sociedades de individuos en conflicto más o menos constante de unos con otros (conflictos de personalidades, conflictos de intereses, conflictos de religiones o de creencias ideológicas), descansa en la creencia de que estos individuos son libres para elegir entre alternativas de conducta. Se dice que todo individuo puede hacer decisiones libres, simplemente porque es un individuo en quien opera un Alma creada por Dios o un principio esencialmente espiritual. Es libre de elegir entre lo correcto y lo erróneo, entre el bien y el mal; entre modos morales e inmorales de comportamiento. La cuestión moral puede no referirse a un acto particular, sino más bien a una actitud generalizada de la que fluyen inevitablemente una serie de actos; pero en cualquier caso, el hombre como individuo puede escoger; tiene libertad moral y en consecuencia responsabilidad.

Así afirmada, la cuestión parece bastante clara. Incluso un pensador irreligioso como el existencialista francés Jean-Paul Sartre cree que "La situación humana ha de ser definida como una de libre elección, sin excusa y sin ayudas" (cf. *EL EXISTENCIALISMO ES UN HUMANISMO, L'Existencialisme est un Humanisme*). Sin embargo, cuando se contemplan los hechos reales de la situación social sin emocionalismo o sesgos tradicionales, y con un sentido de objetividad histórica, deberíamos comprender que el concepto de libertad de elección y de responsabilidad moral es muy ambiguo. Es ambiguo porque simplemente no cuestiona su implicación más básica, la de que todo ser humano es un individuo. No intenta confirmar *qué es* lo que supuestamente es capaz de hacer la elección; qué es lo que es libre.

Tal situación existe cuando se trata del significado real de la palabra yo; igualmente, con referencia al problema de la reencarnación, la reencarnación de este misterioso "yo". Si

no existe una comprensión bien definida, o al menos relativamente estable, de ser “yo”, no puede haber *elección* moral, tal como solemos entender el término; y este hecho ha sido aceptado en nuestro sistema legal del día presente que absuelve de responsabilidad moral y de culpa a una persona que es juzgada demente o incluso temporalmente demente, incapaz en ese momento de distinguir entre el valor moral de sus acciones. La comunidad social puede protegerse a sí misma del peligro de repetición de tal tipo de comportamiento, y puede por tanto encerrar a la persona o tratar de restaurarla a su condición normal de cordura; pero teóricamente esto no tiene nada que ver con la culpabilidad moral. El mismo tipo de comportamiento protector sería aplicado a una persona con una enfermedad incurable y altamente contagiosa, o portadora de dicha enfermedad.

Es obviamente muy difícil determinar exactamente donde cesa la responsabilidad moral en una persona; y esto se refleja en famosos casos criminales, tales como el de Sirhan Sirhan, que asesinó a Robert Kennedy. Lo que nuestra sociedad en su conjunto no reconoce todavía plenamente es que el concepto mismo de *ser un individuo* es muy relativo y ambiguo. Y no lo hace porque está todavía dominada por la creencia cristiana de que todo hombre tiene, o es, un alma creada por Dios, y que este alma tiene el poder de hacer elecciones libres, excepto en casos de total demencia (lo que implica entonces que el alma se ha separado del cuerpo).

De acuerdo a la filosofía holística de evolución presentada en este libro, el hombre en el primer nivel de su evolución, lo que llamo el nivel tribal, así como en sus primeros años como niño, no puede ser considerado un individuo; sólo tiene la potencialidad de devenir un individuo. Funciona en el ámbito de la Vida, donde no hay libertad individual y los instintos son fuerzas compulsivas. La inteligencia, como capacidad de ver que hay posibilidades alternativas de acción, no está desarrollada todavía, o sólo en un estado su-

mamente rudimentario completamente dominado por el instinto de supervivencia; una supervivencia que suele tender a implicar la necesidad de actos agresivos. No podemos por consiguiente hablar significativamente de elección moral a ese nivel biológico y genérico.

Sólo cuando un ser humano está suficientemente individualizado como para oponer sus deseos de poder y de posesión de lo que desea, *contra* los modos tradicionales de pensamiento y acción de su comunidad, sólo entonces comienza para ese hombre la posibilidad de elegir realmente. Su elección moral se basa en la coexistencia de dos motivos opuestos para la acción, y en un conflicto entre estos motivos. La moralidad, tal como se suele entender el término, implica por consiguiente una situación de conflicto: el individuo contra la comunidad.

En cierto sentido, desde luego, ambos principios, el individual y el colectivo, siempre coexisten. Tenemos de nuevo una situación que se puede simbolizar por la interacción cíclica del Yin y el Yang chinos. Afirmé que el principio de individualidad es latente en el ámbito de la Vida, y que la mente existe en una condición primitiva en todos los seres humanos. Pero hasta que la relación entre ambos principios haya alcanzado un punto de casi equilibrio, el principio de individualidad no podrá afirmarse con el carácter de responsabilidad moral, pues el ser humano no está suficientemente individualizado para hacer elecciones realmente libres.

En otras palabras, no puede haber un estado absoluto de responsabilidad moral, no más de lo que puede haber estados absolutos de unidad o multiplicidad, ni valores absolutos de individualismo o colectivismo. Es siempre una cuestión de *más o de menos*. Y este "más o menos" depende de la fase de desarrollo cíclico alcanzada por el individuo y por su sociedad. Hay períodos en la interacción cíclica de

ambas polaridades de existencia (Yang y Yin), en los que uno de los dos polos adquiere un definido y exteriormente efectivo dominio sobre el otro. Hay períodos de crisis en los que tiene lugar un cambio básico. Hubo un período así en el desarrollo de la conciencia del hombre y de su comportamiento, cuando el viejo y duradero estado tribal primitivo fue retado por el poder de autoafirmación de los individuos. Estamos viviendo todavía en un período así de crisis evolutiva. Y la fase más aguda de dicha crisis es representada sin duda por la tradición hebreo-cristiana que ha subrayado el sentido de pecado y culpabilidad, y como resultado la necesidad de una sintonización, humana o divina.

Para el típico hombre de la tribu, lo que podríamos comparar con la cuestión moral de nuestra presente sociedad occidental es si está *abierto* o no a los dictados del Gran Espíritu, o dios de la tribu. El problema tiene que ver con la *conciencia más que con la acción*; no es cuestión de lo “bueno” que se sea, sino de lo “consciente” que se es; es decir, de lo capaz que se es de enfocar en la propia conciencia como organismo humano viviente el influjo del “dios de la Totalidad”.

La capacidad de enfocar en un campo único-de-existencia los poderes de la Totalidad, y de ser inspirado por una visión o por “grandes sueños” que provean a *toda la comunidad* alguna respuesta que necesita; ésta es realmente la manifestación más básica de la seidad individual. Pero al nivel tribal dicho enfoque o inspiración implica un tipo de proceso compulsivo y mediúmnico. El ser humano es “atrapado por” el dios; el dios de la esfera de la Vida que rige de modo autocrático. Sólo cuando este estado de apertura a la totalidad ya no se refiere a la Totalidad tribal sino a la relación uno-a-uno entre el campo-de-existencia y el campo-Anímico, puede realmente existir la condición de seidad individual. Ello crea la responsabilidad individual, lo que significa simplemente la capacidad de responder a las ema-

naciones e instigaciones del campo-Anímico, la Voz de la Conciencia.

Entonces, y sólo entonces, el ser humano que ha empezado a experimentar un profundo sentimiento de “yo soy” (un sentimiento cuyo nacimiento es simbolizado en la tradición occidental por el episodio Mosáico), adquiere el poder moral de elegir, de hacer decisiones *relativamente* libres. Pero la historia de Moisés es característica. Mientras él habla al Dios “yo soy”, el pueblo al que conducía en la carne desde el cautiverio de Egipto revierte a las viejas adoraciones paganas; y el irascible y violento Moisés rompe las Tablas de la Ley, grabadas por el “yo soy” en la roca del Sinaí (¡de nuevo el prefijo “sin”!). En otras palabras, la primera experiencia de moralidad individual autoconsciente sigue un curso negativo. La experiencia divina es reducida a una experiencia humana (las Tablas de la Ley son ahora grabadas por manos humanas); el poder de la seidad individual en el “corazón” desciende al nivel del plexo solar, en donde la colectividad social y la Gran Tradición hablan en términos de Imágenes y símbolos colectivos sobre los que se basa una sociedad.

Entonces la seidad es superada por el ego; y es el ego quien hace las elecciones. Es el ego quien busca afirmarse, protestar contra las regulaciones sociales o los ideales religiosos que parecen poner cortapisas a su libertad, esto es, que van en dirección contraria a los deseos y temores del ego. Es el ego quien comete crímenes o pecados. Entonces también, el ideal de una sociedad libre, de la democracia, resulta pervertido; no puede funcionar, ni tiene realmente sentido en una sociedad de egos, por egos, y para la mayor gloria de egos depredadores y competitivos.

Entre tanto, la historia nos ha mostrado diversos modos en los que el poder de la colectividad ha buscado controlar,

N. del Tr.: En inglés, *sin* quiere decir pecado.

minimizar y guiar, con la ayuda de ejemplares religiosos y morales, el creciente reto que los egos individuales plantean a la sociedad. Por una parte, la sociedad ha impuesto un sistema de leyes y duros castigos para tratar de forzar a los individuos egocéntricos a “escoger” los modos tradicionales de comportamiento, pensamiento y sentimiento (sentimientos familiares, sentimientos nacionales, etc.); por otra parte, la religión organizada, lado espiritual de la moneda, que establece un sistema de valores colectivos, ha buscado forzar a los individuos a ser “buenos”, evocando la imagen de las sanciones postmortem, y hablando a las más profundas necesidades-sentimientos del fiel (la amenaza de la excomunión, así como la dramatización del gran Ejemplar, Jesús, que excita las emociones colectivas de las masas).

Ahora bien, estos métodos sociales y religiosos para impeler y, si es posible, sutilmente forzar a los individuos a hacer las elecciones correctas, están perdiendo su eficacia. El áspero individualismo de los colonizadores ha dado paso a una extraña combinación de (1) una intensa ansiedad por adoptar auténticas decisiones que reten al Sistema en todas sus formas: social, educativa y religiosa; y (2) el sometimiento a patrones de vida cómoda impuestos desde el exterior por “persuasores ocultos”, pero también desde el interior por las presiones todavía más sutiles de la inseguridad psicológica, las reacciones neuróticas, y el temor a perder todas las “cosas buenas de la vida”.

Una sociedad industrial tremendamente compleja y la vida en inmensas y monstruosas ciudades, hacen cada vez más difícil la elección entre las alternativas, y en consecuencia más ambiguos o carentes de significado los conceptos de decisión moral. Por esta razón, por una parte, la sociedad está desarrollando la fantástica instrumentación de equipos de investigación, y proyecciones hacia el futuro hechas por especialistas supuestamente objetivos ayudados por computadoras; mientras que por otra parte, masas de indivi-

duos enloquecidos y desarraigados se precipitan hacia clarividentes, astrólogos y mediums, esto es, hacia cualquiera que pueda ayudar a hacer las elecciones sobre la base de un tipo de conocimiento presumiblemente trascendente.

¿Qué otra cosa puede hacer el individuo? Sólo una cosa: es decir, ir más allá de las razones egocéntricas y emocionales, o estrictamente intelectuales, sobre las que basa sus decisiones morales, y, en un estado no egoico de atención, quietud interna y fé, *resonar* con las imágenes e instigaciones internas que surgen en el campo-de-Ideidad del que este individuo ocupa el polo negativo-receptivo, mientras que el Alma es el polo positivo-activo. Esto es lo que proporcionaría un fundamento verdaderamente individual para las decisiones morales. Esto es lo que, en términos de la filosofía hindú, sería cumplir el propio *dharma*, nuestra propia verdad de ser. Y es evidentemente a tal posibilidad que se referían los existencialistas europeos cuando hablaban de actos “auténticos”; aquello a lo que se refería el Dr. Jacob Moreno, fundador del Psicodrama y la Terapia de Grupo, cuando habló, hace tiempo, con una especie de fervor religioso, de “espontaneidad y creatividad”, recalcando que por estos términos quería dar a entender algo más de lo que suele transmitir a nuestros individuos modernos, tan ávidos de expresarse.

Pero todas estas bellas palabras, *dharma*, cumplimiento, autenticidad, espontaneidad, creatividad, autoactualización (Abraham Maslow), etc., devienen no sólo vacías sino máscaras para la egocentricidad y en algunos casos para la licencia, si es que no el caos, cuando el actor es el ego, en vez del verdadero individuo en cuya persona el poder de la seidad individualizada (tal como definí este término) ha sido elevado a la conciencia y al centro cardíaco. Similarmente, el concepto mismo de democracia sólo puede ser una broma más bien triste y a menudo amarga, cuando el ciudadano, que es teóricamente libre, independiente e igual, es de hecho

una persona egocéntrica incapaz de resistir las presiones de intereses especiales, y en verdad de adoptar decisiones a las que se llega en términos de su adecuación a la verdad básica de la Imagen-Anímica, que busca encontrar en él, la persona individual, un agente para su incorporación.

¿Cuál, pues, es el siguiente paso adelante, la síntesis que proporcionaría respuestas válidas y efectivas al apuro de una sociedad que retiene, del primitivo estado arcaico de su desarrollo, sólo un concepto materializado del poder colectivo sobre los individuos quienes, a su vez, son guiados por los apetitos de egos cada vez más frágiles, más sádicos, y por encima de todo más alienados, como sustituto de sus verdaderas seidades individuales?

Lo que se necesita, obviamente, son dos enfoques simultáneos que, de hecho, representan los dos aspectos del mismo proceso de evolución humana: el enfoque individual y el enfoque social. El primero se refiere a una superación del ego, y a una repolarización y transmutación radicales de las energías del campo-Vital del hombre; el segundo, a la formulación de nuevos ideales, nuevas Imágenes arquetípicas de la sociedad. Dado que la sociedad es simplemente el resultado de un proceso de organización de relaciones interpersonales e intergrupales, este segundo enfoque implica la aceptación y demostración, incluso contra las presiones de nuestra era transicional y catártica, de un nuevo tipo de relación, y esencialmente de *una nueva cualidad de relación*.

El término nuevo no es, desde luego, estrictamente exacto, pues como ya hemos visto, esta cualidad de relación ha sido encomiada por las Grandes Religiones de pasados milenios, y mostrada por un número de hombres y mujeres individuales que buscaron sintonizar su conciencia, sus sentimientos y sus acciones con los grandes ejemplos de Budha, Cristo, San Francisco y muchos otros. Como afirma

un proverbio hindú: “Unas pocas gotas de lluvia no constituyen el monzón”. El bello ágape de amor de unos pocos santos cristianos y sus humildes seguidores, y la compasión encerrada en los ideales de los bodhisattva del buddhismo del Norte, son en el mejor de los casos sólo heraldos de la futura y tanto tiempo anhelada Nueva Era. Se necesita algo más: una visión del vivir social en la que un concepto de sociedad totalmente nuevo requeriría, y en verdad haría posible, la difusión a escala mundial de un nuevo tipo de relaciones interpersonales; relaciones basadas en un amor no posesivo y en la libertad de ejecutar actos auténticos, en y a través de los cuales irradiarían y cumplirían su función (el *dharma* de los individuos) las Imágenes-Anímicas de los individuos actuantes.

UNA MORALIDAD HOLARQUICA ABIERTA

Es imposible formular aquí en detalle lo que haya de suponer en el futuro la “moralidad-más-allá-de-la-moralidad”. Sólo presentaré algunos puntos que parecen esenciales (los cuales confío puedan ser discutidos en otro volumen con mayor detalle), no fuera su aplicación a introducir factores irrelevantes o perversos. Este es siempre un serio peligro en tiempos de transición de un tipo de pensamiento-sentimiento-comportamiento a otro, y los a menudo tensos e indiscriminados esfuerzos de la generación joven de nuestros días por repudiar los patrones de la cultura occidental, no carecen de elementos peligrosos. La primera manifestación de *cualquier* gran ideal siempre adopta el carácter de una sombra. Sin embargo, la sombra es proporcionada en la mayoría de los casos por la gente que bloquea la luz del nuevo amanecer, plantándose rígida y ciegamente enfrente de la aurora.

Si una condición de síntesis ha de suceder a una de antítesis, el carácter de la tesis debe de algún modo ser

integrado con los productos de la era de antítesis. Este, creo yo, es un principio de aplicación general que nunca deberíamos perder de vista. Así, igual que el ideal del hombre de la Era tribal de Unanimidad Inconsciente era esencialmente estar abierto a la voz del dios que representaba el aspecto de unidad de la tribu, y su realidad Raíz al nivel de la Vida (de modo que pudiera ser, cuando se necesitase, un canal o agente para la voluntad del dios), similarmente el hombre de la Era de Plenitud que ha de venir debería estar abierto en conciencia a una Presencia que se encuentra a la vez *más allá y a través* de su persona total, la Presencia de una totalidad mayor.

El término totalidad mayor puede ser interpretado a diversos niveles; pero el hecho básico es la prontitud de la totalidad menor, una persona particular, a entrar en un estado de relación total y plenamente consciente con una totalidad mayor de la que es parte operativa. En el presente estado de existencia y conciencia, un individuo normalmente se encuentra voluntariamente relacionado con totalidades mayores tanto biológicas como sociales; esto es, como organismo biopsíquico reconoce y más o menos felizmente acepta ser parte de una particular familia y raza. Se ve a sí mismo también como una unidad dentro de una comunidad social, un grupo y una nación, compartiendo con muchos otros los beneficios, o negativamente la falta de ellos y las frustraciones de una cultura. Dentro de la totalidad mayor social, es una persona social, un ciudadano de numerosos derechos y un número de deberes (impuestos, servicio militar, etc.). Pero en el tipo de sociedad en la que los seres humanos viven hoy en día, es básicamente considerado como un ciudadano que entra en cálculos estadísticos como una mera unidad, esto es, como un niño a ser educado, un recluta, un votante, una entidad social lo suficientemente vieja como para obtener los beneficios de la seguridad social, etc. Tiene derechos anónimos y abstractos de carácter estrictamente social; y el mismo tipo de deberes sociales.

La situación en los regímenes totalitarios del presente es básicamente la misma que en las sociedades democráticas. La diferencia es que en una democracia la persona individual tiene una dignidad teórica (¡sea lo que sea que esto signifique!), y que el Estado se dice que existe para el bien del individuo; mientras que en los países totalitarios el individuo se supone que existe para el bien de toda la nación, y es por consiguiente implacablemente sometido a normas estrictas de comportamiento, pensamiento e incluso sentimiento, para el supuesto bien de la totalidad.

La proporción de libertad individual y restricción social es diferente en ambos tipos de sociedades, pero todo opera al nivel social. A ese nivel, un ser humano de hoy en día siente, actúa y piensa básicamente como un ego; más o menos consciente y racional, más o menos independiente, más o menos educado y con éxito, pero como un ego en cualquier caso. El ego se desarrolla bajo presiones sociales y culturales usando un lenguaje particular, haciendo algún tipo de labor social; es una unidad social.

Es contra este tipo de status que muchos jóvenes de la presente generación se rebelan. No desean ser "unidades sociales", y tratan por diversos medios, algunos más bien malsanos, de superar su condición egóica así como su condición social. A fin de conseguir esto son arrastrados a utilizar procedimientos que implican un retorno a sus raíces vitales, esto es, a la experiencia del cuerpo como tal, de condiciones naturales de vida, y de una actividad sexual libre de las tradicionales restricciones sociales, culturales y religiosas. Se quejan particularmente de tales restricciones porque sus mayores oficialmente e hipócritamente las aceptan, para romperlas en todas las ocasiones posibles en que es socialmente seguro hacerlo.

En otras palabras, las protestas de los jóvenes contra una sociedad que opera en términos de los valores de la fase de

antítesis de la evolución humana, tienden a adoptar la forma de un retorno a la fase de tesis. Es por ello que tan a menudo hablan de sus grupos como "tribus". No obstante, estos grupos son básicamente diferentes en espíritu de las tribus arcaicas reales, pues los muchachos y muchachas que los forman intentan claramente actuar sobre una base individual. La juventud de hoy en día todavía no comprende, excepciones aparte, lo que supondría vivir en términos de una dedicación total, deliberada y consciente a una totalidad mayor, que no sería social en el sentido moderno sino planetaria en su dedicación total a la totalidad del Hombre. Nadie ha sido capaz de darles una visión de dicha condición futura del vivir humano y lo que implica.

Tal condición ha existido en algunos momentos del pasado, pero sólo dentro de restricciones religiosas específicamente limitantes. Tal es el caso de comunidades monásticas o semimonásticas, tales como los Terapéutas de Egipto, quizá los Esenios, los Drusos del Líbano en el siglo doce, las primeras Hermandades Senussi del siglo diecinueve en el Norte de Africa, y probablemente otras hermandades en Asia y Europa, siendo con mucho los más importantes e influyentes los Cátaros y Albigenses del Sur de Francia, que fueron inmisericordemente destruidos por una coalición del Rey y el Papa. Tales Hermandades, y las pocas comunas del siglo pasado en los Estados Unidos, no podían durar bajo la presión de su agresivo entorno. Se desarrollaron prematuramente, y muchas tuvieron que convertirse en Hermandades secretas.

¿Qué hay pues del futuro? Quizá una drástica crisis social, o incluso cataclismos telúricos sean necesarios para hacer posible un nuevo tipo de comuna en una sociedad más abierta. Pero estos grupos tendrán que dar cuerpo a una fé muy vital y contagiosa en una nueva clase de relaciones interpersonales. Esto significará esencialmente que los individuos tendrán que desarrollar un tipo de conciencia

capaz de experimentar vividamente una totalidad mayor suprapersonal dentro de la cual estos individuos actuarán, no meramente como organismos humanos espontáneos y mentes iluminadas por experiencias místicas de unidad, sino como partes diferenciadas de la totalidad comunal. Más aún, tal totalidad mayor, si ha de sobrevivir, tendrá que realizar, afirmar y probar su participación efectiva en la totalidad todavía mayor de la humanidad.

Tres factores hay aquí implicados: 1) El hecho de que los seres humanos que entran a la nueva comuna lo hacen como individuos conscientes que se han liberado, más o menos definidamente, del status familiar y social; 2) La participación cuasi-orgánica real de la persona individual en las actividades de la totalidad; y 3) Vivificando, inspirando y manteniendo en un tono elevado de efectividad esta participación, una constante comprensión no sólo del carácter y significado de la totalidad comunal, sino de la Presencia de la Totalidad de la totalidad, como un hecho de la existencia casi visible y tangible.

Los místicos del pasado han hablado de vivir “en la Presencia de Dios”; y en una fase individualista del desarrollo personal, la Presencia ha sido personalizada y denominada Cristo, Krishna, o el Maestro, pues el pequeño y problematizado individuo humano busca de modo natural fuerza, seguridad y consuelo emocional en una relación “Yo-Tú” con un Ser divino. Podemos vislumbrar, sin embargo, una condición de existencia comunal en la que el ser humano seguro, sustentado por relaciones de grupo interpersonales, tenga un enfoque y una necesidad psicológica algo diferentes. Como persona individual, buscaría estar lo más completamente sintonizado posible con la vibración, carácter y función del campo-Anímico con el cual está consciente y decididamente vinculado, aunque todavía no plenamente unido. Pero como miembro de la comuna compartiría con todos los otros miembros la Presencia efectiva del Principio

de Totalidad, UNO, quizá sin la necesidad de personalizar-Lo, limitando con ello su carácter. Esta Presencia debería ser en la comuna un factor de experiencia más o menos constante, o al menos un profundo sentimiento, incuestionable y no erradicable, en todos los participantes individuales; en todos los comunicantes.

Tal actitud no puede, genuina y auténticamente, ser aceptada por los individuos modernos hasta que hayan experimentado realmente un cambio básico de conciencia, y que como resultado estén deseosos, capaces y dispuestos a relacionarse de un modo nuevo con otros individuos de disposición semejante. Este nuevo modo implica un concepto diferente de la ética, una nueva moralidad. La nueva moralidad tendrá que ver (1) con el carácter y grado de eficacia del cambio de conciencia recién mencionado, (2) con la cualidad de las relaciones interpersonales dentro del grupo, y de la relación del grupo con otros grupos, y (3) con la capacidad de los "comunicantes" de actuar y trabajar en una manera cuasi-ritualista, en servicio consagrado a la totalidad (la comuna, y la humanidad-en-su-conjunto).

El cambio de conciencia que tengo aquí en mente es un cambio desde una conciencia cerrada a una conciencia abierta; y también, como resultado, un cambio desde un sentido de exclusivismo personal y cultural y fariseísmo (y hay formas muy sutiles de fariseísmo), a un sentimiento profundamente motivante de exclusividad y compasión de todo lo humano.

Tal sentimiento de inclusividad puede ser innato y espontáneo, independientemente de cualquier concepto mental y de cualquier visión metafísica; pero puesto que estamos tratando, en esta etapa de la historia, con hombres y mujeres nacidos en una cultura intelectualmente orientada y condicionada por el exclusivismo dogmático tanto de la religión como de la ciencia, creo que deben ser también

transformados los cuadros mentales, tanto subconsciente como consciente, de los individuos que buscan un nuevo tipo de relación comunal. Es por esto que he presentado un cuadro ciclocósmico de existencia que, si se entiende adecuadamente, barre con el absolutismo de los valores y de los juicios morales. Si toda fase de un ciclo evolutivo libera nuevos valores y nuevas verdades, ninguna creencia u opinión puede ser absolutamente verdadera o correcta; por consiguiente, nadie necesita ser moral o racionalmente *condenado* por sus creencias, SUPUESTO que sean genuinamente suyas propias. La única cosa que debiera ser condenada son las condiciones en las que el dogmatismo y el fanatismo (y por tanto el exclusivismo, el fariseísmo y la posesividad en todas sus formas) pueden surgir y asumir un aire de legitimidad.

Cuando se entiende la existencia como una interacción polifónica y multinivel de diferentes modos de actividades, todas las cuales contribuyen a la armonía de la Totalidad, el único rasgo “malo” es el hecho de estar “fuera de sitio”, o “chupando foco”, tratando de forzar la atención del grupo por medio de dramatizaciones emocionales, histrionismos o fuegos de artificio intelectuales, a simple modo de exhibición. *En su lugar del destino, en el momento apropiado, y en relación armónica con otros factores, todo factor de la existencia es correcto.*

Esto incluye también lo que se llama el “mal” cuando se considera desde una perspectiva cósmica e impersonal. Así debe ser desde el momento en que comprendemos que toda liberación de potencialidad a la existencia actual, provoca respuestas tanto positivas como negativas, lo que quiere decir que todo ciclo de existencia produce a la vez éxitos y fracasos. El mal es simplemente el camino del fracaso, una respuesta negativa a la liberación de una nueva serie de potencialidades. Todo Avatar o Manifestación Divina cuya vida, amor y luz abre una nueva Era de desarrollo humano,

trae también consigo la inevitabilidad del mal, la Sombra de la Luz.

Una conciencia verdaderamente abierta debe aceptar la existencia de la Sombra (el Hermano oscuro), y aprender a tratar este hecho. La persona iluminada no condena emocionalmente los hechos oscuros de la existencia; los trata cuidadosamente, a fin de no ser influenciada por ellos física, psíquica y mentalmente. Dado que se halla dedicado de modo seguro a la vía de la Luz, es capaz de aceptar sin horror ni temor paralizante el hecho de que, por recorrer el camino de la Luz, es inevitable que en algún lugar del universo alguien esté recorriendo el sendero de la Oscuridad, y que él y su opuesto pueden realmente encontrarse. La suprema Armonía de la Totalidad existencial siempre permanece dinámicamente perfecta y, dado que incluye todas las formas de existencia, se halla también "más allá" de todas ellas.

Todo organismo vivo debe alimentarse a sí mismo para sobrevivir; y la alimentación conduce sin escapatoria posible a un proceso de asimilación, y a un proceso de eliminación de productos de desecho no asimilables. La humanidad, hablando en general, es un organismo. Hay productos de desecho que deben ser eliminados. Si la función de eliminación no opera bien, el sistema se llena de toxinas. Cualquier forma de relación grupal producirá elementos tóxicos que necesitan ser eliminados. PERO estos factores tóxicos tienen su fuente al nivel de la mente y del ego. *Utilizan* a las personas humanas como medios de expresión, como canales de desagüe. El mal no debería ser identificado con la persona humana; es aquello que *se abre paso a la fuerza a través y hacia el exterior de la persona*.

Al liberarse una nueva potencialidad, el aspecto negativo de esta nueva potencialidad busca expresión a través de un ser humano individual al nivel de la mente de esa persona.

Se despiertan Oscuras Imágenes de lo que la nueva potencialidad está trayendo. Temor, una sensación de inseguridad, y lo más a menudo una emoción de repulsión basada en un aferramiento a viejos conceptos y sentimientos, surgen en la mente y psique del individuo. Se produce un torbellino oscuro que es la contraparte negativa del aspecto constructivo y evolutivo de la nueva potencialidad. Este remolino opera entonces *contra* el desarrollo de la nueva potencialidad; opera contra el flujo creativo de la existencia; contra la “voluntad de Dios”, como diría el religioso. Una pesada masa de temores bloquea este flujo. Igual que una gran piedra en el sendero de una veloz corriente genera detrás suyo un remolino que impide el flujo del agua, así el mal genera fuerzas antievolutivas. Pero estas fuerzas no son extrañas; son el poder de la corriente, invertido por así decirlo, o gastado en movimientos concéntricos (egocéntricos). Por ello los ocultistas siempre han afirmado que “el Diablo es Dios invertido”.

Estar abierto pero no temeroso es el requerimiento básico de la futura moralidad de la Era de Plenitud. Estar abierto significa, como ya afirmamos, estar abierto como persona individual a una relación plena con el campo-Anímico, de modo que la persona viviente pueda devenir una proyección e incorporación de la imagen-Anímica; significa también estar abierto al hecho de que participamos en una totalidad, cumpliendo por tanto una función en esa totalidad en relación con otros individuos que cumplen también sus funciones. Todas estas funciones son o debieran ser necesarias para la salud de la totalidad. Por lo tanto, deberían ser llevadas a cabo en términos de la totalidad antes que como formas anárquicas de autoexpresión (lo que equivale a decir realmente ego-expresión). Son anárquicas si se llevan a cabo meramente para el bien del ego. Deberían devenir holárquicas, esto es, ejecutadas con referencia a las necesidades de la totalidad. Pero las necesidades de la totalidad no deberían correr en contra de la autoexpresión del in-

dividuo, SI es realmente *la expresión de la seidad y no del ego*, y si el individuo actúa en el lugar y función que verdaderamente le corresponden, y que están sintonizados con su Imagen-Anímica. Al ejecutar su obra de destino (dharma) el individuo serviría al propósito de la totalidad.

Esto implica obviamente que el tipo de relación grupal interpersonal en la que el individuo participa debería ser organizada en términos del ajuste orgánico de la persona a la función. Una comuna de la Nueva Era debería ser un organismo. Debería estar funcionalmente integrada en una actitud de servicio dedicado a la humanidad. Pero sólo puede operar así si la Presencia del Principio de Integración, UNO, es una realización vívida y constante en la vida interna de cada participante. Y con este fin sería de extremado gran valor un sentido de actividad grupal ritual, pues en tal actividad ritualística el factor individual y el factor grupal podrían integrarse armoniosamente; si es que se entiende bien lo que tales rituales deberían significar hoy en día.

La diferencia entre una actividad ritual orientada hacia el futuro y los rituales tribales de días primitivos, reside en el carácter y cualidad de la conciencia de los participantes. Estos son hoy en día personas individualizadas; hace mucho tiempo, eran organismo humanos mayormente inconscientes, dominados por la Vida, en una etapa preindividual de evolución humana. La diferencia es de importancia primaria. Puede al principio no mostrarse demasiado en la actividad externa, pero es esencial al nivel de la mente consciente. La Vida actúa en términos de compulsión instintiva bio-psíquica; pero ahora el hombre ha alcanzado el nivel de la Ideidad, el nivel de una conciencia enfocada a través de una mente individualizada e independientemente estructurada. La seidad puede hoy en día ser enfocada en el corazón, mientras que antaño estaba centrada en la región pélvica o del plexo solar.

A causa de todos estos cambios humanos y evolutivos, puede visionarse, y luego realizarse, un tipo esencial y espiritualmente nuevo de Imagen de la Comuna Ideal. Actualizar tal ideal es evidentemente un difícil problema, tanto de metamorfosis individual como de organización grupal. Pero es un problema que debe encararse. Sólo puede encararse si la *cualidad* del amor que ilumina la relación entre los participantes en la comuna es consciente y enfocada, y no sólo tiene una cualidad no posesiva y no exclusivista, sino que es también un amor verdaderamente consciente y enfocado. Debería permear a toda la comunidad e irradiar *a través* de los individuos, más que *desde* los individuos. Debería ser la vibración misma de UNO operando al nivel de una Compasión omniincluyente, el nivel divino de operación del Principio de Totalidad que es el fundamento de toda existencia.

Al afirmar esto, no sólo hablo del tipo acostumbrado de ideal religioso, tal como se expresa en cualquier religión organizada, y en sus *imperativos morales* más o menos dogmáticamente formulados. Este Amor-compasión no es una Ley que reemplace o inspire de algún modo los viejos Mandamientos. Es el Principio mismo de existencia a un nivel de actividad, totalidad y conciencia que el hombre debería ahora, de modo lento pero seguro, esforzarse por alcanzar. Pero el hombre sólo puede hacerlo si es capaz de imaginar claramente tal cualidad de interrelación y de vivir comunal sin los condicionantes factores que razas, credos, naciones, sectas o clases inevitablemente introducen. El hombre, en verdad, nunca podrá alcanzar una fase de su evolución verdaderamente nueva mientras no sea capaz de imaginar vividamente su carácter general. Debe ahora actuar conscientemente, de manera individualizada. Debe llegar a la nueva meta evolutiva de la síntesis y la unidad de acuerdo al modo que seleccione para abordarla, o más bien de acuerdo a como *él es* como individuo.

Cuando hablo del *hombre* me refiero a la totalidad de una

humanidad integrada que ha descubierto su lugar y función dentro del campo total de actividad de la Tierra. Y esto implica haber realizado vividamente el complejo Arquetipo planetario que es la Imagen-Anímica de la humanidad como parte integral de la potencialidad divina de la Tierra. Es esta "Forma del hombre" la que es "a semejanza" de Dios, esto es, de La Palabra Creativa, el Logos. Es en verdad la Imagen-Anímica de la Tierra buscando actualizarse, *a través de la humanidad*. Dentro de ella se muestra el resultado final, el estado omega del antiquísimo proceso de planetarización de la conciencia. Una nueva fase de este proceso evolutivo está a punto de comenzar.

HACIA UNA SOCIEDAD PLENARIA

Las comunas en las que puede mostrarse de acuerdo al principio de *totalidad operativa* una nueva cualidad de relación, y un nuevo enfoque orgánico y por lo tanto ritualístico de los problemas envueltos en la actividad grupal, pueden ser consideradas como pequeñas simientes que a su debido tiempo deberán devenir los multiformes cimientos para una sociedad nueva y omniincluyente. Tal sociedad planetaria futura no tiene por qué ser un Estado Mundial rígidamente centralizado dominado por una clase de tecnócratas que se autoperpetúan. Debería ser una sociedad multinivel, pues resulta bastante evidente que sólo una minoría de seres humanos será capaz de llegar hasta el nivel de esas comunas que he vislumbrado en las páginas precedentes. Debería también ser una sociedad que, al nivel de la operación de masas y de la conciencia de masas, no haya perdido el sentimiento de arraigo, en regiones específica del globo, a vibraciones a las que está sintonizado un tipo también específico de hombres.

Como ya demostré hace muchos años,* existe una relación definida entre la forma de un continente o subcon-

tinente, y el tipo de cultura y sociedad que se desarrollan dentro de estas regiones geográficas. Mucho se podría aprender del estudio de lo que llamo geomorfía y geotecnia. El hombre tiene sus raíces genéricas y colectivas en la tierra; pero las raíces no son el único factor en la vida de una planta. También hay hojas, flores... y semillas, que cumplen su destino como tales abandonando la planta paterna y dispersándose por el espacio.

Lo que llamo la sociedad plenaria global del futuro (¡quién podría decir cuán distante es ese futuro!) es una sociedad que debe tener al menos un carácter orgánico simbólico. Debería operar a diversos niveles. Debería ser holárquica en su organización general de *actividades*, pero individualísticamente holística en su reconocimiento fundamental de la persona como una totalidad individualizada de conciencia, y como el campo potencial de integración de una Imagen-Anímica y de un campo humano de existencia. Como totalidad individualizada, la persona es lo que he llamado un campo-de-Ideidad; un *lugar sagrado* dentro del cual puede tener lugar el Matrimonio Divino, y donde finalmente tendrá lugar si la persona ha seguido el sendero de la Luz y del Amor. (Este lugar sagrado está simbolizado por la Flor, pues en la flor se forma la nueva semilla).

Por otra parte, como *ejecutor de actividades* que están relacionadas con la Totalidad mayor constituida por la sociedad plenaria del Hombre sobre la Tierra, en gradual transubstanciación por la actividad y la mente humanas, una persona individual es, idealmente, un oficiante en el vasto ritual ejecutado por dicha sociedad global humana total. Como ejecutor, actúa; como conciencia individual a la búsqueda de una sintonización cada vez más completa con su campo-Anímico, *se actúa sobre él*. El modo en que se

Cf. MODERN MAN'S CONFLICTS: *The Creative Challenge of a Global Society* (New York, 1948).

actúa sobre él determina la cualidad de sus actos. Le marca con un carácter definido, y con definibles (aunque no estáticas, sino en permanente evolución) capacidades para la acción. Estas capacidades le dirigen hacia su "obra de destino", lo que C.G. Jung llamó su "vocación".

La razón por la cual la gente joven encuentra tan difícil, en la mayoría de los casos, descubrir algo que se parezca a su verdadera vocación, es que viven en una sociedad caótica y totalmente inorgánica, de la cual su deseo más íntimo es separarse, pues se sienten profundamente alienados de todo lo que representa. En el mundo occidental, particularmente en los Estados Unidos, nos sentimos muy orgullosos de vivir en una democracia en la cual todo hombre es teóricamente libre y responsable. Tenemos, ciertamente, libertad de prensa (relativamente), de asamblea (dentro de ciertos límites), de dar voz a nuestras opiniones, de escoger nuestra afiliación religiosa y grupal, etc; y tenemos las "cuatro libertades" ensalzadas por el presidente Roosevelt: libres *del* temor, de las carencias, etc. (si bien, ¿tienen ahora *todos* los americanos dichas libertades?). Pero nadie parece decirnos **PARA QUE** son estas libertades. ¿*Para qué* debería uno trabajar? ¿*Para qué* deberíamos realizar una actividad social cualquiera? Nuestra rama de la democracia, tal como fue concebida por las mentes de hombres sinceros del siglo dieciocho, quienes ingenuamente supusieron que habían alcanzado la "iluminación", es una clase teórica de democracia, en la que la unidad, el ciudadano, es abstractamente igual, libre sólo en principio, y fraternal bajo condiciones sociales limitantes. Los hombres son reducidos a abstracciones, incluso si hablamos pomposamente de la dignidad de la persona humana.

Tal igualitarismo, combinado con una ambigua clase de gobierno de la mayoría, y un tipo de parlamentarismo dominado por poderosos intereses especiales y por las grandes riquezas (por no hablar de los prejuicios raciales,

que son la sombra kármica de la esclavitud en los Estados Unidos, y del colonialismo en otros países), carece de las características esenciales de lo que vislumbro como una sociedad plenaria. Y me apresuro a decir que cualquiera de las formas presentes de totalitarismo es todavía más deficiente, y virulentamente nociva. La democracia del mercado ve al individuo libre como una entidad competitiva, en verdad que como un ego agresivo cuyo propósito al vivir es dominar a otros (y a menudo engañarlos), a fin de acumular riqueza, poder, posesiones. El propósito de la sociedad es el de producir cada vez más bienes, incluso si supone forzar a la gente por todos los medios, honestos o sucios, a consumir frecuentemente mucho más de lo que necesitan o desean, esclavizándose así cada vez más de sus apetitos y de sus ansias de comodidad física; y volviéndose cada vez más dependientes del psicoanálisis o la psiquiatría.

Todo este cuadro social deberá parecerle cruel y trágicamente nocivo al hombre del futuro, viviendo en una sociedad plenaria compuesta de una inmensa red de comunas regionales, cada una con un fuerte grado de independencia, pero todas integradas en una especie de condición orgánica de totalidad operativa dentro de la Totalidad global de la humanidad. En cierto sentido, este tipo de organización retiene alguna de las características de la nación americana *primitiva*, cuando era una federación de pequeños estados. La tragedia es que el ideal al que dió cuerpo el sistema americano devino casi completamente pervertido en el siglo diecinueve, y todavía más recientemente por el monstruoso crecimiento de la Federación, que hizo imposible la aplicación del sistema. De hecho, sólo era funcional en abstracto, y estaba condenado a devenir completamente materializado por (1) el mantenimiento de la esclavitud, (2) la actitud cruelmente agresiva y depredadora del hombre blanco hacia los indios americanos y hacia la tierra, y (3) por las presiones de las otras naciones del globo. Devenir enormemente rico y poderoso y producir mucho más que cual-

quier otro país no es señal de éxito, tal como yo he usado este término. Puede significar un trágico fracaso moral; trágico, en verdad, porque el fundamento de “estos Estados Unidos” estuvo originalmente penetrado de un glorioso sueño: *Novum Ordo Seclorum*, el Nuevo Orden de los Siglos, “Un nuevo punto de partida en los asuntos humanos” (Thomas Paine).

No es propósito de este libro criticar las condiciones presentes hoy en día. Sin embargo, es necesario a veces comparar la realidad con el ideal, y mostrar cómo este ideal dejó de incluir los principios fundamentales mismos de la sociedad futura de la que bosquejamos aquí unas pocas características básicas. Democracia, parlamentarismo, gobierno de la mayoría y empresa libre, no significan nada realmente definido y concreto *salvo que* se especifique (1) el carácter de las unidades humanas en dicho sistema *cuantitativo* de organización social, (2) la cualidad de la relación entre estas unidades, y (3) el propósito humano, espiritual y metafísico, y los resultado a esperar, del sistema social.

Nuestro mundo democrático occidental es esencialmente una sociedad de egos, incluso si organizaciones religiosas cada vez menos convicentes hablan pomposamente de almas creadas por Dios y de salvar almas. En este mundo de egos, por egos y para la mayor gloria de los egos, las relaciones interpersonales están basadas en la competición y la adquisitividad, en la posesividad, y en una falsa, por ser abstracta, noción de igualdad: la igualdad cuantitativa, la igualdad de las unidades en el cómputo estadístico. Los hechos más básicos de dicho tipo de organización social y de centrado en el ego impiden la realización del Amor, pues el verdadero Amor y la verdadera Compasión exigen una constante comprensión de la Presencia de Eso que es el principio mismo de Totalidad y de integración a alto nivel. El propósito oficial de nuestras democracias occidentales es el de construir naciones fuertes, o el de asegurarse la consecución de

la libertad, la felicidad y el confort para sus ciudadanos, a través de una productividad y una expansión en constante aumento, con los resultados no específicos, pero aparentemente inevitables, de una explotación agotadora de la substancia misma de la Tierra, y en muchos casos de sus habitantes también.

Se dirá, que pese a lo justificadas que sean estas críticas, simplemente indican que la mayoría de los seres humanos operan a un nivel de conciencia egocéntrico, agresivo y posesivo, y que el sistema de organización mejor diseñado fracasará en llegar a la altura de sus ideales bajo tales condiciones. Esto es perfectamente cierto. Sin embargo, mi propósito no es, repito, mostrar lo errónea que es la situación presente (esto ya lo hacen muchos grandes escritores hoy en día), sino tratar de señalar claramente las *diferencias reales* entre el ideal del pasado, incluso de nuestro pasado democrático americano, y el que vislumbro para el futuro. Lo que deseo recalcar es el hecho obvio de que hoy en día *nadie* que yo conozca (con una excepción) es capaz de presentar a nuestra rebelde generación de jóvenes *la visión de un futuro por el que merezca la pena trabajar, y si es preciso morir*. Y sin tal visión, basada en un cuadro omniabarcante del universo entero, y de la interacción de Principios metafísicos que van más allá de cualquier personificación limitante, no pueden haber esfuerzos realmente integrados y sustentados, pues no habrá ningún sentido vívido y poderoso de la posibilidad, más aún, de la inevitabilidad evolutiva, de la actualización de la visión.

La única excepción recién mencionada es el movimiento comenzado en la India por Sri Aurobindo y su compañera de trabajo superviviente Madre Mira, la cual ha administrado durante muchos años, de modo diestro y poderoso, el ashram de Aurobindo en Pondicherry. Los escritos de Aurobindo proporcionan la visión, particularmente su obra monumental LA VIDA DIVINA (*The Life Divine*) y los Comen-

tarios sobre libros sagrados hindúes, a los que dió un nuevo y revolucionario sentido. Y ahora las actividades de la Madre, pasada la edad de 90 años, se dirigen hacia la realización de la visión; ellos han dado la Palabra Creativa necesaria para la construcción de una ciudad-comunidad ideal cerca de Pondicherry, llamada Auroville. Podría devenir, si tuviera éxito, un patrón simiente para una serie de empeños similares.*

El factor esencial, repito, en todas esas construcciones de comunidades, es la Presencia de UNO, el Principio de Totalidad, el Integrador en el corazón de todas las formas existenciales de integración. Hoy en día, dado que estamos todavía en una Era en la que los individuos encuentran tan difícil encontrar viveza y drama suficientes en un Principio impersonal y en un Poder cosmogénico, esta Presencia puede requerir el intermedio de un personaje vivo (o muerto) que haya devenido el símbolo efectivo de esta Presencia. Si él o ella están contentos con ser un símbolo de integración, todo va bien. Pero, ¡jay!, la personificación conduce a la adoración, a singularizar como "el único" a la persona adorada, ¡el "único Hijo engendrado por Dios"!, y esto inevitablemente conduce al sentimiento de posesión exclusiva de una Verdad capitalizada, y a una hueste de subsiguientes males y perversiones del Impulso Creativo Original que ha devenido diferenciado a lo largo de numerosos senderos.

No existe una sola Verdad, un solo Camino hacia la actualización de una sociedad plenaria que abarque a todos los hombres, todas las culturas regionales y todas las comunidades en su diversidad de enfoques y respuestas ante el

Quien desee información concerniente al proyecto de Auroville, formalmente inaugurado en una impresionante ceremonia en Febrero de 1968, en la que participaron jóvenes de muchos países trayendo un poco de suelo de sus tierras nativas, puede escribir a Sri Aurobindo Ashram, Pondicherry 2, India.

(Nota del Editor) Desde la publicación original de este libro, Madre Mira murió, y la obra es continuada por discípulos.

nuevo paso evolutivo que se halla enfrente de la humanidad. El proyecto de Auroville recién mencionado podría ser una respuesta sumamente significativa a la llamada del Hombre (o de Dios) para una nueva mutación humana en la conciencia, y en la cualidad de relación interhumana. Pero habrá ciertamente otros en quienes un enfoque metafísico algo diferente será aceptado como una base para la acción grupal. El enfoque holístico y esencialmente impersonal formulado en este libro acentúa las realidades básicas de la existencia de un modo que definitivamente difiere de (y quizá en cierto sentido complementa) las comprensiones metafísicas de Sri Aurobindo. El sigue la línea tradicional representada por el Bhagavad Gita, mientras que mi enfoque tiene probablemente mayor afinidad con el del Buddhismo Mahayana. Las realidades básicas son las mismas, pero diferentes formulaciones enfatizan una u otra de estas realidades, viéndolas bajo una luz algo diferente.

Así es como debería de ser, pues las vías de búsqueda y las formas adoptadas por las grandes comprensiones de los Arquetipos evolutivos conforme llegan a la mente humana, son muchas. La integración no debería conducir finalmente a un tipo dictatorial de unidad, sino a un estado polifónico de multiunidad. La unánime condición de existencia de los numerosos Seres perfectos que constituyen el Pleromasimiente al final del gran ciclo, no excluye el recuerdo activo de los diferentes senderos que dichos Seres tomaron para alcanzar la unión con sus almágenes-Anímicas, y devenir Agentes consagrados del poder único de la evolución, al que individuos devocionalmente inclinados denominan la Voluntad de Dios. La unidad de conciencia no impide las distinciones funcionales.

Al nivel de las nuevas comunidades que deberían devenir semillas para la nueva Era, debería haber también una unanimidad de propósito y dedicación, una completa disposición a ir más allá del individualismo y a vibrar con la na-

ciente realidad de la totalidad transformada; pero seguirán habiendo individuos trabajando, actuando con capacidades diferentes, y cumpliendo cada uno su propio dharma; no conforme a los dictados del ego o a como ansian su compulsivo cumplimiento las energías de la Vida, sino en la clara luz de una conciencia unánime y de la dedicación a la totalidad.

Epílogo

Sumario

Epílogo: Planetarización y Plenitud

La situación social en el mundo occidental – La juventud inconformista frente a la inercia y temor de la clase media – Similitud con la confrontación entre los primeros cristianos y el Imperio Romano – ¿Una nueva religión mundial?; El carácter global de la presente crisis y la planetarización de la conciencia; El cambio de estado de sólido a líquido; El nuevo mundo de la física; Interdependencia humana y ciudadanía del mundo; Organización frente a expansión agresiva -Una inversión de los valores; La plenitud y la Era de la Síntesis -Definición de “plenitud”; El Hombre de Plenitud; La necesidad de “Hombres simiente” y la emergencia del hombre global; Los nuevos símbolos: el Globo y el Calor; El nuevo tipo de hombre: lo que exige; La función “mentalizadora” de la Humanidad para la Tierra; El poder de los símbolos; Los símbolos de la Encarnación -Dios deviniendo concreto como el Hombre global; Encarando el futuro con fé creativa.

Epílogo

Planetarización y plenitud

Conforme contemplamos los desarrollos presentes del mundo occidental con una mente desapegada de ancestrales tradiciones, encaramos una situación compleja y ambivalente. Por una parte, nos percatamos de un poderoso fermento de fascinantes nuevas ideas, y del descontento dinámico y de extensión mundial y a menudo de la revuelta apasionada, de los jóvenes que rehusan aceptar el rol que han preparado para ellos las generaciones al control de la maquinaria política, industrial y militar de la sociedad. Por otra parte, nos enfrentamos con la torpe pero agria y atemorizada clase media, masas de gente de edad-media-y-vieja que se aferran a su comfort, a su religión de "iglesia los domingos", a sus líderes ineptos pero familiares, y que de algún modo creen, con fanatismo ciego, que la Ciencia y la Tecnología, sus Dioses gemelos, solucionarán todos los problemas y nos anunciarán alguna suerte de Edad de Oro mecanizada.

Todas las personas sensibles pueden asentarse en la victoria de la normalidad, el buen sentido, y los técnicos que llevan a cabo aparentes milagros. Sin embargo, los historiadores deberían recordar que un puñado de utópicos fanáticos e irracionales de mirada ensoñadora, provenientes de un insignificante rincón del Imperio Romano, se enfrentaron con éxito al poder de la Roma de los Césares. Crecieron en poder e influencia dentro de una sociedad que, a pesar de sus espléndidos administradores y un fuerte ejército, esta-

ba interiormente desintegrándose en un aburrimiento sin raíces y en la vacuidad moral, bajo presiones externas e internas que se tomó a la ligera y ante las que, de hecho, estaba indefenso. Estaba indefenso porque estaba edificado sobre una falacia básica: la falacia de que administradores eficientes y un poderoso ejército pueden tomar el lugar de una tradición espiritual lentamente muriendo por falta de significado, y de que el orgullo de la consecución socio-política y económica podía ser una base sólida para edificar una nueva sociedad.

La situación hoy en día es desde luego muy diferente. América tiene un tremendo poder que no se atreve a usar y que no puede usar, si es que ha de evitarse la destrucción casi total. Tiene muchos, muchos miles de iglesias, pero son meras fachadas para su profunda inseguridad. Aunque la atemorizada gente todavía se aferra a los bancos de sus iglesias, y a las palabras impresas todavía declamadas por sacerdotes o ministros que se agitan confundidos, el espíritu está muerto o muy dormido, drogado por el comfort suburbano y la domeñada mediocridad de los funcionarios. Sin embargo, la gente de la clase media y las drogadas masas de los televidentes y adictos al golf, todavía tiene una enorme fortaleza inercial a la que su fariseísmo otorga comodidad. Goliath puede reirse del pequeño tonto de David, pero David ganó por su movilidad y su fé. ¿Es nuestra juventud, inconformista, de ojos soñadores, hipnotizada por el amor, fascinada por las drogas que ayudan a disipar la seducción del ego, a menudo a costa de sus cuerpos y mentes, el nuevo David?

Cabe preguntarse si una cristiandad radicalmente transformada podría quizá estimular de nuevo la imaginación de la nueva generación (una vez que se canse de los símbolos orientales y de los cuentos ocultos, y posiblemente después de un holocausto nuclear). ¿O pertenecerá la humanidad del futuro a una nueva religión mundial, quizá el movimien-

to Bahai, cuyos seguidores tan a menudo refulgen con una fé que evoca las historias que se han oído contar de los primeros cristianos? Los Bahais, más que ningún otro grupo de extensión mundial, tienen un orden-Mundial definitivamente planeado, en verdad revelado-por-Dios, para reintegrar a una escala global a la humanidad desorganizada por una catársis radical esperada. Quizá también, ¡quién sabe!, un contacto con Inteligencias venidas de otros planetas pueda trastornar, alentar y reformar en un nuevo molde la respuesta colectiva del hombre a una percepción ensanchada del universo que le rodea.

Nadie puede responder convincentemente a estas preguntas, ni a muchas otras igual de cruciales. Una cosa parece cierta: la crisis mundial a través de la cual estamos pasando, y que muy probablemente pronto devendrá más aguda y focalizada, no es sólo una de esas crisis que, según nos dicen, ocurren periódicamente y a las que la sociedad se ajusta, y tras las cuales los buenos días de antaño retornan.

Las crisis del pasado fueron relativamente *locales*, y la conciencia de la más amplia mente Romana nunca abarcó realmente la totalidad de la humanidad; grandes reinos e imperios existían cuando Roma colapsó. Ahora la crisis es *global*. Parecería que se manifestase como una lucha entre dos diferentes maneras de abordar la organización social y económica; pero la ahora tan ambigua y oscilante guerracaliente-fría (en la que múltiples matices de temperamento humano y de doctrinas se enfrentan entre sí, en un confuso hatillo de grandes palabras propagandísticas y gestos amenazadores), no es el factor básico en la crisis global. La Lucha entre la sección idealista y llena de protestas de la juventud de todos los países, y los diversos tipos de Sistema, es mucho más importante en un momento en que todo el futuro del Hombre está en entredicho. No sólo está toda la humanidad indirecta, si es que no directamente afectada por la crítica situación mundial, sino que todos los reinos de

vida sobre esta Tierra están más o menos amenazados, así como el agua, al aire y el suelo del planeta. Si tuviese lugar un holocausto nuclear a gran escala, podría incluso ser alterado el estado electromagnético de todo el sistema solar, con consecuencias totalmente desconocidas.

Tan enorme posibilidad de cambio, de naturaleza catastrófica, indica asimismo la posibilidad de una transformación evolutiva a escala verdaderamente planetaria. El título de este libro, **LA PLANETARIZACION DE LA CONCIENCIA**, debería indicar cuál considero que sea esta posibilidad. Lo que se está cociendo no es alguna modificación menor en las estructuras de la sociedad. Lo que se está cociendo es una transformación fundamental que trasciende las condiciones locales o nacionales, y el comportamiento normal de hombres codiciosos y egocéntricos ansiosos de poder para llenar su vacío interior de alma. Es un cambio tan radical como el cambio de un estado de materia al siguiente en la escala de temperatura (digamos, del estado sólido al líquido). Ocurre en un momento en que los científicos atómicos hablan de un nuevo estado de la materia, el estado de plasma; y quizá haya algún tipo de paralelismo entre dicho descubrimiento del estado de plasma y la creciente disolución de todos los objetos, conceptos y tradiciones a los que se pueda aplicar el concepto de solidez. ¿Acaso todo nuestro enfoque filosófico y psicológico de la realidad no nos está conduciendo a una realidad completamente dinámica, no sólida, fluidica?

DE LA SOLIDEZ A LA LIQUIDEZ

La materia sólida es la materia que experimentamos como objetos que tienen formas más o menos precisamente definidas y constantes. La humanidad ha funcionado durante milenios en este reino de los objetos, así como en un mundo sólido de tradiciones y normas de valores; el oro, por ejem-

plo, como base concreta para las transacciones interpersonales e internacionales. El desarrollo de las culturas ha tenido lugar en términos de objetos, de tierra sólida, de ídolos sagrados; y conforme se desarrolló el sentido del ego, condujo a una especie de idolatría, a una dependencia del carácter sólido y de las creencias estáticas. Es interesante que las culturas antiguas tomaran forma principalmente a lo largo de las riberas de los grandes ríos, cuyas inundaciones eran portadoras de vida, de suerte que desarrollaron asimismo una suerte de respuesta mística al agua fluyente y una identificación con ella. Las viejas culturas mediterráneas se desarrollaron alrededor de un mar casi cerrado, de modo semejante a como un organismo vivo primitivo nacido en el mar es un bolsillo de agua rodeada por una capa de células más diferenciadas. Sin embargo, este mar mediterráneo devino también un potente símbolo del misterio interior de la vida, y Creta (una isla) puede haber sido la cuna de los Misterios vitalistas que se extendieron a la Grecia racionalista posterior, aristotélica en su mentalidad exterior, pero con una vida interna profundamente influenciada por oráculos y ritos místicos.

Todo el cuadro mundial comenzó a cambiar con el Renacimiento y los Grandes Viajes alrededor del globo. El océano devino el factor controlador de un comercio en continua expansión. Inglaterra dominó la escena mundial como gran poder marítimo, extendiendo su codicia y su orgullosos tentaculares en todas direcciones como regente de las olas. Mientras que hasta entonces las regiones costeras se apropiaban de los mares de las orillas sobre las que sólidamente se asentaban, dándoles nombres locales, los hombres empezaron ahora a comprender que no hay sino *un solo océano global*, y que toda tierra había nacido de él y podría un día retornar a su majestuosa respiración cíclica, a su insondable ritmo.

El misterio del océano fluido y sus mareas ha sido ahora violado por la avidez del hombre y su poder armado. Paralela

a esta violación se encuentra la conquista del reino sublu-
nar de la tradición antigua: el aura de la Tierra. Quizá pronto
veremos la penetración del hombre por el espacio del siste-
ma solar, una expansión oceánica todavía más vasta, más
abierta, que por fin comprendemos como un pleno de vibra-
ciones y vastas mareas de energías solares, verosímilmente
ritmadas por un lento ciclo de 11 años de inspiraciones y
expiraciones.

¿Dónde queda algo sólido sobre lo que el hombre pueda
apoyar sus ansias de paz estática, seguridad incuestionada
y límites egoicos seguros? El mundo de la física moderna es
un mundo de fantásticos movimientos, un mundo en el que
el cambio es el único hecho que no cambia, como el antiguo
filósofo-vidente griego Heráclito intuitivamente sintió. No
obstante, como he mostrado a todo lo largo de este libro, este
ritmo de cambio, constante e inconcebiblemente rápido, es
ordenado. *Es* ritmo. Pero el ritmo de los movimientos de las
partículas atómicas y de las galaxias que aparentemente se
alejan de nosotros en todas direcciones, es un tremendo reto
para mentes cuya conciencia está todavía apegada a algún
pequeño terruño hogareño (por la posesión del cual parece
merecer la pena librar horribles guerras). La conciencia de
la mayoría de los hombres está todavía atada a la tierra de
su nacimiento y de sus ancestros. ¡Cuán insensato les debe
de parecer esto a nuestros viajeros del espacio! Y sin embar-
go, es más que probable que también ellos estén atrapados
en la malla de sentimientos locales, regionales o nacionales,
y en la pompa moral o religiosa de los credos locales. El
Presidente de los Estados Unidos podría apretar un botón
que destruiría la mayoría de la población mundial, y sin em-
bargo ha de vigilar los intereses de negocios locales, y asistir
a partidos de fútbol y a los sevicios de la iglesia cada Do-
mingo.

¿Cuál es el camino que nos conduciría a la planetariza-
ción de la conciencia? ¿Puede un número suficiente de

individuos alcanzar esta etapa planetaria de la mente, y devenir verdaderamente ciudadanos del mundo? ¿Es el nacionalismo hoy en día una enfermedad incurable, incluso si en el pasado cumplió una función necesaria en el desarrollo de un marco de referencia mayor que el estrecho provincialismo de la Edad Media, o la todavía más estrecha adoración de la tierra tribal, de la cual un pequeño grupo de hombres creían fanáticamente haber recibido posesión eterna por parte de su dios tribal?

Debería resultar claro hoy en día (aunque obviamente no sea así en lo que concierne a la mente de la mayoría de las personas), que la humanidad ha alcanzado una etapa de su desarrollo histórico en la que el hecho básico es la casi total *interdependencia* de todos los grupos humanos, las grandes naciones incluidas. Estamos viviendo todos *dentro* de un campo de actividades cada vez más estrechamente relacionadas. Cualquier movimiento en un continente afecta inmediatamente al comportamiento y el bienestar de las gentes de otro continente. Nada, por lo tanto, es ya un factor *externo*, pues todas las naciones y comunidades están vinculadas por una red de relaciones realmente irrompible. El odio, asimismo, es una forma de relación; pero ha devenido un tipo de relación tan carente de sentido en un mundo ya tan unificado por intercambios cada vez más penetrantes a todos los niveles, que este odio y todos los sentimientos nacionalistas han de ser alimentados y sustentados por las mentiras de los gobiernos y de grandes grupos de negocios que capitalizan la inercia de viejos antagonismos históricos.

Presumiblemente, por primera vez en la evolución de la humanidad, un pueblo no necesitará expandirse agresivamente a fin de sobrevivir; o al menos no necesitaría hacerlo así si sus líderes políticos, sociales y religiosos no estuviesen ciegos a las potencialidades de nuestro mundo moderno. La abundancia para todos es posible sólo si las mentes controladas por egos codiciosos y tradiciones culturales abando-

nan sus temores y sus ambiciones. Pero esto, desde luego, significa una inversión del tipo de pensamiento que ha controlado a las mentes humanas a lo largo de milenios de escasez y conflictos por la supervivencia. Mientras que en el pasado las energías del hombre tuvieron que ser dirigidas *hacia el exterior*, hacia la conquista, ahora estas energías han de ser dirigidas *hacia el interior*; lo que significa hacia la consecución de una armonía interior, en el organismo a escala planetaria de una humanidad integrada. La expansión agresiva en un mundo exterior poblado de competidores y probables enemigos, ya no es la clave para la supervivencia y para la paz de todos los humanos. La clave es más bien la organización interna de recursos, y su distribución entre las diversas colectividades humanas, cumpliendo cada colectividad, voluntaria y efectivamente, su función en la economía de la totalidad, el organismo global del Hombre.

Lo que esto significa en la práctica es una *inversión de todos los valores humanos básicos*, y primero de todo, una irrefutable percepción de que hemos llegado a un punto de inflexión en la evolución humana, que hemos dejado atrás la Edad de los Conflictos y entrado en la Edad de la Plenitud.

EL HOMBRE DE PLENITUD

Ya he hablado de plenitud varias veces en este libro, y hace casi treinta años escribí un libro largo pero aún sin publicar llamado LA ERA DE PLENITUD (*The Age of Plenitude*). Es una triste reflexión sobre la mentalidad americana media que casi en todas partes donde he hablado o escrito sobre la plenitud, la audiencia o los linotipistas lo han entendido como "abundancia", la cual en verdad expresa el ideal para la gente de nuestra sociedad de consumo. El ansia de grandeza es, por desgracia, típica de nuestro pueblo. No hemos aprendido del destino de los dinosaurios y otros animales demasiado grandes y pesados.

La palabra plenitud, bien conocida en todos los países europeos, tiene casi el mismo significado que "estar lleno", pero se usa casi exclusivamente con referencia a un *estado interior* del ser y la conciencia, humanos y divinos. El término griego *pleroma* se halla relacionado, y he utilizado este término de *pleroma* para indicar una condición de existencia en la que se experimenta la más completa plenitud de ser y de conciencia, un estado verdaderamente divino, el estado omega.

Cada uno de los grandes períodos de la evolución humana trae a la palestra un tipo de hombre que, no sólo está característicamente asociado con dicha era histórica, sino cuya aparición en una etapa de la evolución humana anuncia la construcción del tipo de sociedad que florece durante dicha era, y a la que contribuye. Durante el tiempo de lo que llamé la Edad de los Conflictos (testigo del gradual proceso de individualización del hombre), hemos visto aparecer, y posteriormente gobernar el escenario humano, tipos básicos de hombres tales como el Guerrero, el Sacerdote y el Mercader. Hoy en día, los tipos Ejecutivo y Administrativo o Tecnócrata son dominantes en los Estados Unidos y en otras naciones de Occidente, polarizadas, como si dijéramos por el tipo general de Obrero, organizado y henchido de importancia desde su glorificación por Karl Marx; el Proletariado, las "masas vírgenes" de las que se suponía que había de venir una revolucionaria renovación de la sociedad y las relaciones humanas. Habría que hablar también, por supuesto, del Científico, como un tipo que debería ser muy diferente del Tecnócrata, aunque hoy en día la diferencia ha perdido mucho de su significado en una gran mayoría de casos.

Cuando escribí sobre el Hombre de Plenitud en 1941, justo antes y después de Pearl Harbor, tenía un concepto evolutivo muy amplio de un tipo de ser humano que anunciaría la Era de Plenitud que estaba por venir, la Edad de Síntesis que marca la tercera fase del proceso dialéctico del

desarrollo de la conciencia del hombre y de la capacidad de relación. Todos los tipos precedentes convergen, como si dijéramos, hacia el nacimiento del Hombre de Plenitud: el hombre que, liberado de su adherencia egocéntrica a la seguridad y las condiciones locales, tanto en tiempo como en espacio, puede resonar totalmente con el vasto ritmo del proceso cíclico de transformación que actúa a través de todo el planeta, su hogar y en verdad la substancia misma de su ser; el *hombre-globo* que puede así devenir un agente enteramente consagrado para este proceso, que puede enfocar la energía de la evolución del mundo en su ser global, por estar plena y polifónicamente desarrollado. Habiendo enfocado este poder en plena lucidez, puede entonces liberarlo y formular el significado multinivel de la gran crisis a la que se enfrenta toda la Tierra. Es una crisis en la conciencia, pues son los hombres conscientes e individualizados quienes la han traído.

“¿Quién es el hombre de plenitud? Es el que vive la vida más plena, más profunda y más creativa posible bajo cualquier condición; una vida formada de modo sumamente individual, pero completamente consagrada a la totalidad más grande de la que pueda considerarse parte orgánica. Es el que vive una vida enraizada en la humanidad común de todos los hombres, pero desenvolviéndose a través de la diferenciación funcional de actividades hacia un nivel de cumplimiento cada vez superior; una vida gloriosa, con una comprensión vibrante e integral del significado de todas las actividades dentro de él, así como dentro de las totalidades social y universal. Es el que comprende del modo más plenamente posible que en el núcleo de cualquier totalidad fluye la corriente cíclica del poder formativo de la Mente Divina, y que deviene dicha corriente.

“¿Cuál es la meta de la plenitud? Vivir una vida de totalidad orgánica; de integración rítmica multinivel;

de ansiosa intensidad de amor y pensamiento; de serena comprensión, pero con fervor creativo; de resuelta honestidad con uno mismo, así como con la totalidad; de elegancia y relajación; de servicio y consagración; una vida estructurada por la seidad, pero enraizada en la Totalidad mayor y llena de la vida total de ésta; contenida en una forma, pero radiante de libertad; una vida bella y noble, en la que la tierra se casa con el cielo en la generosa entrega de significado creativo, y el hombre se une con sus compañeros para el trabajo de la Semilla.

“Eso en verdad es vivir la vida de plenitud; la vida del Espíritu, por el Espíritu, como el Espíritu.

“... Ser plenitud - estar consagrados - aceptar la responsabilidad - asumir la carga de quienes niegan al Hombre y adoran a dioses ridículos - ir siempre hacia adelante, sin mirar nunca para atrás salvo para entender y aceptar, bendecir y transfigurar las raíces que han devenido flores y semilla - sonreír y reírse con los pequeños goces que gotean como rocío de los árboles bañados por el Sol al amanecer - ser silencioso y abierto como el desierto bajo las estrellas - abrazar y bendecir las profundidades tanto como las alturas - ser bello y claro, con la pureza del agua que es su propio ser químico y no contiene sedimento alguno - ser honesto con uno mismo y con el mundo, porque la Personalidad crea en su interior formas nítidas y estables - ser un canto del Destino y un acorde de poder en armonía con la Totalidad universal - ser Encarnación y Transfiguración, Cristo devenido hombre y hombre divino. Esto son palabras; pueden ser metas; pueden ser realidades. Depende de cada uno decidir, de cada uno aceptar el significado y la plenitud de lo que puede vivir, o de lo que está dispuesto a vivir.”

(De *La Era de Plenitud*)

En este siglo que ha visto un fantástico desarrollo de la especialización y la tecnología, este siglo al que Henry Wallace, el que fuera vicepresidente, llamó una vez “el siglo del hombre común”, el ideal del hombre de plenitud puede parecer lejano y completamente utópico o fuera de lugar; sin embargo, como escribiera repetidamente el Conde Keyserling, el gran pensador alemán, por desgracia bastante olvidado en nuestros días: “Son las pocas mentes cuyos pensamientos corren a *contrapunto* de las tendencias populares de su tiempo, las más significativas y las que realmente importan”. Son los hombres-simiente, los verdaderos padres del mañana. Lo que representan la tecnología y especialización que dominan la vida de nuestros contemporáneos, es simplemente el *medio hacia el fin*; y la mayoría de la gente esta ciega a dicho fin. La ciencia y la tecnología modernas fueron necesarias a fin de que los hombres pudieran circumvolar la tierra y que así, a través de ellos, el Hombre pudiera percatarse objetivamente del globo de cuya atracción gravitatoria se había liberado. Dado que los astronautas experimentaron el planeta como una totalidad desde el exterior, pudieron realmente comprender su carácter global, y abrieron con ello la puerta, como si dijéramos, a la emergencia del *hombre global* hecho a imagen del planeta.

SIMBOLOS PARA LA NUEVA ERA

Uno sólo puede volverse *conscientemente* la semejanza de aquello a lo que se ha devenido exterior y de lo que uno se ha liberado. La semilla debe abandonar a la planta agonizante a fin de cumplir su dharma. Un ser humano debe emerger del útero de las tradiciones locales y ancestrales a fin de ser *individualmente* humano; o como una vieja afirmación oculta proclamaba: “Cuando el hijo abandona a la madre deviene el padre”. El hombre, rodeando el globo en lucidez consciente y en control de las fuerzas que utiliza, puede ser re-hecho a imagen simbólica del globo. En verdad,

el más grande símbolo del futuro es el Globo, y no ya la Cruz; no el Hombre de Dolor sino el Hombre de Plenitud quien, habiendo aprendido a sufrir, ha superado con dolor la esquizofrenia de los fútiles conflictos y alcanzado la paz que se encuentra en el núcleo de la esfera, donde todos los radios convergen y la gravitación se aniquila; en el núcleo de la esfera, en vez de en el espacio exterior donde los hombres sólo pueden existir por medio de subterfugios técnicos. Las crisis son inevitables; el sufrimiento es el gran Liberador. Lo que importa es el fin, no los medios; supuesto que estos medios conduzcan *realmente* al estado omega, la plenitud del hombre. La Cruz ha sido para nosotros el camino hacia el Globo. Nuestra cultura cristiana ha condicionado una crisis global que puede ser el fundamento para la victoria individual; y debería ahora ser vista y justificada como un inevitable prelude a los prometedores mañanas del Hombre.

El calor, el tremendo calor liberado por la fusión atómica, y el Globo; éstos son los dos grandes símbolos de esta Nueva Era, a la que tanta gente aspira hoy en día. Por desgracia estas aspiraciones, y las extrapolaciones y previsiones intelectuales de escritores de ciencia-ficción y planificadores científicos, parecen generalmente no ofrecernos sino proyectos de futuro bastante desagradables. Los artilugios son excitantes, los hombres tremendamente similares a los modernos licenciados que han pasado por todos los exámenes adorados en nuestras factorías de conocimiento. Estas factorías de conocimiento ya no son universidades; no traen a nuestra juventud un sentido de unidad del proceso existencial y humano; se enorgullecen más bien de ser multiversidades; lo opuesto precisamente al ideal global, y la manifestación en verdad de un nuevo tipo de materialismo intelectual. Esta es la razón más básica para la reciente revuelta de los jóvenes a todo lo largo del mundo.

Sin embargo, para cualquiera que no se vea cegado por las superficialidades de este período de crisis y transición, y por

los inevitables reajustes de la sociedad y de la psicología humana durante dicho período, el resultado final no debería tener dudas; pero requiere ciertamente la emergencia de un nuevo tipo de ser humano. El gran yogui-filósofo indio Sri Aurobindo dió a este tipo el nombre de "ser Gnóstico". Partiendo de una base de pensamiento muy diferente, el sacerdote-arqueólogo francés Teilhard de Chardin ha hablado en términos cristianos de una magnificente apoteosis para el hombre al final del ciclo universal, el punto omega. El filósofo americano Charles Morris, en su espléndido libro *SENDERS DE VIDA (Paths of Life)*, también escrito a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, nos presentó la visión del "Hombre Maitréyico"; el hombre de una síntesis futura omniincluyente. Otros pensadores han delineado también, en tiempos más recientes, lo que este nuevo tipo de hombre podría ser, dándole una variedad de nombres. Esto no son sueños; o si lo son, admitamos que el futuro es siempre, en su punto más elevado, el sueño de unos pocos filósofos-videntes que en el pasado fueron totalmente conscientes del impulso de la evolución y que podían ver, aunque fuera tenuemente, la mariposa en la crisálida. ¿Podría haber un nuevo ciclo planetario sin sus hombres-simiente?

Necesitamos hoy en día a tales hombres, hombres de imaginación creativa, o como se decía durante la última Guerra Mundial, "imaginieros", combinando la capacidad de los ingenieros con la imaginación. Necesitamos nuevos símbolos con los que fecundar las mentes de los jóvenes del mañana, quizá tras una crisis momentánea. La forma que esta crisis pueda tomar importa poco, quizá, supuesto que lleve a la humanidad al "punto final que finaliza todos los puntos finales" (cita de un texto de Zen). El hombre suele intentar todos los medios concebibles de escapar de la autotransformación total hasta que todos fallan; entonces, sólo y sin esperanzas, y muerto para todos los fines prácticos, comprende que, aunque ha perdido toda fuerza, vive. ¿Qué es lo que le hace vivir tras el colapso de todo lo que consideraba

como un medio para su fuerza? La seidad.

La seidad es el centro del globo. Es la profundidad más allá de todas las profundidades, negando el concepto mismo de la profundidad o la altura. Es a partir de la seidad (la vibración básica que inmutablemente sustenta todas las actividades orgánicas continuamente cambiantes de la persona total), que el hombre puede ir con poder creativo en todas direcciones. Es a partir de la seidad que el hombre puede actuar como un hombre de plenitud sintonizado con la Gran Armonía del universo, el *Brahman* más allá de todos los dioses, la Potencialidad infinita de todos y cada uno de los universos; presentando cada uno una solución diferente al problema de la existencia, siendo cada universo una totalidad ciclocósmica estructurada por su Logos particular, su fórmula-de-tiempo de cambio, comenzando en la unidad (estado alfa) y acabando en la multiunidad (estado omega).

Siempre cada vez más consciente de las necesidades de todas las vidas, y progresivamente más consciente cada vez de todas las actividades dentro de las diversas esferas que rodean al globo sólido de la Tierra, el hombre en la condición de plenitud será capaz de cumplir, individual y colectivamente, la función de la humanidad sobre este planeta. Permítaseme repetir, para concluir, que esta función es la de *hacer consciente al planeta*; esto es, mentalizar todas las actividades que ocurren dentro del vasto campo de la tierra, para aumentar el nivel de conciencia de todos los existentes, y en verdad transubstanciar o eterizar la materia misma del globo.

Para ejecutar esta Gran Obra alquímica del destino humano, los hombres de todas las razas y culturas deben actuar juntos. La grandeza de la ciencia moderna reside primariamente en haber reunido a hombres de todos los países y de los trasfondos más variados en un empeño común, y en una notable fraternidad. De manera concreta y altamente

efectiva, la ciencia ha demostrado la posibilidad de una hermandad global de hombres polarizados por una búsqueda común y un esfuerzo estructurado de modo efectivo. Es inevitable que este esfuerzo conducente a la liberación de nuevas potencialidades tenga resultados tanto destructivos como constructivos. Lo que se necesita entre los científicos es que caigan en la cuenta de que sus métodos, pese a lo fértiles que puedan ser en resultados, no pueden conducir a una comprensión total de la realidad universal, pues están condicionados por tipos limitados de cognición basados en una pasada rebelión contra el dogmatismo religioso. Los científicos necesitan también el coraje de representar a la humanidad-en-su-conjunto, contra los intereses y las pasiones locales y nacionales.

En un capítulo precedente hablé del vasto esfuerzo creativo del Hombre, que ha tenido notables consecuciones artísticas en todo siglo y en todos los continentes. Observamos por tanto también en el Arte una unidad de empeño humano, aunque se manifieste a través de una multiplicidad y de una gran variedad de formas. Semejantemente en la religión, bajo los diferentes dogmas proclamados en voz alta por sacerdotes y moralistas, existe un vasto esfuerzo milenario, pese a lo tortuoso que pueda ser, hacia la planetarización de la conciencia y la consecución última de la plenitud del Hombre.

Ciencia, Arte y Religión operan esencialmente a través de la utilización de símbolos; y en verdad que nada es más importante que la emergencia de nuevos símbolos. Cada campo utiliza su propio tipo especial de simbolismo, pero una sociedad o una cultura consideradas como un campo organizado de actividad humana, se hallan siempre dominadas por algún símbolo especialmente poderoso, y por algún acto heroico arquetípico que inspira a las multitudes. Hoy en día, el símbolo del Globo está emergiendo como factor dominante de la civilización que se forma lentamente a partir de

nuestra confundida y trágica sociedad occidental, que se las arregló para expandirse por la superficie de la tierra de modo implacable y ciego; y, repito, su símbolo gemelo es el de la generación de un fantástico calor a través de un esfuerzo organizado en el que colaboren científicos de todas las naciones; calor que destruye, pero también calor que nos da la posibilidad de aventurarnos más allá de la gravitación terrestre, llegando a la luna y finalmente también a otros planetas. En esta aventura, que está ahora fascinando la imaginación de los hombres, igual que las cruzadas y los grandes viajes de comienzos del Renacimiento fascinaron la imaginación de los hombres hace cinco siglos, el hombre se encontrará alcanzando la paradójica meta de descubrirse como ciudadano de la Tierra *justo porque* es capaz ahora de liberarse de su atracción gravitatoria. El siguiente paso puede ser el descubrimiento de que existen seres inteligentes en otros planetas, quizá en otros sistemas solares. Entonces la humanidad tendrá ineluctablemente que recalcar por encima de todo su unidad, la totalidad del Hombre planetario; y los seres humanos serán capaces de denominarse a sí mismos Terrenos, y de no tener otro hogar sino la Tierra entera.

Hoy en día, el temor y el orgullo están sometiendo a tensión los corazones de las multitudes de los hombres; y quizá un tercio de la humanidad pase hambre. Los cuerpos humanos proliferan a una velocidad fantástica, quizá para compensar un cataclismo inminente; pero si no va a haber un suceso que tenga que ver con la muerte, entonces dicha proliferación será el cataclismo en sí, a pesar de la posibilidad final de tener nuevas y vastas fuentes de alimento disponibles para el uso humano, pues cualquier producción y distribución adecuadas de tales alimentos llegarían demasiado tarde. Sin embargo, debemos tener fé en el Hombre; no en este o aquel hombre o en este o aquel país, sino en el Hombre global como conciencia emergente de la Tierra, como la Mente del planeta. Y el planeta actuará, si los hombres son demasiado ciegos o inertes para hacerlo ellos

mismos. Algunos se mofarán de estas afirmaciones, diciendo que dicha fé es del orden de la ingenua fé en Dios sostenida por largas generaciones de cristianos. ¿Y qué si lo es? ¿Y qué si la clave más profunda y vital de la crisis de nuestra época fuera que *Dios está deviniendo concreto*? Como Oliver Reiser escribiera una vez: "Cuando Dios es conocido deviene Hombre".

Este es el gran símbolo de la Encarnación. Pero si hace veinte siglos fue un hombre particular de quien se creía que había asumido la tremenda responsabilidad de que Dios fuera conocido en y a través de él solo, hoy en día, en este tiempo en el que muchos esperan y aguardan una Segunda Venida, deberíamos comprender que la Encarnación de Dios está ocurriendo en la humanidad como un todo, en el Hombre global. Está en verdad teniendo lugar en el centro de la Tierra, una Encarnación planetaria en la que todos podemos participar si tenemos suficiente fé y el coraje de conquistar los fantasmas de nuestro pasado colectivo todavía sin redimir.

Para comprender con nuestra mente, y más aún para sentir con nuestro corazón la realidad de esta Encarnación, debemos atesorar en nuestra conciencia una nueva Imagen de Dios, así como una nueva Imagen del Hombre y del planeta Tierra. El trascendente "Cuerpo Místico de Cristo" en el que todos los hombres viven, se mueven y tienen su ser, ha devenido una Presencia concreta y vitalmente efectiva. Nos rodea; la Humanidad nos rodea, adoptando múltiples formas en nuestras pantallas de televisión. El planeta nos envuelve tan estrechamente como los muros de nuestro hogar ancestral envolvieron nuestra infancia; ¿acaso no damos vueltas alrededor suyo con una excitación a menudo carente de sentido, igual que hacíamos de pequeños? Y más allá de todas las formas, de todos los globos, de todos los universos finitos, deberíamos ser capaces de sentir (dentro y a través, así como más allá de nuestros seres y mentes li-

mitados), el poder inmanente de UNO, el Principio mismo de la existencia, la Totalidad en cada totalidad.

No podemos escapar a los hechos de nuestra era tumultuosa y quizá cataclísmica. Sólo podemos rehusar contemplarlos, llenos de pánico cuando nos percatamos de sus implicaciones. Tenemos temor, igual que los rabinos judíos sintieron temor en presencia de Jesús, pues los hombres siempre tienen miedo de una nueva Imagen de Dios y de la Realidad salvo que sean lo bastante valientes, o quizá estén lo bastante desesperados, como para permanecer abiertos y espiritualmente desnudos ante la visión; salvo que se encuentren forzados a ver que no hay nada que perder y la plenitud de ser que ganar.

¡Plenitud de ser! Quiero finalizar este libro, que es un acto de fé en el poder creativo del Hombre, con estas palabras, que anuncian lo que es latente en todos los seres humanos por el simple hecho de ser humanos. Plenitud de ser, que significa que la Potencialidad infinita e ilimitada de existencia y la Presencia de UNO son también latentes en cada hombre, y que cada persona individual puede devenir un agente para el Poder "divino" que de modo silencioso, perpetuo y no erradicable vibra en el núcleo de la Tierra y en el corazón de todo ser humano. Todo lo que necesitamos hacer es enfocar nuestra atención, mantener firmes nuestros pensamientos, sentir profundamente la Presencia que está ahora encarnando en la tierra hacia la transfiguración del Hombre; y, por encima de todo, estar total, vívida y dinámicamente despiertos, y en este estar despiertos tener fé, fé en el Hombre, fé en la Tierra y en el Poder que estructura el inmenso campo de actividad que es nuestro hogar global, fé en la plenitud de ser que es el incorruptible destino del Hombre.

Idyllwild, California
Verano de 1969

Dane Rudhyar, un hombre simiente

Dane Rudhyar nació en París (Francia) el 23 de Marzo de 1895.

Muy pronto en su vida Rudhyar llegó a comprender intuitivamente dos cosas que han influenciado profundamente toda su vida y trabajo: (1) El tiempo es cíclico, y la Ley de los Ciclos describe todas las civilizaciones así como la existencia; (2) La Civilización Occidental está ahora en lo que podría denominarse la fase otoñal de su período de existencia. Conforme estas comprensiones se desarrollaron como una dedicación personal al futuro que vislumbraba, Rudhyar sintió la necesidad de divorciarse de Europa y buscar un "Nuevo Mundo", una tierra en la que pudiera, por así decirlo, sembrarse a sí mismo como semilla, llevando dentro de su ser el legado de todo lo viable y constructivo en el pasado europeo. A fines del otoño de 1916 llegó a América, dejando detrás su tierra nativa y su ancestral cultura francesa, así como su nombre familiar, Chenneviere.

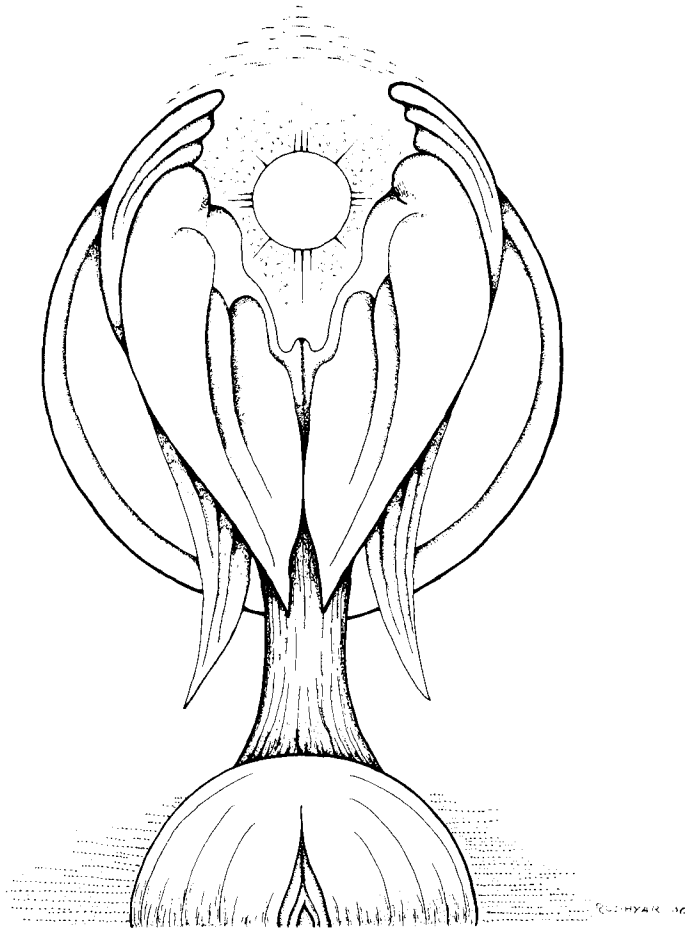
El cambio de nombre fue simbólico de una total dedicación a su ideal: la transformación de nuestra civilización, una "reevaluación de todos los valores". Vino a ser conocido como "Rudhyar", nombre derivado de la raíz sánscrita *rudra*, que quiere decir acción dinámica y el poder eléctrico liberado durante las tormentas. El dios *Rudra* es en los *Vedas* el Destructor y Regenerador, la energía transformadora que rompe los viejos moldes, y el poder de la voluntad o fuerza vital.

Este sentido de destino liberó a través de Rudhyar una tremenda energía que él ha canalizado hacia el desarrollo de sus ideas filosóficas; a través de la Música y el uso del Tono; a través de la Pintura como el Arte de los Gestos; a través de la Astrología como lenguaje simbólico, con el potencial de

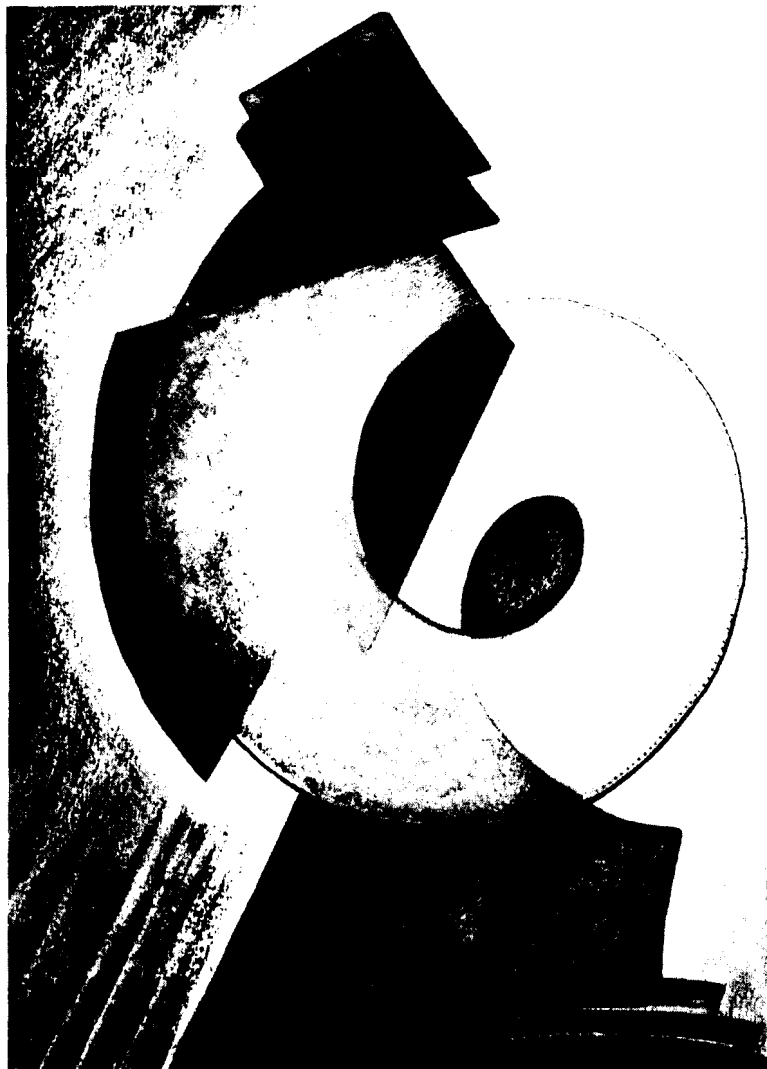
llevar a los individuos a la sintonía con los ciclos cósmicos. A través de toda su larga vida y de su uso de muy diferentes formas de expresión, su propósito ha devenido cada vez más claramente enfocado y dinámico. El invoca la necesidad de individuos que con visión holística y un enfoque “transpersonal” de la vida sirvan como fundamento de una sociedad global.

Indice

| | |
|--|-----|
| Prefacio | 7 |
| Prefacio de O.L. Reiser | 9 |
| Prólogo a la tercer edición | 11 |
| Primera parte: En el modo psicológico | 17 |
| 1.- La liberación de las ideas simiente | 23 |
| 2.- La experiencia humana | 45 |
| 3.- La experiencia del "Yo": Seidad y Ego | 75 |
| 4.- Seidad y relación | 99 |
| Segunda parte: En el modo metafísico | 129 |
| 5.- Fundamentos para una metafísica de la totalidad | 135 |
| 6.- El proceso cíclico: del comienzo al final, y de nuevo al comienzo | 165 |
| 7.- Campo anímico, mente y reencarnación .. | 197 |
| Tercera parte: En el modo socio-cultural | 243 |
| 8.- Conocimiento a través de la sintonización cósmica | 249 |
| 9.- Símbolos y valores | 287 |
| 10.- La ética de la totalidad y la sociedad plenaria | 325 |
| Epílogo: Sumario | 369 |
| Epílogo: Planetarización y plenitud | 373 |



El Angel de la Presencia



El Guerrero hacia la Luz



Imán de Amor